



La *Vida* sobre Hildegard von Bingen (1098-1179), escrita pocos años después de su muerte por el monje Theoderich von Echternach, permite una aproximación directa a una de las figuras más fascinantes y multifacéticas del Occidente europeo. Sus escritos sobre las propiedades medicinales de las plantas y las virtudes de las piedras preciosas y los metales; sus tres grandes obras proféticas (*Liber Scivias, Liber vitae meritorum* y *Liber divinorum operum*), impulsadas por una facultad visionaria que la ha hecho célebre; sus más de setenta canciones litúrgicas, que compuso sin haber recibido ninguna educación musical; o su intensa correspondencia con los personajes más relevantes de su época –el papa Eugenio III, Federico I Barbarroja o Bernardo de Clairvaux– dibujan el perfil de un destino extraordinario y enigmático.
Esta nueva edición aumentada y preparada por Victoria Cirlot reúne, junto con la *Vida*, las principales miniaturas de sus visiones con sus textos correspondientes, sus cartas más significativas y algunas de sus canciones, cuya audición es posible gracias al CD editado por Glossa Music que acompaña a este libro. La magnífica interpretación del grupo Sinfonye, dirigido por Stevie Wishart, permitirá al lector –además de acceder textualmente a la vida y pensamiento de Hildegard y de contemplar las imágenes de sus visiones– poder

escuchar la música que ella misma compuso, obteniéndose así una completa comprensión de su rico mundo espiritual.

Victoria Cirlot es profesora de Literatura Medieval en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona. Ediciones Siruela ha publicado la traducción y edición que llevó a cabo de *El bello desconocido* de Renaut de Beaujeu, *El cementerio peligroso*, anónimo del siglo XIII, *Mabinogion*, cuentos célticos del siglo XIII y, en colaboración, *El vuelo mágico* de Mircea Eliade, así como su edición del *Diccionario de símbolos* de Juan Eduardo Cirlot. Es coautora del libro *La mirada interior. Escritoras místicas y visionarias en la Edad Media*.



XIII
Biblioteca Medieval

*Vida y visiones de*
*Hildegard von Bingen*

XIII
Biblioteca Medieval

# *Vida y visiones de Hildegard von Bingen*

Edición a cargo de
Victoria Cirlot



**Ediciones Siruela**

En cubierta y contracubierta: Detalles de dos miniaturas del *Liber divinorum operum*
Colección dirigida por Jacobo F. J. Stuart
Diseño gráfico: G. Gauger & J. Siruela

Plaza de Manuel Becerra, 15. «El Pabellón»
28028 Madrid. Tels.: 91 355 57 20 / 91 355 22 02
Telefax: 91 355 22 01
siruela@siruela.com www.siruela.com
Printed and made in Spain

# Índice

Para mi hija Andrea

# Introducción

## Victoria Cirlot

Novecientos años nos separan de Hildegard von Bingen y su mundo. Las coronas y las túnicas de seda blanca resplandeciente con que se vestían ella y sus monjas para el rito ya no existen, como tampoco existe Rupertsberg, su monasterio, destruido hace ya siglos. Pero atravesando el muro de los siglos han quedado sus palabras, incluso su sonido, y las imágenes de sus visiones petrificadas en las miniaturas. Hay una miniatura que no me deja desde hace ya cierto tiempo: es ella misma recibiendo en su rostro vuelto hacia el cielo las llamas del Espíritu como garras poderosas en la versión del manuscrito de Wiesbaden (pág. 181), como un río de agua roja en el manuscrito de Lucca (pág. 249). Está sentada escribiendo sobre unas tablillas de cera, trasladando en palabras lo que le llega en el fuego divino. Y al contemplar estas dos miniaturas hay que oír las palabras de Hildegard:

«Sucedió en el año 1141 después de la encarnación de Jesucristo. A la edad de cuarenta y dos años y siete meses, vino del cielo abierto una luz ígnea que se derramó como una llama en todo mi cerebro, en todo mi corazón y en todo mi pecho. No ardía, sólo era caliente, del mismo modo que calienta el sol todo aquello sobre lo que pone sus rayos. Y de pronto comprendí el sentido de los libros, de los salterios, de los evangelios y de otros volúmenes católicos, tanto del antiguo como del nuevo testamento, aun sin conocer la explicación de cada una de las palabras del texto, ni la división de las sílabas, ni los casos, ni los tiempos» (*Scivias*, *Atestado*, pág. 180).

¿Qué quiere decir todo esto? ¿Cómo es posible la comprensión instantánea de todo lo que hay que comprender? En esta

misma revelación Hildegard von Bingen recibió la orden del cielo de escribir todo cuanto viera y oyera. Con los ojos y los oídos interiores. Ése fue el comienzo de su primera obra profética, *Scivias*, y desde entonces la escritura le acompañó hasta la muerte. Es una escritura que despliega una imagen de Dios, del mundo y del hombre, una cosmovisión donde todo está comprendido y explicado. Esta misma mujer, que veía, oía y escribía, curaba a enfermos que desde todos los lugares acudían a ella, imponiéndoles las manos como había hecho Jesucristo, asperjándolos con agua y sacándoles los demonios del cuerpo mediante los ritos propios del exorcismo. Trozos de sus cabellos depositados junto a los enfermos sirvieron para su curación.

Una intensa extrañeza cubre a nuestra mirada todos estos actos, sus palabras y sus silencios, o las mismas imágenes que se contemplan en las miniaturas. Hay que reconocer que todo ello pertenece a otro mundo al que sólo podemos acercarnos con extraordinaria dificultad. Incluso dentro de ese mundo extraño Hildegard von Bingen es un enigma. Lo fue para su siglo (entre otras cosas, ¿qué hace una mujer escribiendo?), aunque, sin duda, de un modo muy diferente de como lo es para el nuestro. Es mejor aceptar su enigma, pues intuimos que allí donde se quieren ver identidades hay todavía mucha mayor diferencia. Y, sin embargo, y a pesar de esa profunda extrañeza, hay algo que parece elevar el hecho de esta mujer por encima de su época, como si su experiencia pudiera de pronto abandonar esa alteridad tan imposible, para instalarse instructivamente en este final de siglo XX. Quizás, lo más fascinante del caso de Hildegard von Bingen resida justamente en que es posible saber de su experiencia, lo que no deja de ser sorprendente. La documentación conservada –biografía, fragmentos autobiográficos, más de doscientas cartas, al margen de la obra– permite acceder a su personalidad, lo que no es nada habitual tratándose de un autor procedente de una cultura tradicional, siempre tendente a borrar las huellas de la autoría. Es tan inusual que de inmediato aparece la tentación de pensar en la falsificación, tan practicada en la Edad Media, si no fuera por el riguroso estudio de Marianna Schrader y Adelgundis Führkötter, que demuestra la veracidad de su autoría, así como de las recientes ediciones críticas aparecidas en el *Corpus Christianorum*, tanto de la biografía como de las cartas, que no dejan lugar a dudas sobre la autenticidad, habiendo podido distinguirse con precisión las versiones manipuladas de las fidedignas para el caso de la correspondencia. La intención de este libro consiste en mostrar, hasta donde lo permiten estos testimonios, la experiencia espiritual de Hildegard von Bingen.



Ya en su propia época, la vida de Hildegard von Bingen (1098-1179) fue objeto de gran interés y atención. Posiblemente se debió al hecho de que su vida fue una vida extraordinaria, y también a que vivió en una época que comenzaba a explorar al individuo, tanto en los monasterios cistercienses como en las escuelas urbanas o en la expresión lírica de los trovadores del sur de Francia. Los que la rodearon recogieron datos biográficos y ella misma debió de sentir la necesidad de explicar «lo que le sucedía», «lo que le había sucedido». En la intimidad de la conversación debieron de surgir las palabras en primera persona que quizás pudieran haber formado una autobiografía, pero que habrían de quedar como fragmentos insertos en la biografía. Quizás fue Volmar, el monje de Disibodenberg que le acompañó durante más de treinta años como su secretario y colaborador, el primero que las oyó y recogió. Lo único cierto es que esas palabras en primera persona resuenan en la biografía que finalmente elaboró Theoderich von Echternach después de la muerte de Hildegard en la década de los ochenta del siglo XII. En el interior de esta *Vida* las palabras de Hildegard se refieren directamente a la experiencia de la visión, asombrosa para ella misma:

«A los tres años vi una luz tal, que mi alma tembló, pero debido a mi niñez nada pude proferir acerca de esto. A los ocho años fui ofrecida a Dios para la vida espiritual y hasta los quince vi mucho y explicaba algo de un modo muy simple. Los que lo oían se quedaban admirados, preguntándome de dónde venía y de quién era. A mí me sorprendía mucho el hecho de que, mientras miraba en lo más hondo de mi alma, mantuviera también la visión exterior, y asimismo el que no hubiera oído nada parecido de nadie, hizo que ocultara cuanto pude la visión que veía en el alma» (*Vida*, Libro II, Visión primera, pág. 51).

No se sabe en qué momento de su vida Hildegard recordó su

primera visión de luz, ni el temblor, ni tampoco su sentimiento de soledad ante lo que sólo a ella sucedía. Pero este breve pasaje concede identidad biográfica a la autora del *Scivias*. En cambio, el silencio domina muchos años de su vida. Como siempre la autobiografía-biografía funciona selectivamente y en este caso todo está referido al fenómeno visionario. Nada nos cuenta Hildegard acerca de lo que debió de sentir cuando a la edad de catorce años fue encerrada con Jutta von Spannheim en la celda de clausura situada junto al monasterio de monjes de Disibodenberg; sólo que aquella mujer fue su maestra y le enseñó los salmos y el salterio decacorde. Ni nada tampoco permite saber algo acerca de la feliz transformación de aquella oscura celda de clausura en pequeño monasterio de monjas. Su voz vuelve a surgir para narrar el suceso fundamental de su vida, cuando cumplió cuarenta y dos años:

«Entonces en aquella visión fui obligada por grandes dolores a manifestar claramente lo que viera y oyera, pero tenía mucho miedo y me daba mucha vergüenza decir lo que había callado tanto tiempo [...] En esta visión comprendí los escritos de los profetas, de los Evangelios y de otros santos y filósofos sin ninguna enseñanza humana y algo de esto expuse, cuando apenas tenía conocimiento de las letras, tal y como me enseñó la mujer iletrada» (*Vida*, Libro II, Visión primera, pág. 52).

Este pasaje es una variante del que se encuentra en el inicio del *Scivias*, y completa aquella versión ya citada: «sin enseñanza humana», con escaso conocimiento de las letras; lo que en otro autor de su misma época puede ser tópico vacío de contenido real, en el caso de Hildegard quizás no sea totalmente literal, pero no deja de ser absoluta verdad en esencia. Porque, aunque conociera más las letras de lo que confiesa, una distancia inmensa separa el contenido de su obra de las posibles «fuentes» por ella conocidas.

Siete años después, cuando todavía estaba cumpliendo la orden de escribir cuanto viera y oyera, es decir, en plena escritura del *Scivias*, tuvo lugar lo que en la *Vida* aparece como Visión segunda, en la que:

«Durante un tiempo no podía ver luz alguna por una niebla que tenía en los ojos, y un peso me oprimía el cuerpo de modo



que no podía levantarme y yacía con tremendos dolores. Sufrí esto por no manifestar la visión que me había sido mostrada, acerca de que debía trasladarme del lugar en que había sido consagrada a Dios a otro, junto con mis monjas» (*Vida*, Libro II, Visión segunda, pág. 55).

El lugar en que «había sido consagrada a Dios» era Disibodenberg; «el otro» era Rupertsberg, muy cerca de Bingen, junto al Rin. La visión le ordena abandonar Disibodenberg para marchar a Rupertsberg, en un ligero movimiento hacia el este. Es éste el tercer factor que, combinado con la visión y la escritura, intervino en esa década prodigiosa de la vida de Hildegard (1141-1151) para realizar su madurez y, con ella, su identidad, dibujando ya con nitidez la figura del destino. Pero si su ser encontró su certeza en esos años, no fue sin temor ni temblor, ni sin sufrimiento físico. Una intensa perturbación e inquietud sacudía a Hildegard von Bingen: en primer lugar, el mismo hecho visionario es origen de angustia. «No he vivido segura ni una hora», le dice en su carta al abad Bernardo de Clairvaux (*Cartas*, pág. 113), pues cómo saber si la visión viene de Dios o del demonio, y además, cómo soportar el fuego. En segundo lugar, ella es sólo una mujer. ¿Quién era ella para escribir? Sólo una *paupercula forma feminea* [pobre forma femenina], como gusta de llamarse a sí misma. Estas dos fuentes de angustia hallaron felizmente tranquilidad con el apoyo de Bernardo y del mismo papa Eugenio III (*Cartas*, pág. 117), quien, mientras estaba en el sínodo de Trier en 1147-1148, envió una comisión a investigar sus visiones, y no sólo confirmó su capacidad visionaria sino que le exhortó a que escribiera, y todo eso por medio de documentos. Y en su interior se explicaba el hecho como una paradoja: del mismo modo que Dios eligió la debilidad de la carne en una de sus personas, así había elegido a una pobre mujer como su instrumento, pues a Dios complace hacer de lo más pequeño lo más grande. Pero la marcha de Disibodenberg a Rupertsberg debió de ocasionarle auténtico miedo, pues el abad Kuno y los monjes de Disibodenberg se opusieron radicalmente. No dejaba de ser un hecho insólito para la época tratar de escapar del control masculino, y, realmente, Rupertsberg significaba para Hildegard la liberación. Contó con la ayuda de la marquesa Von Stade, la ma-

dre de su amada Richardis, cuya influencia en los medios eclesiásticos era grande, pero parece que lo decisivo fue su propio carisma, que obligó a ceder al abad de Disibodenberg y a los demás, probablemente aterrados por el castigo de Dios, si no cumplían su voluntad dejándola partir con sus veinte monjas.

El movimiento que lleva de Disibodenberg a Rupertsberg posee, además, otro plano de significación más profundo. Dentro de este pasaje autobiográfico de la Visión segunda en la *Vida*, la voz no sólo narra la experiencia sino que interpreta el suceso. La interpretación transcurre por los cauces propios de la época, que, como inmejorablemente expusiera Erich Auerbach, es una interpretación figural. El sentido de los sucesos de la *Vida* deriva de que encuentran en la Biblia su *figura,* su antecedente modélico, que se proyecta en el futuro. Si Jonás es figura de Cristo, dentro de este pensamiento, por la posibilidad de asimilar ballena y cruz, el acto de Hildegard se llena de sentido en su comparación con Moisés y con el Éxodo:

«Entonces vi en una verdadera visión que me sucederían tribulaciones como a Moisés, porque cuando condujo a los hijos de Israel de Egipto al desierto por el mar Rojo...» (*Vida*, Libro II, Visión segunda, pág. 56).

El suceso bíblico se proyecta en la historia para volver a encarnarse según el arquetipo (que es el que se encuentra en el texto sagrado), de tal modo que la repetición del suceso, lejos de dibujar un eterno retorno, elevaría el acontecimiento al plano de lo que Henry Corbin denominó la transhistoria. En una apertura mayor de la interpretación simbólica, desprendida ya de los contextos históricos (en este caso, judeocristiano), Hildegard von Bingen se asemejaría al faraón Akhenatón, que se marchó de Tebas para instalarse en una ciudad nueva fundada por él, y conducir a la religión egipcia, en un cambio radical, al monoteísmo. El abandono del lugar en principio «propio» para acceder al «extraño» (lo que, al final, será al revés, pues lo extraño será realmente lo propio) parece ser el movimiento necesario de adquisición de identidad y por tanto está relacionado con el auténtico progreso espiritual. En el texto de la *Vida* los lugares geográficos son descritos como espacios simbólicos: Disibodenberg es «la tierra fértil», mientras que Rupertsberg es el lugar desértico



(«donde no había agua»), siendo precisamente el Desierto el «lugar propicio a la revelación divina» (J. E. Cirlot).

Junto con la voz de Hildegard von Bingen corre el discurso de Theoderich von Echternach, el autor de la crónica del monasterio de Echternach, a quien el abad Ludwig de San Eucharius de Trier y el abad Gottfried de Echternach, amigos de Hildegard, encargaron componer la *Vida*. Heredó el trabajo que habían realizado los secretarios de Hildegard, Volmar, Gottfried y Guibert de Gembloux, y de Gottfried todo el Libro I, y escribió una obra donde lo mejor es la ordenación del material. Su estilo artificioso y retórico contrasta con la simplicidad de la voz de Hildegard, de tal modo que la *Vida* se lee esperando siempre la súbita aparición de la primera persona. Aunque en Hildegard la primera persona es algo muy relativo, incluso para recordar su primera visión de luz en la infancia:

«La Sabiduría también me enseñó en la luz del amor y me dijo de qué modo fui dispuesta en esta visión. Y no soy yo quien digo estas palabras de mí, sino Sabiduría las dijo de mí y me habló así: "Oye estas palabras y no las digas como si fueran tuyas, sino mías, y así instruida por mí habla de ti de este modo..."» (*Vida*, Libro II, Visión primera, pág. 51).

La Sabiduría, la luz viviente, habla por su boca. Por eso podía dirigirse a papas y emperadores en el tono profético con el que acostumbraba. Porque no es ella quien habla, sino algo que trasciende totalmente a su persona. Es la llama que desde el cerebro le llega al corazón. Creo que los estudios de Ananda K. Coomaraswamy, destinados siempre a comprender las culturas tradicionales, pueden situar bien afirmaciones como éstas, que, lejos de constituir pretextos, defensas o estratagemas como se quiere desde la ceguera moderna, muestran la realidad de la presencia divina en el interior del ser y la clara conciencia de que todo acto creativo supone siempre la superación de los estrechos límites del yo. Es en la misma Sabiduría, Amor o Luz viviente donde acontece la visión y la visión lo que mueve a la escritura. La obra profética o visionaria de Hildegard von Bingen está formada por tres libros: al primero lo llamó *Scivias* [Conoce los caminos], de la forma imperativa de *scio* y el complemento *vias*, título que oyó en la visión y cuyo carácter extraño ya en su época

fue comentado por el cultísimo Guibert de Gembloux, que no sabía muy bien lo que quería decir. Tardó diez años en escribirlo (1141-1151) y contó con la colaboración del monje de Disibodenberg, Volmar, y de la monja Richardis von Stade. Desde 1158 hasta 1163 se ocupó del *Liber vitae meritorum* [Libro de los méritos de la vida], donde todo se desarrolla según el combate de vicios y virtudes heredado en el mundo medieval de la *Psicomaquia* de Prudencio (siglo IV), pero que era imagen viva en los monasterios cistercienses de la época, donde toda la comunidad estaba envuelta en el combate de las fuerzas benéficas y maléficas en marcada diferencia con respecto al monaquismo anterior (G. Duby). En 1163 inició su tercera y última gran obra profética: el *Liber divinorum operum* [Libro de las obras divinas], que concluyó entre 1173-1174. Esta obra se construye según el modelo ya introducido en *Scivias*: descripción de la visión y audición de la voz divina que interpreta la visión. Está formada por diez visiones, que estructuran todo el libro.

La visión no es alucinación, distinguió Ernst Benz. La diferencia entre ambas estriba en el hecho de que la alucinación no deja huellas y la visión sí. Afecta directamente en la orientación de la vida y repercute sensiblemente en la creatividad del individuo que tiene la visión. La trilogía profética de Hildegard von Bingen, en el insondable misterio de sus exposiciones, es un testimonio inmenso de los frutos de su facultad visionaria, que además se combinaban con otro tipo de escritos nacidos de la observación directa del mundo exterior, como fueron sus tratados de plantas y sus tratados médicos (*Physica* y *Causae et Curae*) escritos en la década de los cincuenta. Y además dirigía como abadesa un monasterio. El autor de la *Vida* lo explica como un constante ir y venir de la *vita activa* a la *contemplativa* y de la *contemplativa* a la *activa,* siendo justamente esta *vita mixta* característica de la vida espiritual de Occidente. Pero, incluso durante la visión, Hildegard no sufría trance extático y no perdía el contacto con el mundo. La carta, titulada *De modo visionis suae,* que escribió en respuesta a las cuestiones formuladas por Guibert de Gembloux, constituye una magnífica descripción acerca del modo de sus visiones (*Cartas*, pág. 149), y, aunque en su época se las asociara, el caso de Hildegard von Bingen es totalmente diferente al de Elisabeth von Schönau, con la que se escribió y a la que apoyó en sus angustias de visiones extáticas (*Cartas*, pág. 129).



En su obra profética las descripciones de las visiones son precisas y tratan por todos los medios de reproducir la impresión visionaria. Escojo aquella en la que el universo se le ofreció en la forma del huevo, que es la Visión tercera de la Parte primera del *Scivias*:

«Después de esto vi un gran instrumento redondo y umbroso, semejante a un huevo: estrecho por arriba y por abajo, y ancho en el medio, cuya parte exterior estaba rodeada por un fuego luminoso que tenía por debajo una especie de piel umbría» (pág. 186).

Las formas que se presentan a su ojo interior «se parecen», «son semejantes», pero nunca «son» las formas terrenales. El fenómeno de la visión, tal y como magníficamente estudiara Henry Corbin, no sucede ni en la tierra ni en el cielo, sino en la tierra de nadie que es la de en medio: la tierra visionaria. Allí, ni las formas son puras formas como en la tierra, ni se penetra en el espacio de lo informe, que es el cielo. Lo que se presenta sólo tiene la apariencia de la forma. Es, propiamente hablando, un símbolo. Imaginación y facultad visionaria coinciden, lejos, en cambio, de la fantasía. En Hildegard von Bingen la floración simbólica es impresionante:

«Y después vi un esplendor inmenso y serenísimo que llameaba como si saliera de muchos ojos y que tenía cuatro ángulos orientados a las cuatro partes del mundo» (Visión cuarta de la Parte primera del *Scivias*, pág. 188).

Contrastando con la serenidad de algunas visiones, como la anterior, de pronto aparecen las imágenes terroríficas, apocalípticas, llenas de monstruos, en las que se respira hondamente la tradición de los Beatos. Al describir las formas visionarias según la semejanza con las formas terrenales, Hildegard von Bingen lo hace en el estilo de su época, de modo que al leerlas asociamos el texto a algunas representaciones del arte románico o del primer gótico. Luego, al mirar las miniaturas que las ilustraron, se advierte que, a pesar de que están compuestas de elementos conocidos (símbolos tradicionales), resultan en extremo novedo-

sas. Las miniaturas visualizan plásticamente las visiones y sirven de apoyos para su recreación. Es un hecho extraordinario el que Hildegard von Bingen dirigiera, según sostienen todavía algunos estudiosos, el trabajo de iluminación del *Scivias* del, por desgracia desaparecido, manuscrito de Rupertsberg *(W)*, pues hasta Christine de Pizan no volveremos a encontrar en la cultura del manuscrito medieval un caso semejante. De gran belleza también son las miniaturas que ilustran el *Liber divinorum operum* en un manuscrito más tardío (principios del siglo XIII), el de Lucca, y es posible que respondieran a un proyecto de ilustración concebido por la propia Hildegard y su entorno. Estas miniaturas son, en el sentido más estricto, arte sagrado, y responden a la auténtica necesidad del hombre de contemplar los misterios de Dios.

Para Hildegard von Bingen el arte es mediación, camino que conduce de la tierra al cielo, de lo visible a lo invisible. Comparte una concepción del arte análoga a la de un abad Suger de Saint-Denis, para quien, por ejemplo, las piedras preciosas no eran sino «apoyos» para contemplar la visión de la luz. El intenso cromatismo que aparece en las visiones de Hildegard, y que se trató de plasmar en las miniaturas, corresponde a ese despliegue de colores detrás de los que está la luz, y son grados y gradaciones para la visión. También parecía compartir Hildegard con el abad de Saint-Denis una idea semejante de «lujo», pues, mientras el abad empleaba piedras preciosas y oro para los objetos litúrgicos, y con bronce dorado se hizo la fachada oeste de la iglesia, la abadesa de Rupertsberg no dudaba en colocarse ella y sus monjas las diademas o coronas de oro y las túnicas de seda resplandeciente que tanto molestaron a su coetánea Tengswich von Andernach (*Cartas*, pág. 125). Pero lo cierto es que el rito litúrgico en Rupertsberg tenía mucho que ver con el arte. Tampoco los prelados de Mainz entendieron el significado de la música cuando levantaron un interdicto prohibiéndola en el monasterio, como castigo por la negativa de Hildegard a exhumar el cuerpo de un hombre noble enterrado en su cementerio. Aunque este interdicto fue la causa de que Hildegard escribiera a los prelados de Mainz una carta fechada un año antes de su muerte, en la que indignada por la prohibición exponía toda una teolo-



gía de la música y ofrecía un auténtico alegato del arte y de su función intelectiva (pág. 298).

No se sabe con seguridad cuándo comenzó Hildegard a componer música, aunque, en el pasaje de la *Vida* en que hace referencia a la revelación del año 1141, alude también a la composición musical como algo tan insólito como la comprensión instantánea «sin enseñanza humana» de los libros sagrados:

«Pero también compuse cantos y melodías en alabanza a Dios y a los santos sin enseñanza de ningún hombre, y los cantaba, sin haber estudiado nunca ni neumas ni canto» (*Vida*, Libro II, Visión primera, pág. 52).

En su carta de 1148, Odo de Soissons, el teólogo de París, ya conocía sus innovaciones en el ámbito de la música (*Cartas*, pág. 121). Las poesías incluidas en el *Scivias* debían de ir acompañadas de música y el *Ordo virtutum*, drama con el que finalizaba la obra, fue concebido como una cantata; en este caso sí se ha conservado notación musical. Pero la década de los cincuenta pareció ser la más productiva, pues, según afirma en el Prólogo al *Liber vitae meritorum* (1158), había pasado ocho años dedicada a la composición. La obra a la que ahí se alude es *Symphonia armonie celestium revelationum*, un ciclo de unas setenta canciones litúrgicas (antífonas, responsorios, himnos, secuencias) dedicado a Dios Padre, la Virgen y el Hijo, el Espíritu Santo, las jerarquías celestes y los santos. Como ya indica el mismo título se trata de música «revelada», cumpliéndose también aquí la metáfora hindú según la cual «artista es quien ha visitado el cielo». De hecho la última visión del *Scivias*, tal y como ha indicado Barbara Newman, es en realidad una audición:

«Entonces vi un aire resplandeciente de luz en el que oí, por encima de todas las imágenes evocadas, todo tipo de músicas maravillosas, alabanzas por los gozos de los cielos cantadas por los que perseveran con valor en la vía de la verdad, lamentos de los condenados aspirando a esos mismos gozos, exhortaciones de las virtudes exhortándose a salvar a los pueblos contra los que se alzan las estratagemas del diablo [...] Y ese sonido *(sonus)*, como la voz de la multitud ordenándose en armonía *(in harmonia symphonizans)* para las alabanzas en los escalones del cielo, decía: [...]» (Parte tercera. Visión decimotercera).

Bien puede decirse que Hildegard «oyó la luz» según el efecto de sinestesia característico de la mística, y que, del mismo modo que trasladó las formas visionarias a las formas terrenales, también pudo trasladar las armonías celestiales de la audición-visión a las formas musicales. Hildegard se parecía a los ángeles de la escalera de Jacob, subiendo y bajando constantemente, del cielo a la tierra y de la tierra al cielo, como atestigua también su obra más oculta y más desconocida: la *Lingua ignota*, escrita hacia 1150, que tanto Volmar como Theoderich von Echternach, como ella misma, ponían en estrecha relación con la creación musical. En este *lenguaje ignoto*, Hildegard configuró un glosario de unos novecientos nombres inventados referidos a seres terrenales y celestiales, con su propio alfabeto «ignoto» de veintitrés caracteres. Es muy posible que una obra semejante buscara la reconstrucción del lenguaje original perdido, aquel que utilizaba Adán para hablar con Dios antes de ser expulsado del paraíso. Ésta es la explicación que ofrece a los prelados de Mainz cuando en su carta Hildegard despliega toda una teología de la música, diciendo cosas asombrosas:

«Si nos disponemos con atención recordaremos cómo el hombre buscó la voz del Espíritu viviente, que Adán perdió por desobediencia. Antes de la transgresión y cuando aún era inocente, tenía la voz en la compañía no pequeña de las voces de los ángeles que las poseen debido a su naturaleza espiritual y que son llamados espíritus por el Espíritu que es Dios.»

«En la voz de Adán estaba toda la suavidad del sonido de la armonía y de todo el arte de la música, antes de que la perdiera. Y si hubiera permanecido en el estado en que fue formado, la fragilidad del hombre mortal no habría podido soportar la fuerza y la sonoridad de aquella voz» (ver pág. 298).

Los instrumentos musicales nacen con el arte del hombre y aparecen, justamente, porque la voz se ha visto mermada de su sonido original, que era absoluto. Y la forma de cada instrumento tiene un significado simbólico, tal y como expone al final de la carta. En la carta a Eberhard, obispo de Bamberg, que gira en torno a la Trinidad relaciona al Padre con el sonido, al Hijo con el verbo y al Espíritu con el aliento, siendo además ésas las tres fuerzas de la razón (*Cartas*, pág. 138). En una canción a la Virgen, le dice:



*Tu vientre recibió gozo*
*cuando de ti resonó toda la sinfonía celeste,*
*pues virgen llevaste al Hijo de Dios,*
*por lo que tu castidad resplandeció en Dios.*

El 17 de septiembre de 1179 Hildegard von Bingen murió acompañada de sus monjas en Rupertsberg. También debió de estar presente Guibert de Gembloux. Theoderich, el biógrafo, habla de que signos celestes acompañaron su muerte. Gebeno de Eberbach compiló hacia 1220 los temas apocalípticos de las visiones de Hildegard y los publicó con el título *Speculum futurorum temporum*, convirtiéndola en una profetisa del futuro. Trithemius de Sponheim (1462-1516) la introdujo en el *Catalogus virorum illustrium* [Catálogo de hombres (!) ilustres] y en *De scriptoribus ecclesiasticis*. Cuando a Goethe le enseñaron en su viaje por el Rin en el monasterio de Eibingen el manuscrito miniado del *Scivias* (el actualmente desaparecido *W*) anotó en su cuaderno de viaje de un modo algo lacónico que le había parecido *merkwürdig* [notable]. Una auténtica revalorización de la figura de Hildegard von Bingen tuvo lugar con el redescubrimiento y la edición del *Liber divinorum operum* por parte del arzobispo de Lucca en el año 1761. Los estudios de carácter científico se iniciaron en el seno de la orden benedictina con Ildefons Herwegen y Maura Böckeler, quienes desde 1928 promovieron su renacimiento. El interés no ha cesado hasta el día de hoy, como se manifiesta en la aparición constante de estudios, de las ediciones críticas de su obra en el *Corpus Christianorum* o en la publicación de un importante volumen que reúne los últimos trabajos para conmemorar el 900 aniversario de su nacimiento: *Hildegard von Bingen, Prophetin durch die Zeiten (*Herder, Friburgo 1997). En 1998 se han cumplido novecientos años de su nacimiento y, aun en su inmensa extrañeza y su misterio, su voz suena potente entre nosotros.

Barcelona, octubre de 1997-diciembre de 2000

# Cronología

1098 Nacimiento de Hildegard en Bermersheim junto a Alzey en Rheinhessen como décima y última hija de Hildebert von Bermersheim y de Mechtild.

1112 El día de Todos los Santos tuvo lugar la clausura solemne de Jutta von Spannheim y Hildegard en la celda construida junto al monasterio de Disibodenberg.

1112-1115 Transformación de la celda en un pequeño monasterio benedictino. Hildegard recibe los votos del obispo Otto von Bamberg.

1136 Muerte de Jutta von Spannheim. Hildegard se convierte en maestra del monasterio.

1141 Recibe de Dios la orden de escribir las visiones. Comienza a escribir *Scivias* [Conoce los caminos] y sus colaboradores son el monje de Disibodenberg, Volmar, y la monja Richardis von Stade.

1146-1147 Intercambio epistolar con el abad Bernardo de Clairvaux.

1147-1148 Durante el sínodo de Trier el papa cisterciense Eugenio III manda a Disibodenberg una comisión para probar la veracidad de las visiones de Hildegard. El mismo papa lee en público un fragmento de *Scivias* y en una carta le exhorta a que escriba las visiones, confirmando con su autoridad su facultad visionaria. Desde este momento comienza una intensa correspondencia con personajes relevantes de todo el Occidente (tanto de la Iglesia como de la política).

Una visión hace concebir a Hildegard su marcha de Disibodenberg para instalarse con sus monjas en Rupertsberg (frente a

Bingen). El abad y los monjes de Disibodenberg se oponen, pero la marquesa Richardis von Stade (madre de la monja colaboradora de Hildegard) logra el permiso del arzobispo de Mainz. Superados estos obstáculos iniciales se comienza con la construcción del monasterio y de la iglesia.

**1148** Según la carta de Odo de Soissons son ya conocidas las composiciones musicales de Hildegard.

**1150** Hildegard se traslada a Rupertsberg con dieciocho o veinte monjas.

**1151** Termina *Scivias*, su primera obra profética. Richardis von Stade es nombrada abadesa de Bassum, junto a Bremen, a instancias de su hermano el arzobispo Hartwig von Bremen y en contra de la voluntad de Hildegard.

**1151-1158** Elaboración de los escritos físicos y médicos: *Liber simplicis medicinae* (conocido como *Physica*) y el *Liber compositae medicinae* (conocido como *Causae et Curae*). Composición de *Symphonia armonie celestium revelationum* [Sinfonía de la armonía de las revelaciones celestes].

**1152** (4 de marzo) Federico I Barbarossa es elegido rey. Poco después de la elección Hildegard le escribe una carta de fidelidad.

(1 de mayo) La iglesia de Rupertsberg recibe nueva consagración por parte del arzobispo Enrique de Mainz.

(29 de octubre) La abadesa Richardis von Stade muere en Bassum.

**A partir de 1154** Encuentro de Hildegard y de Federico I en la corte en Ingelsheim.

**1154-1170** Copistas de Rupertsberg y Zwiefalten reúnen en un manuscrito la correspondencia de Hildegard (es el más antiguo conservado: Stuttgart, LB, Cod. Theol. Phil. 4.° 253).

**1155** Enfermedad de Hildegard que desaparece al cabalgar a Disibodenberg y exigir al abad y a los monjes que devuelvan a Rupertsberg las dotes de sus monjas. El abad Kuno le concede sus peticiones y del mismo modo su sucesor el abad Helenger. Kuno muere el 24 de junio.

**1158** (22 de mayo) Dos documentos del arzobispo Arnold von Mainz fijan las relaciones entre el monasterio de Rupertsberg y el de Disibodenberg.



**1158-1161** Primera enfermedad de tres años de Hildegard. Primer viaje de predicación (Mainz, Wertheim, Würzburg, Kitzingen, Ebrach, Bamberg).

**1158-1163** Elaboración del *Liber vitae meritorum* [Libro de los méritos de la vida], segunda obra profética.

**1159** Comienza el cisma de dieciocho años iniciado por Federico I. El primer antipapa es Victor IV.

**1160** Segundo viaje de predicación: Trier, Metz, Krauftal.

**1161-1163** Tercer viaje de predicación por el Rin: Boppard, Andernach, Siegburg. En Colonia habla ante el pueblo y el clero.

**1163** Comienza el *Liber divinorum operum* [Libro de las obras divinas]. En Mainz Hildegard recibe de Federico I el documento de protección imperial para Rupertsberg. Hildegard se sitúa en posición neutral con respecto al cisma.

**1164** Escrito de Hildegard contra los cátaros a petición de los prelados de Mainz. Segundo papa imperial Paschalis III. Hildegard se pone al lado del papa Alejandro III y escribe a Federico I en tono crítico y amenazador.

**1164-1170** Manuscrito de la correspondencia de Hildegard de Rupertsberg (Viena, NB, Cod. 881).

*ca.* **1165** Hildegard funda el monasterio de Eibingen y lo visita dos veces por semana. Cartas a Enrique II de Inglaterra y a su esposa Leonor de Aquitania.

**1167-1170** Segunda enfermedad de tres años (más fuerte que la anterior).

**1168** Tercer papa imperial Calixto III. De nuevo escribe Hildegard a Federico I una carta amenazadora en la que le muestra el juicio de Dios.

**1169** Exorcismo de Sigewize, que se queda en el convento de Hildegard.

**1170** Elaboración de la *Vita S. Disibodi* a petición del abad Helenger de Disibodenberg.

**1170-1171** Cuarto viaje de predicación de Hildegard: Suabia.

**1173** Muerte de Volmar, el secretario y colaborador de Hildegard, monje de Disibodenberg.

**1173-1174** Termina el *Liber divinorum operum*. Los colaboradores han sido el abad Ludwig y los monjes de la abadía de

San Eucharius de Trier, y su sobrino el prepósito Wezelin de St. Andreas en Colonia. Conflicto con los monjes del monasterio de Disibodenberg por el sucesor de Volmar.

**1174-1175** El abad Helenger de Disibodenberg manda al monje Gottfried como prepósito a Rupertsberg. Gottfried se convierte en el segundo secretario de Hildegard y comienza una *Vita*.

**1175** Correspondencia entre Guibert de Gembloux y Hildegard. A las preguntas acerca de sus visiones Hildegard le responde con la famosa carta *De modo visionis suae*. Manda al monasterio de Villers el *Liber vitae meritorum* y sus canciones.

**1176** Muerte de Gottfried, secretario de Hildegard y monje de Disibodenberg.

**1177** Guibert de Gembloux se convierte en secretario de Hildegard.

**1178** Un hombre noble excomulgado recibe sepultura en el cementerio de Rupertsberg. Como Hildegard se niega a la exhumación, sosteniendo que aquel hombre se reconcilió con la Iglesia antes de morir, los prelados de Mainz le ponen un interdicto (en ausencia del arzobispo Christian von Mainz, que está en Italia). Hildegard lucha por sus derechos. Carta al arzobispo a Roma.

**1179** (marzo) Por orden del arzobispo Christian von Mainz se retira el interdicto.

(17 de septiembre) Muerte de Hildegard.

**1180** Guibert regresa a Gembloux, pero sigue en contacto con las monjas de Rupertsberg.

**1180-1190** El monje Theoderich von Echternach elabora la *Vita*.



# Nota a la edición

Este libro pretende aproximar al público español a una de las figuras más significativas de la espiritualidad del Occidente europeo. Me ha interesado, de modo especial, mostrar la experiencia de Hildegard von Bingen, para lo cual he reunido cuatro tipos de fuentes: 1. La *Vida* de Theoderich von Echternach, fundamentalmente debido a los pasajes autobiográficos que contiene. 2. Las *Cartas*: la edición crítica de las cartas de L. van Acker reúne más de 250 cartas, por lo cual lo que aquí se ofrece no es más que una minúscula muestra; pero se han traducido aquellas que de un modo directo tienen que ver con la experiencia visionaria de Hildegard von Bingen. La correspondencia de Guibert de Gembloux-Hildegard von Bingen contiene el testimonio más importante acerca del modo de la visión de Hildegard y, por lo que yo conozco, se ofrece aquí la primera traducción completa de la carta a una lengua moderna. 3. *Miniaturas de las Visiones*: para entrar en contacto con la visión misma, me ha parecido interesante introducir las descripciones de las visiones y las miniaturas que las ilustraron, sin incluir las interpretaciones, pues eso implicaría ya la lectura de la obra, que obviamente no es de lo que aquí se trata. 4. *Música y poesía*: se han introducido las canciones litúrgicas de *Symphonia* interpretadas en el CD que acompaña este libro, que permiten una aproximación a la creación artística fundamental de Hildegard von Bingen: la música, que se encuentra estrechamente relacionada con la visión. A cada uno de estos cuatro apartados se añaden al final unas Notas en donde se especifican la edición de donde se han traducido los textos y toda aquella información bibliográfica que me ha parecido útil para la

comprensión de los textos. Todas las traducciones se han realizado del original en latín. Este libro ha sido posible gracias a las últimas ediciones críticas aparecidas en el *Corpus Christianorum*: la de la *Vita*, la de la correspondencia, la de Guibert de Gembloux, la del *Liber divinorum operum*, así como la de Barbara Newman de *Symphonia* (ver Bibliografía).

Quiero agradecer aquí la inestimable ayuda en la recopilación bibliográfica que en cada momento «de carencia» me han prestado Anneliese John, Kathia Alves, el profesor de Estudios Bizantinos Antonio Rigo, de la Universidad de Potenza, la profesora de Historia Medieval Blanca Garí, de la Universidad de Barcelona, y el profesor de Historia de las Religiones de la Universidad Pompeu Fabra, Amador Vega.



# *Vida y visiones de Hildegard von Bingen*

*Vida* por
Theoderich von Echternach

# <Prólogo>

## Comienza el Prólogo a la vida de santa Hildegard virgen

A los venerables abades Ludwig y Gottfried saluda Theoderich, humilde siervo de entre los siervos de Dios, con oraciones devotas.

Recibí el precepto por parte de vuestra autoridad de poner en orden la vida de santa Hildegard virgen, amada de Dios, que Gottfried, hombre de claro ingenio, había comenzado con brillante estilo aunque no pudiera terminarla, y redactar en la forma de una única obra las visiones y hechos que habían sido introducidos en distintos libros, como si se tratara de un solo ramo de olorosas flores. Me pareció que esto superaba mis fuerzas y además me avergonzaba sentarme como árbitro a juzgar la obra de otro, pero en medio de estas dudas e inquietudes se me ocurrió que el amor proporciona las fuerzas que la ignorancia deniega, y que es mejor hacer el ridículo con pudor ante los hombres que sufrir el peligro de desobediencia.

Por ello mismo resultaba claro que el libro del ya citado varón tenía que ocupar el primer puesto y que en nada podía sufrir menoscabo su disposición. A éste se añadió el segundo libro, que contiene el admirable texto de las visiones de la santa virgen, y el tercero, acerca de los milagros que milagrosamente Dios se dignó a obrar a través de ella. Todo esto ha sido distribuido, dividido y ordenado por nosotros. Así no disminuye la gloria del escritor precedente y la memoria de los que leen será incitada a la verdadera sabiduría, a la visión celeste y a la divina virtud.

Pues ¿qué hombre bueno no se sentiría incitado con gran deseo a una vida eterna y al anhelo de vivir con santidad, justicia y piedad, al ver resplandecer la gema preclara, adornada de todas las virtudes, de la virginidad, paciencia y sabiduría? Por ello nos entregamos a la obra de que las encendidas luces de Cristo no permanezcan en lo oculto, sino que luzcan en el candelabro para que sean imitadas como ejemplo resplandeciente en la vida, las palabras y las obras por todos los que se encuentran en la casa de Dios. Y así, si por temeridad el obediente ha cometido algún error, la caridad de sus señores lo perdone y lo adjudique todo a su celo, pues tan gravemente han querido cargarnos a nosotros, hombres frágiles, con esta difícil tarea.

Para que la cualidad de esta obra brille más clara, he escrito esta epístola y el índice de los siguientes capítulos, de modo que el lector conozca mejor a dónde debe llegar.

Termina el Prólogo



# <Libro I>

## Comienzan los capítulos del Libro primero

visión, tan pronto podía dedicarse por entero a la vida activa como a la contemplativa.

## Comienza el Libro primero de la vida de santa Hildegard, virgen amada de Dios

I. Siendo rey Enrique augusto en la república romana, vivió en la parte citerior de la Galia una virgen tan ilustre de nacimiento como en santidad, cuyo nombre fue Hildegard. Su padre se llamaba Hildebert y su madre Mechtild. Aunque los padres vivían inmersos en preocupaciones mundanas y sus riquezas eran notables, no fueron ingratos con los dones del Creador, y entregaron a la hija antes citada a la divina servidumbre, puesto que ya en su infancia una prematura pureza parecía alejarla de toda costumbre carnal. Tan pronto pudo expresarse en un lenguaje, ya fuera con palabras o con signos, hizo saber a los que estaban en su entorno que veía formas de visiones secretas situadas más allá de la percepción común de los demás y, por tanto, vistas de un modo totalmente insólito. Cuando hubo cumplido los ocho años fue recluida, para ser enterrada con Cristo y así poder resucitar con Él en la gloria inmortal, en el monte de San Disibod con una piadosa mujer consagrada a Dios, llamada Jutta. Esta mujer la educó en la humildad y la inocencia, le instruyó en el salterio decacorde y le enseñó a gozar de los salmos de David. A excepción de esta simple introducción en los salmos, no recibió ninguna otra enseñanza, ni del arte de la música, ni de las letras, y, sin embargo, han quedado de ella no pocos escritos y no exiguos volúmenes. Y es posible afirmar esto como verdadero a partir de sus propias palabras. En su libro denominado *Scivias* [Conoce los caminos] dice:

«A la edad de cuarenta y dos años y siete meses, vino del cielo abierto una luz ígnea que se derramó como una llama en todo mi cerebro, en todo mi corazón y en todo mi pecho. No ardía, sólo era caliente, del mismo modo que calienta el sol todo aquello sobre lo que pone sus rayos. Y de pronto comprendí el sentido de los libros, de los salterios, de los evangelios y de otros volúmenes católicos, tanto del antiguo como del nuevo testamento, aun sin conocer la explicación de cada una de las palabras del texto, ni la división de las sílabas, ni los casos, ni los tiempos.»



II. Pero volvamos a nuestro propósito. Después de que la virgen de Cristo hiciera el voto monástico y recibiera el sagrado velo, creció ascendiendo de virtud en virtud para gran alegría de su ya mencionada madre venerable, que veía llena de admiración cómo la discípula se convertía en maestra y en guía precursora de las sendas superiores. En su corazón ardía la bondad de un amor que en su amplitud nunca excluyó a nadie. El muro de la humildad protegía la torre de la virginidad. La frugalidad en la comida y bebida estaba acompañada de la sencillez en la vestimenta. El pudoroso sosiego de su corazón se mostraba con el silencio y la parquedad de palabras. Todos estos collares de santas virtudes, fabricados por la mano del Sumo Artífice, los custodiaba Paciencia, adornando así a la esposa de Cristo.

Pero, del mismo modo que el horno prueba las vasijas del alfarero, así la virtud alcanza su perfección en la enfermedad. Desde la misma infancia padeció casi de un modo constante dolorosas enfermedades, de forma que raras veces podía andar, y así como toda la materia de su carne vacilaba, su vida parecía la imagen de una costosa muerte. Cuantas más fuerzas del hombre exterior le faltaban, tanto más accedía al interior a través del espíritu de la sabiduría y de la fortaleza. Mientras languidecía el cuerpo, crecía y crecía de un modo asombroso el ardor del espíritu.

III. Transcurrieron muchos años en los que Hildegard perseveró en el santo propósito de complacer a Dios, y llegó el tiempo en que su vida y sabiduría habrían de manifestarse para la salvación de muchos. La voz de Dios le instaba a que se detuviera a escribir lo que hubiera visto u oído. Ella lo retrasaba por vergüenza femenina, temiendo además no sólo la jactancia del vulgo sino los juicios temerarios de los hombres. Pero un violento aguijón la obligó a no dudar más en descubrir los secretos revelados del cielo. Y así, cuando en una ocasión yaciera debido a una larga enfermedad, confesó con miedo y humildad la causa de aquel castigo, primero al monje que había sido propuesto como su maestro, y a través de él al abad.

El abad reflexionó acerca del insólito acontecimiento y, sabiendo que a Dios nada le es imposible, llamó a los más sabios del monasterio para que juzgaran lo que había oído. Interrogó a Hildegard acerca de sus escrituras y visiones, y le exhortó a que mostrara lo que Dios le daba. En cuanto comenzó a escribir la obra que antes no se atreviera, le volvieron las fuerzas y pudo levantarse del lecho. Entonces el abad aceptó la certeza del milagro y, no contento con su solo juicio, pensó que tenía que hacer pública la noticia. Se dirigió a la iglesia madre de Mainz y expuso el asunto en presencia del venerable arzobispo Enrique y del cabildo, mostrando también los escritos que acababa de engendrar la beata virgen.

IV. Por aquel tiempo, el sumo sacerdote del santo trono romano, Eugenio, de feliz memoria, se encontraba invitado en Trier por Adalberón, arzobispo de Trier, para celebrar el concilio eclesiástico general. Al obispo de la ciudad de Mainz y a los mayores del clero les pareció oportuno llevar al conocimiento del apóstol el asunto de Hildegard para que con su autoridad determinara lo que debía aceptarse o rechazarse.

El papa oyó aquella noticia con temor y asombro, y sabiendo que para Dios todo es posible, decidió que aquello fuera investigado de inmediato, y con este fin envió al venerable obispo de Verdún y a Adalberto, junto con otras personas idóneas, al cenobio, donde la virgen vivía desde hacía años como reclusa, para que sin gran estrépito ni curiosidad conocieran por ella misma lo que ocurría. Después de preguntarle con humildad y de que ella se manifestara con simpleza, regresaron junto al apóstol y contaron las grandes cosas que habían oído ante la gran expectación de todos los asistentes. Luego, el papa ordenó que le presentaran los escritos de la beata Hildegard, que le habían traído del susodicho cenobio. Sosteniéndolos con sus propias manos como si fuera un recitador, los leyó públicamente ante el arzobispo, los cardenales y todos los que habían comparecido del clero, y cuando hizo pública la respuesta de los hombres que había enviado para indagarla, incitó a los corazones y a las voces de todos a las alabanzas y congratulaciones para el Creador.



También estaba allí presente Bernardo, abad de Clairvaux, de santo recuerdo, que con la aprobación de todos los asistentes exhortó al sumo pontífice a que no permitiera que tan insigne luz fuera apagada con el silencio, y a que confirmara con su autoridad tanta gracia, que el mismo Señor había querido manifestar en el tiempo. El reverendo padre de los padres dio su consentimiento con bondad y sabiduría, y dirigió a la beata virgen unas cartas, en las cuales le concedía licencia en el nombre de Cristo y de san Pedro, para que expresara lo que conociera por el Espíritu Santo, y le animó a escribir. Honraba el lugar en que ella se había criado y felicitaba al abad, y a los hermanos del cenobio.

V. La beata Hildegard, llena de humilde fe, se manifestaba con palabras, que no había recibido ni de hombre ni a través de hombre, y exhalaba tan buen olor y fragancia de santidad que se expandió por todo lo ancho y largo. Entonces acudieron a ella no pocas hijas de nobles para recibir la institución del hábito religioso según los caminos regulares. Como no cabían todas en la celda y se había planteado un traslado o una ampliación de su habitáculo, a Hildegard le fue mostrado por el Espíritu un lugar, allí donde confluye el Nahe con el Rin, esto es, la colina conocida desde días antiguos por el nombre del confesor san Rupert, que la había poseído por derecho de patrimonio y donde consumió su vida felizmente dedicada al servicio y la obra de Dios junto a su beata madre Berta y al santo confesor Guibert. El lugar conservó el nombre de su sepultura y reliquias.

En cuanto la virgen de Dios conoció el lugar para el traslado, no a través de los ojos corporales sino de la visión interior, lo reveló al abad y a sus hermanos. Pero como éstos dudaran en concederle el permiso, pues por un lado no querían que ella se marchara, aunque por otro no quisieran oponerse al mandato de Dios de peregrinar, ella cayó enferma en el lecho del que no se pudo levantar hasta que el abad y los demás fueron apremiados por un signo divino a consentir y a no poner más obstáculos.

Entre ellos se encontraba Arnold, antaño un laico que se había hecho monje. Al parecer, había incitado con su torva obstinación a los demás a que se opusieran. Hallándose un día en un feudo de

la Iglesia, en la ciudad de Weilar, de pronto sintió tal agitación en su cuerpo que perdió toda esperanza de vida y la lengua se le hinchó tanto que no le cupo en la boca. Pidió por signos que le trasladaran a la iglesia de San Rupert. Una vez allí prometió no poner más obstáculos y en el acto recuperó la salud. A partir de entonces se convirtió en un eficaz ayudante en la preparación de las viviendas y con sus propias manos sacó las cepas del lugar donde tenían que ser construidas las casas para recibir a las monjas.

Mientras tanto Hildegard, para quien se preparaban aquellas viviendas, yacía castigada debido al retraso en ejecutar el divino mandato, negándose los pies a cumplir su función. Además, no podía ser movida de la cama, donde había caído como una roca. Como el abad no podía creer lo que le contaban, entró para ver. Después de tratar con todas sus fuerzas de alzarla por la cabeza o inclinarla a un lado sin lograr absolutamente nada, reconoció estupefacto ante tan insólito milagro que aquello era divino castigo y no sufrimiento humano, y sostuvo que no habría de ser contrariado por él un edicto celeste, si él mismo no quería soportar algo peor.

Ya que el lugar antes citado pertenecía en parte a la iglesia de Mainz y el feudo con el oratorio de San Rupert era posesión del conde Bernhard von Hildesheim, se organizó una embajada de fieles, y la virgen de Dios obtuvo en seguida la licencia para vivir allí, ella y sus hermanas.

VI. Así, después de que transcurriera mucho tiempo sin que Hildegard pudiera andar, fue decidido por ambas partes que marchara con sus hermanas al lugar que había visto en el espíritu. El abad entró donde ella yacía postrada y le dijo que, en nombre de Dios, se levantara para partir a la casa que el cielo le había destinado. Entonces ella se levantó tan deprisa como nadie hubiera podido hacerlo después de tanto tiempo de debilidad, y todos los que estaban allí quedaron llenos de estupor y admiración.

No es de extrañar que se quedaran estupefactos, pues todo lo que se había visto que le sucedía a la enferma era extraordinario. Desde que había recibido el mandato celeste de cambiar de lugar, sentía un alivio en el sufrimiento de su cuerpo cada vez que



las condiciones parecían favorables, y al revés: cuando los esfuerzos parecían chocar con los obstáculos de los contrincantes, entonces agravaba su estado aunque ella no hubiera intervenido en nada. A veces se levantaba de repente de la cama y recorría todos los rincones de su celda, pero no podía hablar en absoluto; cuando volvía otra vez al lecho, no podía andar, pero hablaba como antes. Se vio aquejada de este tipo de enfermedad no sólo en aquella ocasión, sino cada vez que se retrasaba en cumplir la voluntad de Dios a causa de las dudas y con miedo femenino, experimentando en ella misma la certeza del argumento.

VII. Por fin la sierva de Dios abandonó junto con dieciocho monjas consagradas a Dios el lugar en el que había vivido hasta el momento. Y en tanto dolor y tristeza dejó a aquellos de los que se separaba como gozo y exultación trajo a la región a la que llegó. A su encuentro fueron muchos hombres honorables y una gran muchedumbre popular tanto de la ciudad de Bingen como de las otras ciudades vecinas, y la recibieron con grandes gritos y cantos de alabanzas a Dios. Cuando ella entró con su pequeño rebaño, o mejor, el de Cristo, a los lugares que le habían preparado, exaltó con devota alegría de corazón la sabiduría divina que todo lo dispone, y con materno afecto acogió a las monjas encomendadas a su tutela, y no cesaba de inculcarles con prudencia la regla instituida.

A fin de que no pareciera que estaba invadiendo u ocupando una posesión de derecho ajeno, adquirió el lugar que habitaba a los susodichos propietarios gracias a las ofrendas de los fieles que habían llegado hasta allí arrastrados por la fama de su nombre, una parte por medio de pago y la otra a través de cambios. Como había adquirido el lugar en estado de libertad, decidió que sería siempre libre, esto es, sometido sólo a la protección de la iglesia de Mainz, sin otro señor más que el arzobispo de la misma sede. No se arrogó ningún protector laico, pues no quería que pareciera que metía al lobo en el redil, ya que muchas iglesias en el mundo sufren de ese mal y por ello serán destruidas.

Con respecto a los prelados del cenobio de donde había marchado, mantuvo las siguientes sumisiones para ella y para sus hijas: en las cuestiones espirituales que afectaban a la vida según la

regla y la profesión monacal, prefería dirigirse a ellos mejor que a otros; en la medida en que las circunstancias y el tiempo lo requirieran, deberían recibir de aquel monasterio sacerdotes que ellas escogerían por propia y libre elección. Ellos las socorrerían tanto en el cuidado de sus almas con los oficios divinos, como en la administración temporal.

Todo aquello fue confirmado y decretado no sólo con el permiso y consejo de los venerables Heinrich y Arnold de Mainz, arzobispos de la capital, sino con documentos escritos con el consenso del abad. La iglesia de San Disibod se vio de este modo impedida por el prestigio de estos privilegios, o mejor aún, por la intervención divina, a adjudicarse algún derecho en la propiedad de San Rupert.

En cuanto la virgen conoció por íntima revelación que por tal asunto tendría que dirigirse al susodicho cenobio, el temor la detuvo como a Jonás, y fue castigada con el látigo divino, languideciendo casi hasta la muerte. Aquel golpe le sirvió de advertencia. Se hizo llevar al oratorio y allí juró ir a donde Dios le mandara, si cesaba el castigo. Luego pidió que la sentaran en un caballo, la aguantaran por las manos y la condujeran. No habían recorrido más que un corto trecho, cuando le volvieron las fuerzas y continuó avanzando llena de alegría. Al llegar a la montaña que llevaba el nombre del confesor, explicó el motivo que le había impulsado a ir hasta allí, y llevó a cabo la liberación del lugar de su vivienda con los alodios que le pertenecían, con respecto a aquel monasterio. Les dejó la mayor parte de las posesiones que les habían sido cedidas a ella y a sus hermanas cuando ingresaron, además de una nada módica cantidad de dinero, a fin de que no hubiera motivo posible para una querella justa.

VIII. Cierto es que el hilo del relato exige ser retomado. Aunque la beata Hildegard soportara los dolores de parto de Lía, alimentaba los ojos claros de la hermosa Raquel en la luz de la visión interna <Gn 29 y ss.>. Y lo que que había visto en el interior, lo exponía lo mejor que podía con palabras y escritos. Este modo de mirar y de ver se encuentra sólo muy raramente también entre los mayores santos mientras permanecen a la sombra de la muerte. Por ello hay que decir algo aquí acerca de esto. Pe-



ro es mejor conocerlo por sus propias palabras, ya que ella misma pudo expresarlo. Así, en la carta de respuesta al monje Guibert de Gembloux, que estaba investigando este asunto a partir de lo que había oído, le dijo:

«Dios obra allí donde quiere para gloria de su nombre y no del hombre terreno. Yo siempre tengo un tembloroso temor, pues no sé en mí ninguna seguridad de la posibilidad que sea. Pero tiendo mis manos a Dios, y Él me sostiene como una pluma que carece de toda gravedad de fuerzas y deja llevarse por el viento. Ni siquiera aquello que veo puedo saberlo de un modo perfecto, mientras estoy al servicio del cuerpo y del alma invisible, pues en ambos hay carencia para el hombre.

Desde mi infancia, cuando todavía no tenía ni los huesos, ni los nervios, ni las venas robustecidas, hasta ahora que ya tengo más de setenta años, siempre he disfrutado del regalo de la visión en mi alma. En la visión mi espíritu asciende, tal como Dios quiere, hasta la altura del firmamento y otros aires, y se esparce entre pueblos diversos en lejanas regiones y lugares que son remotos para mí. Y como veo de este modo en mi alma, así también las contemplo según el cambio de las nubes y otras criaturas. Pero no veo esto con los ojos exteriores, ni oigo con los oídos exteriores, ni percibo con los pensamientos de mi corazón, ni a través de ninguno de los cinco sentidos, sino en mi alma, mientras están abiertos mis ojos exteriores, de tal modo que nunca he sufrido éxtasis y pérdida de los sentidos, sino que veo todo esto despierta tanto de día como de noche.»

IX. Así pues, de las palabras precedentes deducimos que esta santa virgen poseía un modo de visión asombroso y raro. A semejanza de los santos seres que vio Ezequiel <Ez 1, 14-17>, parecía un ser alado que iba y no se volvía, y, sin embargo, ella iba y volvía una y otra vez, porque, de la vida activa que la tenía apresada, no volvía a algo más inferior, pero de la contemplativa, en la que no se podía mantener continuamente, pues estaba atada a la carne, volvía a la vida activa. Como si Dios le hubiera hablado así de la vida activa: «No te dejaré ni te abandonaré» <Heb 13, 5>, sin permitirle que no siguiera con sus buenos propósitos, y que de la vida contemplativa le hubiera dicho: «Reti-

ra de mí tus ojos, que me subyugan» <Cant 6, 5>, y le hubiera permitido que volviera de la visión de su incomprensible majestad al trabajo de la vida activa. «Retira de mí tus ojos», dijo, «que me subyugan, y en esta vida no pueden comprenderme perfectamente». De ahí que el salmista diga: «El hombre eleva su corazón hacia las cosas elevadas, pero Dios se muestra sublime» <Sal 63, 7>, pues cuanto más busque el corazón puro lo más elevado, más hondamente comprenderá que es incomprensible. De este modo, la beata virgen atada a la carne se esforzaba por la vida activa y aspiraba ardientemente a aquella luz inaccesible de la divinidad de la contemplativa.

Y poniendo fin a este primer libro bendecimos al Señor, que miró a esta sierva elegida desde el primer momento de su nacimiento y la elevó, a ella, su amada, hasta la claridad de su visión.



# <Libro II: Visiones>

## Comienza el Prólogo al Libro segundo

El corto ingenio no basta para las grandes materias, pero el amor y la obediencia, por los que me reconozco obligado para siempre a vosotros, ilustrísimos abades, Ludwig y Gottfried, han concedido a mi espíritu la facultad de hacer posible lo imposible. A pesar de no confiar para nada en mi ingenio, he obedecido a vuestros preceptos en el amor a Cristo, y he tratado de ordenar y terminar con la ayuda de Dios el Libro segundo de la vida de la beata virgen Hildegard, que está salpicado de secretas y arcanas visiones como hermosas flores, desde el lugar en que Gottfried terminó el libro precedente. De las propias palabras de la virgen amada por Dios brilla tanta claridad profética que no parece hubiera recibido menos gracia que los antiguos padres.

Pues tal y como se lee de Moisés, que estaba siempre en el tabernáculo, también ella permanecía bajo la sombra de las visiones celestes, para como aquél aprender algo de Dios y enseñarlo a sus oyentes. ¿Acaso no permanecía en el tabernáculo celestial y no iba más allá de la niebla de toda la carnalidad, tal y como el Espíritu de la verdad le había enseñado las palabras del Evangelio de Juan: «En el Principio existía la Palabra», etcétera? <Jn 1, 1>. El mismo Espíritu Santo que corría por el corazón de Juan cuando chupó del pecho de Jesús la honda revelación, quiso que a través de la divina gracia de su condescendencia aprendiera lo que debía decir. Pero aplazaremos hablar de esto por el momento, y expondremos lo siguiente bajo el soplo del Espíritu Santo.

Esperamos que no moleste al lector que algo de lo que ha sido

mencionado en el libro precedente de la vida, sea descrito en este siguiente acerca de las visiones, pues nos parece justo mantener, por un lado, el orden de las cosas en el relato de su historia, y, por otro, no mutilar de ningún modo en la descripción de las visiones la literalidad e integridad de las palabras reveladas por el Espíritu Santo. Los capítulos de este libro, como en el del anterior, lo preceden, para que pueda accederse a ellos con mayor facilidad.

## Comienzan los capítulos del Libro segundo

I. Acerca de lo que Hildegard expresó en escritos, cantos y cartas con una lengua insólita y quién lo dispuso gramaticalmente.

II. De cómo en la Visión primera escribió de su miedo y de la bendición del Papa y permiso para escribir.

III. Del sentido del libro *El Cantar de los Cantares* y de cómo con frecuencia estaba tocada por el Espíritu.

IV. De cómo aconsejaba a los que acudían a ella y con humildad les mostraba sus íntimas convicciones y méritos.

V. Acerca de la Visión segunda que ocultó, y por ello se quedó ciega y sufrió muchas adversidades.

VI. De cómo puede ser comparada ella y el lugar que Dios le eligió, con la profetisa Débora y su lugar.

VII. Acerca de la Visión tercera y la emancipación del lugar, y de cómo Dios la liberó al instante de toda tribulación.

VIII. De cómo Dios la confortaba siempre, cuando un diablo o un hombre la acosaban.

IX. Acerca de la Visión cuarta, en la que vio a ángeles buenos y malos.

X. De cómo enfermó durante tres años y vio a un querubín que apartaba de ella a unos ángeles malos con una espada ígnea.

XI. De cómo no sólo venciera la enfermedad y el temor a los demonios, sino que fue glorificada por la defensa angélica.

XII. Cómo un filósofo converso alabó a Dios en ella y castigó a sus monjas por las vanidades demoníacas.

XIII. De cómo ni la prosperidad le aliviaba, ni la adversidad le deprimía.



XIV. Acerca de la Visión quinta, que trató de la lucha entre la carne y el espíritu, y el magnífico ejemplo de los santos padres.

XV. Acerca de la Visión sexta, en la que vio torres y diversas casas.

XVI. Acerca de la Visión séptima, en la que dice cómo Juan le enseñó el Evangelio.

XVII. De cómo el Espíritu le impregnó de una gracia especial de la fuente de la sabiduría.

## Comienza el Libro segundo en el que están insertas las Visiones de la santa virgen

I. Así, la beata virgen terminó el libro de sus visiones que había empezado en Disibodenberg, en el lugar al que se había trasladado por mandato divino. Además reveló con espíritu profético algunas cosas acerca de la naturaleza de los hombres, de los elementos y de las diversas criaturas, y de cómo a través de ellas el hombre debía ser socorrido, y muchos otros secretos.

También es conocido que respondió con discernimiento a las cartas a ella dirigidas desde lugares diversos, si alguien quisiera examinar con atención el contenido de sus palabras salidas de la revelación divina. Tanto sus propias cartas como las dirigidas a ella están reunidas en un solo volumen.

Pero ¿quién no se admiraría de que hubiera compuesto un canto de dulcísima melodía en maravillosa armonía y hubiera creado letras nunca vistas en una lengua antes inaudita? Además comentó algunos Evangelios y escribió interpretaciones simbólicas. Todo esto, cantar y alegrarse, le estaba permitido a su alma, pues se la abría la llave de David: «si él abre, nadie puede cerrar; si él cierra, nadie puede abrir» <Ap 3, 7>. El rey la «había llevado a su bodega» <Cant 2, 4>, para que «se saciara de la grasa de su Casa» y «abrevara en el torrente de sus delicias» <Sal 35, 9>. De ahí que, tal y como escrito está, fuera concebida y parida en el temor al Señor y trajera a la tierra el espíritu de salvación.

También es digno de gran admiración lo siguiente: lo que ella oía o veía en espíritu, con el mismo sentido y las mismas palabras lo escribía llena de cautela y pura de espíritu, y lo decía con

la boca, de tal modo que con un solo colaborador fiel tenía bastante. Éste ponía los casos, tiempos y géneros correctos según el arte gramatical que ella desconocía, pero no añadía ni quitaba nada del sentido o para la comprensión.

Acerca de este asunto escribió al papa Adriano y le dijo lo que había oído en visión celeste:

«Como las cosas que te han sido manifestadas arriba no puedes expresarlas en la forma habitual de la lengua latina, porque no se te ha concedido ese hábito, aquel que tenga la lima no debe descuidar completarlo hasta el sonido apropiado a los hombres.»

II. Nos parece conveniente insertar aquí algún escrito suyo de las visiones, y veremos lo bien que se le podrían aplicar los versos del *Cantar de los Cantares*: «Mi amado metió la mano por la hendedura; y por él se estremecieron mis entrañas» <Cant 5, 4>. Este escrito dice lo siguiente:

## Visión primera

«En la visión misteriosa y en la luz del amor vi y oí estas palabras acerca de la sabiduría que nunca pasa: cinco tonos de la justicia enviados por Dios resuenan para el género humano, en los que consiste la salvación y redención de los creyentes.

Y estos cinco tonos son superiores a todas las obras de los hombres, porque todas las obras de los hombres se nutren de ellos. Hay hombres que no marchan según estos sonidos, sino que sus obras son realizadas sólo con la ayuda de los cinco sentidos del cuerpo. El significado de esto es el siguiente:

El primer tono se realizó en la obra a través del fiel sacrificio que Abel inmoló a Dios; el segundo, cuando Noé construyó el arca por orden de Dios; el tercero, por medio de Moisés cuando recibió la Ley que fue referencia para la circuncisión de Abraham. En el cuarto tono la palabra del altísimo Padre descendió al útero de la virgen y se hizo carne, pues aquella palabra mezcló el limo con agua y formó al hombre. De ahí que toda criatura llame a través del hombre a aquel por quien fue creada, por lo que Dios llevó dentro de sí todo por deseo del hombre. En un



tiempo creó al hombre, en otro lo llevó dentro de sí, para atraer a Él a todos a quienes perdiera el consejo de la serpiente. El quinto tono sonará cuando haya terminado todo error y confusión, y los hombres vean y conozcan que nadie puede hacer nada contra Dios. De este modo en los cinco tonos enviados por Dios se realiza el Antiguo y el Nuevo Testamento, y alcanzará a la totalidad de los hombres. Después de estos cinco tonos se le dará al hijo de Dios un tiempo de luz, de modo que será conocido abiertamente por todas las carnes. Después la divinidad obrará en sí misma cuanto quiera.

La Sabiduría también me enseñó en la luz del amor y me dijo de qué modo fui dispuesta en esta visión. Y no soy yo quien digo estas palabras de mí, sino Sabiduría las dijo de mí y me habló así: "Oye estas palabras y no las digas como si fueran tuyas, sino mías, y así instruida por mí habla de ti de este modo:

En mi primera formación, cuando Dios me infundió en el útero de mi madre el aliento de la vida, imprimió esta visión en mi alma. Pues en el año mil cien después de la encarnación de Cristo, la doctrina de los apóstoles y la justicia incandescente, que había sido el fundamento para cristianos y eclesiásticos, empezó a abandonarse y pareció que se iba a derrumbar. En aquel tiempo nací yo y mis padres, aun cuando lo sintieran mucho, me prometieron a Dios. A los tres años de edad vi una luz tal que mi alma tembló, pero debido a mi niñez nada pude proferir acerca de esto.

A los ocho años fui ofrecida a Dios para la vida espiritual y hasta los quince años vi mucho y explicaba algo de un modo simple. Los que lo oían se quedaban admirados, preguntándose de dónde venía y de quién era. A mí me sorprendía mucho el hecho de que, mientras miraba en lo más hondo de mi alma, mantuviera también la visión exterior, y asimismo el que no hubiera oído nada parecido de nadie, hizo que ocultara cuanto pude la visión que veía en el alma. Desconocía muchas cosas exteriores debido a mis frecuentes enfermedades que me han aquejado desde la lactancia hasta ahora, debilitando mi cuerpo y haciendo que me faltaran las fuerzas. Agotada de todo esto, pregunté a mi nodriza si veía algo aparte de las cosas exteriores, y me respondió que nada, porque no veía nada de aquello. Entonces me

sentí apresada por un gran miedo y no me atreví a decir nada a nadie, pero hablando de muchas cosas, solía describir con detalle cosas del futuro. Y cuando estaba completamente invadida por esta visión, decía muchas cosas que eran extrañas a los que oían, pero, cuando cesaba algo la fuerza de la visión, en la que me había mostrado más como una niña que según mi edad, me avergonzaba y lloraba, y habría preferido callarme si hubiera sido posible. Por miedo a los hombres, no me atrevía a decir a nadie lo que veía. Pero la noble mujer que me educaba lo notó, y se lo contó a un monje que conocía.

Por medio de su gracia Dios había derramado en aquella mujer un río de muchas aguas, de tal modo que no dio reposo a su cuerpo con vigilias, ayunos y otras buenas obras hasta que terminó la vida presente con un buen fin. Dios hizo visibles sus méritos a través de hermosos signos. Después de su muerte continué viendo del mismo modo hasta que cumplí cuarenta y dos años.

Entonces en aquella visión fui obligada por grandes dolores a manifestar claramente lo que viera y oyera, pero tenía mucho miedo y me daba mucha vergüenza decir lo que había callado tanto tiempo. Mis venas y médulas estaban entonces llenas de fuerzas que, en cambio, me habían faltado en la infancia y en la juventud. Le confié esto a mi maestro, un monje que era de buen trato y solícito, pero ajeno a las preguntas curiosas a las que muchos hombres están acostumbrados. De ahí que oyera con gusto estas apariciones milagrosas. Asombrado, me alentó a que lo escribiera a escondidas, para ver qué eran y de dónde venían. Cuando comprendió que venían de Dios, se lo confió a su abad y desde entonces trabajó conmigo con gran ahínco.

En esta visión comprendí los escritos de los profetas, de los Evangelios y de otros santos y filósofos sin ninguna enseñanza humana y algo de esto expuse, cuando apenas tenía conocimiento de las letras, tal y como me enseñó la mujer iletrada. Pero también compuse cantos y melodías en alabanza a Dios y a los santos sin enseñanza de ningún hombre, y los cantaba, sin haber estudiado nunca ni neumas ni canto.

Cuando todo esto llegó hasta la iglesia de Mainz y fue allí discutido, todos dijeron que venía de Dios y de la gracia profética



por la que en otro tiempo habían hablado los profetas. Fueron presentados mis escritos al papa Eugenio, que se encontraba en Trier. Con agrado hizo que fueran leídos delante de una gran asamblea y también los leyó para sí mismo. Con gran fe en la gracia de Dios me envió su bendición con cartas y me ordenó que escribiera con cuidado lo que viera u oyera en la visión".»

III. Así pues es posible concluir de la bellísima visión de la beata virgen y del relato de su temor ante la proximidad del Espíritu Santo, de la bendición apostólica y de su permiso para la escritura, que verdaderamente su amado esposo celeste Jesucristo tendió su mano, esto es, la obra e inspiración del Espíritu Santo, a través de la hendedura, esto es, por medio de su gracia oculta, y que su vientre y su mente se estremecieron con el tacto, esto es, con la infusión de su gracia, debido a la insólita fuerza del Espíritu y el peso que sentía en su interior. ¿Qué más adecuado, qué más conveniente? Ciertamente del mismo modo que en Elías la visitación es indicada por medio de la suave brisa <1 Re 19, 12>, así su mente degustaba el sabor del divino Espíritu cuando había sido elevada a la cima de la contemplación.

¿Y qué hacía? «Me levantaba», decía, «para abrir a mi amado» <Cant 5, 5>. Oh verdadera, beata virgen, que, tal y como está escrito, como amara la pureza del corazón y debido a la gracia de sus labios, tenía por amigo al rey, esto es, a Cristo, de quien recibió semejante don. Pues según la medida que le quisiera dar el Espíritu Santo, que sopla donde quiere y lo reparte a cada uno como quiere, no podía dejar de levantarse y abrir al amado. Ora por la voz, ora por las letras, abriendo al amado el cerrojo de su puerta, perseguía fuera lo que había oído dentro. ¿Qué había oído dentro? «Desborda por fuera tus arroyos y las corrientes de aguas por las plazas» <Prov 5, 16>.

IV. De este modo, corrientes de buenas obras como los ríos del paraíso bañaron no sólo las regiones vecinas, sino toda la Galia tripartita y Germania. De todos los lugares llegaban hasta ella muchedumbres de gentes de ambos sexos a los que concedía exhortaciones por la gracia de Dios y a cada uno según su vida.

Para la salvación de sus almas les proponía cuestiones de las

Sagradas Escrituras y las resolvía. Muchos recibieron de ella consejo para los achaques corporales que sufrían, y no pocos se sintieron aliviados de sus enfermedades por sus bendiciones. Como conociera gracias a su espíritu profético los pensamientos y las intenciones de los hombres, reprendía a los que se habían acercado a ella sólo por curiosidad con intención frívola y perversa, y como no podían resistirse al espíritu que hablaba por ella, tenían que desistir de su mal comportamiento castigados y corregidos. Incluso a los judíos que acudían a ella con preguntas, les refutaba con su propia Ley y les exhortaba a la fe en Cristo con piadosas palabras.

Así, según la palabra apostólica «se hizo todo a todos» <1 Cor 9, 22>. También a los extraños que llegaban hasta ella, incluso a los reprochables, les hablaba con dulzura y suavidad mientras lo considerara adecuado. A las monjas que vivían con ella, las reprendía con mucho afecto y dulzura materna cuando se producía entre ellas rencor, desavenencias, tristeza secular, desidia o negligencia. Percibía de tal modo sus voluntades, intenciones y pensamientos que en los oficios divinos les respondía con sus bendiciones según la inclinación del corazón.

Preveía en espíritu la vida y los cambios de los hombres, y de algunos la consumación de la vida presente, y también la gloria y las penas de sus almas según la cualidad de sus costumbres y de sus méritos. A nadie revelaba los grandes misterios, excepto a un solo hombre, a quien, como ya dijimos, manifestaba todos sus secretos. Y como supiera con precisión cuándo era tiempo de callar, también sabía cuándo, con quién, por qué y cómo era tiempo de hablar. En todo esto observaba la mayor de todas las virtudes: la humildad, pues sabía que «Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes» <1 Pe 5, 5>, por lo que siempre alababa la omnipotente benignidad de la divina gracia.

V. Con tantas y tales gracias había adornado el esposo celeste a su amada esposa. Y del mismo modo que experimentaba el gozo con las frecuentes visitaciones, también permitía que sufriera distintas enfermedades y tormentos, para que, tal y como está escrito, se humillara en todo en medio de tanta grandeza. Para mostrar todo esto, se ha insertado un texto de sus visiones, pues



la perfecta virtud no se oculta en la enfermedad, y el aburrimiento del lector disminuirá con este cambio.

¿Quieres saber lo que tuvo que sufrir por no manifestar la visión de que tenía que trasladarse del lugar donde estaba a otro lugar? Oye lo que ella misma escribió:

### Visión segunda

«Durante un tiempo no podía ver luz alguna por una niebla que tenía en los ojos, y un peso me oprimía el cuerpo de modo que no podía levantarme y yacía con tremendos dolores. Sufrí esto por no manifestar la visión que me había sido mostrada, acerca de que debía trasladarme del lugar en que había sido consagrada a Dios a otro, junto con mis monjas. Soporté aquello hasta que nombré el lugar en el que ahora estoy, y de inmediato recuperé la visión sintiéndome más ligera, pero no me liberé totalmente de la enfermedad. Cuando mi abad y los monjes así como la gente vecina se enteraron de aquel cambio, de que queríamos marchar de unos campos fértiles, viñedos y lugar agradable a otro donde no había agua y donde nada era placentero, se quedaron maravillados y, para que no sucediera, se juraron que nos pondrían todas las dificultades posibles. Decían de mí que había sido engañada por la vanidad. Cuando lo oí, mi corazón se afligió, mi carne y mis venas se secaron, y durante muchos días yací en cama. Oí entonces una poderosa voz que me prohibía decir o escribir algo más acerca de la visión en aquel lugar.

En aquella situación, una noble marquesa conocida por nosotras se dirigió al arzobispo de Mainz y contó todo lo que estaba ocurriendo, a él y a otros hombres sabios. Ellos dijeron que cualquier lugar sólo puede ser santificado por las buenas obras, por lo que les parecía conveniente llevar a término el asunto. Así pues, con el permiso del arzobispo nos trasladamos a este lugar acompañadas de un gran séquito de parientes y de otros hombres en el temor a Dios.

Pero el antiguo engañador me llenaba de escarnios, de modo que muchos dijeron: "¿Qué es esto de que tales misterios sean revelados a esta mujer inculta y necia, cuando existen tantos

hombres fuertes y sabios? Hay que acabar con todo esto". En efecto, muchos se admiraban de la revelación y se preguntaban si procedía de Dios o de espíritus aéreos secos que a muchos engañan. Y aquí llegamos con veinte monjas nobles, nacidas en casas de padres ricos, sin encontrar ninguna vivienda ni ningún habitante excepto un hombre viejo, su mujer y sus hijos.

Sobre mí cayeron tantas adversidades, sufrimientos y trabajos, como cuando una nube de tormenta oculta el sol, que suspirando y derramando lágrimas, dije: "Oh, Dios, no confunda a nadie que confíe en Él!". Dios me otorgó su gracia como cuando las nubes se apartan y luce el sol, y como cuando la madre acerca el pecho al niño que llora y que se alegra después de su llanto.

Entonces vi en una verdadera visión que me sucederían tribulaciones como a Moisés, porque cuando condujo a los hijos de Israel de Egipto al desierto por el mar Rojo, murmuraron contra Dios y desalentaron a Moisés, a pesar de que Dios les hubiera iluminado con maravillosos signos <Éx 16, 2>. Así también Dios permitió que la gente común, mis parientes y algunas de las que vivían conmigo me desalentaran, puesto que nos faltaba lo necesario para vivir, si no nos lo daban en limosnas por la gracia de Dios. Como los hijos de Israel desalentaban a Moisés, así me inquietaban diciéndome: "¿De qué sirve el que monjas nobles y ricas hayan llegado a esta penuria cuando se encontraban en un lugar donde nada les faltaba?". Nosotras, sin embargo, esperábamos que nos socorriera la gracia de Dios, que nos había mostrado aquel lugar.

Después de estas aflicciones llovió la gracia de Dios sobre nosotras. Pues muchos que antes nos habían tratado con desprecio por considerar de una estéril inutilidad nuestro comportamiento, vinieron a nosotras ayudándonos y llenándonos de bendiciones. Muchos ricos enterraron con honor a sus muertos con nosotras. Y también muchos que conocían en la fe esta visión vinieron a nosotras con gran deseo, tal y como ha sido dicho por el Profeta: "Acudirán a ti los que te humillaban" <Is 60, 14>. Entonces mi espíritu revivió, y como antes había llorado en el dolor, ahora lloraba de gozo, porque Dios no me había olvidado pues lo confirmaba distinguiendo aquel lugar y enriqueciéndolo con muchas cosas útiles y edificios.



Pero Dios no quiso que permaneciera siempre en completa seguridad, y tal y como me había sucedido desde mi infancia, perdí toda seguridad en los gozos de esta vida por lo que mi mente pudiera elevarse. Cuando estaba escribiendo el libro *Scivias*, tenía en pleno amor a una monja noble, la hija de la ya citada marquesa, como Pablo a Timoteo. Se había unido a mí en todo por medio de una amorosa amistad, compartiendo conmigo los sufrimientos hasta que terminara aquel libro. Pero debido a su distinguido linaje se inclinó por un puesto más elevado y quiso ser nombrada madre de un importante monasterio, lo que ambicionaba no tanto según Dios sino según el honor del siglo. Después de que se hubiera trasladado a un lugar alejado de nosotras, y se hubiera alejado de mí, perdió muy pronto la vida presente con el nombre de su dignidad.

También otras monjas nobles hicieron lo mismo y se separaron de mí, y de entre ellas algunas vivieron de un modo negligente, por lo que muchos dijeron que, como mostraban sus obras, habían pecado en contra del Espíritu Santo y del hombre, y en contra de quien hablaba por el Espíritu Santo. Pero yo y las que me amaban nos sorprendíamos de que me sobreviniera tanta persecución y de que Dios no me concediera consuelo, puesto que yo no quería perseverar en el pecado, sino que sólo deseaba llevar a cabo buenas obras con la ayuda de Dios. Y en medio de todo esto terminé el libro *Scivias*, según Dios quiso.»

VI. De la descripción de la visión precedente y de la aflicción de la beata virgen resulta claro que el Señor mismo eligió el lugar que le mostró, y que luego le castigó con la ceguera debido a su demora. Eligió el lugar para su herencia, de modo que su santo nombre fuera allí glorificado con mayor fervor, tanto por los méritos de san Rupert y de los que reposaban con él en Cristo como por los progresos de la beata virgen y de las que habían ido allí con ella.

De pronto nos viene a la mente el recuerdo de una vieja historia y se nos ofrece una bella comparación de la profetisa Débora y el lugar en el que se asentó, y nuestra profetisa y su lugar. Acerca de esto dijo Orígenes: «No es poco consuelo para el sexo femenino el hecho de que las mujeres puedan recibir la gra-

cia profética, lo que las conduce a no desesperar por la fragilidad de su sexo, pero deben comprender y creer que esta gracia es merecida por la pureza del corazón y no por la diversidad de sexo». Débora, cuyo nombre significa abeja, vivió en la visión profética. No hay duda de que cada profecía contiene la dulce miel de la sabiduría celeste y de la divina elocuencia, como dice David: «¡Cuán dulce al paladar me es tu promesa, más que miel a mi boca!» <Sal 118, 103>. Se dice de Débora que vivió entre Rama y Bethel. Rama significa «la excelsa» y Bethel, la casa de Dios. Nada humilde, nada despreciable podía encontrarse ante la casa de la profetisa, del mismo modo que con Salomón la sabiduría se colocó ante las puertas de la ciudad o vivió en las almenas de los muros, o actuó libremente en las torres.

Del mismo modo puede decirse que en la beata Hildegard la profecía habitaba entre la casa de Dios y los lugares excelsos. Aunque sea fácil de ver esto a través del lugar, también puede entenderse de un modo espiritual: te enseña, oh santa alma que allí habitas, a rechazar todas las cosas terrenales y a buscar las celestiales allí donde Cristo está sentado a la derecha del Padre. La profecía te anima a subir allí y se esfuerza por llevar hasta allí a los que lo oyen. Bendita sea la gloria del Señor en sus lugares, y la emancipación de la beata virgen que fue vista en espíritu es así narrada en un escrito:

## Visión tercera

VII. «Vi en visión, y fui enseñada y obligada a revelarlo a mis prelados, que nuestro lugar tenía que separarse con sus pertenencias del lugar en que había sido consagrada por Dios, y que dispensáramos sumisión y obediencia a los que allí servían a Dios, mientras encontráramos buena fe por su parte. Se lo confié a mi abad, pero debido a su enfermedad ya no disponía nada y al cabo de pocos días murió. Cuando el asunto llegó al abad que le sucedió, al arzobispo de Mainz y a los superiores de la Iglesia, lo recibieron con fe y caridad, y lo confirmaron por escrito y con sellos para que así se hiciera.

En esto tuve que soportar muchas vejaciones por parte de



muchos, como Josué, a quien los enemigos trataban de llevar a la confusión <Jos 7, 11>. Pero como Dios le ayudó, así también me liberó a mí y a mis hijas. Del mismo modo que José fue envidiado por sus hermanos, porque su padre lo amaba más que a los otros, y los que lo vendieron le llevaron al padre la túnica rasgada diciéndole que una fiera lo había devorado <Gn 37>, así también unos hombres malévolos querían rasgar nuestra túnica de la gracia y de alabanza a Dios, pero Dios nos socorrió y como a José nos restituyó en el honor. Cuanta más presión soportábamos, más aumentábamos en número por la gracia de Dios, como los hijos de Israel, que cuanto más eran oprimidos, más crecían <Éx 1, 12>. En la alegría del corazón miraba a Dios, y como había estado a mi lado en las tribulaciones, estaba tranquila.»

VIII. Podemos considerar aquí oportunamente que la beata virgen, a pesar del agotamiento producido por la enfermedad corporal, y a pesar del tormento de las persecuciones diabólicas o humanas, siempre mereció ser sostenida y robustecida por el divino consuelo. Pues el Espíritu Santo, queriendo conservar en el selecto vaso la gracia que derrama sobre muchos, se esforzó en eliminar cualquier huella de impureza con la lima de la corrección, para que progresara por medio del castigo e indagara con diligencia la voluntad de Dios. Según las palabras del apóstol, ofreció a Dios la obediencia de la mente y ordenó todo el curso de su vida conforme a sus deseos <Rom 12, 1>. Iluminándola con su don gratuito de la naturaleza y de la gracia, dispuso para ella la gracia y la gloria en gran abundancia: gracia en la tierra, gloria en el cielo, gracia de sublimes méritos, gloria de premios inefables. Por ello fue castigada en la tierra, pues, como dice la Escritura: «Dios azota a todos los hijos que acoge» <Heb 12, 6> para que aumenten los méritos, tal y como se expresa en la siguiente visión, que es así descrita:

## Visión cuarta

IX. «En una ocasión Dios me derribó en el lecho de la enfermedad y me dejó todo mi cuerpo sin aire, de tal modo que se

secaron la sangre de las venas, la savia de la carne, y las médulas de los huesos, como si mi alma tuviera que separarse del cuerpo. En esta situación desastrosa pasé treinta días. Mi vientre hervía por el calor del aire incandescente. Por eso algunos consideraban esta enfermedad como un castigo. También me faltó la fuerza de mi espíritu clavada en mi carne, y ni me había ido de esta vida, ni estaba plenamente en ella. Mi cuerpo yacía inmóvil en el suelo sobre una tela, y no veía mi fin, aunque mis prelados, hijas y parientes venían con gran llanto para asistir a mi muerte.

Y durante aquellos días yo vi en verdadera visión un gran ejército de ángeles, innumerables para el humano intelecto, que pertenecían al ejército de Miguel y luchaban contra el dragón. Ellos mantenían lo que Dios me había ordenado hacer. Uno fuerte de entre ellos me llamó y me dijo: "Eh, eh, águila, ¿por qué te duermes en tu conocimiento? ¡Levántate de las dudas! Conocerás. ¡Oh, resplandeciente gema, todas las águilas te verán, pero el mundo está de luto, aunque la vida eterna se regocijará! Por ello, oh aurora, levántate al sol. ¡Levántate, levántate y bebe! Todo el ejército clamó con voz sonora: ¡Voz de gozo! Los nuncios están callados, todavía no ha llegado el tiempo de traspasar. ¡Levántate, virgen!". Al instante regresaron mi cuerpo y mis sentidos a la vida presente. Mis hijas, que antes habían estado llorando, vieron todo esto y me levantaron del suelo para colocarme sobre el lecho, y yo recuperé las anteriores fuerzas.

La enfermedad por castigo no se retiró totalmente de mí, pero mi espíritu se robusteció de día en día más que antes. Los malignos espíritus del aire, por quienes son realizados los castigos a los hombres, me proporcionaban este castigo hasta donde Dios lo permitía, como hacían los verdugos que colocaban las brasas a san Laurencio y a otros mártires. Corrían hacia mí y me gritaban con voz potente: "Seduzcamos a ésta para que dude de Dios y blasfeme, ya que la ha enredado en semejantes martirios". Con permiso de Dios le sucedió también a Job, cuyo cuerpo fue golpeado por Satán y le pululaban los gusanos. Así un aire incandescente consumía mi carne, como le ocurrió a Jeremías, que se quejaba llorando de su dolor <Jr 8, 18>, pero el diablo no logró persuadirle de que blasfemara a Dios.

Yo, por el contrario, blanda de carne y temerosa de corazón,



estaba aterrada por aquellos castigos, pero Dios me consolaba para que lo soportara con paciencia y yo me dije en mi espíritu: "Oh, oh, mi Señor y mi Dios, sé que todo con lo que me tocas es bueno, porque todas tus obras son buenas y santas, porque esto lo merecí desde mi infancia, pero confío en que no permitas que en la vida futura mi alma sea de este modo torturada".

X. »Mientras estaba sufriendo estos dolores, fui exhortada en visión verdadera a que fuera al lugar en el que había sido consagrada por Dios y profiriera las palabras que Dios me había mostrado. Lo hice y regresé junto a mis hijas con el mismo dolor. Viajé a otros monasterios y enseñé con las palabras que Dios me había mandado. En todo esto, la vasija de mi cuerpo se cocía como en un horno, tal y como Dios prueba a muchos a los que ordena proferir sus palabras, alabado sea.

Pero en cambio me regaló un gran auxilio en dos hijas mías y otros muchos que compartían conmigo infatigablemente mis sufrimientos. Suspirando daba gracias a Dios de que los hombres no se hartaran de mí. Si hubiera sufrido en mi carne aquellos dolores tremendos sin que hubieran venido de Dios, no habría podido seguir viviendo. Aunque estuviera atormentada, hablaba, cantaba y escribía en la visión superior lo que el Espíritu Santo quería pronunciar a través de mí.

Después de tres años terminaron las enfermedades. Entonces vi cómo un querubín, en un ardiente fuego en el que se encuentra el espejo de los misterios de Dios, perseguía con una espada de fuego a los espíritus del aire que me atormentaban, y éstos huían de mí gritando: "¡Ay, ay!, ¿ahora nos desaparece ésta y no podemos llevárnosla?". De inmediato revivió plenamente en mí mi espíritu y mi cuerpo revivió en venas y médulas, y me curé completamente.»

XI. Así pues, la beata virgen, atormentada de doble modo por los dolores de la enfermedad y también por el terror a los demonios, no sólo lo superó, sino que fue glorificada en una múltiple victoria por la defensa angélica. En definitiva: por un lado, tuvo que sufrir durante su enfermedad, armándose como mujer de una admirable inocencia con la virtud de la paciencia, y el ser-

món divino lisonjeaba sus molestias, diciendo: «Mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza, por tanto con sumo gusto seguiré gloriándome sobre todo en las enfermedades, para que habite la fuerza de Cristo». Y presumía de ser amada al haber merecido aquello.

Por otro lado, al ser provocada por el arte de los demonios, la ilustre guerrera se armó con la defensa de la doctrina apostólica. ¿Hasta qué punto? «Tomad, también, el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios» <Ef 6, 17>. Y, de nuevo: «Revestíos de las armas de Dios para poder resistir a las acechanzas del Diablo. Porque nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los Principados, contra las Potestades de estas tinieblas» <Ef 6, 11>. Con este gran arte de la guerra y con estas armas luchó invencible la guerrera y combatió, encerrada en la carne y abandonada en la tierra, contra «los Espíritus del Mal que están en las alturas» <Ef 6, 12>.

Por todo ello, los mismos príncipes de las tinieblas se horrorizaron, cuando vieron a una mujer luchar contra ellos, tan instruida en este arte y protegida con las armas del valor. Como he dicho, se horrorizaron, gritaron y huyeron en medio de una gran confusión. Pues temor y terror les sobrevinieron, cuando vieron al terrible querubín que, como en un ordenado campo de batalla, los perseguía con su espada llameante para proteger a la esclava de Dios y que no le hicieran daño. Aquéllos, «de golpe estupefactos, aterrados, huyeron en tropel. Allí un temblor les invadió» <Sal 47, 6>, de tal modo que dijeron: «Éste es el campamento de Dios» <Gn 32, 3>, «¡Huyamos ante Israel!» <Éx 14, 25>, todos huyeron. Así luchaba la atleta de Dios entre los espíritus superiores y los inferiores, y una vez rechazados los adversarios, se vanagloriaba alegre con la victoria.

No puede silenciarse el hecho de que durante unas fiebres vio a unos santos que le dijeron: «¡Venga, Señor, la sangre de tus santos!» <Ap 19, 2>. Y otros le decían: «El dolor que sufres, debes soportarlo con buena voluntad». Otros santos hablaban entre ellos: «¿Va a venir con nosotros o no?». Y otros respondían: «Pasado, presente y futuro todavía no se lo permiten. Pero cuando acabe su obra, nos la llevaremos con nosotros». Entonces clamaban todos juntos: «¡Oh, alma feliz y firme, levántate! Elévate como el águila, pues el sol te hizo y no lo supiste». Y en aquel mismo momento sanó.



XII. Pero el Señor no estaba con ella sólo cuando le atacaba el dolor de las enfermedades, o la violencia de los demonios, sino también con los ultrajes de los hombres, cambiando los corazones de los adversarios en algo mejor, tal y como ella misma describe acerca de la conversión del filósofo que, primero en lucha consigo mismo y luego con Dios, experimentó la mutación realizada por la excelsa mano diestra. También cuando por engaño de Satanás se producían vanidades en los corazones de sus monjas, las alejaba con exhortaciones de las santas Escrituras. Acerca de estas cosas, ella contó:

«Cierto filósofo, honrado por sus riquezas, había dudado durante mucho tiempo acerca de mis visiones. Pero a pesar de todo vino a visitarnos y adornó nuestro lugar con edificios, alodios y otras cosas necesarias, por lo que mi alma se había regocijado vivamente, ya que Dios no nos había puesto en el olvido. Indagó de un modo penetrante y sabio acerca de qué eran y de dónde venían los escritos de la visión, hasta que creyó plenamente en la inspiración divina. Y el mismo que antes se había burlado de nosotras con maliciosas palabras, se volvió hacia nosotras con grandes bendiciones, pues Dios había sofocado la injusticia de su corazón, del mismo modo que ahogó en el mar Rojo al faraón que quería prender a los hijos de Israel. Mucho se admiraron de esta mutación y creyeron con mayor firmeza. Por medio de aquel hombre sabio Dios había derramado sobre nosotras su bendición «como un ungüento que baja por la barba, por la barba de Aarón» <Sal 132, 2>. Por ello todos le llamamos padre. Y aquel hombre, de nombre tan elevado, pidió ser enterrado con nosotras y así se hizo.

Mi mente se había robustecido, y me cuidé de mis hijas tanto en sus necesidades corporales como anímicas, tal y como había sido establecido por mis superiores. En una verdadera visión contemplaba con gran inquietud cómo los espíritus del aire luchaban contra nosotras, y también vi que aquellos espíritus atrapaban casi como en una red a algunas de mis nobles hijas por diversas vanidades. Por revelación divina yo les hice conocer esto,

y les proporcioné protección con las palabras de las Sagradas Escrituras, con la disciplina de la regla y buena forma de vida. Pero algunas de ellas me lanzaban torvas miradas, me criticaban a escondidas y decían que no podían soportar la mención constante de la disciplina regular a la que yo quería someterlas. Pero Dios me ofreció consuelo con otras buenas y sabias hermanas que estuvieron conmigo en todos mis sufrimientos, tal y como le sucedió a Susana, a la que Dios libró por Daniel de los falsos testimonios <Dn 13>. A pesar de la fatiga por tantas tribulaciones, llevé a término el *Liber vitae meritorum* [Libro de los méritos de la vida], que me fue revelado por la gracia de Dios.»

XIII. Así transcurría la vida de la virgen consagrada a Dios, entre la dicha y la desdicha, de modo que ni en la dicha se crecía ni en la desdicha se deprimía, sino que conservaba la misma fuerza en ambos casos, pues ni le conmovían los vituperios ni le seducían las alabanzas. Su espíritu se dirigía a cualquier disciplina como un arco tensado, y sin languidecer se gobernaba a sí misma y a las suyas con una autoridad a veces dulce y a veces severa. Su gravedad estaba condimentada con afabilidad y de su lengua fluían las palabras más suaves que la miel. Realmente en todo poseía una sana doctrina, ya escribiera acerca de la naturaleza humana, acerca del conflicto de la carne y del espíritu, o acerca de los ejemplos de los santos padres, tal y como lo había percibido a través de la revelación divina.

## Visión quinta

XIV. Ella dijo: «En verdadera visión vi la figura del hombre, el cual, aunque tenga la doble naturaleza de alma y cuerpo, es, sin embargo, un solo edificio, de igual modo que un hombre construye una casa de piedras, la cubre con material efímero y la consolida para que no se derrumbe. El hombre es la obra de Dios, está con toda criatura y toda criatura está con Él. Pero la obra del hombre, que es sin vida, no es semejante a la obra de Dios, que es vida, del mismo modo que el vaso del alfarero no se parece a las casas del obrero. Ciertamente la naturaleza del alma



se orienta a la vida infinita, el cuerpo en cambio abarca sólo la vida caduca y no son unánimes, aunque estén simultáneamente en el hombre, que está dividido en dos.

Por esta semejanza, cuando Dios envió al hombre a su Espíritu a través de la profecía, la sabiduría o los milagros, dispuso constantes dolores en su carne, para que el Espíritu Santo pudiera habitar allí. Si no la hubiera sujetado con dolores, se habría mezclado fácilmente con costumbres seculares –como les sucedió a Sansón <Jue 14, 17>, Salomón <1 Re 11, 1-10> y otros, que se apartaron del espíritu inclinándose por los deleites de la carne–, pues la profecía, la sabiduría y los milagros son agradables en el gozo.

Pero, como el hombre cultiva a veces el deleite de la carne por la sugestión del diablo, a menudo dice: "¡Ay, apesto a inmundos excrementos!". ¿Por qué aflige así el espíritu a la carne? Ello se debe a que el espíritu odia por su propia naturaleza el gusto al pecado. Pero, cuando la carne abate los deseos del alma a causa del frecuente deleite al que se entrega en el hedor del pecado, de tal modo que el espíritu no puede respirar bajo tal carga, entonces la carne aflige al espíritu, y esta aflicción fue dividida por la gracia de Dios en dos partes.

Este combate que, como hemos dicho, se ve en la figura del hombre, comenzó en Abel, a quien su hermano odiaba <Gn 4, 5 ss.>, y en Noé, que sufrió injuria de sus hijos <Gn 9, 21>, en Abraham, que soportó oprobios de sus amigos <Gn 13, 6 ss.>, en Jacob, que tuvo que huir de su hermano <Gn 27, 41 ss.>, y en Moisés, que fue engañado por sus amigos que conspiraron con los enemigos. Esta aflicción existía también entre los discípulos de Cristo, pues, debido a la dura infidelidad de uno, la carne ahogó al espíritu, mientras los demás luchaban contra la carne con el espíritu. También el Zaqueo evangélico luchó con el espíritu contra la carne <Lc 19, 1-10>. En cambio, el joven que en el Evangelio habló con Cristo no estaba en la aflicción del espíritu contra la carne y por ello huyó del hijo de Dios <Mc 10, 17-22; Lc 18, 18-23>. También Saulo, al principio, aniquiló con su incredulidad el espíritu, pero Dios destruyó aquella maldad en él, del mismo modo que del cielo había lanzado al abismo a Satanás <Is 14, 12>, y de Saulo hizo a Pablo <Hch 9, 1-22; 22, 2-21; 26, 9-18>.

Abel, sacrificado en la abundancia del deseo del alma, fue santificado, y, en cambio, Caín, repudiado, pues por el odio la carne ahogó al espíritu. Noé también ha sido justificado, pues sacrificó a Dios <Gn 8, 20>, pero su hijo respondió a la suciedad de la carne engañando a su padre y por ello se vio privado de la libertad y fue llamado siervo, habiéndose hecho indigno del nombre de hijo <Gn 9, 25>. Abraham fue multiplicado, pues obediente a Dios golpeó su carne con diligencia contra los derechos de la carne <Gn 22>. Se dirigió a un pueblo extranjero. Desapareció la libertad de los que se le resistieron a él, a sus hijos y amigos, y por los hijos de Israel fueron expulsados los que habían permanecido libres. También Jacob, amado de Dios, vivió con la bendición de Dios, pues siempre bebió de la justicia en el deseo del alma. Su hermano Esaú fue expulsado de la bendición a causa del odio que sentía por él <Gn 27, 41>. Moisés, el servidor y el amigo de Dios, a quien tenía y servía en los misterios y milagros, oprimió la respuesta de la carne. Los que le odiaban murieron y no llegaron a la Tierra Prometida <Nm 14, 23; 32, 11; Dt 1, 35>.

Los apóstoles oprimieron su carne, pero Judas fue ciego al deseo del alma. Seguía a Cristo para ser honrado por el pueblo y no porque creyera en Él. También los discípulos que no estaban llenos del deseo del alma oyeron gustosos la doctrina de Cristo, pero, como el tedio invadía su espíritu, no pudieron soportar su justicia y se apartaron de Él. Zaqueo condujo el combate del espíritu contra la carne en la felicidad de la carne, por lo que sus obras nada le agradaron. Y así, cuando oyó del hijo de Dios que era justo, corrió a su lado y creyó en Él, porque ya antes había lamentado sus pecados en el espíritu <Lc 19, 1-10>. Pero el joven rico, del que habla el Evangelio, al oír rumores del suceso, acudió junto al hijo de Dios preguntando qué tenía que hacer. Pero, cuando oyó la respuesta perfecta, cayó en la tristeza, y como la carne ahogó al espíritu, se alejó de Cristo <Mc 10, 17-22; Lc 18, 18-23>. También el brusco Saulo alzó con el corazón endurecido los cuernos de la soberbia contra la fe en Cristo, pero Dios lo echó al suelo, mortificó la voluntad de la carne en él y lo convirtió a la bondad <Hch 9, 1-2; 22, 2-21; 26, 9-18>.



Yo, pobrecita forma, he amado e invocado de un modo especial a quienes han combatido su carne con el espíritu, y me he apartado de los que se han endurecido contra el espíritu y lo han ahogado. Nunca descansé en paz, sino que fui fatigada por muchas tribulaciones, hasta que Dios hizo llover el rocío de su gracia sobre mí, tal como habló a su familiar: "tus enemigos serán mis enemigos y tus adversarios mis adversarios. Mi ángel caminará delante de ti" <Éx 23, 22-23>, y más adelante: "Con gran honor he distinguido a mi sirviente y someteré a todos sus enemigos" <1 Cr 17, 10>. Pero Dios me sujetó en tantas afrentas que no me atreví a pensar cuánta bondad de su gracia estaba en mí, cuando veía las grandes contrariedades que les sucedían a aquellos que se resistían a la verdad de Dios. Y las tribulaciones y dolores que pasé por el calor aéreo amasaron mi cuerpo del mismo modo que el limo de la tierra se une al agua.»

XV. Ciertamente sería de gran utilidad indagar la oscuridad de tanta sutileza expresiva, si no nos hubiéramos impuesto más extraer el texto de las visiones de la santa virgen de sus escritos y explicar la historia de su vida con otras palabras. Pero esto no deja reposo a nuestro sentido, para que con el cansancio se renueve, y lo que ocioso no pueda comprender, lo comprenda en la agitación. Ahora pues iremos rápidamente a otra cosa, y anotaremos una a una sus visiones con esmerada pluma.

## Visión sexta

«En la visión contemplé tres torres, por las cuales la Sabiduría me manifestaba algunos secretos. La primera torre tenía tres moradas. En la primera había nobles doncellas junto a otras que con ardiente amor oían de mi boca las palabras de Dios, de las que siempre estaban hambrientas. En la segunda morada había otras firmes y sabias que abrazaban la verdad de Dios con sus corazones y palabras diciendo: "Ay, ¿hasta cuándo permaneceré con nosotras?". Y de esto no se cansaban. En la tercera morada estaban los hombres armados del pueblo común, que venían a nosotras con vehemencia, conducidos por la admiración de los anteriores

milagros, y la amaban con gran deseo. Y hacían esto del mismo modo que el pueblo común busca protección en la torre sólida y segura de algún príncipe para defenderse de los enemigos.

En la segunda torre había tres moradas, de las cuales dos eran áridas y secas, y aquella sequedad aparecía como una densa niebla. Y los que estaban en estas dos moradas dijeron de acuerdo en una cosa: "¿Qué es y de dónde vienen estas cosas que ella dice como si <vinieran> de Dios? Es duro para nosotros vivir de un modo diferente a como lo hicieron los que nos han precedido o a como los que viven ahora. Por ello nos volvemos a quienes nos conocen, puesto que no podemos perseverar en lo otro". Y así se dirigieron a la gente sencilla y no fueron de ninguna utilidad ni en ésta ni en la torre anterior. Y en visión verdadera oí la voz que les dijo: "Todo reino dividido contra sí mismo queda asolado, y casa contra casa, cae" <Lc 11, 17>. En la tercera morada de la torre vive la gente común que con amor consideraba las palabras de Dios que yo profería desde la visión verdadera, acompañándome en las tribulaciones del mismo modo que los publicanos estaban junto a Cristo.

La tercera torre tenía tres baluartes, de los cuales el primero era de madera, el segundo estaba adornado con brillantes piedras, y el tercero era una cerca.

En la visión se me ocultó otro edificio, de tal modo que no aprendí de éste palabras, pero oí en verdadera luz que los escritos futuros que salgan de éste, serán mejores y más intensos que los precedentes.»

## Visión séptima

XVI. «Un tiempo después vi una visión maravillosa y misteriosa, de tal modo que todas mis vísceras fueron sacudidas y apagada la sensualidad de mi cuerpo. Mi conocimiento cambió de tal modo que casi me desconocía a mí misma. Se desparramaron gotas de suave lluvia de la inspiración de Dios en la conciencia de mi alma, como el Espíritu Santo empapó a san Juan evangelista cuando chupó del pecho de Cristo la profundísima revelación, por lo que su sentido fue tocado por la santa divinidad y se le revelaron los misterios ocultos y las obras, al decir: "En el principio era el verbo", etcétera <Jn 1, 1>.



Pues el verbo, que fue sin inicio antes que las criaturas y que será sin fin después de ellas, ordenó preceder a todas las criaturas y produjo su obra del mismo modo que el artesano hace fulminar su obra, para que lo que fue antes que él en predestinación aparezca de un modo visible. De ahí que el hombre sea con todas las criaturas obra de Dios. Pero el hombre es también el obrero de Dios y debe ser la sombra de sus misterios y revelar en todo la santa trinidad: él, al que Dios hizo a su imagen y semejanza. Del mismo modo que Lucifer en su maldad no pudo dispersar a Dios, así tampoco podrá destruir la naturaleza del hombre, a pesar de haberlo intentado en el primer hombre. Así pues, todo el dictado y las palabras de este Evangelio, que trata del inicio de la obra de Dios, me lo enseñó la mencionada visión y me hizo exponerla. Y vi que esta explicación del principio debía de estar en otro escrito que todavía no había sido manifestado, en el que deberían ser tratadas muchas cuestiones acerca del misterio divino de la creación.»

XVII. Cuanto más avanzamos en la escritura, tanto más aumenta el cúmulo de las insignes visiones, de los actos y las palabras de la beata virgen. Hay en todo ello tal exceso de conocimiento y verdad que sería una tremenda temeridad de mente obstinada no abarcar toda su obra ni venerarla con todas las fuerzas. Pues ¿de quién sino del Espíritu divino, generoso donador de gracias, bebía ella como de una fuente constante de sabiduría de salvación, emanando de su corazón la abundancia de doctrina espiritual como un río de agua viva? La pluma de la contemplación interior oculta en ella volaba hacia la visión superior cuando interpretó el Evangelio de Juan. ¿Y qué sabio puede discutir que esta santa, a la que Dios revelaba tantos tesoros de conocimiento interior, era sede de sabiduría eterna? En realidad, la honestidad de la disciplina moral, que le era familiar, reguló los movimientos naturales de su alma, de tal modo que era arrastrada por el amor divino de la especulación racional hasta las cosas superiores, donde en el júbilo del corazón gozoso se deleitaba en decir a su esposo Cristo: «Llévanos junto a ti,

mejores al olfato tus perfumes» <Cant 1, 3>. Allí habría cantado entre los que tenían las cítaras en sus manos el cántico de Moisés, el del siervo de Dios, y el del cordero, así como el de la ley y del evangelio.

Y con esto concluimos el Libro segundo y cantamos el cántico de alabanza al Señor, pues ya hemos navegado por el vasto piélago de las visiones de la santa virgen. Mientras tanto tomemos aliento y preparemos las velas de nuestra nave para, con la ayuda del Espíritu Santo, escribir el librito de sus milagros.



# <Libro III: Milagros>

## Empieza el Prólogo al Libro tercero acerca de los milagros de la santa virgen

Realizados ya los dos libros anteriores acerca de la vida y las visiones de la beata virgen Hildegard, consideráis necesario, ilustrísimos abades Ludwig y Gottfried, y a mí no me produce pereza alguna, escribir el siguiente acerca de sus milagros y virtudes. Así pues me dispongo a ordenar el libro no en la certeza de mi eficiencia, sino en la idea de que acepté esta tarea por obediencia. Pero ¿por qué os parece necesario? Una causa válida es el santo amor que sentisteis por ella en vida y que en su muerte os propusisteis no apartaros de ese piadoso afecto. Por este santo amor os pareció necesario que a través de mí, vuestro vicario, llegaran sus hechos a ser conocidos por las generaciones futuras, para alabanza del Señor que milagroso es en sus santos y de modo milagroso obró en ella, para que fuera imitada en todo lo bueno.

Todo lo que se pueda decir de ella es alegre y bueno, hermoso, útil y honorable, puesto que no sólo destacó en la santidad de sus costumbres o en la contemplación interior de los misterios de Dios, sino en la realización de insignes milagros, y fueron éstos tantos que ni siquiera espíritus preclaros podrían honrarla con palabras. No obstante, de entre tantos serán relatados algunos, si el Señor por vuestras oraciones se digna a elevarnos y a concedernos la bendición propicia, de modo que, con la feliz carrera de la palabra, podamos entrar en el puerto de la salvación.

## Comienzan los capítulos del Libro tercero acerca de las virtudes de la santa virgen

I. De cómo curó a una niña de una fiebre de tres días.

II. De cómo curó a un monje de lo mismo.

III. De cómo libró a una sirvienta de un tumor en el cuello.

IV. Cómo le quitó a un suabo el tumor del cuerpo.

V. Cómo libró a un niño de siete meses de un terrible movimiento corporal.

VI. Curación de dolor de garganta a un joven que venía de lejos.

VII. Bendijo con agua a una niña que no hablaba desde hacía tres días y le devolvió el habla y la vida.

VIII. Con la misma agua curó a un joven a punto de morir.

IX. Con pan bendito en su mesa libró a una joven que sentía un insano amor por un joven.

X. De cómo mandó cartas a una madre de familia al otro lado de los Alpes y le detuvo el flujo sanguíneo.

XI. De cómo la mujer del alcalde de Bingen pudo parir por los cabellos cortados de ella.

XII. Cómo otras dos mujeres se vieron libradas de los dolores del parto con los mismos pelos cortados de ella.

XIII. Cómo otras dos mentes extraviadas recuperaron el sentido con el mismo trozo cortado.

XIV. Cómo libró en una visión a un joven que se había encomendado a ella en oraciones de las insidias de enemigos.

XV. De cómo un soldado a punto de morir tuvo la visión de que ella le imponía las manos y cómo sanó inmediatamente poniéndose en pie.

XVI. De cómo un presbítero expuso letras encontradas en el paño del altar y a partir de entonces se corrigió y se hizo monje.

XVII. De cómo anunciaba en muchas ciudades y monasterios la palabra de Dios.

XVIII. De cómo devolvió la vista a un niño ciego.

XIX. Cómo libró a un hombre de una enfermedad mortal y éste lo difundió, y entonces muchos vinieron a ella con la misma enfermedad y regresaron curados.

XX. De cómo entre tantas insignes virtudes tenía la gracia de echar a los demonios y la descripción de esto en una endemoniada y acerca del arte y el humo diabólico.



XXI. Cartas dirigidas a ella y enviadas por ella a causa de esta endemoniada.

XXII. De cómo después de siete años fue curada por los méritos de ella.

XXIII. De cómo enfermó gravemente durante cuarenta días y cómo se sintió aliviada cuando dirigió las palabras de Dios a aquellos monjes.

XXIV. Cómo vio a un hermosísimo joven que hacía huir de ella a todos los demonios y toda enfermedad.

XXV. De cómo por ruego de su abad y de sus hermanos escribió la vida de san Disibod según se la había manifestado en la visión.

XXVI. De cómo escribió el *Liber divinorum operum* [Libro de las obras divinas] y otros textos, y curó a cinco endemoniadas.

XXVII. Acerca de su feliz tránsito y de los signos que aparecieron en su óbito.

## <Comienza el Libro tercero acerca de los milagros de la santa virgen>

I. La gracia de la curación brillaba en la beata virgen de un modo tan potente que no había enfermo que se le acercara y no recibiera de inmediato la salud. Esto queda suficientemente claro a partir de los siguientes ejemplos:

La noble niña Hildegard abandonó a sus padres, su casa y el siglo, y se unió por los votos a la piadosa y santa madre Hildegard. En una ocasión se vio aquejada por una fiebre de tres días y no había remedio que la curara. Entonces sólo pensó una cosa: pedir ayuda a la santa virgen. Junto con las palabras del Señor: «Impondrán las manos sobre los enfermos y se pondrán bien» <Mc, 16, 18>, le impuso las manos orando y la curó librándola de la fiebre.

II. Tiempo después el hermano Rorich, que fue convertido en la misma celda bajo el hábito monacal y el propósito religioso,

fue atormentado del mismo modo por una fiebre de tres días. Al oír hablar del milagro hecho en la hermana anterior, le rogó con humildad y devoción, y obtuvo la señal de bendición. De inmediato huyó la fiebre y el enfermo fue curado.

III. En el mismo monasterio la sierva Bertha servía con diligencia a las monjas. Un tumor en el cuello y pecho la atormentaba de un modo terrible. El dolor había avanzado de tal forma que no podía comer ni beber y ni siquiera tragar saliva. Conducida junto a la sierva de Dios rogó encarecidamente, más con signos que con palabras, remedio para aquella enfermedad tan cerca de la muerte. Tanto por compasión como por constancia en el buen servicio, la tocó en los lugares dolorosos con la señal de la santa cruz y le devolvió la deseada salud.

IV. A un suabo del pueblo de Thalfingen se le hinchó todo el cuerpo y, habiendo oído acerca de su fama, acudió junto a ella después de recorrer un largo camino. Su esperanza no se vio frustrada. Hildegard lo retuvo a su lado por unos días mostrándole afecto. Tocando al enfermo con sus manos y bendiciéndole por la gracia de Dios le restituyó su anterior salud.

V. Un niño de Rüdesheim de siete semanas, Simón, se encontraba agitado por terribles movimientos en todos sus miembros. Su nodriza se lo llevó a Hildegard y gracias a Dios fue curado con sus plegarias.

VI. No sólo acudían junto a ella los vecinos, sino también los que venían de lejos. Un tal Arnold de Wackernheim, que la conocía hacía tiempo, sintió tal dolor de garganta que con dificultad podía sacar el aliento. Como no podía llegar hasta ella, siempre rogaba con devoción la ayuda de sus oraciones. Confiando en la misericordia de Dios, Hildegard bendijo agua, y se la envió por medio de un amigo. En cuanto la hubo probado, desapareció el dolor por la gracia de Dios.

VII. Hazzecha, la hija de una mujer de Bingen, enfermó y durante tres días no pudo hablar. Entonces la madre en seguida pidió auxilio para su hija a la santa virgen. De ella no recibió más que agua bendita, y en cuanto la niña la probó, recuperó la voz y las fuerzas.



VIII. En el mismo lugar yacía un joven aquejado por tal enfermedad que se pensaba que estaba a punto de morir. A la mujer anterior, cuya hija había sido curada, le quedaba un poco de agua. Se la dio a beber y le lavó la cara, y al punto recuperó sus anteriores fuerzas.

IX. En el obispado de Trier, Lutgard, una joven noble, se moría de violento amor por un hermoso joven, y como no podía obtener el permiso para satisfacer su voluptuosidad debido a la custodia en la que se encontraba, sus padres, al enterarse de aquella debilidad, pidieron llenos de fe consejo y ayuda a la santa virgen por medio de un embajador. Por el deseo de su corazón merecieron ser escuchados con éxito. Después de enviar su oración a Dios, Hildegard bendijo derramando lágrimas el pan de su mesa, que fue enviado a la joven para que se lo dieran de comer. Al punto el incendio de aquel ardor se enfrió en lo más profundo de su ser.

X. Una madre de familia llamada Sibila, que vivía en la ciudad de Lausana al otro lado de los Alpes, le pidió ayuda a través de unos mensajeros. Hildegard la curó del flujo sanguíneo con una carta en la que decía: «Pon estas palabras en el pecho y ombligo en nombre de aquel que todo lo dispone rectamente: en la sangre de Adán brotó la muerte, en la sangre de Cristo fue extinguida. En la misma sangre de Cristo te ordeno a ti, oh sangre, que contengas tu flujo». Después de pronunciar estas palabras, aquella mujer se vio librada de su mal.

XI. No debe silenciarse el hecho de que algunos enfermos a los que les pusieron trozos de cabellos o de vestimentas de Hildegard, fueron devueltos a su anterior estado de salud.

La mujer del alcalde de Bingen sufría prolongados dolores de parto y ya se desesperaba de su vida, cuando corrieron al monasterio de la virgen de Dios, preguntando si podría llegar algún

socorro para aquella que tanto sufría. Las monjas les dieron un trozo de los cabellos de Hildegard que tenían guardados, y les aconsejaron que los colocaran sobre la piel desnuda. Hecho esto, la mujer parió felizmente y se libró de la muerte.

XII. De un modo semejante, otras dos mujeres fueron libradas de un sufrimiento similar de parto con aquel resto de cabellos.

XIII. No menos les sirvió esto a dos mujeres de Staudernheim, a las que, debido a su demencia, sus padres habían llevado a lugares santos sin ningún resultado. Pero, en cuanto les colocaron los trozos de cabellos enviados por las monjas, de inmediato recuperaron la salud de espíritu y cuerpo.

XIV. ¿Qué decir de que la beata virgen quisiera prevenir de los peligros por medio de la visión a quienes se le habían encomendado en sus oraciones?

Un joven de Ederich, llamado Rudolf, se albergó durante una noche en una pequeña aldea. Cuando estaba echado descansando, rogó la intercesión de la santa virgen. ¡Oh, suceso admirable! Ella se le apareció en una visión con la misma cara y vestidos que cuando estaba en el cuerpo, y le reveló que su vida corría peligro a causa de sus enemigos, que le acechaban, si no se marchaba de allí en seguida. Al punto se alejó del lugar con algunos compañeros, mientras que los que se quedaron allí fueron sorprendidos por una tropa enemiga. Entonces reconocieron que habían obrado neciamente al no haber huido en el momento oportuno después de su visión.

XV. Por muy admirable que sea, no es sin embargo increíble el hecho de que a la santa virgen le resultara posible ofrecer beneficios a los hombres tanto en la carne como en el espíritu, pues para mostrar su mérito Cristo se dignó a revelarle los deseos a través del Espíritu, ya estuviera presente o ausente.

En las cercanías de Andernach yacía un soldado a punto de morir. Sus amigos le habían visitado y consultaban con él unos asuntos. Llegó la hora del servicio divino y al oír la señal se di-



rigieron con prisas a la iglesia, quedando al cuidado del soldado una sola mujer. Encontrándose entonces en silencio, invocó a Dios de todo corazón con hondos suspiros y le suplicó que le devolviera la salud por los méritos de aquella santa virgen. Terminada la oración no tardó mucho en restablecerse con tal visión: le pareció ver a la venerable virgen que se le acercaba y le preguntaba con dulzura si quería ser curado. Le respondía que lo deseaba mucho. Ella, imponiéndole su mano en la cabeza, dijo: «En nombre de Aquel que dijo: impondrán las manos sobre los enfermos y se pondrán bien» <Mc 16, 18>, «¡que se aparte de ti esta enfermedad y cúrate!». Dicho esto, la visión desapareció, y el enfermo se levantó del lecho y estaba curado para admiración de todos los que acudieron allí.

XVI. No deja de tener interés relatar lo que le sucedió en una ocasión a un sacerdote, porque en ello se encuentra una parte de las virtudes de la santa virgen, y también para que el suceso digno del milagro permanezca vivo en la memoria, acerca de cómo quien vive de un modo negligente puede enmendarse por la voluntad de Dios. El suceso ocurrió en Suabia, en Rüdesheim, del modo siguiente:

Un sacerdote de ese pueblo, al acabar el día y acercarse la noche, entró en la iglesia, para encender la luz en el santuario, cuando he aquí que ve resplandecer dos llameantes cirios. Le acompañaba un joven discípulo, que de un modo constante y familiar le ayudaba en el servicio divino. Cuando le pregunta por qué ha olvidado apagar los cirios, y el otro le responde que ya los ha apagado, el sacerdote se acerca a apagarlos y encuentra el paño del altar desdoblado, tal y como se despliega para realizar el divino sacramento. El sacerdote se quedó estupefacto y el joven, echándose al suelo, clamó fuera de sí: «La espada del Señor nos mata». El sacerdote pensó que había sido golpeado y se apresuró a levantarlo del suelo. Pero éste no estaba lesionado y profirió estas palabras: «Si vemos las letras que hay en el paño del altar, no moriremos». Considerando que hablaba por miedo y con ignorancia, el sacerdote volvió a acercarse al altar y, en el lugar donde se hace el sacrificio, encontró en el paño cinco letras dispuestas al modo de una cruz aunque escritas sin trabajo hu-

mano: A, P, H, en posición horizontal, y K y D en posición vertical. Una vez vistas y observadas, el joven recuperó sus anteriores fuerzas y se puso en pie. El sacerdote dobló el paño del altar y después de apagar los cirios regresó a su casa aturdido. Las letras permanecieron allí siete días y a partir del octavo día ya no volvieron a aparecer.

Admirado por el suceso, el sacerdote lo dio a conocer a religiosos y sabios, pero nadie podía explicarle lo que presagiaba aquello, hasta después de dieciséis años en que la fama de la beata Hildegard, iluminada por el Espíritu Santo, se divulgó por todo el mundo. El sacerdote acudió junto a ella y mereció conocer lo que el Espíritu le había revelado de aquel oráculo. Del mismo modo que Daniel vio en una ocasión letras en una pared <Dn 5, 25-28>, así ella explicó las letras escritas en el paño del altar: K *(yrium)* P *(resbyter)* D *(erisit)*, A *(scendat)* P *(aenitens)* H *(omo)*: el sacerdote se ha burlado del Señor, se levante como hombre penitente. Al oír aquello, el sacerdote se sintió presa de temor y tuvo conciencia de pecado. Entonces se corrigió, se hizo monje y se esforzó por enmendar las negligencias de su vida pasada. Tal y como la santa virgen le explicó las letras, así ascendió a una vida superior y más severa y se mostró como un perfecto siervo de Dios en santa conversión.

XVII. Además de esto hay que destacar que Hildegard, no sólo impulsada sino obligada por el Espíritu Santo, fue a Colonia, Trier, Metz, Würzburg y Bamberg, y anunció al clero y al pueblo la voluntad de Dios. Y también en Disibodenberg, Siegburg, Eberbach, Hirsau, Zwiefalten, Maulbronn, Rothenkirchen, Kitzingen, Krauftal, Hördt, Höningen, Werden, Andernach, en Marienberg, en Klause y en Winkel, manifestó lo que era de utilidad para las almas, junto con lo que Dios le había revelado.

XVIII. En una ocasión Hildegard surcó con su barco el río Rin, junto a la ciudad de Rüdesheim, para dirigirse a un monasterio de monjas vecino. Se acercó a su barco una mujer que llevaba en sus brazos a un niño ciego y le rogó llorando que le impusiera sus santas manos. Llena de piadoso afecto recordó a Aquel que dijo: «Vete a Siloé y lávate» <Jn 9, 11>, cogió con la izquierda agua del río y la bendijo con la derecha. Cuando la echó a los ojos del niño, recuperó la vista por la divina gracia.



XIX. En otra ocasión un hombre sufría terriblemente de epilepsia, y rogó ansioso a la venerable virgen que le socorriera. Le dispensó una bendición con tal fuerza curadora que a partir de aquel día ya no volvió a padecer aquella enfermedad. Cuando anunció en su casa el milagro, muchos se apresuraron a acudir a ella en busca de remedio en contra de aquella enfermedad, y se vieron librados con el signo de su bendición.

XX. Entre otras insignes virtudes Dios había concedido a la santa virgen la gracia de echar a los demonios de los cuerpos poseídos. Con estas palabras describió la venerable madre un suceso con una joven noble:

«Después de que la visión me enseñara el discurso y las palabras del Evangelio de Juan caí en el lecho de la enfermedad, del que no pude levantarme de ningún modo. El soplo del viento austral me había hinchado, de tal forma que mi cuerpo estaba destrozado de tanto dolor y apenas el alma podía sostenerlo. Después de medio año el mismo soplo me perforó el cuerpo, y me encontré en tal lucha que mi alma parecía pasar más allá de esta vida. Entonces otro viento de aguas se mezcló con aquel calor, por lo que mi carne se refrescó y no se quemó totalmente. Estuve enferma durante todo un año, pero vi en visión verdadera que mi vida no había terminado su curso temporal, sino que todavía debía prolongarse algo más.

Entre tanto me habían contado que, lejos de nosotras, en el bajo Rin, una mujer noble había sido poseída por el diablo. También en aquella situación venían a verme embajadores con mucha frecuencia. Y yo entonces en visión verdadera vi que con el permiso de Dios estaba poseída y oscurecida por un diabólico conglomerado de negrura y humo, que le oprimía todos los sentidos del alma racional, sin permitir que su intelecto se elevara y respirara, del mismo modo que la sombra de un hombre o de una cosa, o el humo, cubre enteramente lo que está enfrente. Por ello perdía aquella mujer la rectitud de pensamiento y obras, y siempre hacía y decía cosas inconvenientes. Pero, cuando por

orden de Dios se atenuaba en ella aquel mal, entonces se sentía más ligera.

Y yo, pensando y queriendo saber de qué modo entra en el hombre la forma diabólica, vi y oí la respuesta: que el diablo no entra en el hombre con su forma tal cual es, sino que lo cubre y oscurece con su sombra y el humo de negrura. Si su forma entrara en el hombre, sus miembros se disolverían más deprisa de lo que la paja es dispersada por el viento. Por eso Dios no permite que entre con su forma en el hombre, sino que, tal y como se ha dicho más arriba, lo trastorna, llenándolo de locura y de inconveniencias, y vocifera a través de él como por una ventana, moviendo sus miembros exteriores, aun cuando no esté dentro con su forma. Mientras tanto el alma está adormecida e ignorante de lo que hace la carne del cuerpo.

Luego vi un ejército de espíritus malignos dedicados a las susodichas artes y corrupciones, que recorría todo el mundo buscando dónde encontrar a aquellos a través de los cuales pudieran crear divisiones y diferencias de costumbres. Éstos, desde que fueron creados, despreciaron a Dios en presencia de los justísimos ángeles, diciendo: "¿Quién es éste que tanto poder tiene sobre nosotros?". Dijeron esto por envidia, odio y burla, y todavía perseveran en ello y hacen todo esto, porque los primeros comenzaron el error de la burla. Como Dios quiere purificar al pueblo por medio de ellos, mueven en el aire con su permiso y por orden suya el aturdimiento, y vomitan la peste por la espuma del aire, y con las aguas producen inundaciones y peligros. Impulsan las guerras y causan adversidades y desgracias. Dios permite que se haga todo esto, porque los hombres se revuelcan por arrogancia en crímenes y homicidios. Pero, cuando Dios ha purificado a su pueblo de este modo, conduce a estos espíritus a la confusión, tal y como le sucedió a la mencionada mujer.

Después de que con el permiso de Dios hubiera confundido a muchos a través de aquella mujer por sus costumbres depravadas y pecados con los que les seducía, aquel mismo espíritu maligno fue a su vez confundido por aquellos a los que había aterrado y, por ello, se habían arrepentido. Pues Dios permite que sus amigos sean afligidos por adversidades y enfermedades, para que sean limpiados del mal; de ahí que los enemigos sean vencidos,



cuando los elegidos se convierten por la purificación en piedras más resplandecientes ante la presencia de Dios.

Después de que aquella mujer fuera conducida junto a santos de muchos lugares, el espíritu que la oprimía, vencido por los méritos de los santos y los rezos del pueblo, vociferó que en el alto Rin vivía una mujer vieja por cuyo consejo sería expulsado. Al oír esto, sus amigos la trajeron hasta nosotras, en el octavo año de sufrimiento, tal y como Dios quiso.»

XXI. Antes de proseguir con las palabras de la virgen de Cristo, merece la pena insertar las cartas que el abad de Brauweiler y Hildegard habían intercambiado acerca de aquella endemoniada, para que se comprenda mejor la maldad del diablo y puedan alabarse mejor los juicios de Dios, ocultos pero siempre justos.

Cuando aquella mujer fue conducida a Brauweiler después de siete años, para que allí fuera liberada por los méritos de san Nicolás, el espíritu conjurado dijo que no abandonaría su recipiente si no era por el consejo y la ayuda de la vieja del alto Rin, tal y como ella ha contado antes, y cambiando su nombre, la llamó burlonamente *Scrumpilgardis*. Entonces decidieron enviarle una carta de súplica:

*Del abad Gedolph de Brauweiler a Hildegard:*

«A Hildegard, señora y madre venerable, esposa de Cristo, a la que hay que amar de todo corazón, hija del más alto rey, Gedolph, superior del cenobio de Brauweiler con sus hermanos en este valle de lágrimas, le ofrece el devoto servicio del amor en las oraciones.

Aunque vuestro rostro nos sea desconocido, es muy célebre, amadísima señora, la fama de vuestras virtudes, y aunque estemos ausentes en el cuerpo, muchas veces estamos junto a vos en el espíritu, y bien conoce el Señor cómo es la inclinación de nuestro amor por vos. Hasta nuestra tierra ha llegado la noticia de lo que el Señor ha hecho de vos, que ha obrado maravillas en vuestro favor el Poderoso, Santo es su nombre <Lc 1, 49>. Que la fuente de luz viva resplandece en vos con tantos milagros, eso lo sabe ya tanto el clero como el pueblo y lo muestra el curso de

los acontecimientos. Pues en vos brilla una obra que no es humana, sino divina, la gracia que la antecede, el poderoso don, que no dicta la razón humana, sino que procede de una fuente clarísima.

Pero ¿por qué nos entretenemos? Sería mejor llorar que hablar. Las delicias de vuestra santidad, oh dulce señora, no debe suponer la temeridad de que en la simplicidad de los corazones, aunque impelidos por la necesidad, nos permitamos exponeros la causa de nuestra necesidad, pues no dudamos recibir de vos un buen consejo.

Una mujer noble, poseída desde hace algunos años por un espíritu maligno, llegó hasta nosotros de la mano de unos amigos, para que con la ayuda del beato Nicolás, bajo cuya protección nos encontramos, fuera liberada del peligroso enemigo. Pero la astucia y maldad del perverso enemigo ha llevado al error y a la duda a miles de hombres, por lo que temimos un grave perjuicio para la Santa Iglesia. Todos nosotros hemos trabajado con el pueblo para la liberación de esta mujer durante tres meses de muchos modos, sin conseguir nada debido a nuestros pecados, y eso no lo decimos sin dolor.

Toda nuestra esperanza está en vos después de Dios. Pues ese demonio conjurado nos manifestó un día que la mujer poseída sólo sería liberada por la virtud de vuestra contemplación y la magnitud de la divina revelación. ¿Intenta quizás Dios algo grande con su liberación? Sin duda. La abundantísima bondad de nuestro Redentor consumará el esfuerzo de nuestro trabajo y dolor, pero también de nuestra alegría y exultación gracias a vos de un modo pleno, para que así todo error e infidelidad de los hombres sea aniquilado y liberada la mujer poseída, y digamos con el Profeta: "ésta ha sido la obra de Yahveh, una maravilla a nuestros ojos" <Sal 117, 23>, y "El lazo se rompió y nosotros escapamos" <Sal 123, 7>.

Quiera vuestra santidad indicar con una carta lo que Dios os inspire acerca de esto o bien os revele a través de la visión. Os lo rogamos sumisa y humildemente. Os saluda.»

Cuando la beata Hildegard hubo recibido esta carta y la hubo leído con atención, sintió un hondo sufrimiento junto a los que le rogaban, y exhortó a todas las hermanas a que oraran hu-



mildemente en público y en privado para aquella necesidad. Ella misma, después de la oración, elevó los ojos de la mente a Dios y escribió esta respuesta según vio en verdadera visión y oyó no por otro dictado que el de la infinita sabiduría:

*Hildegard al abad de la iglesia de Brauweiler:*

«Puesto que estoy atada por una larga y grave enfermedad del azote de Dios, sólo podré responder a algo de vuestra petición. Y lo que digo no procede de mí, sino de Aquel que es el que es <Éx 3, 14; Ap 1, 4>:

Existen diversos tipos de espíritus malignos. El demonio por el que preguntáis conoce el arte de asimilarse en los vicios a las costumbres de los hombres. Por eso vive de buena gana en los hombres y nada le importa y se ríe de la cruz del Señor y de las reliquias de los santos y demás, que pertenecen al servicio de Dios. No ama estas cosas, pero disimula su huida, del mismo modo que el hombre estúpido y necio desprecia las palabras y amenazas que le dicen los hombres sabios, por lo que es más difícil expulsarlo que a otros demonios. Solamente pueden echarlo los ayunos, las flagelaciones, las oraciones, las limosnas y la misma orden de Dios.

¡Oíd pues, no la respuesta de los hombres, sino la del mismo que vive! Elegid a siete sacerdotes de buen testimonio y a los que recomiende el mérito de su vida, en el nombre y en el orden de Abel, Noé, Abraham, Melquisedec, Jacob y Aarón, que ofrecieron sacrificios al Dios viviente, y al séptimo en el nombre de Cristo, que se ofreció él mismo en sacrificio a Dios Padre. Después de los ayunos, flagelaciones, oraciones, limosnas y celebraciones de misas, se acercarán a la que sufre con intención humilde, hábito sacerdotal y la estola. Se situarán en círculo a su alrededor y cada uno sostendrá en la mano una vara con la figura del cayado con el que por orden de Dios Moisés golpeó a Egipto, el mar Rojo <Éx 14, 21 y ss.> y la peña <Éx 17, 6>, para que, del mismo modo que Dios mostró el milagro por medio del cayado, se glorifique aquí también en este caso, después de haber expulsado al peor de los enemigos. Los siete sacerdotes serán en figura los siete dones del Espíritu Santo, para que el Es-

píritu de Dios, que en el principio aleteaba por encima de las aguas <Gn 1, 2> y que insufló en la faz del hombre aliento de vida <Gn 2, 7>, espire el espíritu inmundo del hombre fatigado.

El primero, el que está en nombre de Abel, dirá con la vara en la mano: "Oye, espíritu maligno y necio, que habitas en este hombre, oye las palabras que no han sido meditadas por un hombre, sino manifestadas por Aquel que es y que vive"», etcétera.

Cuando la santa virgen hubo terminado aquella carta con la revelación del Espíritu Santo, la envió al monasterio donde se encontraba la mujer a través de la mano del hombre al que ocultamente había buscado, tal y como se dice en el libro *Scivias*, para que la leyeran junto a ella. Cuando el lector llegó al lugar en el que al final está escrito: «y yo, pobre e ignorante mujer, oh blasfemo y burlón espíritu, te digo la verdad, que yo, pobre e ignorante mujer, vi y oí esto de la luz de la sabiduría, y por la misma sabiduría te aconsejo que abandones a este ser para siempre y no en un torbellino pasajero», todo aquel espíritu bramó y lanzó tales alaridos y gritos horribles que aterrorizó a los que estaban allí presentes. Y continuó con terribles gritos durante media hora, hasta que al final Dios quiso que abandonara el vaso que había poseído durante tanto tiempo.

Cuando la mujer se sintió liberada, extendió las manos a los asistentes para que la levantaran, pues no tenía fuerzas. Entonces se arrodilló ante el altar principal de San Nicolás y dio gracias a Dios por su liberación. Al ver esto el pueblo, hizo una gran algarabía según suele hacer, pero dio gracias y alabó a Dios bajo el repicar de las campanas, y mientras los hermanos cantaban el *Te Deum laudamus*, ocurrió algo terrible de contar: el mismo antiguo enemigo, oculto el juicio de Dios, regresó al vaso que había abandonado, por lo que la mujer, estremeciéndose y poniéndose en pie con estridores y gritos, comenzó a delirar más que antes.

Los que se encontraban allí se quedaron aterrados y llenos de tristeza. Interrogado el espíritu acerca de cómo se había atrevido a volver a una criatura de Dios que había dejado, respondió: «Huí aterrado del signo de la Cruz, pero, como no sabía a dónde ir, volví a mi vaso que estaba vacío, pero no señalado». Cuando se le forzó a que se marchara por medio de la citada carta y



las conjuraciones de la virgen, gritó con gran irritación que no se marcharía si no era en presencia de aquella vieja. Entonces los más razonables de entre los consejeros, amigos y protectores de la mujer decidieron llevarla junto a la beata virgen. Recibieron del abad y de los hermanos la bendición y se pusieron en camino con una carta de recomendación. La carta decía lo siguiente:

*Del abad Gedolph de Brauweiler a Hildegard:*

«A la venerable señora, digna de todas las gracias, el indigno abad Gedolph de Brauweiler con sus hermanos le desea vida, progresos, que tenga el mundo a sus pies y todo lo que pueda ser querido por una sierva de Cristo.

Todo el mundo conoce ya cómo el Señor os miró e infundió en vos su gracia. Nosotros hemos hablado con vuestra santidad, por medio de nuestros mensajeros y cartas, acerca de la necesidad de la mujer poseída por el espíritu maligno. Dado que la mujer se dirige a vos con gran esperanza, os repetimos la palabra de necesidad y a nuestros ruegos añadimos devotamente otros: cuanto más cerca esté corporalmente de vos, más favorecida será espiritualmente.

Pues el demonio fue conjurado con la carta que nos mandasteis escrita al dictado del Espíritu Santo, y abandonó el vaso poseído por una breve hora, pero regresó por un juicio de Dios desconocido invadiendo el vaso que había dejado y atormentando con mayor acritud que antes. Cuando volvimos a conjurarlo y a acosarlo con fuerza, respondió que no abandonaría el vaso poseído si no era en presencia vuestra. Por ello la enviamos ante vuestra santidad, para que el Señor acabe a través de vos lo que nosotros no merecimos por nuestros pecados, y, expulsado el antiguo enemigo de allí, sea glorificado en vos Aquel que es poderoso por encima de todos. Querida madre, recibid saludos.»

XXII. Después de introducir esta carta parece adecuado que el discurso vuelva a dirigirse hacia el lugar del que se había apartado un poco, y veamos de qué modo Dios aplazó la liberación de aquella mujer para la glorificación de la virgen. Dios omnipotente

podría haber dado con facilidad lo que se pedía para la poseída a través de otros santos a los que en tantas ocasiones se la había llevado, pero transfirió la gloria de este milagro a la santa virgen para manifestar con toda claridad a todos en el momento justo el valor de sus méritos. Acerca de cómo sucedió, podrá conocerse mejor a partir de sus propias palabras:

«Estábamos espantadas ante la llegada de aquella mujer, ya que íbamos a ver y a oír a la que había perturbado por mucho tiempo a todo el pueblo. Pero Dios llovió sobre nosotras el rocío de su suavidad, y sin horror ni temor, y sin ayuda masculina, la llevamos a las habitaciones de las hermanas. Luego, ni por el horror y la confusión con los que el demonio confundía a los que se acercaban por sus pecados, ni por las palabras de burla y de infamia con las que pretendía vencernos, ni siquiera por su pésimo aliento, nos separamos ni un momento de ella. Y vi que aquella mujer había pasado tres torturas: primera, cuando fue conducida de lugar en lugar santo; segunda, cuando el pueblo común daba limosnas por ella; tercero, cuando el demonio fue obligado a salir por medio de las oraciones de los sacerdotes y por gracia de Dios. Por eso nosotras y nuestros vecinos comarcales de ambos sexos nos impusimos por ella ayunos, oraciones, limosnas y castigos corporales desde la purificación de Santa María hasta el sábado de Pascua.

Durante este tiempo el espíritu inmundo, obligado por la potencia de Dios, dio a conocer a pesar suyo muchas cosas acerca de la salvación por el bautismo, acerca del sacramento del cuerpo de Cristo, del peligro de los excomulgados, de la perdición de los cátaros y de otros semejantes para su confusión y para la gloria de todo el pueblo de Cristo, por lo que muchos se hicieron más fuertes en su fe y otros estuvieron más prontos a enmendar sus pecados. Pero cuando vi en visión verdadera que decía cosas falsas, de inmediato fue desmentido, y entonces enmudeció en seguida y rechinaba de dientes contra mí. Cuando decía cosas verdaderas, en cambio, no le prohibí que hablara a causa del pueblo.

Por fin llegó el Sábado Santo. La fuente bautismal fue consagrada por medio del aliento que el sacerdote envió a la fuente, junto a las palabras que el Espíritu Santo infundió al hombre es-



piritual y a los doctores de la Iglesia, pues en la primera creación el Espíritu del Señor movió las aguas, tal y como está escrito: "y un viento de Dios aleteaba por encima de las aguas" <Gn 1, 2>. La mujer estaba allí presente, y, presa de un espantoso temor, tembló de tal modo que con los pies perforó la tierra y del horrible espíritu que la oprimía salió un soplo. Entonces en verdadera visión vi y oí que la fuerza del Altísimo, que había cubierto con su sombra el santo bautismo y siempre lo cubre, habló así al conglomerado diabólico que atormentaba a la mujer: "¡Vete, Satanás, del tabernáculo del cuerpo de esta mujer y deja sitio en su lugar para el Espíritu Santo!". Entonces el espíritu inmundo salió de un modo horrible por los lugares vergonzosos de la mujer y ella quedó liberada, y desde aquel momento y mientras vivió permaneció sana en los sentidos del alma y del cuerpo. Cuando esto fue divulgado después entre el pueblo, todos decían con cantos de alabanza y palabras de oraciones: "Gloria a ti, Señor".

Dios permitió que Satán inundara todo el cuerpo de Job del horror y el hedor de los gusanos, y Satán pensó que con su engaño, que negaba el honor de Dios, podría vencerle. Pero Dios protegió su alma para que no pudiera tocarla, por lo que Job no perdió la fe en Dios. Por ello se separó de él confundido, pues Dios venció a Satán a través de él, para que supiera que nadie puede ser superior a Dios. Del mismo modo, Dios no permitió que su alma se apartara de la buena fe, cuando aquella mujer fue entregada a los tormentos del espíritu maligno. Así el enemigo fue confundido en ella, pues no pudo desviarla de la justicia de Dios.»

XXIII. Con estas palabras la virgen de Dios contaba con humildad, dulzura, suavidad y llena de vergüenza las obras de la divina misericordia realizadas a través de ella y a causa de ella sin atribuirse nada a sí misma, pues consideraba como lugar de virtud huir de la jactancia de las propias fuerzas. Con este relato tan lleno de humildad acerca de la fuerza de Dios y sin ninguna presunción, Hildegard parecía decir con el apóstol: «Y por eso, para que no me engría con la sublimidad de esas revelaciones, fue dado un aguijón a mi carne, un ángel de Satanás que me abofetea» <2 Cor 12, 7>. Por ello continúa después con el relato de la

debilidad de toda su carne, que la doblegó casi como un auténtico aguijón contra la arrogancia. Dice así:

«Poco después de la liberación de aquella mujer me invadió una grave enfermedad, de modo que la sangre de mis venas y las médulas de mis huesos se marchitaron, y todas mis vísceras inferiores se destruyeron. Así languideció todo mi cuerpo, como las hierbas pierden en invierno todo su verdor. Y vi cómo se reían a carcajadas los espíritus malignos y decían: "Bah, ésta morirá, y los amigos con los que nos confundió, llorarán". Y sin embargo, yo no vi que hubiera llegado la salida del alma. Sufrí aquella enfermedad durante más de cuarenta días y cuarenta noches.

Mientras tanto me fue mostrado en verdadera visión que debía ir a visitar algunas comunidades monásticas de hombres y mujeres, y manifestarles abiertamente las palabras que Dios me había mostrado. Como intentara hacerlo y no tuve fuerzas corporales, mi enfermedad se alivió algo. Siguiendo la orden de Dios, calmé las disensiones que existían entre ellos. Y es que, siempre que descuidaba los caminos que Dios me ordenaba por temor del pueblo, me crecían los dolores del cuerpo, y no cesaban hasta que obedecía. Así le ocurrió a Jonás que mucho se afligió, hasta que se dispuso a obedecer.»

XXIV. Después de esto la esposa de Cristo mereció la visitación superior, de la que recibió tanto consuelo que se sintió llena de este deleite con un gozo de inconmensurable exultación, tal y como dijo:

### Visión octava

«En la visión de verdad se me apareció un hombre bellísimo y lleno de amor, y me dio tanto consuelo que su mirada inundó todas mis vísceras como olor de bálsamo. Entonces me desbordé en un inmenso e inconmensurable gozo y deseé mirarle siempre. Él ordenó a los que me afligían que se alejaran de mí, diciendo: "Marchaos de aquí, pues no quiero que la atormentéis por más tiempo". Y retrocedieron con gran griterío chillando: "¿A qué vinimos aquí? Ahora tenemos que marcharnos avergonzados".



De inmediato, con las palabras del hombre me abandonó la enfermedad que me perturbaba, como los vientos procelosos agitan las aguas, y recuperé las fuerzas, como el peregrino cuando vuelve a su patria recobra sus posesiones. Las venas con la sangre, los huesos con la médula se repusieron, y fui casi de la muerte resucitada. Callé en la paciencia, guardé silencio en la mansedumbre, y como parturienta después del parto, así hablé después del dolor.»

XXV. «Después mi abad y los hermanos me forzaron con humildes e insistentes ruegos a que escribiera la vida de san Disibod, a quien había sido consagrada, tal y como Dios quiso, pues nada cierto sabían de él. Oré invocando al Espíritu Santo y en verdadera visión miré hacia la verdadera sabiduría, y según me enseñó, así escribí la vida y los méritos de este santo.

Luego escribí el *Liber divinorum operum* [Libro de las obras divinas], en el que, tal y como Dios omnipotente me infundió, vi la altura, la profundidad y la anchura del firmamento y de qué forma han llegado a estar en él el sol, la luna, las estrellas y todo lo demás.»

XXVI. La santa virgen hizo muchos otros monumentos escritos e insignes testimonios de su gracia profética, en los cuales, como ya hemos dicho antes, encontramos los indicios de su alma instruida por el Espíritu Santo y entregada a las disciplinas divinas. Grandes ganancias pueden hallar en estos escritos quienes sientan amor por la teoría y el conocimiento, puesto que fueron ordenados por Dios y revelados a los hombres a través de ella, en quien la sabiduría de Dios se sentaba como en un poderoso trono con sublime autoridad, y haciendo milagros a través de ella había determinado sus juicios sobre las cosas.

Después de haber arreglado este relato según nos ha permitido nuestro pequeño ingenio, volvemos el cálamo a las palabras de sus santas hijas, y añadiremos a esta obra con fidelidad y verdad, gracias a la ayuda de Dios, lo que escribieron acerca de ella digno de ser recordado, sobre todo acerca de su muerte, tal y como lo vieron, oyeron y trataron con sus propias manos. Así dijeron:

«Trajeron en un lecho con gran trabajo de hombres a una

mujer muy maltratada por un demonio mudo, con la que los hermanos de Laach ya se habían esforzado mucho. La piadosa madre, confiando en las palabras entregadas por el Espíritu Santo, opuso resistencia a la audacia y presunción del demonio, y no cesó de rezar y bendecir hasta que por la gracia de Dios le liberó del maligno enemigo.

De modo semejante sucedió con otra mujer que había sido atada con fuertes cadenas a causa de los ataques de locura. Cuando la condujeron junto a ella, ordenó que la desataran, y ante la admiración de todos los que estaban allí, recuperó la salud de la mente y del cuerpo, y regresó a su casa con acción de gracias.

De igual modo en el monasterio de Aschaffenburg el diablo incitaba a una hermana a las santas obras, oraciones, vigilias y ayunos, incluso a recibir los sacramentos, simulando ser un ángel de luz. Se esforzaba por confundirla con la confesión de actos criminales que nunca había cometido. También la atormentó con los nombres y la cara de determinados hombres y animales por los que sentía tal horror que en cuanto los veía u oía comenzaba un terrible lamento que duraba horas. El prior del convento escribió una carta a la santa virgen y fue consolada por ella y liberada del error del diablo.

Por la misma fuerza liberó a dos mujeres poseídas por el demonio, de las cuales una, como era muy pobre y ciega, fue acogida por caridad y terminó felizmente su vida con el hábito monacal.»

XXVII. Después de anticipar esto, nos apresuramos al final de esta obra: veamos el fin de la vida de la santa virgen y los signos con los que Dios la distinguió, tal y como lo describieron las hermanas:

«Cuando la beata madre hubo servido ya al Señor con devoción en muchas contiendas, afectada por el tedio de la vida presente, cada día deseaba disolverse y estar con Cristo <Flp 1, 23>. Dios oyó su deseo y le reveló, tal y como ella deseaba, su fin en espíritu profético, que contó a las hermanas. Después de sufrir por algún tiempo una enfermedad, a los ochenta y dos años de edad, el 17 de septiembre de 1179 emigró junto a su esposo celeste en feliz tránsito. Sus hijas, para quienes era ella todo su gozo y solaz, asistieron con muy amargas lágrimas a la muerte de la amada madre. Pues, aunque no dudaran de que les serían conferidos favores y recompensas gracias a ella, estaban afectadas por el máximo dolor de corazón debido a su partida, ya que era ella su máximo consuelo. En verdad, Dios mostró con claridad en su tránsito los méritos que había en ella.



Sobre la habitación en la que la santa virgen entregó su feliz alma a Dios en el primer crepúsculo de la noche del domingo, aparecieron en el cielo dos arcos brillantísimos y de diversos colores, que se ensancharon por un gran camino extendiéndose por la tierra en cuatro partes, de los cuales uno fue de norte a sur y el otro de este a oeste. En el vértice, allí donde los dos arcos se cruzaban, surgió una clara luz en forma de círculo lunar que se ensanchó tanto que pareció apartar las tinieblas de la noche de la habitación. En esta luz se vio una rutilante cruz, primero pequeña pero luego creciendo inmensa, rodeada por innumerables círculos de distintos colores, de los que salían en cada uno de ellos pequeñas cruces rojizas y brillantes, rodeadas a su vez por círculos, y se veía cómo iban creciendo. Y cuando se hubieron extendido por el firmamento, lo hicieron más intensamente en Oriente y parecieron desviarse hacia la tierra y hacia la casa en la que la santa virgen había muerto, iluminando toda la montaña. Debe creerse que Dios con este signo mostró con cuánta claridad había iluminado a su amada en los cielos.»

Tampoco faltaron, antes de que fuera sepultada, milagros que atestiguaron el mérito de su santidad. Pues dos hombres, que llenos de fe tocaron su santo cuerpo, fueron curados de una grave enfermedad. Las exequias fueron celebradas por venerables hombres con gran respeto y fue sepultada en lugar santo, donde todos los que recen con corazón piadoso obtendrán grandes bienes gracias a sus méritos. Un maravilloso olor a suavidad, dulzura y fragancia sale de su sepulcro e inunda los sentidos de algunos hombres. Confiamos y creemos sin dudarlo que su memoria será inmortal junto a Dios, que ya en esta vida le concedió el especial privilegio de sus dones, alabado sea por los siglos de los siglos. Amén.

# Notas

Esta traducción se ha realizado a partir del texto original latino: *Vita Sanctae Hildegardis*, edición y estudio de Monica Klaes, *Corpus Christianorum Continuatio Mediaevalis* CXXVI, Brepols, Turnholt 1993. Se ha consultado la traducción alemana: *Das Leben der heiligen Hildegard, berichtet von den Mönchen Gottfried und Theoderich*, aus dem Lateinischen übersetzt und kommentiert von Adelgundis Führkötter, Otto Müller, Salzburgo 1980 (3.ª ed.). Esta traducción alemana se basó en la antigua edición de J.-P. Migne (*Patrologia Latina*, t. 197, págs. 91-130), así como en los manuscritos de Wiesbaden (Hess. Landesbibliothek, Hs. 2, llamado Riesenkodex, fechado entre 1180-1190) y Berlín (Staatsbibliothek, Stiftung Preuss. Kulturbesitz, Cod. Lat. 4.° 674, siglo XIII). La reciente edición crítica de M. Klaes ha tomado como manuscrito base el ms. *T* (Viena, ÖNB, Cod. 624), corregido con la ayuda de los otros manuscritos: *R* (Wiesbaden, LB, Hs. 2), *B* (Berlín, SBPK, Cod. Lat. Qu. 674), *P* (Viena, ÖNB, Cod. 4919), *Bt* (Berlín SBPK, Cod. Lat. Qu. 835), *L* (Londres, BL, Add. ms. 15102), *G I* (Bruselas, Br, ms. 5387-96), *G II* (Bruselas, BR, ms. 5527-34). El manuscrito *T* procedía del monasterio de Echternach y al parecer se trata de un autógrafo. Existen también diversas traducciones inglesas; se considera que la mejor es la de H. Feiss, *The Life of the Saintly Hildegard*, Toronto 1996.

Un manuscrito de principios del siglo XIII transmite una versión abreviada de la *Vita, Octo lectiones in festo sancte Hildegardis legende*, debida también según M. Klaes al mismo Theoderich von Echternach (cf. ed. cit., págs. 146-152).

## <Prólogo>

Ludwig y Gottfried *(Ludowico et Godefrido)*: el abad Ludwig de San Eucharius en Trier, un amigo íntimo de Hildegard, y el abad Gottfried de Ech-

ternach, quien había visitado a Hildegard como monje de San Eucharius y luego (1190-1210) pasó a ser abad.

Gottfried, hombre de claro ingenio *(Godefridum, virum ingenio clarum)*: a la muerte del primer secretario de Hildegard, Volmar, acaecida en el año 1173, el abad Helenger de Disibodenberg le mandó un nuevo secretario, el monje Gottfried, que llegó a Rupertsberg en los años 1174-1175. Comenzó a escribir una *Vita*, pero murió a principios del año 1176. En 1177 el nuevo secretario era Guibert de Gembloux, a quien Hildegard escribió una carta en la que se encuentra la más completa descripción del modo en que tenían lugar sus visiones (ver *Cartas*). Éste también se dispuso a elaborar un relato biográfico del que sólo se ha conservado un fragmento (editado por J. B. Pitra, *Vita Sanctae Hildegardis de Guibert de Gembloux*, en *Nova Sanctae Hildegardis Opera*, Monte Cassino 1882, págs. 407-415). El encargo de escribir la *Vita* cayó sobre Theoderich, autor ya de diversas obras, incluida una crónica sobre el monasterio de Echternach. A diferencia de sus predecesores (Gottfried y Guibert) él no conoció a su biografiada. Su trabajo consistió, como él mismo sostiene *(a nobis digestam, divisam et ordinatam... scripturam)*, en ordenar el material del que disponía: en primer lugar, el libro interrumpido de Gottfried, que consideró como el Libro I *(liber prime positionis)*; en segundo lugar, los pasajes autobiográficos que narran en primera persona las visiones *(secundus liber visionum)*, y en tercer lugar, introducir los milagros *(tercius miraculorum)*. La ordenación de este material se vio completada con citas epistolares y de la propia obra de Hildegard von Bingen, así como con la inserción de algunas cartas y algunos testimonios de las monjas de Rupertsberg. Entre los años 1181 y 1187 Theoderich von Echternach realizó esta biografía, cuyo interés máximo consiste en que es en un cuarenta por ciento una autobiografía.

«[...] y la memoria de los que leen será incitada a la verdadera sabiduría, a la visión celeste y a la divina virtud» *(et ad veram sapientiam celestemque visionem et divinam virtutem legentium incitabitur memoria)*: «es conocida la importancia concedida en la Edad Media a la palabra misma del santo, y de ahí la voluntad de insertar en el relato de su vida discursos en estilo directo. No olvidemos que las vidas de santos estaban destinadas a ser leídas en público, formando parte de la liturgia. Así, el auditorio debía estar más atento y ser más impresionado en el momento en que el lector, diciendo "yo", parecía convertirse en el santo en persona y no en su portavoz. Leer el discurso del santo era repetir sus palabras y en cierto sentido reactualizarlas, incluso siglos después [...] La memoria se perpetúa en la liturgia gracias a la lectura de la vida del desaparecido, que es así devuelto a los vivos. El muerto está presente, el pasado



está presente» (S. Gouguenheim, pág. 31). La *Vida*, dividida en ocho lecciones y compuesta en el siglo XIII (*Octo lectiones,* editada también por M. Klaes), muestra claramente una finalidad litúrgica. Todo esto atestigua el culto monástico dedicado a Hildegard von Bingen, que ya en vida fue considerada como una santa, aunque nunca llegó a ser canonizada. La petición de canonización salió de las monjas de Rupertsberg y el papa Gregorio IX (1227-1241) mandó a tres comisarios, y ordenó una segunda investigación el 6 de mayo de 1237, de la que no se sabe nada. Inocencio IV (1243-1254), el papa que le sucedió, abrió de nuevo la investigación en 1243, aunque tampoco llegó a nada definitivo (S. Gouguenheim, págs. 62 y ss.). El *Acta Inquisitionis de Virtutibus et Miraculis S. Hildegardis* fue editada por Peter Bruder en *Analecta Bollandiana* 2 (1883), págs. 116-129, y acaba de ser traducida al inglés: *Jutta and Hildegard*, págs. 258-272.

## <Libro I>

I. «Siendo rey Enrique» *(regnante Enrico)*: Enrique IV (*regnante heinrico nominis huius quarto augusto*, según el ms. de Berlín). Enrique IV muere en el año 1106. Hildegard von Bingen nace en el año 1098, cf. en la nota a este mismo capítulo al final.

Hildebert: H. von Bermersheim era un hombre perteneciente a un linaje noble, asentado desde hacía generaciones en Bermersheim (cerca de la pequeña ciudad de Alzey); casado con Mechtild de Merxheim en Nahetal, fueron padres de diez hijos, siendo justamente Hildegard la décima hija (E. Gronau).

«Cuando hubo cumplido los ocho años fue recluida *(recluditur)*, para ser enterrada *(consepelienda)* [...] en el monte de San Disibod con una piadosa mujer [...] llamada Jutta»: existe discrepancia acerca de la fecha de reclusión de Hildegard. Según esta fuente, la reclusión habría sucedido en el año 1106 (pues Hildegard nace en 1098, y por tanto en esa fecha tendría ocho años); en cambio, la Vida dedicada a Jutta la sitúa en el año 1112 (por tanto, Hildegard habría contado con catorce años); cf. Franz Staab, «Aus Kindheit und Lehrzeit Hildegards. Mit einer Übersetzung der Vita ihrer Lehrerin Jutta von Sponheim», en *Hildegard von Bingen. Prophetin durch die Zeiten*, cit., págs. 58-86. La fecha de 1112 está corroborada también por los *Annales Sancti Disibodi*. En la carta de Guibert de Gembloux a Bovo se sitúa la entrada de Hildegard en la celda a la edad de ocho años, pero en la Epístola 38, VIIII, en cambio se sostiene que la ceremonia de clausura tuvo lugar veinticuatro años antes de la muerte de Jutta en el año 1136, o sea en 1112. Toda esta documentación referida a la

biografía de Hildegard y su comentario, se encuentra en *Jutta und Hildegard*, en especial págs. 51 y 107. La ceremonia de clausura era un ritual que mostraba la muerte del recluso a este mundo. Según se describe en el *Liber Pontificalis* de mediados del siglo XIII, el celebrante realizaba el rito de extremaunción y se cantaba un réquiem, para concluir encerrando al recluso en el lugar. Se conocen bastantes casos de reclusión y eremitismo, por lo general femenino, en el siglo XII (cf. *The life of Christina of Markyate. A twelfth century recluse*, de C. H. Talbot). Una descripción de este rito litúrgico funerario aparece en la carta a Bovo de Guibert de Gembloux, pág. 107, *Jutta and Hildegard*, cit., así como una rápida descripción de la celda en la que había «una ventanita a través de la cual hablaban a los visitantes y les pasaban las cosas necesarias para vivir, estando todos los demás accesos bloqueados...» (pág. 108).

Jutta von Spannheim (1092-1136), hija del conde Esteban II von Spannheim (o Sponheim), *magistra* y madre espiritual de Hildegard, ofreció su vida a Dios a la edad de 12 años después de una grave enfermedad. Hacia el año 1106 se la encuentra, junto a Hildegard, bajo la tutela de su madre espiritual, Uda, una mujer noble y viuda. No está claro si vivían en Spannheim o en Disibodenberg. La madre de Jutta, también viuda, Sophia, muere entre 1110 y 1111. En 1112 Jutta decide abandonar sus tierras y marchar en peregrinación, pero su hermano Meinhard la convence para que se convierta en una reclusa o anacoreta (cf. *Jutta and Hildegard*, pág. 51 y ss.).

*Scivias*: es la primera obra profética de Hildegard. La cita completa es la siguiente: «Sucedió en el año 1141 de la encarnación de Jesucristo. A la edad de cuarenta y dos años y siete meses» (*Scivias*, ed. A. Führkötter), lo que proporciona el año 1098 como fecha de nacimiento. Comienza aquí la etapa de madurez de Hildegard anunciada por el signo divino *(igneum lumen aperto celo veniens totum cerebrum meum)*, que las miniaturas han plasmado de un modo tan perfecto: el fuego del cielo abierto penetrando en el cerebro y enrojeciendo todo el rostro (ver págs. 181 y 249). Es el momento de la *metanoia*, que en su caso implicará la escritura de las visiones, no sin pasar por un período de crisis constantes manifestadas en la enfermedad. La transformación significa concretamente comprensión repentina *(repente)*. Se trata de un conocimiento totalizador y del sentido *(...intellectum expositionis librorum...)*, que nada tiene que ver con el conocimiento particular de la gramática *(non autem interpretacionem verborum textus eorum nec divisionem sillabarum nec cognitionem casuum aut temporem habebam)*. Otra descripción del mismo suceso, más adelante en la *Vida*, Visión primera (pág. 52) y en su carta a Bernardo de Clairvaux (ver *Cartas*, pág. 113).



II. «[...] el voto monástico»: entre los años 1112 y 1115 recibió el voto del obispo Otto von Bamberg.

III. Este pasaje acerca de la enfermedad, el mandato de Dios de escribir las visiones y el miedo de ella, aparece más adelante narrado en primera persona (<Libro II>, II). Ver la nota al pasaje autobiográfico.

El monje al que aquí se hace alusión es Volmar, un monje de Disibodenberg, el primer secretario de Hildegard. Más adelante en la misma *Vita* se especificará el tipo de colaboración prestada por Volmar (ver nota a II, I). El abad citado hace referencia a Kuno, abad de Disibodenberg (1136-1155). El arzobispo Enrique de Mainz (1142-1153) mantuvo los contactos con Hildegard hasta su muerte, tal y como se manifiesta en la correspondencia.

IV. El sínodo de Trier presidido por el papa Eugenio III se prolongó desde el 30 de noviembre de 1147 hasta febrero de 1148. Para la relación entre este papa y Hildegard, ver *Cartas*.

«[...] los escritos de la beata Hildegard» *(scripta beate Hildegardis)*: una parte del *Scivias*, obra en la que Hildegard trabajaba desde el año 1141. Ver nota a I, I.

Acerca de la relación entre Bernardo de Clairvaux y Hildegard, ver *Cartas*. El contacto epistolar entre ambos se fecha entre los años 1146-1147, anterior por tanto al sínodo de Trier (V. Cirlot, «Hildegarda de Bingen y la mística cisterciense»).

V. «Todas las fuentes señalan que con el paso del tiempo (aunque lo hacen sin mayores especificaciones) la fama de Jutta y de su discípula atrajo a otras aspirantes a la comunidad. La transformación de la celda en un pequeño monasterio benedictino femenino sucedió por grados. Probablemente no hay un momento exacto en que se pueda precisar dicha transformación, pero se puede considerar definitivamente realizada cuando Hildegard cumplió quince años, pues a esta edad hizo los votos como monja benedictina» (S. Flanagan, pág. 44). Ver nota a I, I.

La visión interior del lugar a donde debía trasladarse sucedió en los años 1146-1147. Como señala G. Lautenschläger este pasaje de la *Vita* constituye un ejemplo perfecto de la relación entre la salvación de Dios y la historia de libertad mundana (pág. 237).

La fundación del nuevo monasterio en Rupertsberg tuvo lugar entre 1147 y 1152. El 1 de mayo de 1152 Enrique I, arzobispo de Mainz, volvió a consa-

grar la iglesia de Rupertsberg y concedió a algunas monjas la *consecratio virginum* (ver A. Führkötter, *Das Leben*, pág. 152).

VII. La adquisición de las tierras al noble Bernhard von Hildesheim, así como los acuerdos a los que llegó Hildegard con los arzobispos de Mainz, primero con Enrique y luego con Arnoldo (1153-1160), determinaron la libertad del nuevo monasterio de Rupertsberg. Se conservan dos importantes documentos: el primero fechado el 22 de mayo de 1158, en que se confirman las posesiones del monasterio de Rupertsberg (MzUB II, 1, Nr. 230), y otro con la misma fecha en que se equiparan las posesiones y los derechos espirituales de Rupertsberg con respecto a Disibodenberg (MzUB II, 1, Nr. 231) (cf. A. Führkötter, *Das Leben*, pág. 152).

El viaje de Hildegard a Disibodenberg tuvo lugar antes de la muerte del abad Kuno (24 de junio de 1155) y su discurso tuvo indudable éxito, confirmado más tarde con el siguiente abad de Disibodenberg (Helenger), que condujo a la elaboración de los documentos ya citados del año 1158.

El abandono de Disibodenberg y la marcha a Rupertsberg será relatado en primera persona en el Libro II, Visión segunda. Ver nota a ese capítulo.

VIII. Guibert de Gembloux: se puso en contacto epistolar con Hildegard en el año 1175, y en 1177 se convirtió en su secretario hasta el año de su muerte, en 1179. También Guibert trató de escribir una *Vita* (cf. nota a I, I). Acerca de este importante personaje, ver nota a las *Cartas*. Aquí Theoderich introduce un fragmento de la carta fechada en 1175, en la que Hildegard respondiendo a las preguntas de Guibert lleva a cabo la más completa descripción de su experiencia visionaria. Acerca del contenido de esta carta, ver el comentario en la nota.

IX. Se trata de una descripción de la *vita mixta (activa vita et contemplativa)*, que conjuga oración y trabajo, alma y cuerpo, reproduciéndose así el misterio de la divinidad y la humanidad del verbo encarnado. Una ilustración de ello se encuentra en el relato evangélico de las hermanas Marta y María (Lc 10, 38-42) (G. Lautenschläger).

### <Libro II: Visiones>

Prólogo. «[...] y he tratado de ordenar y terminar con la ayuda de Dios el Libro segundo de la vida de la beata virgen Hildegard, que está salpicada de secretas y arcanas visiones como hermosas flores, desde el lugar en que Gottfried terminó el libro precedente» *(et libellum secundum de vita beate Hildegardis virginis, secretis et archanis visionibus quasi quibusdam amenis floribus respersum, ab eo loco, quo precedentem librum Godefridus bone memorie terminavit, ordinare et perficere Deo favente curavi)*: ver nota a Libro I, Prólogo. Theoderich va indicando el modo en que va construyendo la *Vita* y es ése un modo en donde lo que predomina es la ordenación *(ordinare)*. Se trata de una ordenación de materiales de procedencia y cualidad diversas: después de colocar en primer lugar el libro de Gottfried como el Libro I de la *Vita*, ahora da entrada al Libro segundo *(libellum secundum)*, que es el de las visiones *(secretis et archanis visionibus)*, para lo cual utilizará relatos autobiográficos, es decir, los relatos de la propia Hildegard acerca de sus visiones. La tarea de Theoderich es más bien la de un editor que organiza un texto como un *collage*. Estas características de la *Vita* tienen como consecuencia la repetición, de la que Theoderich se excusa al final del Prólogo alegando, por un lado, la necesidad de mantener el orden del relato *(qualitas ordinis in recitacione hystorie)* y sobre todo de dejar intacta la integridad de las palabras de la virgen. Ver la nota al Prólogo del Libro I acerca de la función de la primera persona como actualización y presencia *(Vergegenwärtigung)* del santo. A ello se añade el carácter sagrado de las palabras de la virgen que no son de ella, sino del Espíritu Santo *(...auctoritas vel integritas verborum, que per Spiritum sanctum prolata sunt...)*. En cualquier caso, la repetición posee una indudable función estética: lo que se ha anticipado en el Libro I (en tercera persona) aparece ahora intensificado por la primera persona cobrando el sentido mayor de la experiencia vivida.

I. Se refiere al *Scivias*, escrito entre 1141-1151 (ver nota al Libro I, I), y a *Physica*, escrito entre 1150-1160, así como *Causae et Curae*. Posiblemente estos dos textos que se nos han transmitido con estos nombres y de forma separada, eran en su origen una única obra: el *Liber subtilitatum diversarum naturarum creaturarum* [Libro de las propiedades sutiles de las diferentes naturalezas de las criaturas]. En estos escritos, que no son de naturaleza profética y donde Hildegard habla con su propia voz, se aborda la fisiología, la patología, la sexualidad, y «hombre y mundo se encuentran ordenados por la ley de la correspondencia antropológica [...] todo se encuentra dentro de un sistema de relación interior, de correspondencia y concordancia» (H. Schipperges, *Hildegard von Bingen*, pág. 19). Un último estado de esta cuestión en L. Moulinier, «Abbesse et agronome: Hildegarde et le savoir botanique de son temps» en *Hildegard of Bingen. The Context of her Thought and Art*, págs. 135-156.

Este único volumen de cartas *(unum volumen)* no se ha conservado (A. Führkötter, *Das Leben*, pág. 153), pero sí en cambio manuscritos de cartas que se copiaron en Rupertsberg en vida de Hildegard (M. Schrader y A. Führkötter, *Echtheit*, pág. 142).

«[...] canto de dulcísima melodía en maravillosa armonía» *(...cantum dulcissime melodie mirabili protulit symphonia...)*: según la carta de Odo de Soissons (ver *Cartas*), Hildegard habría comenzado la composición musical en el año 1140 y todas sus canciones escritas antes de 1151 habrían sido incorporadas en el *Scivias*. «La última visión relatada en esta obra no es en realidad una visión: es la transcripción de un concierto celestial que la visionaria oye cuando los cielos se le abren» (B. Newman, *Symphonia*, pág. 7). Pero las catorce canciones que siguen no incluyen notación musical. La obra se concluye con un drama, el *Ordo virtutum*, que es una especie de cantata, y no se sabe si fue pensada como obra independiente o como final del ciclo. En el Prefacio del *Liber vitae meritorum,* la segunda obra profética iniciada en 1158, Hildegard afirma haber estado ocho años dedicada a la composición de *Symphonia* (ver nota a *Música y poesía*). «La palabra *symphonia* era empleada en la Edad Media de un modo muy libre y puede significar tanto melodía como armonía, o simplemente música en general, tanto vocal como instrumental» (B. Newman, pág. 11).

Se menciona aquí la composición musical en relación con otra creación de Hildegard: la de las *litteras non visas* [letras nunca vistas] y la *lingua inaudita* [lengua inaudita], a lo que se dedicó en los años cincuenta. Acerca de la *lingua ignota*, ver F. W. E. Roth, «Ignota lingua», págs. 457 y ss. Se trata de un glosario de unos novecientos términos inventados referidos a seres celestiales y terrenales con su propio alfabeto de veintitrés caracteres. Alguna palabra de la *lingua ignota* aparece en alguna canción de *Symphonia.* Acerca del significado de esta obra: «La *lingua ignota* debió de ser una especie de lenguaje secreto para iniciados, empleado para crear una atmósfera de mística intensidad en el convento» (B. Newman, pág. 18). «La abadesa habría tratado de reconstruir la lengua hablada por Adán antes de la caída, lengua que le permitía conversar con los animales, lengua hablada por los ángeles. Reencontrar esa lengua era el modo de volver a entrar en contacto con el tiempo de los orígenes» (S. Gouguenheim, pág. 92). Acerca de este asunto, ver también P. Dronke, «Las invenciones de Hildegarda de Bingen: lenguaje y poesía»: «La *Lingua* de Hildegarda exige con urgencia una edición comentada [...] Yo creo que quedó sin terminar; o, al menos, que la colección de palabras que queda representa sólo una fracción de lo que Hildegarda tenía previsto» (pág. 35). Aquí Theoderich parece hacerse eco de Guibert de Gembloux en su carta a Hildegard fechada



en 1175 (*Epist.* XVIII, en CC CM, pág. 231), cuando exclama: *Quis similia his umquam de alia quavis femina audivit* [¿cuándo se ha oído algo semejante de una mujer?], refiriéndose a la composición musical.

El pasaje final alude a la autoría de Hildegard *(manu propria scripsit)* y a que sus textos eran corregidos gramaticalmente *(grammatice artis)* por su secretario *(uno solo fideli viro)*, Volmar (ver nota a I, III). La precisión de que sólo se trataba de una corrección y en modo alguno se alteraba ni el sentido *(sensum)* ni la comprensión *(intellectum)* se debe a que Hildegard es sólo instrumento de expresión de Dios y por tanto las palabras deben mantenerse intactas. La orden celeste de utilizar a un corrector *(ille qui limam habet)* se encuentra en la carta dirigida al papa Anastasio, fechada en los años 1153-1154 (CC CM XCI, *Epist.* VIII, pág. 21), aunque en la carta no consta *in Latina lingua*; en realidad, en la carta se alude al paso de la *lingua ignota*, celestial, la que a ella se ha mostrado *(tibi ostensa)*, a la humana, la que posee la *formam humane consuetudinis,* de ahí que se concluya con la «adaptación» al sonido humano. En el pasaje de la *Vita*, en cambio, se ha interpretado el paso como una corrección a un latín gramatical, aunque la frase final conserva el sentido de la acepción original *(ad aptum sonum hominum explere).*

Acerca de la autoría de Hildegard, A. Führkötter recoge en nota los resultados de las investigaciones paleográficas y codicológicas de A. Derolez, y las resume así: 1. Hildegard escribió con su propia mano todas sus obras teológicas en tablillas de cera. 2. Los autógrafos eran copiados por su secretario en el pergamino, que era corregido por la propia Hildegard y por el secretario, que mejoraba la gramática. 3. De ahí salía la última copia (*Das Leben*, págs. 153-154).

## Visión primera

II. «En la visión misteriosa y en la luz del amor vi y oí» *(In mystica inquit visione et in lumine karitatis de sapientia, que numquam deficiet, verba hec sic audivi et vidi)*: ésta es la forma habitual de introducir el relato de la visión, en la que tanto se ve como se oye *(audivi et vidi)* y que hace referencia tanto a las imágenes contempladas y las palabras oídas como al fenómeno de la sinestesia propio de toda experiencia mística. El adjetivo *mystica* carece en el siglo XII del significado preciso que adquiere el concepto 'mística' en el siglo XVII y alude a la penetración en el misterio de Dios (G. Lautenschläger, pág. 63). Para la relación entre la visión y la luz interior, ver la carta de Hildegard a Guibert de Gembloux (pág. 149). Acerca del amor *(karitas)* ver también otra carta de Hildegard a Guibert (pág. 161).

Con respecto al cinco: la proporción 3:2 corresponde a la relación oscilatoria de la quinta y el cinco fue concebido como un número extraordinario por los pitagóricos. Es signo del principio de vida y de la armónica unión de los contrarios. Junto con el sol y la luna, Hildegard menciona cinco planetas que conceden la fuerza y la solidez del firmamento. La tierra también está dividida en cinco partes, que garantizan el equilibrio de sus fuerzas. Mediante el símbolo de cinco animales salvajes Hildegard plasma la sucesión de cinco imperios. «Abel, Noé, Abraham, Moisés y Jesús se contraponen a ellos [a los cinco animales] como las cinco grandes luces de la historia de la salvación» (G. Lautenschläger, pág. 342). Aquí aparecen como *quinque toni*, cinco tonos, contrapuestos a los cinco sentidos del cuerpo *(quinque sensibus corporis)*, lo que haría referencia, en su comprensión más general, a lo espiritual y a una interpretación simbólico-musical de la historia bíblica.

«La Sabiduría también me enseñó» *(Sapientia)*: la obra de Hildegard y sus visiones no conducen a una nueva mitología (tan frecuente en su época entre filósofos como Bernardo Silvestre, por ejemplo), pero es cierto que Sabiduría o Amor *(Caritas)* aparece como figura clave, hasta tal punto que eso es lo que ha determinado la tesis de B. Newman *(Sister)*, según la cual la obra de Hildegard forma parte de la tradición de la teología sapiencial de Occidente. Como esposa de Dios, sabiduría y amor (*caritas* es femenino en latín) son figuras idénticas. En el frontispicio del *Liber divinorum operum* se encuentra la miniatura que representa a *Caritas* sosteniendo el Cordero de Dios y debajo a Hildegard recibiendo el fuego del Espíritu en la llama roja que penetra su cerebro (ver nota a I, I), o también aprendiendo de Sabiduría en la visión misteriosa y en su luz. La miniatura plasma de un modo simbólico la revelación y el hecho de que el escritor no es más que transmisor de la palabra sagrada, lo que, por otro lado, es propio de la idea de creación en toda cultura tradicional (A. K. Coomaraswamy).

La fecha que aquí se ofrece *(post incarnationem Christi anno millesimo)* es aproximada, pues Hildegard nace en el año 1098 (ver nota a I, I).

«[...] la noble mujer que me educaba»: se refiere a Jutta von Spannheim (ver nota a I, I) y el monje a Volmar (ver también nota a II, I).

«En esta visión comprendí»: comparar el pasaje con el del Prólogo del *Scivias* (reproducido en I, I). Sobre el desconocimiento de las letras y la mujer iletrada (Jutta): «La afirmación de Hildegard [...] no significa necesariamente que no conociera la sintaxis latina, sino más bien que carecía de un conocimiento especulativo de estas categorías. Este conocimiento era uno de los elementos que formaban el estudio de la gramática, la primera disciplina del trivio, que, junto



con la dialéctica y la retórica, formaba el primer nivel de las siete artes liberales, la base del currículum medieval. Así podemos concluir que Hildegard (como Jutta) era inculta según la concepción de cultura del siglo XII, más que analfabeta en el sentido moderno del término» (S. Flanagan, pág. 53). Podría añadirse que la afirmación de desconocer las letras, tal y como hace Wolfram von Eschenbach en su *Parzival* (*ine kan decheinen buochstap* 115.27), es un tópico exegético basado en el Salmo 70, 15 que enfatiza la inspiración divina (A. Groos). Me complace haber coincidido con Peter Dronke en esta comparación entre Hildegard y Wolfram: «She was different, and aware of being different –as much so as her younger contemporary, the brilliant poet Wolfram von Eschenbach, whose pretence that he could not read or write similarly signified his refusal to be measured in terms of the clerically educated realm, to which his poetic rivals were proud to belong» («The Allegorical World-Picture of Hildegard of Bingen: Revaluations and New Problems», en *Hildegard of Bingen. The Context of her Thought and Art*, pág. 14).

Con respecto a la música, ver nota a II, I.

IV. «Como conociera gracias a su espíritu profético» *(prophetico spiritu)*: la facultad visionaria y el carisma de la «diferenciación de espíritus» se encuentra con frecuencia en estrecha relación en toda la historia cristiana de la visión, fundamentándose en el pasaje evangélico (Jn 2, 24-25): «Pero Jesús no se confiaba a ellos porque los conocía a todos y no tenía necesidad de que se le diera testimonio acerca de los hombres, pues él conocía lo que hay en el hombre» (E. Benz, págs. 186-187).

## Visión segunda

V. Relatado en tercera persona en el Libro I, VII.
El traslado de Disibodenberg a Rupertsberg, que aparece en este pasaje como la marcha de un lugar fértil *(pinguedine agrorum et vinearum et de amenitate loci illius)* a otro sin agua *(inaquosa, ubi nulla essent commoda)*, posee un indudable valor simbólico: la carencia de agua y la sequedad constituyen el lugar del progreso espiritual. «Esto confirma el valor específico del desierto como lugar propicio a la revelación divina, por lo cual se ha escrito que "el monoteísmo es la religión del desierto". [...] Además, si el agua está ligada a las ideas de nacimiento y fertilidad física, se oponen en cambio a la perennidad espiritual, y la humedad se ha considerado siempre como símbolo de corrupción moral. En cambio, la sequedad ardiente es el clima por excelencia de la espiri-

tualidad pura y ascética, de la consunción del cuerpo para la salvación del alma» (J. E. Cirlot, *Diccionario de símbolos*).

La marquesa *(marchionissa)* a la que se refiere Hildegard era Richardis von Stade, madre de la monja Richardis del monasterio de Hildegard.

«[...] Mujer inculta y necia» *(stulte et indocte femine)*: repetiremos una vez más que la angustia de Hildegard venía indudablemente incrementada por el hecho de ser mujer y que sus actos de liberación del dominio masculino constituyen un hecho absolutamente insólito en la sociedad europea del siglo XII. Ver la desmitificación de otras mujeres de esta época y la valoración del poder y control masculino en G. Duby, *Dames* (donde por desgracia no habla de Hildegard).

La marcha de Disibodenberg a Rupertsberg constituye el suceso simbólico fundamental en la vida de Hildegard. De ello tenía conciencia, como se manifiesta en la comparación que hace entre su partida y el Éxodo. El hallazgo de la semejanza *(in exemplo Moysi)* llena de sentido su acto, y dentro del pensamiento figural, propio del mundo medieval, el Éxodo es modelo, ejemplo, figura, que anticipa su propio acto (E. Auerbach). La salida de Disibodenberg y la instalación en Rupertsberg en 1150 culmina la etapa iniciada en el año 1141, a la edad de cuarenta y dos años y siete meses aludida en el Prólogo al *Scivias* (ver nota a I, I), estableciéndose una estrecha relación entre este acto y la escritura.

«Cuando estaba escribiendo el libro *Scivias*, tenía en pleno amor *(in plena karitate)* a una monja noble»: Richardis von Stade. La pérdida de Richardis tuvo lugar en 1151 y, a juzgar por los testimonios en cartas diversas, constituyó el acontecimiento más terrible en la vida de Hildegard. La joven monja, perteneciente a una poderosa familia, aspiraba, al parecer (ella misma o su familia, sobre todo su hermano Hartwig von Bremen, arzobispo), a un puesto más importante: el de abadesa en Bassum junto a Bremen. Poco después de su traslado, Richardis muere (29 de octubre de 1152). Desde su marcha hasta su muerte, Hildegard trató de recuperarla por todos los medios: escribió al arzobispo de Mainz, a la madre de Richardis, al arzobispo Hartwig von Bremen, e incluso al papa Eugenio, del que se ha conservado la respuesta (ver *Cartas*). Todas estas cartas referentes al caso Richardis están reunidas en A. Führkötter, *Briefwechsel.* Una interpretación se encuentra en P. Dronke, *Las escritoras*, págs. 208-222: «Para Hildegard, la pérdida de Richardis representaba la pérdida de una íntima colaboradora y de su discípula más admirada y a la que estaba más profundamente unida» (pág. 215). Acerca de lo que realmente ocurrió es difícil asegurar nada: «Las acusaciones de Hildegard, en conjunto, resultan algo confusas; algunas veces se dirigen contra la misma Richardis; otras, contra su familia; otras, contra el abad de Disibodenberg o contra el arzobispo de Mainz. En una palabra, Hildegard tenía la sensación de que se tramaba una conspiración en su contra, y es muy posible que ello no fuese una simple manía persecutoria; es evidente que la familia Von Stade tenía una red de contactos eclesiásticos muy influyente en toda Alemania» (pág. 216). Del análisis que hace de la carta que dirige Hildegard a Richardis, ya abadesa de Bassum, P. Dronke concluye: «El tono de la carta de Hildegard es íntimo y, al mismo tiempo, está lleno de referencias bíblicas, que pueden dar mayor relieve a lo que dice, aunque también puedan modificarlo, dándole un carácter trascendente, además de personal, a la carta. Ambos aspectos son cruciales en lo que es, en esencia, una dura lucha entre el amor trascendental y el amor del corazón [...] En su dolor, Hildegard proclama la grandeza humana del amor que sentía, para, al cabo de un rato, reconocer que muchos antes que ella se habían dado cuenta de que ésta era una relación sin futuro [...] Tras la muerte de Richardis, su hermano Hartwig volvió a escribir a Hildegard para contarle que aquélla, en su lecho de muerte, había expresado entre sollozos su deseo de volver con ella [...] Hildegard contesta a esta carta haciendo gala de una magnanimidad, una elevación y una capacidad de perdonar espléndidas», y P. Dronke termina con la comparación de esta carta con el pasaje de Dante después de la muerte de Beatriz en la *Vita Nuova*: «Pero Dios la quería más» (Hildegard) y «un dulce deseo le vino a Dios de llamar así tan gran perfección» (Dante).

VI. Orígenes: *In libr. Iudicum*, hom. V.

VII. «[...] y lo confirmaron por escrito y con sellos»: se refiere a los documentos del año 1158 (ver nota a I, VII).

### Visión cuarta

IX. Se inicia aquí el relato de la primera enfermedad de tres años (1158-1161) que concluye en el capítulo X.

XII. *Liber vitae meritorum*: es la segunda obra profética de su trilogía visionaria, escrita entre 1158-1163, y en donde se describe el combate entre el bien y el mal, entre las fuerzas de Dios o virtudes *(virtutes)* y los vicios *(vitia)*, según se muestra en esta Visión cuarta de la *Vita*.

XIV. «Yo, pobrecita forma» *(Ego autem paupercula forma)*: éste es el modo

habitual con que Hildegard alude a sí misma. La oposición *potens-pauper* corresponde a la de *humilitas-superbia*, siendo la *superbia* el peor de los vicios a finales del siglo XII (K. Bosl, «Potens und Pauper», en *Frühformen*, págs. 106-125).

### Visión sexta

XV. Acerca de la Sabiduría, ver nota a II, II, Visión primera. Edificios, construcciones y la visión de la ciudad celestial son imágenes frecuentes en Hildegard, y así lo reproducen las miniaturas de los manuscritos. Como señala E. Benz, la visión de la ciudad celestial se desarrolla de un modo muy peculiar; por ejemplo, en el tercer libro del *Scivias*, pues no aparece en una única visión sino en sucesivas dentro de un sistema que tiene una función ordenadora (*Die Vision*, pág. 363). Nótese que la imagen aquí no se compone de tres torres, sino de cuatro, estando el cuarto elemento oculto.

### Visión séptima

XVI. «[...] vi una visión maravillosa y misteriosa, de tal modo que todas mis vísceras fueron sacudidas y apagada la sensualidad de mi cuerpo» *(...mysticam et mirificam visionem vidi, ita quod omnia viscera mea concussa sunt et sensualitas corporis mei extincta est...)*: se trata aquí de un tipo de experiencia visionaria único en la vida de Hildegard, pues posee todas las características del éxtasis. En su carta a Guibert de Gembloux sostiene que sus visiones acontecen sin perder el sentido: «[...] de tal manera que nunca he sufrido la ausencia del éxtasis» (ver *Cartas*). La visión supuso una «conversión» del conocimiento *(scientia mea in alium modo conversa est)*, una sustitución de un conocimiento por otro, y ese otro conocimiento como «gotas de suave lluvia» *(gutte suavis pluvie)*, o como leche que sale de los pechos de Jesús *(de pectore Iesu... suxit)*: la imagen de Jesús como madre es frecuente en la espiritualidad cisterciense del siglo XII y es motivo recurrente en Bernardo de Clairvaux la alusión a los pechos de Cristo (ver Caroline Walker Bynum, págs. 117 y ss.). En el *Speculum virginum* (tratado didáctico de mediados del siglo XII) se hace alusión concreta a san Juan chupando del pecho de Cristo: «En el Libro II, al comentar el verso acerca de las bodegas y el de los ungüntos del Cantar, Peregrino le dice a Teodora que "en el pecho de Cristo está la plenitud de toda ciencia" (*In Christi enim pectore plenitudo totius scienti*, II, 188, *Speculum virginum*, ed. de J. Seyfart, CC CM 5, 1990). En el Libro V el Juan de la Última Cena recostado en el pecho de Cristo, identificado con Juan evangelista, permite alcanzar la



imagen de Juan evangelista chupando del pecho de Cristo: *In cena illa, qua Iohannes super pectus cari magistri recubuit, in pane et uino, id est in corpore et sanguine Christi celebratur misterium redemptionis humane, in illa cena ultime resurrectionis et sanctorum glorificationis sponsa Christi per Iohannem significata super pectus domini sui perfectam pro suo modulo diuininatis agnitionem et interne dilectionis dulcedinem* (V, 879-885)» (V. Cirlot, «Hildegarda de Bingen: vida de una visionaria», pág. 30). Hildegard entiende esta visión como el anuncio de su última gran obra, la tercera obra profética: *Liber divinorum operum*, iniciado en el año 1163 y concluido diez años después. La exégesis del Prólogo del Evangelio de Juan se encuentra al final de la Visión cuarta de la Parte primera del *Liber divinorum operum*, escrito hacia el año 1167.

### <Libro III: Milagros>

Prólogo. «[...] escribir el siguiente acerca de sus milagros y virtudes» *(subsequenter de miraculis eius et virtutibus scribere)*: la introducción del tercer libro con los milagros debía tener como fin fundamental la aportación de razones para la canonización (ver nota al Prólogo a la *Vita*). En cualquier caso, visión y curación milagrosa constituyen dos facultades unidas en la historia del cristianismo (E. Benz, pág. 186).

X. Existen dos cartas de Hildegard dirigidas a esta mujer (en la edición de J. B. Pitra 521 Nr. 36 y 560 Nr. 125; también en M. Schrader y A. Führkötter, *Echtheit*, pág. 86), y en una de ellas se encuentra esta prescripción que aparece en este capítulo de la *Vita*. Como sostiene B. Newman, esta cura milagrosa se encuentra entre los sacramentos y la magia simpatética (*Sister*, pág. 32 y ss.). En el tratado médico de Hildegard, *Causae et curae* no hay ninguna alusión a la visión ni a la profecía (ver nota a II, I).

XVII. Entre 1158-1160 Hildegard realiza su primer viaje de predicación (Mainz, Wertheim, Würzburg, Kitzingen, Eberbach, Bamberg); en 1160, el segundo viaje de predicación a Trier, Metz, Krauftal; entre 1161-1163, el tercer viaje por el Rin a Boppard, Andernach, Siegburg, Colonia; y en 1170 el cuarto viaje por Suabia (Maulbronn, Hirsau). «Las ocasiones en las que Hildegard comparece "delante del clero y de la población" indican que quizás predicó en la catedral, mientras que en otros casos debía de tratarse de discursos de uso interno, pronunciados más probablemente en el capítulo del monasterio o quizás en la iglesia de los monjes» (S. Flanagan, pág. 177). Estas conjeturas se apo-

yan en la correspondencia conservada: por ejemplo, el abad de Kircheim le pide a Hildegard que le envíe una copia del sermón que había predicado «a nosotros y a muchos otros en Kircheim»; la supervivencia de cartas del clero de las catedrales de Trier, Colonia y Mainz acerca de sus predicaciones hace pensar que, en efecto, había hablado en la catedral. Acerca de sus sermones reproducidos en cartas que se han conservado, ver S. Flanagan, págs. 177 y ss.

XX-XXIII. «Después de que la visión me enseñara el discurso y las palabras del Evangelio de Juan» (ver nota a II, XVI, Visión séptima) «caí en el lecho de la enfermedad»: se trata de la segunda enfermedad de tres años (1167-1170), mucho más grave que la anterior de 1158-1161 (ver nota a II, IX).

«[...] una mujer noble había sido poseída por el diablo»: hasta el capítulo XXIII se narra este caso de exorcismo con una completa descripción del ritual en la correspondencia introducida por Theoderich entre Hildegard y el abad de Brauweiler (XXI). Alusiones al caso se encuentran en las cartas de Arnold, arzobispo de Trier, y en la del decano de la iglesia apostólica de Colonia (A. Führkötter, *Das Leben*, pág. 156). En esta última aparece citado el nombre de la mujer en cuestión: *dominam Sigewizen* (*Epist.* CLVIII, pág. 352, CC CM XCI A). Estas cartas están fechadas en 1169, año en que tuvo lugar el exorcismo. Acerca de esta curación, ver H. Schipperges, «Heilung...», págs. 58-64.

XXI. *Scrumpilgardis*: en alemán *schrumpeln* significa «arrugarse», «avellanarse».

En la carta de Hildegard al abad de Brauweiler se prescriben los actos del rito de exorcismo. En los márgenes del manuscrito de Berlín de la *Vita* se continúa con la descripción de actos, introducidos en la traducción al alemán de A. Führkötter, *Das Leben*, pág. 118.

XXIII. Esta enfermedad de cuarenta días sucede dentro de la grave enfermedad de tres años (1167-1170). El viaje al que hace referencia es su último viaje de predicación a Suabia (ver nota a III, XVII).

## Visión octava

XXIV. «En la visión de verdad se me apareció un hombre bellísimo y lleno de amor» *(Pulcherrimus inquit et amantissimus vir in visione veritatis michi apparuit...)*: «Todo el *Liber vitae meritorum* está organizado en torno a una



única figura visionaria. Hildegard ve a Dios con la forma de un hombre *(vir)* [...] Le llama *vir*, porque de él procede toda la fuerza *(vis)*» (B. Newman, *Sister*, pág. 18).

«Frente a la común opinión del carácter patológico de la visión hay que afirmar que muchos visionarios se curan del sufrimiento físico y de la enfermedad con la visión, de modo que la visión no conducía a la enfermedad, sino a la curación» (E. Benz, pág. 20).

XXV. *Vita S. Disibodi*, escrita en 1170, por deseo del abad Helenger de Disibodenberg. San Disibod fue un obispo irlandés que en el siglo VII fundó el monasterio en la colina donde confluyen el río Nahe y Glan.

*Liber divinorum operum*: iniciado en 1163 y todavía sin terminar en 1173, cuando muere Volmar. Con la ayuda de personalidades como el abad Ludwig de San Eucharius de Trier pudo terminarlo en 1174. En el manuscrito más antiguo, el de Gent, aparece en el último folio el título *De operatione Dei* (A. Führkötter, *Das Leben*, pág. 157).

XXVII. El último año de la vida de Hildegard, acerca de lo que nada dice la *Vita*, estuvo oscurecido por una importante disputa con el clero de Mainz, debido a un hombre que había sido sepultado en Rupertsberg estando excomulgado; los de Mainz le instaban a que fuera desenterrado y sacado fuera del recinto sagrado, a lo que la abadesa se negó rotundamente afirmando que en el momento de la muerte aquel hombre se había reconciliado con la Iglesia. La respuesta de Mainz consistió en un interdicto que prohibía celebrar la misa y que permitía recitar el Oficio sin música y a puertas cerradas. La disputa puede seguirse en una serie de cartas (A. Führkötter, *Briefwechsel*, págs. 235-246), y la respuesta de Hildegard se encuentra aquí traducida en la nota a *Música y poesía*, pág. 298. Finalmente, en marzo de 1179 se retiró el interdicto.

Hildegard von Bingen murió el 17 de septiembre de 1179. «Es una desgracia que Guibert de Gembloux, que en aquella época residía en Rupertsberg, no haya dejado un relato de su muerte» (S. Flanagan, pág. 21).

# Cartas

# Bernardo de Clairvaux

## De Hildegard al abad Bernardo de Clairvaux (1146-1147)

Oh venerable padre Bernardo, que te encuentras milagrosamente en grandes honores por la fuerza de Dios, debes de ser el temor de la ilícita necedad de este mundo. A ti, que lleno de excelso afán has reunido a los hombres en ardiente amor al Hijo de Dios bajo el estandarte de la santa cruz para combatir como milicia cristiana la violencia de los paganos, te ruego por Dios vivo que me oigas a mí, que te interrogo.

Padre, estoy muy angustiada por una visión que se me apareció en el espíritu como misterio, pues nunca la vi con los ojos exteriores de la carne. Yo, miserable de mí y aún más miserable en nombre femenino, vi desde mi infancia grandes maravillas que mi lengua no podría relatar si el Espíritu de Dios no me hubiera enseñado a creer.

Dulce padre lleno de certeza, respóndeme con tu bondad, a mí, indigna sierva tuya, que nunca desde la infancia he vivido segura ni una hora. Con tu piedad y sabiduría escruta en tu alma tal y como has sido enseñado por el Espíritu Santo, y ofrece el consuelo de tu corazón a tu sierva.

Conozco el sentido interior de la exposición del Salterio, del Evangelio y de otros volúmenes, que me ha sido mostrado en esta visión. Como una llama ardiente conmovió mi pecho y mi alma enseñándome lo profundo de la exposición. Pero no me enseñó las letras que desconozco en lengua alemana. Sólo sé leer en simplicidad y no descomponer el texto. Respóndeme qué te pa-

rece esto. Soy un ser indocto que no ha recibido enseñanza alguna de temas exteriores. He sido instruida en el interior de mi alma. Por eso hablo entre dudas. Pero me sentí consolada al oír de tu sabiduría y de tu piedad. No me he atrevido a decir esto a nadie, pues, según oigo decir, hay muchos cismas entre los hombres; tan sólo a un monje al que probé y que me examinó en el trato monacal. A él le mostré todos mis secretos y me consoló con la certeza de que eran sublimes y dignos de ser temidos.

Por amor de Dios, quiero que me consoléis, padre, y estaré segura. Te vi hace más de dos años en aquella visión como un hombre que miraba al sol con audacia y no tenía miedo. Y lloré, pues mucho enrojezco y soy cobarde. Dulce y buen padre, me he puesto en tu alma, para que me reveles por tu palabra si quieres que diga esto públicamente o que guarde silencio, pues gran trabajo tengo con esta visión y no sé hasta qué punto puedo decir lo que vi y oí. De vez en cuando estoy postrada en el lecho muy enferma a causa de esta visión, porque callo, de modo que no me puedo levantar.

Con dolor me lamento ante ti, pues soy talada del árbol caído del lagar en mi naturaleza, nacida de la raíz que por sugestión del diablo salió en Adán, por lo que él mismo fue expulsado al mundo peregrino. Y saliendo, corro a ti. Y te digo: tú no serás talado, sino que siempre levantas el árbol y eres vencedor en tu alma, y no sólo te conduces tú mismo a la salvación, sino al mundo entero. Eres un águila mirando al sol.

Te ruego por la serenidad del Padre, y por su maravilloso Verbo, por el suave líquido de la contrición, el Espíritu de verdad, y por el santo sonido por el que suena toda criatura, y por el mismo Verbo del que salió el mundo, y por la altura del Padre que con suave potencia mandó al Verbo al útero de la Virgen, de donde chupó la carne, tal y como la miel fue construida a su alrededor por el panal. Y ese sonido, la fuerza del Padre, caiga en tu corazón y levante tu alma, para que no te quedes paralizado y ocioso ante las palabras de este ser. Tú buscas todo en Dios, en el hombre, o en el mismo secreto, y lo harás hasta que traspases por la hendedura de tu alma de tal modo que todo esto lo conozcas en Dios. Adiós y que seas resistente en la contienda en Dios. Amén.



## De Bernardo, abad de Clairvaux, a Hildegard (1146-1147)

A la amada en Cristo, la hija Hildegard, el hermano Bernardo, llamado abad de Clairvaux, si algo puede la oración de un pecador.

Aunque pareces sentir nuestra exigüidad de un modo muy diferente al que nos dice nuestra propia conciencia, consideramos que eso sólo lo debemos imputar a tu humildad. De ningún modo he pasado por alto responder a tu carta de caridad, aunque la cantidad de obligaciones me fuerza a hacerlo con mayor brevedad de la que quisiera.

Nos alegramos por la gracia de Dios que hay en ti. En lo que a nosotros respecta te exhortamos y conjuramos a que te afanes en responder a la gracia que tienes con toda humildad y devoción, sabiendo que Dios resiste a los soberbios y otorga su gracia a los humildes. Por lo demás, ¿qué podemos aconsejar o enseñar donde hay un conocimiento interior y una unción que todo lo enseña? Más bien te rogamos y pedimos humildemente que nos tengas junto a Dios en la memoria y también a aquellos que están unidos a nosotros en la comunidad espiritual en Dios.

# Papa Eugenio III

## De Hildegard al papa Eugenio III (1148)

Oh dulce padre, yo, pobrecita forma, te he escrito esto en verdadera visión, en misterioso soplo, tal y como Dios quiso enseñarme.

Oh padre resplandeciente, en su nombre viniste a nuestra tierra, tal y como Dios te había predestinado, y viste por los escritos acerca de las visiones verdaderas, como la luz viviente me había enseñado, y lo oíste con el corazón abierto. Aquella parte de la escritura ya está terminada, pero la luz no me abandona, sino que arde en mi alma como lo ha hecho desde mi infancia. Por eso te mando esta carta siguiendo la auténtica admonición de Dios. Y mi alma desea que la luz de luz brille en ti, te infunda ojos puros y despierte tu espíritu ante esta obra escrita, para que tu alma, tal y como a Dios place, sea coronada. Pues muchos hombres prudentes de terrenales entrañas desperdician esto en la inconstancia de sus espíritus, debido a que ha salido de una pobre forma que fue hecha de una costilla y que no ha sido enseñada por filósofos.

Sin embargo, tú, padre de los peregrinos, oye a Aquel que es: un rey muy poderoso reinaba en su palacio y ante él tenía grandes columnas ceñidas por cinturones de oro y adornadas con gran profusión de perlas y de piedras preciosas. Pero a aquel rey le plugo tocar una pequeña pluma que volaba milagrosamente. Y un fuerte viento la sostuvo para que no desfalleciera.

Y ahora te dice a ti la que es luz viva y resplandece en los cielos y en el abismo, y no se oculta en lo más retirado de los cora-

zones que oyen: autoriza este escrito para que pueda ser oído por los que me aceptan y haz que sea verde en jugo de dulce gusto y que sea raíz de ramas y hojas que vuelen contra el diablo, y vivirá eternamente. Guárdate de despreciar estos misterios de Dios, porque son necesarios en aquella necesidad que todavía está oculta en lo más profundo y no aparece abiertamente. Que el más dulce aroma sea contigo y no te canses en el recto camino.

### Del papa Eugenio III a Hildegard (1151)

Eugenio obispo, siervo entre los siervos de Dios, saluda y da bendición apostólica a la hija amada en Cristo, al frente de San Rupert.

Nos alegramos, hija, y gozamos en el Señor, de que tu honorable fama se haya difundido a lo largo y a lo ancho, y seas para muchos «olor de la vida que lleva a la vida» <2 Cor 2, 16> y que la tropa de creyentes exclame en alabanza tuya: «¿Qué es eso que sube del desierto, cual columna de humo sahumado de mirra y de incienso, de todo polvo de aromas exóticos?» <Cant 3, 6>. Consideramos que tu alma arde en el fuego del amor divino de tal modo que no tienes necesidad de exhortación alguna para obrar bien. Por ello, nos parece superfluo multiplicar palabras exhortativas contigo, pues tu alma ya descansa suficientemente en la fuerza de Dios para tratar de sostenerla con palabras.

No obstante, del mismo modo que un fuerte viento hace mayor la llama y las espuelas aumentan la velocidad del caballo en la carrera, hemos estimado proponer esto a tu creencia religiosa para que no desaparezca de tu memoria, pues no a los que empiezan sino a los que acaban se les debe la palma y la gloria, pues, como dice el Señor: «al vencedor le daré a comer del árbol de la vida, que está en el centro del Paraíso» <Ap 2, 7>. Piensa pues, hija, que la antigua serpiente que echó del Paraíso al primer hombre deseó que muchos se perdieran, como Job, y después de devorar a Judas solicitó el poder de cribar a los apóstoles <Lc 22, 31>. Y como sabes, «muchos son llamados, mas pocos escogidos» <Mt 22, 14>, únete a los pocos, persiste hasta el final en la santa conversión, instruye a las hermanas confiadas a tu dirección en las obras de salvación, de modo que, al igual que ellas, puedas alcanzar con la ayuda de Dios el gozo, «que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó» <1 Cor 2, 9>.



Por lo demás, y en lo que respecta a lo que quisiste pedirnos, se lo hemos encomendado a nuestro venerable hermano Enrique, arzobispo de Mainz: o bien la regla de aquella hermana que le fue concedida por ti es estrictamente observada en el lugar decidido por él, o bien que la devuelva al magisterio de tu disciplina. Se te dará cuenta de esto con mayor abundancia desde la transcripción de esta carta.

# Odo de Soissons

## De Odo, maestro en Teología en París, a Hildegard (1148-1149?)

A Hildegard, señora, hermosa virgen de Cristo, el humilde e indigno maestro de París –de nombre y lugar al final– te ofrece una oración y cuanto se considere digno de la santidad y nobleza que hay en tu persona.

Por haberte hecho sierva de Cristo, señora, Él te ha elevado por encima de ti. Muchos creen que te ha revelado los secretos del tálamo virginal aunque todavía no hayas dejado la carne, por lo que se piensa de ti que eres una de entre aquellas que puede cantarse: «El rey me ha llevado a su aposento» <Cant 2, 4; 3, 4>. Pero el alma profética y creyente dice y repite: «El secreto es mío, el secreto es mío» <Is 24, 16>, mientras que el rey Ezequías ofendió gravemente a Dios al mostrar a los enviados de Babilonia las cámaras de aromas y los tesoros del templo <Is 39, 2-8>. Dichosos aquellos que tanto nos superan a nosotros, pecadores, pues exploran lo celestial, y en sus caminos alcanzan resultados de un modo diferente de aquellos que los logran más por pruebas que por revelación, y aprenden abajo junto a los hombres qué deben decir y qué callar de sus visiones. Y así, al poner a disposición de éstos el don de Dios por humildad, dejan algo bajo el sello, y no dicen lo que puede conmover a la institución apostólica y eclesiástica.

Ten cuidado de esto, mujer prudente, pues «la mujer que teme a Yahveh, ésa será alabada» <Prov 31, 30>. Se dice que, elevada a los cielos, has visto mucho y que mucho lo ofreces por

medio de la escritura, y también que compones nuevos modos de cantos, cuando nada de esto has estudiado. Acerca de esto no nos admiramos en absoluto, pues no excede a tu pureza y santidad, sin las cuales tales cosas no pueden ser comprendidas por el hombre. Pero podemos saber esto: lo que ha sido revelado allí por los santos, imprime gloria; lo que aquí es hecho por ellos, exige la forma de la humildad.

Nosotros, aunque nos encontremos muy lejos de ti, tenemos la confianza de pedirte algo: muchos sostienen que paternidad y divinidad no es Dios. No tardes en exponernos y transmitirnos lo que sepas de esto desde lo celestial. Te saludo.

## De Hildegard a Odo de Soissons (1148-1149)

Yo, pobrecita forma, en el humo aromático del monte excelso digo: el sol desciende con su luz y muestra muchas minucias de la vicisitud de los lugares. Y así también, oh tú maestro, conoces muchos riachuelos en las escrituras que en tu magisterio esparces entre unos y otros, entre grandes y pequeños. Pero yo tiemblo mucho debido a la humilde forma que hay en mí.

Oye ahora: un rey estaba sentado en su trono y erigió ante él altas y bellas columnas muy ornamentadas. Los ornamentos eran de marfil y las columnas llevaban con gran honor todos los trajes del rey y allí los mostraban. Entonces al rey le plugo levantar del suelo una pequeña pluma y le ordenó que volara como él quisiera. Pero la pluma no vuela por sí misma, sino que el aire la lleva. Así yo no estoy impregnada por el conocimiento humano ni por potentes fuerzas, ni tampoco reboso de salud corporal, sino que sólo consisto en la ayuda de Dios.

Y a ti te digo: oí de un cierto hombre, inundado por el conocimiento, que me preguntó si la paternidad del sumo Padre y la divinidad de Dios no era Dios. Y me rogó a mí, tan minúscula, que contemplara pronto esto en la verdadera luz. Y vi y aprendí, mirando a la verdadera luz y no buscando en mí sino a través de mí, que la paternidad y la divinidad es Dios, pues el hombre no tiene potestad para hablar acerca de Dios como de la humanidad del hombre ni como del color de la obra hecha por la mano del hombre.



La luz viviente dice en el secreto verbo de la sabiduría: Dios es pleno e intacto y sin principio de los tiempos, y por esto no puede ser dividido en el discurso como el hombre puede ser dividido, pues Dios es todo y no otro, y por esta razón nada le puede ser abstraído ni añadido. Paternidad y divinidad es Aquel que es, como ha sido dicho: «Yo soy el que soy» <Éx 3, 4; Ap 4, 8>. Y el que es tiene la plenitud. ¿De qué modo? Haciendo, creando, completando.

Quien diga que paternidad y divinidad no es Dios, ése nombra un punto sin círculo, y si quiere tener un punto sin círculo, niega a Aquel que es eterno. Y quien niega que la paternidad y la divinidad es Dios niega a Dios porque quiere que alguna vacuidad sea Dios. Lo que no es. Pues Dios es pleno, y lo que está en Dios, es Dios. Dios no puede ser escrutado ni examinado según el hombre, pues nada hay en Dios que no sea Dios. Y puesto que la criatura tiene un inicio, de ahí que la razón del hombre busque a Dios por los nombres, como ella misma está llena de nombres según su naturaleza.

Ahora escucha de nuevo, hombre, a esta pobrecita forma que en el Espíritu te dice: Dios quiere que sigas los caminos rectos, que te sometas a Él y que seas piedra viva en la piedra angular. Y no serás borrado del libro de la vida <Ap 3, 5>.

# Tengswich von Andernach

## De Tengswich von Andernach a Hildegard (1148-1150)

A Hildegard, maestra de las esposas de Cristo, Tengswich, llamada maestra de las hermanas de Andernach, le desea que un día se reúna con los espíritus más elevados en los cielos.

Lejos ha llegado la fama de vuestra santidad. Nosotras hemos oído cosas asombrosas y admirables, y nos han recomendado a nuestra pequeñez la excelencia de vuestra religión y vuestra singular posición. Por el testimonio de muchos hombres hemos llegado a saber que os han sido reveladas por inspiración divina a través del ángel muchas cosas acerca de los secretos celestes difíciles para la comprensión de los mortales con el fin de que lo escribierais, y que vos lo habéis hecho no por medio de la reflexión humana sino por su misma enseñanza.

Pero ha llegado hasta nosotras algo insólito acerca de una costumbre vuestra, y ésta era que vuestras vírgenes estaban en las iglesias los días de fiesta cantando salmos con los cabellos sueltos, y que como adorno llevaban unos velos de seda de un blanco resplandeciente hasta el suelo, y sobre sus cabezas unas coronas de oro con cruces a cada lado y detrás, y en la frente la figura de un cordero muy bien grabada. También llevaban en los dedos anillos de oro, y todo esto a pesar de que el primer pastor de la Iglesia lo prohibiera en una epístola al advertir y decir: «Así mismo que las mujeres, vestidas decorosamente, se adornen con pudor y modestia, no con trenzas ni con oro o perlas o vestidos costosos» <1 Tim 2, 9>. Además, y esto no nos ha parecido me-

nos digno de asombro, hemos sabido que permitís la entrada en vuestra comunidad a aquellas de orígenes notables y libres, pero en cambio se la negáis totalmente a las que no son nobles y carecen de riquezas. De ahí que con gran estupor vaciláramos en la incertidumbre de la duda, pues en el silencio de nuestro ánimo recordamos al mismo Señor, que eligió para la primera Iglesia a modestos y pobres pescadores, y a san Pedro, que, a las gentes convertidas a la fe, les dijo: «Verdaderamente comprendo que Dios no hace acepción de personas» <Hch 10, 34; Rom 2, 11>. Tampoco olvidamos a este respecto las palabras del apóstol a los corintios, que dicen: «Ni a muchos poderosos ni a muchos de la nobleza ha escogido Dios, sino a lo necio y lo débil del mundo» <1 Cor 1, 26>. Hemos mirado con gran atención todas las disposiciones de los precedentes Padres, a los que todos deben recurrir, y sobre todo los eclesiásticos, pero nada de eso hemos encontrado.

Semejante innovación en vuestra costumbre, oh venerable esposa de Cristo, supera con mucho nuestra pequeña capacidad de comprensión y nos ha sumido en una perplejidad nada pequeña. Alegrándonos por vuestros avances con el debido afecto, y deseando saber algo cierto por vos acerca de esto, nos ha complacido dirigir a vuestra santidad esta carta, con el humilde y vivo ruego de que vuestra dignidad nos responda próximamente en qué autoridad se basa tal religión. Os saludamos, y en vuestras oraciones acordaos de nosotras.

### De Hildegard a la congregación de monjas (1148-1150)

La fuente viva dice: la mujer se mantiene oculta en la habitación con gran vergüenza, pues la serpiente le insufló grandes peligros de una horrible lascivia. ¿De qué manera? La forma de la mujer relampagueaba y resplandecía en la primera raíz de la que está formado aquello en que se oculta toda criatura. ¿De qué manera? De dos: por ser obra experimentada de los dedos de Dios, y por su belleza superior.

¡Oh, qué cosa admirable eres, que pusiste el fundamento en



el sol y superaste la tierra! El apóstol Pablo, que volaba a las alturas y callaba en la tierra, para no revelar lo que estaba oculto, dijo: la mujer debe estar sumisa a su marido en todo <Ef 5, 24> y unida a él en la primera costilla, debe poseer gran vergüenza <1 Tim 2, 9> y no debe dar ni ofrecer el honor del propio vaso en lugar que no le corresponda <1 Tes 4, 4>. Y haga esto según aquella palabra que dijo el dominador de la tierra para burla del diablo: «lo que Dios unió, no lo separe el hombre» <Mt 19, 6>.

Escucha: la tierra suda el verdor de la hierba, hasta que el invierno acaba con él. Y el invierno se lleva la belleza de esa flor y oculta su verdor, pero no puede mostrarse como si siempre hubiera estado seca porque el invierno se lo haya arrebatado. Por esto, la mujer no debe crecerse en sus cabellos, ni adornarse ni llamar la atención con coronas ni cosas de oro, si no es por voluntad de su marido y para complacerle en justa medida.

Pero todo esto nada tiene que ver con la virgen. Ella se encuentra en la simplicidad y la integridad de la belleza del paraíso, que nunca apareció árido, sino que siempre permaneció en pleno verdor de la flor del vástago <Is 11, 1>. La virgen no tiene el precepto de ocultar el verdor de sus cabellos, sino que los oculta por su propia voluntad y debido a una gran humildad, pues el hombre debe ocultar la belleza de su alma, para que el gavilán no se la robe por soberbia.

Las vírgenes están unidas en el Espíritu Santo de la santidad y en la aurora de la virginidad. De ahí que sea apropiado que vayan junto al sumo sacerdote como holocausto ofrecido a Dios. Por ello es justo que la virgen lleve un vestido blanco resplandeciente, con el permiso y por la revelación en misterioso aliento del dedo de Dios, que es claro significado de su boda con Cristo. Debe atender a que su espíritu esté solidificado por la pureza considerando quién es Aquel al que está unida, tal y como está escrito: «llevaban escrito en la frente el nombre de su Padre» <Ap 14, 1>, y más adelante: «siguen al Cordero a dondequiera que vaya» <Ap 14, 4>.

Dios tiene el atento cuidado en toda persona de que el orden menor no ascienda por encima del superior, tal y como hicieron Satanás y el primer hombre, que quisieron volar más alto del lugar en que estaban colocados. ¿Y qué hombre reúne a todo su

rebaño en un único establo, esto es, bueyes, asnos, ovejas, cabritos, sin que se peleen? Por eso aquí se mantiene la diferencia: para que gente diversa reunida en un único rebaño no se destruya en la soberbia de la exaltación ni en la ignominia de la diversidad, y principalmente para que la honestidad de las costumbres no se destroce cuando se desgarran por el odio alternativamente, cuando el orden más alto cae en el inferior y cuando el inferior asciende al más alto, pues Dios separó al pueblo en la tierra como en el cielo, esto es, separando a los ángeles, a los arcángeles, tronos, potestades, querubines y serafines. Y todos éstos son amados por Dios aunque no tengan los nombres iguales. La soberbia ama a los príncipes y a los nobles como personas de alto rango, y los odia cuando acaban con ella. Y escrito está: «Dios no rechaza a los poderosos, pues Él mismo es poderoso» <Job 36, 5>. Dios no ama a las personas, sino las obras que tienen su sabor, tal como dice el Hijo de Dios: «Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre» <Jn 4, 34>. En donde hay humildad, allí come siempre Cristo. Por ello es necesario separar a aquellos hombres que les gusta más el honor vano que la humildad, cuando ven cosas que son superiores a ellos. Hay que echar a la oveja enferma para que no contagie a todo el rebaño.

Dios infunde a los hombres buen conocimiento para que su nombre no sea borrado. Es bueno que el hombre no tome la montaña que no podría mover, sino que permanezca en el valle, aprendiendo poco a poco lo que puede comprender.

Esto ha sido dicho por la luz viviente y no por el hombre. Quien oiga, vea y crea de dónde viene.



# Elisabeth von Schönau

## De Elisabeth von Schönau a Hildegard (1152-1156)

A la señora Hildegard, maestra venerable de las esposas de Cristo que están en Bingen, Elisabeth, humilde monja, os manda con todo amor devotas oraciones. Que la gracia y el consuelo del Altísimo os llenen de gozo, pues os habéis compadecido con bondad de mis perturbaciones, según he sabido de las palabras de mi consolador, al que en seguida le hicisteis acordarse de mi consuelo. Tal y como dijisteis que habíais sabido de mí, confieso que se me formó una nube de perturbación en mi alma a causa de los necios rumores de la gente, que dice muchas cosas de mí que no son verdad. Soportaría con facilidad los rumores de la gente, si no fuera por los de quienes andan con hábito religioso, que son los que entristecen duramente mi espíritu. Agitados por no sé qué estímulos, se burlan de la gracia del Señor en mí, y no dudan en juzgar cosas que ignoran. Oigo que hacen circular cartas escritas según su espíritu con mi nombre. Han lanzado la difamación de que yo he profetizado acerca del día del juicio, lo que ciertamente nunca presumí hacer, pues el conocimiento de su llegada escapa a cualquier mortal. Pero os expondré el motivo de este rumor, para que juzguéis si he hecho o dicho en este asunto algo presuntuoso.

Tal y como habéis oído por otros, el Señor exaltó en mí su misericordia más de lo que mereciera o pudiera merecer, en tanto que se dignó a revelarme con frecuencia ciertos secretos celestes. A través de su ángel me señaló lo que sobrevendría a su

pueblo por aquellos días, si no hacía penitencia por sus iniquidades, y también me ordenó que lo anunciara. Pero yo, para evitar la arrogancia y no parecer autora de novedades, me esforcé todo lo que pude por mantenerlo oculto. Y cuando un domingo me encontraba en una salida de mente según el modo acostumbrado, se presentó ante mí un ángel del Señor diciendo: «¿Por qué escondes oro en lodo?, esto es, la palabra de Dios, que por tu boca se ha enviado a la tierra, no para ser escondida, sino para ser manifestada para alabanza y gloria de nuestro Señor y la salvación de su pueblo». Y dicho esto, alzó sobre mí el látigo con el que me azotó lleno de ira cinco veces y con tal fuerza que todo mi cuerpo estuvo enfermo por aquel azote durante tres días. Después de esto puso el dedo en mi boca diciendo: «Te callarás hasta la hora nona, cuando manifestarás lo que el Señor te ha hecho». Yo permanecí muda hasta la hora nona. Entonces hice un signo a la maestra para que me trajera un librito que tenía escondido en mi cama y que en parte contenía lo que el Señor había hecho conmigo. Cuando lo puse en las manos del señor abad, que había venido a visitarme, se soltó mi lengua con estas palabras: «No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria» <Sal 113 B, 1>. Después de esto, como le revelara otras cosas que no quería poner por escrito, esto es, lo que había sabido del ángel acerca del gran castigo del Señor que en breve sobrevendría a todo el mundo, le rogué mucho que guardara para sí aquella palabra. Por su parte me indicó que me entregara a la oración y pidiera al Señor que me diera a entender si lo que yo dijera debía o no ser silenciado. Por un tiempo estuve afligida insistiendo en esto a través de la oración, y al llegar la festividad de santa Bárbara, en la primera vigilia de la noche, caí en éxtasis y se me presentó el ángel del Señor diciendo: «Clama fuerte y di ¡ay! a todas las gentes, pues todo el mundo se ha convertido a las tinieblas. Y di: salid, Él os ha llamado, quien os formó de la tierra, y os dice: haced penitencia, pues el Reino de Dios está cerca» <Mt 3, 2; Lc 21, 31>. Inducido por este discurso, el señor abad comenzó a divulgar la palabra entre los magistrados eclesiásticos y los hombres religiosos. Algunos de entre ellos tomaron la palabra con reverencia, pero no así otros, que hablaban mal del ángel que yo conocía, diciendo que era un es-



píritu ilusorio transfigurado en ángel de luz. De ahí que me ordenara, por el vínculo de la obediencia, a que le jurara en nombre del Señor que, en cuanto se me apareciera, me indicara si era o no un verdadero ángel de Dios. Y yo, considerando que aquello era presuntuoso, acogí la orden con gran miedo. Un día, estando en una de mis salidas de mente, se me presentó según la forma acostumbrada y se situó ante mi vista. Y yo, temblando, le dije: «Te conjuro, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, a que me digas si eres verdadero ángel de Dios y si son verdaderas las visiones que vi en mi salida y lo que oí de tu boca». Respondió y dijo: «Sabes con certeza, pues yo soy un verdadero ángel de Dios y verdaderas son las visiones que viste, y lo que oíste de mi boca es verdad y se hará verdad, si Dios no se reconcilia con los hombres. Y yo soy el mismo que desde hace tiempo se ha esforzado contigo». Después de esto, en la vigilia de la Epifanía, se me apareció mientras rezaba mi señor, pero se quedó lejos de mí y con el rostro girado. Comprendiendo su indignación, le dije con temor: «Señor mío, si fui desagradable contigo al conjurarte, te pido que no me lo tengas en cuenta. Vuelve tu rostro hacia mí, te lo ruego, y no seas implacable, pues lo hice obligada por la obediencia y no me atreví a transgredir la orden de mi preceptor». Como con estas palabras derramara muchas lágrimas, se volvió hacia mí diciendo: «Me despreciaste a mí y a mis hermanos al desconfiar de mí. De ahí que puedes tener por cierto que no verás mi cara ni oirás mi voz, a no ser que el Señor fuera aplacado y nosotros también». Y dije: «Señor mío, ¿cómo podréis ser aplacado?». Y respondió: «Dile a tu abad que celebre con devoción el oficio divino en memoria mía y de mis hermanos». Cuando no sólo una vez sino muchas fueron celebradas misas solemnes en honor de los santos ángeles, tanto por el señor abad como por los restantes hermanos, y también los hermanos los hubieron honrado con las lecturas de los salmos, se me apareció mi señor con el rostro aplacado y me dijo: «Sé lo que has hecho, pues ha sido con amor y obediencia. Por ello has alcanzado perdón y de ahora en adelante te visitaré con más frecuencia que antes». Cuando después de esto el señor abad se dispuso a ir a un lugar por ruego de los clérigos que allí vivían, para predicar al pueblo el verbo de la conminación del Señor a que

hicieran penitencia con el fin de desviar su ira, primero fue con todas nosotras a rogar al Señor que se dignara a revelar, por medio de su sierva, si era o no conveniente que el discurso, ya en parte conocido, fuera divulgado más ampliamente.

Y cuando estaba celebrando los divinos misterios y nosotras rezábamos con devoción, de pronto se separaron las junturas de mis miembros, me quedé sin fuerzas y llegué a la salida de la mente. Y he aquí que el ángel del señor estaba ante mi vista, y le dije: «Mi señor, recuerda lo que me dijiste a mí, que soy tu sierva, de que el verbo de Dios era enviado a la tierra por mi boca no para ser escondido, sino para ser manifestado para la gloria de Dios y la salvación de su pueblo. Indícame ahora lo que conviene hacer con la palabra de conminación que me fue dicha. ¿Es suficientemente conocida o debe ser más predicada?». Y entonces él mirándome con severidad me dijo: «No tientes a Dios, porque los que lo tientan mueren. Dile al abad: no temas, pero termina lo que empezaste. Verdaderamente son beatos quienes oyen tus palabras de exhortación y las guardan, y no se escandalizaron contigo. Aconséjale que no cambie la forma que hasta ahora ha tenido su predicación. En esto he sido su consejero. Dile también que de ningún modo atienda a las palabras de aquellos que dudan de esto por envidia de lo que se ha hecho en ti, sino que atienda a lo que escrito está: "ninguna cosa es imposible para Dios"» <Lc 1, 37>.

Animado por estas palabras, se dirigió al lugar a donde se disponía a ir, y exhortó al pueblo, que esperaba su llegada, a que hiciera penitencia, anunciando que la ira de Dios sobrevendría a todos si no se esforzaban por prevenirla con los frutos de la penitencia. Pero cuáles serían las plagas que se cernirían sobre el mundo, eso no lo dijo de ningún modo en ninguna de sus predicaciones, tal y como se ha difamado. Sucedió entonces que muchos entre los que se difamó este sermón se infligieron con gran temor penitencias durante toda la Cuaresma y se afanaron en dar limosnas y en orar. En la misma época, alguien, movido por no sé qué celo –Dios lo sabrá–, dirigió cartas a la ciudad de Colonia en la persona del señor abad sin que él lo supiera, en las cuales fueron leídas terribles conminaciones ante todo el pueblo. Aunque algunos necios se rieron de nosotros, otros prudentes, según oímos, prestaron atención al sermón con reverencia y no desdeñaron honrar a Dios con los frutos de la penitencia.



En la cuarta fiesta antes del día de Pascua, como llegara al éxtasis después de grandes dolores de cuerpo, se me apareció el ángel del Señor. Y le dije: «Señor, ¿qué se hizo de la palabra que me fue dicha?». Él respondió: «No estés triste y no te inquietes si lo que te predije no sucede en el día que te determiné, pues el Señor está aplacado con la satisfacción de muchos». Después de esto en la sexta fiesta hacia la hora tercia con gran sufrimiento llegué a la salida de la mente, y se me presentó diciéndome: «El Señor ha visto la aflicción de su pueblo y "ha desistido del ardor de su cólera"» <Sal 84, 4>. Y yo le dije: «¿Y qué será de mí, señor? ¿No se reirán de mí todos entre los que he divulgado esta palabra?». A lo que él respondió: «Todo lo que te suceda con ocasión de esto sopórtalo con paciencia y benevolencia. Fíjate en Aquel que, siendo el creador de todo el orbe, soportó las burlas de los hombres. Por vez primera el Señor prueba tu paciencia».

Os he expuesto, mi señora, todo el orden de acontecimientos, para que conozcáis mi inocencia y la de nuestro abad, y podáis manifestarla a otros. Os ruego que me hagáis partícipe de vuestras oraciones y, según os lo sugiera el espíritu del Señor, me escribáis algunas palabras de consuelo.

## De Hildegard a la monja Elisabeth (1152-1156)

Yo, pobrecita forma y recipiente de barro, digo esto, no de mí, sino desde la serena luz: el hombre es un recipiente que Dios hizo para sí y lo imbuyó de su espíritu, para perfeccionar en él su obra, pues Dios no obra como el hombre, sino que todo se hizo a su mandato. Aparecieron las hierbas, los bosques y los árboles. Luego salieron a su servicio el sol, la luna y las estrellas, y las aguas arrastraron a peces y pájaros. Se alzaron los animales salvajes y el ganado para servir al hombre, tal y como Dios dispuso.

Sólo el hombre no le reconoció. Pues, aunque Dios concediera al hombre gran conocimiento, el hombre se elevó en su

ánimo y se apartó de Dios. Dios había colocado al hombre ante su mirada de tal forma que terminó toda su obra en él, pero el antiguo engañador le hizo caer y lo infectó con el aliento adulador de la desobediencia, de modo que buscara más de lo que debía.

¡Qué dolor! Entonces todos los elementos se enredaron en la sucesión de la luz y las tinieblas, tal y como hizo el hombre al transgredir los preceptos de Dios. No obstante, Dios inundó <de su espíritu> a algunos hombres, para que el hombre no se burlara de todo. Y así Abel era bueno y en cambio Caín era homicida <Gn 4>. Y muchos ven a Dios en luz misteriosa, pero muchos otros cometen muchos pecados. Hasta que llegó el tiempo en que brilló el verbo de Dios, como es dicho: «Eres hermoso entre los hijos de los hombres» <Sal 44, 3>. Salió entonces el sol de la justicia e iluminó a los hombres con buenas obras en la fe y en la obra, tal y como primero sale la aurora para que luego la sigan las horas del día hasta que llega la noche. Así cambia el mundo, oh hija Elisabeth. El mundo ya está cansado en todo el verdor de las virtudes, y lo está en la aurora, en la hora prima, tercia y en la fortísima sexta. En este tiempo es necesario que Dios inunde a algunos hombres para que sus instrumentos no sean ociosos.

¡Oye, angustiada hija! Pues la envolvente insinuación de la antigua serpiente persigue a aquellos hombres que fueron imbuidos de la inspiración de Dios. Pues, como viera la misma serpiente una exquisita gema, en seguida se alzó diciendo: «¿Qué es esto?». Y la atormentó con muchas miserias de la mente, ardiente y deseosa de volar por encima de las nubes, como si fueran dioses, tal y como ella misma había hecho.

Sigue oyendo: los que desean terminar las obras de Dios siempre deben atender a que son recipientes de barro, puesto que son hombres, y siempre deben mirar lo que son y lo que serán. Deben dejar lo celeste a quien es celeste, pues ellos mismos son exiliados que desconocen lo celeste. Cantan los misterios de Dios como una trompeta que ni da ni produce sonido si no es porque alguien sopla para que devuelva el sonido. Que vistan la loriga de la fe los tiernos, los mansos, los pobres y los que viven como miserables, como lo fue el Cordero, cuyo sonido de trompeta es el que tienen las costumbres de los niños. Dios siempre



azota a los que tocan su trompeta por sí mismos. Ten cuidado de que no rompa tu recipiente de barro, sino que le agrade.

Oh, hija, Dios te haga espejo de la vida. Yo que estoy sumida en la pusilanimidad de mi mente, mucho desfallezco en la inquietud y en el temor, mientras de vez en cuando sueno como el débil sonido de la trompeta de la luz viviente. Dios me ayude para que permanezca en su servicio.

## De Elisabeth a Hildegard (1152-1156)

Alégrate conmigo, señora y venerable hija del rey eterno, pues el dedo de Dios escribe en ti, para que pronuncies la palabra de la vida. ¡Dichosa tú, que todo te irá bien! <Sal 127, 2>. Eres instrumento del Espíritu Santo, pues tus palabras me han encendido como llamas que hubieran tocado el corazón, y estallé en estas palabras.

## De Elisabeth a Hildegard (1163-1164)

¡Mi señora Hildegard! Con justicia te llamas Hildegard, pues el aguijón de Dios ha obrado en ti con maravillosa fortaleza en la edificación de su Iglesia. Fortalécete en el Espíritu Santo. Eres dichosa, pues el Señor te ha elegido a ti y te ha destinado a ser una de entre aquellos de los que dijo: «Os he elegido a vosotros y os he destinado para que vayáis y deis frutos, y que vuestro fruto permanezca» <Jn 15, 16>. Así marchas por el camino de la contemplación del Señor como paloma en las grietas de la roca, en escarpados escondrijos <Cant 2, 14>. El que te eligió te coronará con la corona de la alegría. El camino del Señor es recto ante ti. Oh, señora Hildegard, continúa la obra del Señor tal y como has hecho hasta ahora, pues el Señor te ha elegido como obrera en su viña. Buscaba el Señor obreros para su viña y encontró a aquellos que estaban ociosos, porque nadie los había contratado <Mt 20, 4 y ss.>. La viña del Señor no tiene cultivador, la viña del Señor muere, la cabeza de la Iglesia languidece y sus miembros están muertos.

Oh, ¿qué será de todo esto? Pues el Señor encuentra a pocos en su Iglesia que mediten con ardiente ánimo, pues todos desean gobernarse a sí mismos y ejercer su propia voluntad. El Señor los probó y los encontró durmiendo. Por eso vino el ladrón y atravesó y destruyó la piedra del cimiento, y la lanzó a la cisterna que no tenía agua. La piedra del cimiento es la cabeza de la Iglesia que fue lanzada. La Iglesia de Dios está seca, no tiene humedad, sino que es frígida en el amor a Dios. Ahora recuerdo que una vez se me apareció lo siguiente: venenosas serpientes habían de venir a la Iglesia de Dios con el deseo de desgarrarla en secreto. Y entiendo que se trata de los cátaros que engañan de forma oculta a la Iglesia de Dios. ¡Ahuyéntalos, Señor, protector nuestro!

Dichoso aquel que no halle escándalo en este tiempo <Mt 11, 6>. David, el Patriarca, dice: «ahora que se ha acostado, ya no ha de levantarse» <Sal 40, 9>. Levantaos, y despertad, pues el castigo de Dios os llama. Ululad, pastores, y clamad <Jr 25, 34>, asperjaos con ceniza y haced penitencia, no deis ocasión al Diablo <Ef 4, 27>, pues ronda como león rugiente buscando a quién devorar <1 Pe 5, 8>.

Dichoso el hombre que teme tanto al Señor del universo que implora al Sumo Pontífice para que se lleve el oprobio de su pueblo y todo Israel será salvado.



## Eberhard, obispo de Bamberg

### De Eberhard, obispo de Bamberg, a Hildegard (1163-1164)

Eberhard, obispo de la iglesia de Bamberg por la gracia de Dios aunque indigno, a Hildegard, venerable hermana y maestra de san Rupertus, el respeto de devoto afecto y el mérito de la felicidad eterna.

La fama de tu santidad por la gracia divina resuena dulcemente en los oídos del pueblo por todas partes, de tal modo que verdaderamente podemos decir: «Pues nosotros somos para Dios el buen olor de Cristo» <2 Cor 2, 15>. Pero, como «se asoma el Señor desde los cielos hacia los hijos de los hombres, por ver si hay uno sensato» <Sal 13, 2>, o busca a quien habita en ti, atraídos por la fragancia de tu reputación corremos llenos de deseo hacia el Señor, que es venerado y consultado en ti. Pues lo que a muchos has proporcionado, no me lo negarás a mí solo. Cuando salimos de la corte imperial y pasamos por tu casa, a ti, que estás imbuida del Espíritu Santo, te encargamos que nos expusieras lo siguiente: en el Padre habita la eternidad, en el Hijo la igualdad, en el Espíritu Santo la unión de eternidad e igualdad. Ahora deseamos verlo expuesto según Dios te lo haya revelado.

El Señor sea contigo y tus oraciones nos ayuden.

## De Hildegard a Eberhard, obispo de Bamberg (1163-1164)

El que es <Éx 3, 14; Ap 1, 4> y para quien nada está oculto dice: oh pastor, no quieras secarte en la corriente del dulce olor balsámico, pues es la potencia *(viredo)* que debe ser ofrecida a los espíritus necios que no tienen los pechos de la misericordia materna de donde chupar. Quienes no los tienen se debilitan. Ofrece a los tuyos la lámpara del rey, para que no se dispersen en la dureza, y álzate viviente en la luz.

Oh padre, yo, pobrecita forma, he mirado a la verdadera luz y, según lo que vi y oí en visión verdadera y me fue expuesto lo que tú me pediste que te expusiera, te lo transmito ahora no con mis palabras sino con las de la verdadera luz, en las que no hay defecto alguno:

En el Padre habita la eternidad; esto es: a la eternidad del Padre no hay que quitarle ni añadirle nada, pues la eternidad habita a semejanza de la rueda que no tiene ni comienzo ni fin. Así es en el Padre la eternidad ante toda criatura, pues siempre y siempre fue eternidad. ¿Y qué es eternidad? Es Dios. Pero eternidad no es eternidad, si no es en vida perfecta. Por eso Dios vive en la eternidad. La vida no procede de la mortalidad, pero la vida está en la vida. El árbol no florece si no es del verdor *(viriditas)*, ni la piedra es sin humedad, ni ninguna criatura sin su propia fuerza *(vis)*. Esta eternidad viviente no es sin floración.

¿De qué modo? El verbo del Padre hizo a cada criatura en su función. Así el Padre no es ocioso en su inmensa fuerza. De ahí que Dios sea denominado Padre, pues todo ha nacido de Él. Y también por ello la eternidad habita en el Padre, pues antes del principio ya fue Padre y eterno antes del inicio de sus fulgurantes obras, que aparecieron todas en la presciencia de la eternidad. Pero lo que habita en el Padre no es como la causa en el hombre, que unas veces es dubitativa, otras pretérita, otras futura, nueva o vieja, sino que, lo que es en el Padre, es siempre inmutable.

El Padre es claridad *(claritas)* y esa claridad tiene esplendor *(splendorem)*, y ese esplendor fuego *(ignem)*, y son uno. Quien no tiene fe en esto no ve a Dios, pues quiere separar de Él lo que es, y Dios no puede ser dividido. Incluso las obras que Dios



construyó, cuando el hombre las divide, pierden la propiedad íntegra de sus nombres, como antes tenían.

La claridad es la paternidad de donde todo nació y que todo lo circunda, pues todo sale de su fuerza. La misma fuerza hizo al hombre y le insufló el aliento de la vida <Gn 2, 7>. En esa fuerza encuentra el hombre el efecto eficaz. La carne sale de la carne, lo bueno de lo que es bueno y aumenta con el buen ejemplo de otro hombre. Esto sucede carnal y espiritualmente en el hombre, pues lo uno procede de lo otro. El hombre ama sus obras, porque pasan del conocimiento *(scientia sua)* al acto *(actu)*. Así también Dios quiere que su fuerza se muestre en todo tipo de criatura, pues son obra suya.

Y el esplendor da ojos, y ese esplendor es el hijo que dio los ojos, cuando dijo: hágase <Gn 1>. Entonces todo apareció corporalmente en ojo viviente. Y el fuego, que es Dios, penetró estas dos palabras, pues no era posible que la claridad careciera de esplendor. Y si faltara este fuego, la claridad no brillaría, ni el esplendor resplandecería. Pues en el fuego laten la llama y la luz, pues de otro modo no sería fuego.

En el hijo habita la igualdad. ¿De qué modo? Todas las criaturas estaban en el Padre antes del tiempo *(evum)*. Las ordenó en sí mismo y luego el Hijo las terminó en la obra. ¿De qué modo? Del mismo modo que el hombre tiene en sí mismo el conocimiento de una gran obra, y luego la muestra con su palabra, de tal forma que procede en buena nueva.

Así pues el Padre ordena, y el Hijo obra. El Padre lo ordenó todo en sí mismo y el Hijo lo completó en la obra. Y es luz de luz, que era en el principio, antes del tiempo en la eternidad. Y ése es el Hijo que resplandece del Padre y por quien todas las criaturas fueron hechas. Y el Hijo viste la túnica del hombre que fue hecho de limo, pues antes no apareció corporalmente. Así pues Dios vio ante sí todas sus obras como luz, y cuando dijo: hágase, cada uno se vistió con la túnica según su género.

Dios se inclinó ante su obra, y así en parte esta igualdad habitó junto al hombre en el Hijo de Dios, pues Él se vistió de humanidad, como las obras de Dios se vistieron con sus cuerpos. Dios conocía antes toda su obra, de ahí que se inclinara en la humildad de la humanidad junto al hombre, pues la divinidad es

tan perfecta que, si Dios no se hubiera vestido de humanidad, no se le habría privado al hombre de lo que lucha contra lo bueno, pues todo ha sido hecho por Él y sin Él nada se hizo <Jn 1, 3>. Todo lo que se ve, se toca y se puede gustar ha sido hecho por Él. Y todas las cosas las previó como necesidad del hombre: para un amor grande, para el miedo, el conocimiento, la disciplina, o para el cuidado de cualquier cosa.

«Y sin Él nada se hizo.» Esta nada es la soberbia. Es la suposición de mirarse a sí mismo y no confiar en nadie. Ella quiere lo que Dios no quiere, y sólo considera lo que ella misma decide, y es tenebrosa, porque desprecia la luz de la verdad y porque comienza lo que no puede terminar. De ahí que sea nada, porque no ha sido hecha ni creada por Dios. Comenzó en el primer ángel, cuando aquél vio su fulgor y cayó en la petulancia, sin ver de dónde venía aquel fulgor, y dijo para sí mismo: quiero ser el Señor, y no quiero otra cosa. Así su gloria se desvaneció y la perdió, y se convirtió en el príncipe del infierno <Is 14, 12 ss.>.

Entonces Dios dio a su otro hijo aquella gloria. Lo hizo con una fuerza tan sólida que todas las criaturas le sirven, y puso tanta fuerza en él que por nada podría perder aquella gloria. Con la misma maldición por la que el diablo negó a Dios, la necedad en el hombre deseó ser igual a Dios en honor, es decir, ser Dios. Pero no perdió el amor, porque supo que Dios es. De ahí que la materia del diablo sea totalmente tenebrosa, pues negó la claridad de Dios. Adán, por el contrario, quiso ser la claridad de Dios, pero sólo deseaba participar de ella. De ahí que sea perfecto en su materia, pues algo de luz hay en él, aunque también esté lleno de miserias.

En el Espíritu Santo habita la unión de eternidad e igualdad. El Espíritu Santo es un fuego, pero no un fuego que puede extinguirse, que unas veces está muy vivo y otras se apaga. Pues el Espíritu Santo inunda y une la eternidad y la igualdad, de tal modo que son uno, como el hombre ata un manojo, porque si un manojo no fuera atado, no sería un manojo, sino que estaría disperso, o como el herrero que une por medio del fuego dos trozos de bronce, de ahí que sea como la espada que es blandida por todos lados. El Espíritu Santo muestra la eternidad, enciende la igualdad, de modo que son uno. El Espíritu Santo es fuego



y vida en eternidad e igualdad, pues Dios vive. El sol es resplandeciente, su luz llamea y en él arde el fuego que ilumina todo el mundo. Y aparece como una unidad. Pero cada causa en la que no hay ninguna fuerza está muerta, como seca está la rama cortada de un árbol, porque no tiene verdor *(viriditas)*.

El Espíritu Santo es consolidación y vivificación. Pues la eternidad no sería eternidad sin el Espíritu Santo. La igualdad tampoco sería igualdad sin el Espíritu Santo. Y el Espíritu Santo es en los dos y es uno en la divinidad, esto es, Dios es uno.

También tiene la razón *(rationalitas)* tres fuerzas: sonido, verbo, aliento. En el Padre el Hijo es como el verbo en el sonido, el Espíritu Santo en ambos como aliento en sonido y verbo. Y estas tres personas, tal y como se ha dicho, son un solo Dios. En el Padre habita la eternidad, porque nadie antes que Él, pues la eternidad no comienza, así como las obras de Dios, tiene principio. En el Hijo la igualdad, comoquiera que el Hijo nunca se retirara del Padre ni el Padre careciera del Hijo. En el Espíritu Santo la unión, pues el Hijo siempre habitó en el Padre y el Padre con el Hijo, porque el Espíritu Santo es en ellos vida ígnea, y son uno.

Y escrito está: «El Espíritu del Señor llena la tierra» <Sab 1, 7>. Esto es: todas las criaturas que se ven y que no se ven no carecen de vida espiritual, y aquellas que el hombre no conoce, su intelecto busca hasta conocerlas. Pues de la potencia germinativa *(viriditas)* salen las flores y de las flores los frutos de los árboles. También las nubes tienen su curso. La luna y las estrellas arden en el fuego, y los árboles producen flores por su potencia. El agua tiene sutileza, pues se desborda como el viento y produce arroyos. También la tierra tiene humedad con sudor.

Todas las criaturas tienen lo que se ve y lo que no se ve. Lo que se ve es débil, y lo que no se ve es potente y lleno de vida. El intelecto del hombre busca conocer esto, pues no lo ve. Éstas son las fuerzas de las obras del Espíritu Santo.

«Y esto que lo contiene todo.» ¿Qué es esto? El hombre lo contiene todo. ¿De qué modo? Dominando, utilizando, mandando. Esto se lo dio Dios como a su igual.

«Tiene conocimiento de la voz.» Esto es la razón que suena en la voz. La voz es el cuerpo, la razón es el alma, el calor del ai-

re es el fuego, y son uno. Por ello cuando la razón se oye a través de la voz, dictando, creando, todas sus obras son realizadas, y por esto se le hacen presentes, esto es, las crea, pues, tal como lo ordena, así son. De ahí que ninguna obra de Dios sea vacía.

Si alguien tuviera un vaso lleno de dinero, sentiría por ello una gran alegría. Pero, si en el vaso no hubiera nada, le parecería muy poca cosa. En todas las obras malas hay vacío, y huyen del fuego del Espíritu Santo. De inmediato aparece entonces el placer del pecado por sugestión del diablo. Pero, cuando el hombre reconoce que sus malas obras no valen nada y les da la espalda, es semejante al hijo pródigo que al tener hambre recordó el pan del padre y dijo: «Padre, pequé contra el cielo y ante ti» <Lc 15, 18>; contra el cielo, pues en la razón soy celeste, y ante ti, porque sé que eres Dios. Entonces rechazó al diablo y eligió de nuevo a su Señor.

Todos los vicios del diablo serán confundidos y todas las armonías celestes serán admiradas, pues lo que antes consideraban en la inutilidad del fango lo ven ahora como columna de nube en principal utilidad, pues lo que vieron como despreciable lo eligen ahora como algo bello. Todos los vicios del diablo son nada en su utilidad. En las malas obras no hay utilidad, sino que sólo se logra la utilidad en las buenas obras. Éstas son las obras del Espíritu Santo.

Ahora, oh pastor y padre de los pueblos, Dios te dé la luz para que llegues a la luz, donde recibas el conocimiento de la verdadera beatitud.



# Guibert de Gembloux

## De Guibert de Gembloux a Hildegard (1175)

A Hildegard, sierva de Cristo, distinguida por mérito y nombre, a la que nombro con reverencia, el hermano Guibert, último hermano de Gembloux, le desea que del esposo de las vírgenes reciba con las vírgenes la corona de la gloria en la eterna beatitud.

Oh madre venerable, cuando vemos los insólitos y a través de los siglos hasta el momento jamás vistos dones que te ha otorgado el Espíritu Santo, por tus escritos que llegan hasta nosotros, damos las gracias al autor de los dones, pues, aunque no merezcamos a causa de nuestros pecados percibirlo de un modo inmediato, lo sacamos de ti, pues tú destilas y rebosas de ellos como si los hubiera echado en un vaso purísimo. En verdad que tus pechos son mejores que el vino y que los más suaves ungüentos <Cant 1, 1 y ss.>. Cuando desde las bodegas de las contemplaciones en las que te introdujo el rey eterno, como esposo tuyo, regresas al exterior, y nos haces partícipes a través de tus escritos de tus santas visiones, que reflejas con el rostro descubierto <2 Cor 3, 18> abrazada a tu esposo, nos atraes hacia ti y corremos llenos de ardor al olfato de tus perfumes <Cant 1, 3>. ¿Quién puede no deleitarse leyendo las mismas visiones, o las exposiciones de las visiones, como quien se encuentra en medio de todas las riquezas, y que degustando la suavidad y santidad de tu doctrina católica no exclame al punto acerca de ti: «Miel virgen destilan tus labios, miel y leche debajo de tu lengua» <Cant 4, 11>; «tus brotes, un paraíso de granados con frutos exquisitos» <Cant 4, 13>?

En verdad, madre santa, junto a la promesa del Señor de tu vientre correrán ríos de agua viva, pues estás hecha en ella para fertilizar la ciudad de Dios, que es la Iglesia, fuente de los huertos, pozo de aguas vivas, que del Líbano fluyen. Ciertamente del Líbano, pues no de ti, pero a través de ti fluyen del Líbano hasta nosotros, esto es, del monte blanco para todos y colmado de virtudes, del monte al que el Padre elevó no sólo sobre las colinas, sino por encima de todas las cumbres de las montañas, del monte coagulado y resinoso <cf. Sal 67, 16>, el cual no cesa tampoco de regarte abundantemente con inundaciones de sus bendiciones entre todos los demás montes, de donde nos viene la ayuda.

Después de aquella por cuyo parto alcanzamos la salvación, singular es tu gracia entre todas las mujeres, pues, aunque hayan llegado en las escrituras cánticos y profecías de María, la hermana de Aarón y de Moisés <Éx 15, 20> o de Débora <Jue 5, 1-31> o de Judit (Jdt 16, 2-21>, tú pareces rociada con mucha mayor abundancia de espíritu, o para hablar de forma moderada al menos en esta parte: en la visión o revelación de los misterios del Señor a los supremos contempladores. Y asombrando sin cesar y predicando la piedad del Redentor sobre el género humano, el cual restituyó la vida en la madre a través de ese mismo género, por el que entró la muerte y de cuya mano nos fue echado el pestilente brebaje de la perdición. De la misma mano nos derramó en ti el antídoto de la recuperación con tus saludables doctrinas.

Aunque te haga recordar sin petulancia, con la reverencia de la cautela y la perseverancia de la santidad (conoces el avance, ya que has ascendido a la cumbre de la perfección), recuerda, madre, pues llevas el tesoro en vaso frágil <2 Cor 4, 7>, y trabaja, porque no son los juncos ni las cañas, que las dobla un golpe ligero, sino los árboles añosos y grandes los que son arrancados por el viento. Piensa en David, mira a Pedro, y no quieras saber lo alto, más bien teme <Rom 11, 20>, y cuanto mayor seas, humíllate en todos, no por lo que no tienes, sino por lo que tienes, y tu gracia se conservará en ti íntegra hasta el final. Sabe que en el sendero lleno de lazos <Sal 141, 4>, lleno de tropiezos, no siempre faltan peligros, y avanza con precaución hasta que llegues. Hasta que el raciocinio, que debe ser dispuesto por el acree-



dor de los talentos a ti confiados, no haya concluido, no estés segura, y no te glories ni de los ingresos ni de los propios, a no ser según está escrito: «El que se glorie, gloríese en el Señor» <1 Cor 1, 33>. Y por mucho que la fuerza o el valor descrito en los lomos o en el ombligo del vientre del Leviatán fuera terrible, no debe ser temida por ti, dado que aplastarías la cabeza del maligno, que es la principal sugestión de la lujuria, con el pie de la castidad; recuerda el Apocalipsis, pues la cola del dragón barrió no sólo las glebas de la tierra, sino que arrastró la tercera parte de las estrellas del cielo <Ap 12, 4>. También se lee acerca de aquellos caballos, que tenían el poder de causar daño no sólo con la boca, sino con las colas <Ap 9, 19>. Pues las colas, dice, son semejantes a las serpientes y con ellas causan daño. Por todo ello, madre santa, cuídate, a fin de que, ya que escapaste de la cabeza de la antigua serpiente, y no fuiste golpeada por la cola, te protejas de sus astucias hasta que con la protección de Dios bebas el talón, esto es, la salida de la vida.

Y no temo, a pesar de hablar de este modo, que me refutes por presunción, pues, por un lado, no tengo nada que enseñarte desde la temeridad, sino que trato sólo de hacerte recordar desde la devoción, y, por otro lado, habida la ocasión, me he detenido a conversar contigo con agrado. Y esto en lo que a ti respecta. En lo que se refiere a mí, que estoy hundido en el cieno <Sal 68, 3> y mis llagas son hedor y putridez debido a mi locura <Sal 37, 6>, te ruego, por la dulzura de Dios omnipotente, que te dignes a contarme entre tus amigos y no te niegues a tenerme en tu memoria. Alzando las manos limpias en la oración ruego a la inmensa benignidad del piadoso Redentor que no se demore en conferirme el perdón de mis males pasados, la enmienda de los presentes y la cautela para los futuros.

Como soy un monje y no se me ha ofrecido la ocasión ni la posibilidad de viajar hasta ti para hablar contigo de viva voz acerca de lo que deseo saber de ti, te ruego que te dignes a prestar atención a lo que por la presente te participo en confianza. Reclamando para éstas como para otras de mis necesidades la manifestación del espíritu, no vaciles en indicarme lo que debo hacer a este respecto. También te ruego que no te pese responderme por escrito a mis preguntas. Deseamos saber, yo y mu-

chos otros conmigo, si es verdad el rumor que se ha propagado entre nosotros, aunque no pueda persuadirme fácilmente de ello: que tus visiones, después de que fueran escritas por notarios según tus órdenes e indicaciones, desaparecieron de tu memoria, hasta tal punto que no recuerdas nada de lo dicho. Deseamos saber también si dictas esas visiones en lengua latina o si lo haces en alemán y otro las traduce al latín. Y no menos aspiramos a saber si aprendiste las letras del alfabeto y las divinas escrituras por el trabajo de la lectura, o si tuviste conocimiento por la sola unción divina que enseña todo a los que quiere.

Como no merezco, mi señora, contemplar tu rostro resplandeciente de luz en la presencia, déjame al menos oír tu voz a través de tus letras, porque tu voz es dulce para mí <Cant 2, 14>, y para que no te tenga en la memoria como la imagen devuelta en el espejo, que la imagen de tu santidad me alumbre y habite en la memoria de mi corazón con fuerza y frecuentemente.

El Señor se digne, reverenda madre, a conservar incólume para honor y fruto de su Iglesia la presencia de tu santidad por mucho tiempo. Amén.

Te saludan el señor abad y nuestro prior con toda su comunidad, la iglesia de Gembloux, suplicando a Dios por tu salvación y rogándote que hagas lo mismo por ellos. Yo, que te he escrito esta carta, te saludo de corazón, y quien la tomó de mi dictado, un querido hermano nuestro, llamado también Guibert, y te rogamos los favores de tus oraciones. Te saludan los amados y amigos conocidos tuyos, el señor Siger de Wavra y Nicolás de Niel, joven caballero, al que viste con aquél en la visita que te hicieron en la Cuaresma. Te saludan el hermano recluido Franco, hijo probo en Cristo de nuestra iglesia, y el hermano Roberto, de cuerpo languideciente pero robusto de mente, que están en el monte que llaman de San Guibert. Te saludan el señor Emmo, párroco sacerdote de nuestra iglesia, y un joven muy querido por mí, cuyo nombre y lo que te sugiera te será confiado en la intimidad por esta mujer penitente, queridísima nuestra.

Todas estas peticiones peculiares y particulares en favor de aquellas necesidades que sería largo de desarrollar, se manifestarían con gusto a tu santidad, si mereciera la pena hablarlas con-



tigo de viva voz. Como esto no puede ser, tú, implorada por algunos, interpela a Dios, que todo lo sabe y para quien todo es posible, hasta qué punto están angustiados con estas tribulaciones y peligros, y tal como sabe que nos conviene, acuda el piadoso ayudante concediendo auxilio, la remisión de los pecados, la corrección de las costumbres y el gozo eterno. Que Aquel que está por encima de todo, Dios bendito por los siglos, nos lo conceda por su bondad, por tus ruegos por mí y por aquellos por los que te suplico. Amén.

Te saludo, señora, siempre queridísima.

## De Guibert de Gembloux a Hildegard (14 de agosto de 1175)

A la madre y señora reverendísima en Cristo, Hildegard, Guibert, el último de los siervos de Dios, te desea que entre las vírgenes prudentes salgas al encuentro del esposo con la lámpara encendida <Mt 25, 1-10>.

Habiéndote enviado hace poco una carta por medio de la hermana Ida, yo y los que son amigos tuyos en esta región nuestra aguardábamos con intensa esperanza las respuestas acerca de lo que te habíamos preguntado. Pero ella ha regresado junto a nosotros, y nuestra esperanza no ha sido frustrada, pues averiguamos por sus palabras que se ha alcanzado el cúmulo del gozo de nuestro consuelo. Nos ha contado que recibiste con agrado el saludo de nuestra carta y que oíste con gusto la serie de cuestiones leída por orden tuya, pero que aplazaste la respuesta a mis preguntitas, que pensé que nos expondrías ya fuera por carta, ya de viva voz, hasta que implorada la divinidad se dignara a revelar lo que debe ser respondido acerca de ello. Nos dijo también que podías responder en seguida y con facilidad a algunas de las cuestiones, pero, a causa de aquellas que no quieres delimitar según tu parecer, no has querido escribir ahora y que has preferido ciertamente, pasada la solemnidad de la Asunción de la perpetua Virgen, si según la señal que dieras te enviábamos un mensajero, disponer una respuesta a unas y otras cuestiones.

Después de oír esto, nos entristecimos por el pequeño apla-

zamiento, pero, por el más fecundo fruto que aquella mujer nos prometía de la respuesta de tu santidad, saltamos de alegría, dando gracias humildemente por las dádivas de lo alto y por tu bondad. Entre tanto, comoquiera que buscáramos para la inminente solemnidad a alguien que pudiéramos enviar ante tu reverenda presencia de dulzura y no encontrara a nadie que no estuviera ocupado ese tiempo por la siega, de improviso, el señor Siger de Wavra, hombre noble y distinguido de entre tus amigos que están con nosotros, se ofreció él mismo para recorrer el camino hasta ti el día de la Asunción de la Madre de Cristo, y llevarte mi carta si quería escribirte. Di las gracias por la benevolencia del piadoso amigo y sobre todo a Dios, cuya señal venía a mi encuentro de balde, lo que difícilmente habría conseguido persiguiéndolo con trabajo y gastos.

En la vigilia de la susodicha festividad me dispongo ahora a escribirte esta carta, rogándote encarecidamente que, tan pronto como concluyas con lo que se te preguntaba anteriormente, te dignes a revelarnos, junto a aquellas preguntas que eran formuladas en aquella carta, las siguientes, esto es: si contemplas tus visiones durmiendo en sueños o despierta por una salida de la mente, y si te colocaste las coronas por revelación divina o para ornato de tus vírgenes, y si eso introduce diferencia; también el título de uno de tus libros, *Scivias*, si quiere decir conociendo los caminos o puede ser interpretado mejor, y si has escrito otros libros. Por la fe que debes a Dios te ruego que no te pese desanudar todas estas cuestiones junto a las otras por las que te pregunté en la carta anterior.

Te saludan tus amigos que están a mi servicio y viven con nosotros, rogándote aquí al igual que en la carta anterior que te dignes a intervenir por sus necesidades ante Dios. Ruego y pongo por testigo el nombre y el amor de Jesucristo para que reiteres tus plegarias y votos por mí, exiguo siervo tuyo, de modo que la misericordia de Dios me resulte más favorable, pues, desobedeciendo su mandato y haciéndome inútil, estoy más necesitado. Pues hasta ahora vivo siguiendo la sensualidad como las bestias. Llevando el orden sacerdotal y el hábito monacal sin la pureza del sacerdote y sin la obediencia ni la humildad del monje, me precipito al máximo juicio. Cantando los salmos en el co-



ro o asistiendo en los sagrados altares, revolcándome en la infamia y la ofensa, por lo demás siempre ociosa, no temo plenamente ni la majestad presentísima de Dios ni el aspecto de sus ángeles. Situado en medio de los enemigos, sobre todo del espíritu, y en un lugar peligrosísimo, como alguien ocioso y entumecido, ni me dispongo a resistir ni pienso en atacar con las armas. Deudor imprudente y tranquilo de diez mil talentos, no me espanta ni la razón en la que sería colocado por un juez, ni las cadenas, ni la cárcel del recaudador que alberga a los morosos.

Ora pues a la misericordia de Dios omnipotente, para que me obligue a mí, apresado por un saludable temor, a entender tantos y tantos de mis peligros, y a temerlos una vez entendidos; disuelva mi pacto con mi carne en la vida presente, mal edulcorado y hecho con alguna amargura medicinal; haga que me refugie junto a Él, aunque sea obligado, y acoja al que se refugia en la indulgencia de su regazo. Ora también para que reprima de las cosas terrenales a aquel amigo mío del que te hablé en la carta anterior sin decir el nombre, y encienda su espíritu a la apetencia de la gracia superior.

Te saludo en Cristo, madre reverenda.

## De Hildegard al monje Guibert (1175)

Estas palabras que digo no son de mí ni de ningún otro hombre, sino que las profiero según las recibí en la visión de lo alto. Oh siervo de Dios, por medio del espejo de la fe en el que esperas conocer a Dios, y oh hijos de Dios, por la formación del hombre al cual Dios creó y distinguió por sus milagros, del mismo modo que el espejo en el cual se ve todo fue colocado en su vaso, así el alma racional fue introducida en el cuerpo como en el vaso de barro <2 Cor 4, 7>, puesto que durante la vida está regado por ella y el alma es contemplada a través de la fe celeste, oye lo que dice la luz sin fin:

El hombre es celeste y terrestre: por el buen conocimiento de su alma racional es celeste y por el malo es frágil y tenebroso. Y cuanto se conoce en lo bueno, tanto más ama a Dios. Pues, si mirara su rostro en el espejo manchado y lleno de polvo, se esfor-

zaría por limpiarlo. Así también si comprendiera que pecaba y que estaba cubierto por una variedad de vanidades, gemiría, pues en el buen conocimiento se sabe manchado, y como el salmista que se lamenta, diría: «Hija de Babel, devastadora» <Sal 136, 8>. Esto es: la concupiscencia humana fue confundida por la espuma de la serpiente. Ésta es débil y pobre <Sal 40, 2; 69, 6>, puesto que carece de honrosa opinión en el conocimiento especular, sin desear de Dios la gloria de la vida eterna que se prueba a través del buen conocimiento. Dichoso es aquel que tendrá aquello que vive de Dios y cuyo conocimiento le enseña que Dios le creó y redimió, y que, para esta liberación de la que Dios le libró, destruyó la mala costumbre de sus pecados y arrojó toda la miseria y la pobreza que tenía por las riquezas celestes sobre aquella piedra que es el firmamento de la beatitud. Así, cuando el hombre sabe que tiene una fangosa podredumbre, y de ningún modo es capaz de abstenerse del gusto por los pecados, entonces negrísimas aves lo ensucian totalmente y ya no ve ni conoce a través del alma racional. Entonces sólo confía creyendo en Dios. Y aunque sepa que es así y que vive en la vida infinita, no puede abstenerse de pecar frecuentemente. Y de ahí: oh, cuán admirable y lamentable es la voz, porque Dios hace tales recipientes de barro, estrellados de vez en cuando por sus milagros, cuando no son capaces de abandonar los pecados, ni siquiera cuanto les es prohibido a través de la gracia de Dios. Tampoco Pedro estuvo seguro y al Hijo de Dios le había prometido ardientemente que nunca lo negaría <Mt 26, 33-75; Mc 14, 29-72; Lc 22, 33-62; Jn 13, 37-38>. Y así muchos otros santos cayeron en pecado y en lo sucesivo se hicieron más útiles y más perfectos de lo que hubieran sido si no hubieran caído.

Oh fiel servidor, yo, pobrecita forma de mujer, te digo una vez más estas palabras en verdadera visión: si a Dios le pluguiera elevar tanto mi cuerpo como mi alma en esta visión, no retrocedería el temor de la mente y de mi corazón, pues sé que soy humana, por mucho que fuera encerrada desde mi infancia. Muchos sabios fueron infundidos así de milagros, de modo que abrieron muchos secretos y por vanagloria escribieron atribuyéndoselo a sí mismos, y por ello cayeron. Pero quienes en la ascensión del alma han apurado la sabiduría de Dios y no se tienen



en nada <Sab 9, 6>, serán las columnas del cielo <Job 26, 11>. Así le sucedió a Pedro, que aventajó en la predicación a todos los demás discípulos y él se tenía en nada <1 Cor 15, 9; 2 Cor 12, 5-12>. También el evangelista Juan estaba lleno de blanda humildad, por lo que mucho apuraba de la divinidad <Prov 8, 35; 12, 2>.

¿Y de dónde vendría esto, si yo no me conociera en mi pobreza? Dios obra allí donde quiere para la gloria de su nombre y no del hombre terreno. Yo siempre tengo un tembloroso temor, pues no sé en mí ninguna seguridad de la posibilidad que sea. Pero tiendo mis manos a Dios y Él me sostiene, como una pluma que carece de toda gravedad de fuerzas y se deja llevar por el viento. Ni siquiera aquello que veo puedo saberlo de un modo perfecto, mientras estoy al servicio del cuerpo y del alma invisible, pues en ambos hay carencia para el hombre.

Desde mi infancia, cuando todavía no tenía ni los huesos, ni los nervios ni las venas robustecidas hasta ahora, que ya tengo más de setenta años, siempre he disfrutado del regalo de la visión en mi alma. En la visión mi espíritu asciende, tal como Dios quiere, hasta la altura del firmamento y hasta el cambio de los diversos aires, y se esparce entre pueblos diversos, en lejanas regiones y en lugares que son para mí remotos. Y como veo estas cosas de este modo, las contemplo según el cambio de las nubes y de otras criaturas. No oigo estas cosas ni con los oídos corporales ni con los pensamientos de mi corazón, ni percibo nada por el encuentro de mis cinco sentidos, sino en mi alma, con los ojos exteriores abiertos, de tal manera que nunca he sufrido la ausencia del éxtasis. Veo estas cosas despierta, tanto de día como de noche. Y con frecuencia estoy atada por enfermedades y atenazada por fuertes dolores, hasta tal punto que amenazan con llevarme hasta la muerte. Pero hasta ahora Dios me ha sustentado.

La luz que veo no pertenece a un lugar. Es mucho más resplandeciente que la nube que lleva el sol, y no soy capaz de considerar en ella ni su altura ni su longitud ni anchura. Se me dice que esta luz es la sombra de luz viviente y, tal y como el sol, la luna y las estrellas aparecen en el agua, así resplandecen para mí las escrituras, sermones, virtudes, y algunas obras de los hombres formadas en esta luz.

Lo que he visto o aprendido en esta visión, lo guardo en la

memoria por mucho tiempo, pues recuerdo lo que alguna vez he visto u oído. Y simultáneamente veo y oigo y sé, y casi en el mismo momento aprendo lo que sé. Lo que no veo, lo desconozco, puesto que no soy docta. Y lo que escribo es lo que veo y oigo en la visión, y no pongo otras palabras más que las que oigo. Lo digo con las palabras latinas sin pulir como las oigo en la visión, pues en la visión no me enseñan a escribir como escriben los filósofos. Y las palabras que veo y oigo en esta visión, no son como las palabras que suenan de la boca del hombre, sino como llama centelleante y como nube movida en aire puro. De ningún modo soy capaz de conocer la forma de esta luz, como tampoco puedo mirar perfectamente la esfera solar.

Y de vez en cuando, y no con mucha frecuencia, percibo en esta luz otra luz, a la que nombran luz viviente, que, mucho menos que la anterior, puedo decir de qué modo la veo. Pero, desde el momento en que la contemplo, toda tristeza y todo dolor es arrancado de la memoria, de forma que adquiero las maneras de una simple niña y no de una mujer vieja.

Debido a la asidua enfermedad que padezco, siento alguna pereza de proferir las palabras y las visiones que me han sido mostradas, pero no obstante, cuando mi alma ve estas cosas y las gusta, me transformo de tal modo que, como dije antes, entrego al olvido todo temor y tribulación, y todo lo que veo y oigo en esta visión lo apura mi alma como de una fuente, aunque ésta permanezca siempre llena e inagotable.

Mi alma no carece en ningún momento de la luz que llamo sombra de luz viviente, y la veo como si contemplara el firmamento sin estrellas en una nube luminosa, y en ésta veo cosas de las que hablo con frecuencia y también veo lo que respondo a las preguntas, y procede del fulgor de la luz viviente.

También vi en una visión que el primer libro de mis visiones se llamaría *Scivias* (Conoce los caminos), porque fue revelado a través del camino de la luz viviente, y no por doctrina alguna. Acerca de las coronas vi que todos los órdenes eclesiásticos tienen signos claros según la claridad celeste, pero la virginidad en cambio carece de un claro signo, salvo el velo negro y el signo de la cruz. Por ello vi que éste es el signo de la virginidad, esto es, que la cabeza de la virgen estaría cubierta por un velo blanco



junto a la túnica blanca que el hombre tenía en el paraíso y luego perdiera, y sobre la cabeza una rueda de tres colores unidos en uno, que designa a la santa Trinidad, a la que se añaden cuatro ruedas, de las cuales una tiene en la frente al Cordero de Dios, a la derecha al querubín y a la izquierda al ángel, y detrás al hombre, y todos penden de la Trinidad. Este signo que me fue entregado bendice a Dios, pues vistió al primer hombre con la blancura de la claridad. Y todo esto está contenido en el libro *Scivias*. Escribí el libro *Scivias* y otros en verdadera visión, y ahora trabajo en la misma obra.

Me desconozco a mí misma en los dos modos, esto es, en cuerpo y en alma, y me tengo en nada. Tiendo hacia Dios vivo y abandono todo esto a Él, pues Él, que no tiene ni inicio ni fin, me defiende en todo esto del mal. Reza por mí, tú, que buscaste estas palabras, junto a todos aquellos que desean oírlas fielmente, para que permanezca felizmente en el servicio de Dios.

Pero tú, oh hijo de Dios, que le buscas en la fe y que le pides que te salve, fíjate en el águila que vuela con sus dos alas hasta la nube. Si se hiere una, se queda sobre la tierra y no puede levantarse, aunque con gusto se elevara para volar. Así vuela el hombre con las dos alas de la razón, esto es, con el conocimiento de lo bueno y de lo malo. El ala derecha es el conocimiento de lo bueno y la izquierda el conocimiento de lo malo. El conocimiento de lo malo sirve al bueno, y lo bueno es aguzado y dirigido a través del conocimiento de lo malo, y así el hombre se hace sabio a través del conocimiento en su totalidad.

Oh, querido hijo de Dios, Dios eleve las alas de tu conocimiento hasta los rectos caminos, de tal modo que aunque alguna vez alcances el pecado desde el sentido, pues has nacido así y no puedes estar sin pecado <Jn 8, 7>, no lo cometas nunca desde el consentimiento. Bien canta a Dios la armonía celestial acerca del hombre que así actúa, alabando a Dios, pues tanto ama a Dios el hombre de ceniza <Eclo 17, 32> que por Él se desprecia del todo a sí mismo, no se respeta y se castiga por medio del pecado. Oh caballero valeroso, sé así en el combate, para que puedas estar en la armonía celestial y Dios te diga: «Eres de los hijos de Israel, pues miras hacia el monte excelso

a través de los ojos de la mente y la ansiedad del cielo». Y todos a los que nombrabas en la carta que me mandaste, sean regidos por el Espíritu Santo y sean inscritos en el libro de la vida <Ap 20, 12>.

También tú, fiel siervo de Dios, estáte a bien con el señor Siger y prevénle para que no se tuerza de la derecha hacia la izquierda <Prov 4, 27>. Y si algo se opone a su voto, que luche virilmente vestido con la loriga de la fe y el yelmo del deseo celeste <1 Tes 5, 8>, y concluya su camino. Que considere que, cuando el primer hombre escuchó la voz de su mujer más que la voz de Dios <Gn 3, 17>, murió por su presunción, pues consintió a ella. Si sus tribulaciones son tantas que parecen superar sus fuerzas, que recuerden la Escritura: «Y fiel es Dios que no permitirá seáis tentados sobre vuestras fuezas. Antes bien, con la tentación os dará modo de poderla resistir con éxito» <1 Cor 10, 13>. Que él y su mujer, fortalecidos por la alegre espera, lleguen a un acuerdo común y se aconsejen acerca de lo que es más útil –si que lo entregue el hombre o la mujer– y cuiden de que no haya entre ellos el primer engaño, o sea que ni el hombre acuse a la mujer ni la mujer al hombre, y que lo hagan todo según la voluntad de Dios. Que el fuego del Espíritu Santo encienda sus corazones, de modo que nunca se aparten de él.

## De Guibert de Gembloux a Hildegard (1176)

Guibert te ofrece servidumbre filial con la debida reverencia a su señora y santísima madre Hildegard.

Al regresar en otoño de tu beatitud y antes de que retornara a la casa de mi madre, esto es, a la iglesia de Gembloux, me desvié al monasterio de Villers para visitar a los hermanos reverendísimos y a mis señores. Allí ante el abad y los hermanos se releyó la carta que me enviaste por medio del señor Siger, hombre noble, y relaté las exposiciones que dedicaste a mis muchas preguntas, con la sabiduría que te ha sido otorgada, en tan corto espacio de tiempo, cuando permanecí a tu lado pendiente día y noche de tu boca. Esto encendió en sus ánimos tal ardor por hacerte preguntas que reunieron todas las cuestiones que a cada



uno le habían venido a la mente y, como saben que soy amigo tuyo, me encargaron que te las dirigiera a ti para que tú las explicaras junto a esta brevísima carta:

*Los hermanos del monasterio de Villers a la virgen y sierva de Cristo, Hildegard*

Oh, madre santísima, por Dios y por los hombres amada, de amable y grata presencia, de recuerdo bendecido <1 Mac 3, 7>, pues por ti y en ti el Señor ha obrado un milagro sobre la tierra, al iluminarte milagrosamente en la doctrina del Espíritu, no en las palabras de la indocta sabiduría humana, y llenarte de la inteligencia del espíritu <Eclo 39, 6>, para que abriera a través de ti ante sus fieles las cosas inciertas y ocultas de su sabiduría <Sal 50, 8>. Echados a tus pies con reverencia y afecto rogamos a tu santidad que te dignes a revelarnos en la caridad de Jesucristo, y en la medida de tus fuerzas, los secretos de las cuestiones expuestas que éste te entregará, para que nos des el conocimiento de la salvación <Lc 1, 77> a nosotros, que permanecemos en las tinieblas y en la sombra de muerte, y para que dirijamos nuestros pies por el camino de la paz <Lc 1, 79>. Salud.

Subordinando mi ruego a los de ellos, te pido, dulce y reverenda madre, yo, tu siervo y esclavo, y no sólo yo sino que te lo suplican muchos otros hermanos, que te prepares, invocando el auxilio de la divinidad, para la obra por nosotros deseadísima y emprendas sin retraso el ejercicio del trabajo que será útil a la Iglesia. Las cuestiones más fáciles serán a tu juicio aquellas tratadas ya por los padres, y en cambio las más oscuras serán las que todavía no han sido mostradas a la claridad, pues son aquellas referentes al alma y a la diferencia entre el nacimiento del Hijo y la procesión del Espíritu Santo. Las restantes serán llevadas a la luz con tus explicaciones, conduciéndolas hasta el conocimiento de los mediocres, para que los pobres coman en tu casa y queden hartos <Sal 21, 27> y, dándoles materia de alabanza, alaben al Señor en tu provecho. Y para la gloria del nombre de quien deja memoria de sus maravillas y da alimento a quienes le temen <Sal 110, 4-5> es dicho: «Comieron hasta quedar bien

hartos, así satisfizo su avidez» <Sal 77, 29> y no fueron defraudados en su deseo. Y no contento con una vez, te exhorto por segunda vez, te ruego y te suplico que agites al Señor con oración incesante para la explicación de las cuestiones, hasta que, admitida en su santuario, comprendas lo más desconocido, y, una vez hayas salido de allí, te dirijas a nosotros con la claridad del rostro, y con el fulgor de la revelación de Dios ilumines las tinieblas de nuestra ignorancia.

Pues en verdad, como atestiguó el beato Gregorio, a veces los profetas santos, cuando son consultados, hablan desde su espíritu por el gran hábito de profetizar y creen que hablan desde el espíritu de la profecía. Con gran cuidado debes precaverte de esto, para que, como tienes gran poder por la gracia del Espíritu, uses poco juicio del espíritu y lo que fuera una visión de tu espíritu se lo imputaras al Espíritu Santo diciendo: «Oí y vi esto en Espíritu», en lugar de que él, que explora las alturas de Dios, te diga en clara manifestación lo que debe ser dicho. Es mucho más prudente y digno de alabanza quien dice: «El Señor me lo ocultó y no me lo indicó», confesando humildemente la ignorancia en cosas tan oscuras y tan remotas al sentido humano, que añadir a la ligera algo nuevo que no sea probable.

Para que no sea molesto repetir las mismas cosas en reiterativo estilo, si recuerdas haber resuelto ya alguna de las cuestiones en alguna de tus obras, esfuérzate por indicar en dónde puede ser encontrada esa solución, o bien –cosa que preferiría–, no descuides transcribirla íntegramente tal y como está en el lugar.

Hace poco, después de la Purificación de Santa María, cuando llegué a Villers junto a tus hijos dignos de ver Siger y Anselmo, que se están adiestrando en el noviciado de Cristo, los hermanos me reprocharon con vehemencia que no te hubiera dirigido las cuestiones que nos ocupan. Cuando me disponía a excusarme por mi falta de palabra con respecto al correo, rechazaron mis excusas y, criticando mi pereza, me recriminaron con acritud que lo hubiera retrasado tanto tiempo. Y mientras estaba allí, Pedro de Villa Monasterias, conocido mío, que venía de Jerusalén y había pasado por tu casa en el camino de regreso, nos mostró de un modo totalmente inesperado una carta tuya en la que consolabas con dulce plática a los novicios, a lo que lastimosamente se añadía la amargura de tu alma causada por el dolor de la muerte del señor Volmar, tu secretario. Leída la carta, nos alegramos por la bondad y diligencia con las que asistes a tus amigos aunque estén lejos, y recibimos no sin un gemido de compasión la destrucción del báculo en el que te apoyabas y la desaparición del consuelo de tu casa. Hicimos en verdad lo que aconsejabas y lo seguimos haciendo: acompañamos al amigo que retorna a la patria con la piedad de las misas y de las oraciones, y rogamos a nuestros amigos y familiares que hagan lo mismo.



De vuelta ya en el monasterio de Gembloux, de pronto oigo decir que nuestro señor abad se dispone a partir a San Quirino para orar y que piensa regresar por tu casa si hay ocasión suficiente. Estas palabras proporcionaron a mis oídos gozo y felicidad: al punto escribí esta carta con el propósito de transmitírtela por medio de los que le acompañaran en su camino. Pero, como de ningún modo lo esperara, el colmo de mi gozo fue cuando, sin saber por qué, fui nombrado por orden suya compañero de viaje. Así confiaba en ofrecértela por mi misma mano.

Las cuestiones que los citados hermanos reverendísimos me transmitieron a tu santidad para que fueran explicadas, son las siguientes:

I. De qué modo debe ser entendido lo que se lee: «El que vive eternamente lo creó todo por igual» <Eclo 18, 1>, cuando Dios dice que distribuyó su obra en seis días.

II. Qué es lo que está escrito: «y apartó las aguas de por debajo del firmamento, de las aguas de por encima del firmamento» <Gn 1, 7>. ¿Debe creerse que hay aguas naturales por encima del firmamento?

III. De qué modo debe ser entendido: «un manantial brotaba de la tierra, y regaba toda la superficie del suelo» <Gn 2, 6>.

IV. Antes de que el primer hombre pecara, ¿veía a Dios con los ojos corpóreos o nosotros tendremos que verle con los ojos corpóreos cuando, según el apóstol, recibamos en la resurrección los cuerpos espirituales? <Cf. 1 Cor 15, 44>.

V. ¿En qué tipo de lengua habló Dios y en qué forma apareció ante el primer hombre cuando le dio el precepto, y cómo, cuando después del pecado paseó por el paraíso?

VI. ¿Cuáles eran los ojos que los primeros padres tuvieron

abiertos, cuando ante el pecado los dos vieron? De ahí: «Y como viese la mujer el árbol» <Gn 3, 6>.

VII. Qué significa lo que Dios dijo: «¡He aquí que Adán ha venido a ser como uno de nosotros, en cuanto a conocer el bien y el mal!» <Gn 3, 6>.

VIII. Qué es lo que está escrito: «Caín será vengado siete veces, mas Lámek lo será setenta y siete» <Gn 4, 24>.

IX. Si según se cree Henoc y Elías fueron trasladados corporalmente al paraíso terrenal, ¿debe ser creído que en un lugar de tanta felicidad estuvieran necesitados de comida corpórea y de vestimenta?

X. ¿En qué parte de la tierra se cree que está el paraíso?

XI. Qué significa lo que el Señor dice a Noé y a sus hijos: «y yo os prometo reclamar vuestra propia sangre: la reclamaré a todo animal y al hombre» <Gn 9, 5>, y poco después: «Quien vertiere sangre de hombre, por otro hombre será su sangre vertida» <Gn 9, 6>.

XII. ¿Qué clase de cuerpos tenían los ángeles que se aparecieron a Abraham, y a los que sirvió sémola, becerro, cuajada y leche, y se lo comieron? <Gn 18, 1-8>. Los ángeles tienen cuerpos naturales como los hombres; y como los hombres tienen alma inmortal, aunque no sean hombres. Cambian los cuerpos y los transforman como quieren, cuando quieren aparecer, multiplicando las formas y consolidándolas cuanto quieren. Como en verdad son impalpables por su naturaleza sutil y para nosotros enteramente inalcanzables, siendo de una simple sustancia espiritual, toman los cuerpos cuando es necesario y, concluido el servicio, vuelven atrás y tienen que disolver la materia que habían tomado.

XIII. ¿Por qué Abraham y Jacob, uno a su siervo y el otro a su hijo, les ordenaron que juraran poniendo las manos debajo de sus muslos? <Gn 24, 9>.

XIV. ¿Por qué los santos patriarcas quisieron con tanto deseo ser sepultados en la cueva doble que Abraham compró a los hijos de Het? <Gn 23, 9>.

XV. ¿Fue verdadero fuego el que se le apareció a Moisés en la zarza y no la consumió <Éx 3, 2>, o el que resplandeció en el monte Sinaí <Éx 19, 18>, o el que el día de Pentecostés se posó



sobre los discípulos en forma de lenguas <Hch 2, 3>, o el que apareció sobre la cabeza del beato Martín celebrando los sacramentos?

XVI. Qué significa lo que se dice en el Libro de los Reyes acerca del arca: «En el arca no había nada más que las tablas de la alianza» <1 Re 8, 9>, y en la Epístola a los Hebreos: «Detrás del velo se hallaba la parte de la Tienda llamada Santo de los Santos, que contenía el altar de oro para el incienso, el arca de la Alianza –completamente cubierta de oro– y en ella, la urna de oro con el maná, la vara de Aarón que retoñó y las tablas de la Alianza» <Heb 9, 3-4>.

XVII. ¿Debe ser creído que Samuel acudiera a la invocación de la fitonisa? <Cf. 1 Cr 10, 13>. ¿Y qué significa lo que se dice de Jonatán cuando comió miel: «Sus ojos fueron iluminados»? <1 Sm 14, 27>.

XVIII. ¿Qué significa lo que dice el apóstol acerca de que «fue raptado al paraíso y hasta el tercer cielo» y «no sabe si ocurrió en el cuerpo o fuera del cuerpo»? <2 Cor 12, 2-4>. ¿Salió del cuerpo cuando su alma fue raptada, o llegó hasta allí permaneciendo en el cuerpo y vivificándolo?

XIX. Qué es lo que dice esto: «Todo pecado que comete el hombre queda fuera de su cuerpo; mas el que fornica, peca contra su propio cuerpo» <1 Cor 6, 18>.

XX. Qué es esto: «Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles» <1 Cor 13, 1>. ¿Qué son las lenguas de los ángeles?

XXI. ¿Qué significa en los Efesios que se pueda comprender la longitud, la altura y la profundidad? <Ef 3, 18>.

XXII. ¿Qué significa lo que está escrito del Señor: «y se acercaron unos ángeles y le servían?» <Mt 4, 11>. ¿Y en qué le sirvieron o qué servicio le mostraron?

XXIII. Desde el día de la resurrección hasta el día de la ascensión, cuando el Señor no estaba entre sus discípulos, ¿dónde hay que creer que estaba?

XXIV. Se cree que la providencia del Creador anima los cuerpecitos de los pequeños en el útero de la madre con almas nuevas y recién creadas de la nada, ¿cómo contraen la mancha del pecado original y con qué justicia son castigadas?

XXV. Qué significa lo que dice el apóstol: «en Él vivimos, nos movemos y existimos» <Hch 17, 28>. Qué es lo que este mismo dijo: «un día y una noche pasé en el abismo del mar» <2 Cor 11, 25>. Y esto: «Pues yo soy el último de los apóstoles», «antes bien, he trabajado más que todos ellos» <1 Cor 15, 9-10>.

XXVI. Cuando el Señor dice en el Evangelio de sí mismo: «yo he salido y vengo de Dios» <Jn 8, 42> y del Espíritu Santo: «el Espíritu de la verdad, que procede del Padre» <Jn 15, 28>, ¿qué diferencia hay entre la procesión del Hijo y la procesión del Espíritu Santo, para que éste sea llamado Hijo, y no debe ni puede ser llamado Espíritu Santo? ¿Qué distinción hay entre la generación del Hijo y la procesión del Espíritu Santo, cuando ambos son del Padre?

XXVII. ¿Qué tienen en común y qué en particular la gracia de Dios y el libre arbitrio?

XXVIII. De qué modo debe ser entendido lo que dice: «Pero tú todo lo dispusiste con medida, número y peso» <Sab 11, 20>.

XXIX. Cuál y qué es aquella armonía de los elementos, de la que se dice: «Los elementos se adaptaron de una nueva manera entre sí como cambian en el instrumento la cualidad del sonido» <Sab 19, 18>. A esto pertenece lo que Dios dice: «¿Y quién hace dormir la armonía del cielo?» <Job 38, 37>. Comoquiera que del corazón humano salen con frecuencia malos pensamientos <cf. Mt 15, 19>, ¿cómo puede saberse si proceden de nuestra propia corrupción o si son provocados por una emisión de ángeles malos?

XXX. ¿Acaso algo corporal es visto con los ojos espirituales y, a la inversa, algo espiritual es conocido por los ojos corporales?

XXXI. ¿El fuego del infierno es corpóreo o incorpóreo? Si como sienten muchos fieles es corpóreo, ¿debe creerse que es de la materia de los cuatro elementos?

XXXII. Las parábolas que son narradas en los Evangelios en muchos lugares, como la del que cayó en manos de los salteadores <Lc 10, 30>, o la del rey que celebró banquete de bodas de su hijo <Mt 22, 2>, o la de las diez vírgenes y otras <Mt 25, 1> ¿contienen verdad según la historia o sólo lo exponen para manifestar otra cosa por la semejanza?

XXXIII. Cuando según una sola alma Abraham y Lázaro estaban en el frescor y el rico en el infierno, ¿cómo debe ser creído que era el seno de Abraham, el dedo de Lázaro y la lengua en la que habló el rico? <Lc 16, 22-23>.



XXXIV. ¿Qué mérito especial significa que, tal como se encuentra en el libro del obispo Gregorio de Tours, san Martín se mostrara muchas veces bajo la especie del fuego?

XXXV. ¿En qué cuerpo apareció el beato Nicolás a los marineros que vigilaban y a los que dormían, a Constantino y al capitán, comoquiera que no lo hiciera en su propio cuerpo? Pedro y Pablo y otros santos, cuyos cuerpos están sepultados bajo tierra, cuando se hacen visibles a los que duermen y a los que están despiertos, ¿en qué cuerpos lo hacen?

## De Hildegard a Guibert, monje (1176)

El amor, que construye la fe con la abstinencia de pecados y edifica la castidad con paciencia, es semejante a las columnas que sostienen las cuatro partes de la casa. Este mismo amor había plantado el muy glorioso huerto con aromas preciosísimos y flores nobilísimas, rosas y lirios, que exhalaban un olor suavísimo en los que Salomón solía apacentar sus ojos <cf. Cant 6, 1>.

Este huerto designa las virtudes santas, que Dios, que es amor <1 Jn 4, 8>, obró en la rama de Jesé <cf. Sal 37, 16-17>, esto es, María, que floreció en la castidad y ofreció una flor nobilísima. Acerca de esta flor se oyó el arrullo de la tórtola <Cant 2, 12>, que llamó a la naturaleza virginal y que significa el lirio que en su tronco deja salir blancas flores de muy grato olor, así como la virginidad es honrada en el mundo a causa de su olor dulcísimo. Los eremitas, o también los monjes que renunciaron por Cristo al siglo, deben vivir sin las pompas de la sociedad secular, así como la virgen debe vivir después del voto sin memoria de varón, pues las vírgenes y los monjes son lo mismo entre los órdenes angélicos, puesto que como los ángeles no deseaban otra cosa más que mirar el rostro de Dios <cf. Mt 18, 10>. Y así, lejos de las pompas seculares, siguen al Cordero de Dios, esto es, a Cristo, cargando con su cruz, y en ellos se engendran, al renunciar al mundo, las rutilantes flores de la pasión del Señor.

Ahora, oh hijo de Dios, situado en el valle de la verdadera

humildad, anda apaciblemente sin arrogancia, pues ésta es como un monte abrupto que presenta un ascenso o descenso difícil o imposible a los que se apoyan en ella, y en cuya cima no puede ser construido ningún edificio. El hombre que intenta subir más alto de lo que puede alcanzar posee el nombre de santidad sin seguridad, pues se gloría por el solo nombre y con necia alegría de la mente sin el edificio de las buenas obras.

Mira en cambio el gloriosísimo huerto que plantó amor, y reúne en ti una única virtud en verdadera humildad y simplicidad del corazón, y aunque estés colocado entre varias disposiciones mentales, aprende con cuánta paciencia nos las tolera todas la bondad divina. Huye de la inconstancia del siervo perezoso que un día sirve a un señor y al siguiente a otro, y ciñe virilmente la espada del verbo de Dios <cf. Sal 44, 4>, según el ejemplo de los valerosísimos guerreros que custodiaron la litera de Salomón <Cant 3, 7>. Una y otra vez encomienda a Dios omnipotente la sinceridad de tu mente con ojos despiertos y no empieces a dormir en la duda, y sé valeroso y amado guerrero de Salomón, al que la victoria estima y corona por el combate cotidiano.

El Espíritu Santo te encienda con el fuego de su amor, para que perseveres siempre en el amor de su servicio, hasta que alguna vez merezcas llegar a ser la piedra viva de la Jerusalén celeste.

Acerca de las cuestiones que me enviaste para que resolviera, miré a la verdadera luz rogando que me diera de beber del arroyuelo de la fuente viva para contestar algunas, aunque hasta ahora he padecido por la enfermedad de mi cuerpo y todavía no soy capaz de contener las lágrimas, pues me falta el báculo de mi consuelo, aunque tengo gran gozo por su alma, ya que estoy segura de su recompensa. Y aunque, como dije, me encuentre privada de alivio y esté ocupada con las tareas de nuestro monasterio, trabajo cuanto puedo por la gracia de Dios en responder a las citadas cuestiones.

## De Hildegard al monje Guibert y a los monjes de Villers (1177)

En visión espiritual de mi alma vi y oí estas palabras: oh hi-



jos del amor, que estáis imbuidos de la fuente que brota incesante <cf. Jn 4, 14> y encendidos por la lámpara inextinguible <cf. Sab 7, 10>, y que buscáis sin tedio en pura fe lo que es de Él y deseáis encontrarlo, oíd estas palabras: «Me ha llevado el rey a la bodega y ordenó en mí el amor. Confortadme con flores, rodeadme de manzanas, que enferma estoy de amor» <Cant 2, 4>.

Esto debe ser así entendido: Dios instituyó la vieja Ley en forma semejante a como hace el fundidor con el barro según su voluntad y por medio de su arte, para después realizar su obra en metal. La vieja Ley fue la sombra de la noble flor que Dios ordenó en antiguo consejo que procediera de la Virgen María. Esta flor es el Hijo de Dios y sol esplendoroso que ilumina todo el mundo, y nos impregnó de óptimo vino, cuando conocimos a través de la vestimenta de su humanidad su especiosa forma y aprendimos en la sabiduría la verdadera doctrina de la pura fe. Y así ordenó en nosotros el amor. El amor es el fuego inextinguible del que saltan las chispas *(scintillae)* de la verdadera fe que arden en los corazones de los fieles, encendidos a la fe por el amor de Dios, que nunca podrían tener si primero no amaran en el corazón. Éste es el orden del amor en nosotros.

Los mártires de Cristo volaban hasta los cielos deseados al derramar su sangre por estas chispas de la verdadera fe, ardientes en el fuego inextinguible del amor, y fortalecidos por las flores del martirio alcanzaban la gloria eterna. Este mismo amor con las chispas de la verdadera fe llenó las mentes de muchos fieles que tenían hambre y sed de la justicia de Dios, pero nunca pudieron saturarse en ella, del mismo modo que los ángeles no pueden saturarse de la visión del rostro de Dios, al que siempre miran, puesto que Él mismo es amor y no tiene ni comienzo ni fin. Estos beatos hombres, que están repletos de confiada esperanza en los innumerables bienes de la eterna beatitud como si fuera de frutos <Cant 2, 5>, siempre anhelan a Dios, pues desprecian el gusto por la carne que se introdujo en el hombre cuando Adán probó la manzana, y que han superado con el martirio. La fuente viva los riega con su gracia de tal modo que, muertos al deleite de la carne, languidecen de amor por Él con hambre y sed sin fin de la justicia de Dios, hasta que felizmente son saturados de su magna gloria en la vida eterna.

Oh hijos de Dios, estáis acuñados en este amor, pues rechazasteis el mundo en vuestra carne por el amor al verdadero sol, esto es, al Hijo de Dios, que floreció verdadero hombre de la carne de María y que ordenó su amor en vosotros. Que ahora la purísima luz del verdadero sol os ilumine y enseñe para que perseveréis en la santa conversión hasta el fin feliz y viváis en la verdadera beatitud hasta la eternidad.

Yo, pobrecita e indocta forma, que estoy sometida al magisterio de vuestra profunda sabiduría, miré a la verdadera luz con motivo de la fiel petición de vuestro amor y trabajé en las soluciones de vuestras cuestiones cuanto pude por la gracia de Dios. Pero, a pesar de estar ocupada en otra escritura, que empecé, aunque no he terminado, además de haber sido interrumpida por una larga y tremenda enfermedad por la voluntad de Dios, escribí catorce respuestas a aquellas preguntas, y trabajaré en las demás tanto como pueda por la gracia de Dios.



# Notas

## Bernardo de Clairvaux

*De Hildegard al abad Bernardo de Clairvaux (1146-1147)*

La carta de Hildegard al abad Bernardo de Clairvaux y la respuesta de éste que aquí he traducido están editadas en *Hildegardis Bingensis Epistolarium. Pars Prima* I-XC, edición de L. Van Acker, CC CM XCI, Brepols, Turnholt 1991, I y I r, págs. 3-7 (=*Epist.*). Una traducción al alemán en: Hildegard von Bingen, *Briefwechsel*, nach den ältesten Handschriften übersetzt und nach den Quellen erläutert von A. Führkötter, Otto Müller, Salzburgo 1990 (2.ª ed. corregida), págs. 25-27 (=*Brief.*). Una traducción al inglés comentada en *The Letters of Hildegard of Bingen*, vol. I, trad. de Joseph L. Baird y Radd K. Ehrman, Oxford University Press, Oxford 1994, págs. 27-32.

Acerca de la inmensidad de la figura del abad cisterciense Bernardo en el panorama intelectual, místico, artístico y teológico del siglo XII, ver el libro de Georges Duby, *Saint Bernard. L'art cistercien*, Arts et Métiers Graphiques, París 1976. Ver también P. Dinzelbacher, *Bernhard von Clairvaux*; V. Cirlot, «Hildegarda de Bingen y la mística cisterciense».

Se trata de la primera carta conservada de Hildegard fechada entre los años 1146-1147, por tanto, cinco años después de la iluminación descrita en el Prólogo al *Scivias* (ver *Vida* I, I y nota). La escribe en plena elaboración de éste su primer libro profético y constituye un perfecto testimonio del miedo y la angustia que acompaña a toda experiencia visionaria: «La conciencia religiosa del visionario, que se fundamenta en la experiencia de la guía directa del espíritu de Dios, se encuentra acompañada siempre y en todas las épocas de una sombra, que pone en cuestión la seguridad del visionario y su fe en la

verdad y corrección de su guía: la del miedo a la ilusión» (E. Benz, pág. 278).

«[...] nunca desde la infancia he vivido segura ni una hora» *(unam horam secura).*

La visión se describe en esta carta como algo misterioso, pues es lo que se ve «nunca con los ojos exteriores de la carne» *(numquam vidi cum exterioribus oculis carnis).* Seguidamente hace alusión a la visión concreta a la que se hace referencia en el Prólogo al *Scivias*, siendo interesantes las variantes en el modo de expresar el mismo contenido: 1. La visión implicó un conocimiento repentino del sentido interior *(interiorem intelligentiam)* y profundo *(profunda expositionis).* 2. La visión se presentó como *(sicut)* una llama ardiente *(flamma comburens).* 3. El conocimiento del texto es «en simplicidad» *(in simplicitate)*, unitario, y no fragmentado *(in abscisione textus)* (ver I, I y nota).

«[...] con suave potencia» *(in suavi viriditate)*: *viriditas* es un concepto clave en la obra de Hildegard. Es el color verde que aparece constantemente en sus visiones, «más que un color es el principio de la vida, del crecimiento y de la fertilidad que sale del poder creador de vida de Dios» (B. Newman, *Sister*, pág. 102). En palabras de Peter Dronke, *«viriditas»* es el «verdor del paraíso que no conoce la caída, expresión terrenal de la luz celeste» («Tradition and Innovation...», págs. 82 y 84).

*De Bernardo, abad de Clairvaux, a Hildegard (1146-1147)*

La respuesta del abad habría de resultar decisiva para el progreso de la escritura de Hildegard. Es muy posible que Bernardo influyera en el juicio del papa cisterciense Eugenio III, quien, como relata la *Vida*, confirmó por escrito el origen divino de sus visiones, exhortándola a que lo pusiera todo por escrito (ver *Vida* <Libro I, IV>).

### Papa Eugenio III

De la correspondencia con el papa Eugenio III se han conservado cuatro cartas de Hildegard (1148, 1148-1153, 1153, 1153) y una del papa Eugenio III (1151). Editadas en *Epist.* II-VI y traducidas en *Brief.*, págs. 29-38. El apoyo del papa fue decisivo en la vida de Hildegard. Por desgracia no se ha conservado el escrito de autorización del papa a Hildegard enviado durante el sínodo de Trier, ni tampoco se sabe cuántas cartas escribió a Hildegard, pero está claro



que, después de Trier y de que éste leyera ya allí parte del *Scivias*, estuvieron en contacto hasta la muerte del papa en 1153.

*De Hildegard al papa Eugenio III (1148)*
Trad. de *Epist.* II, pág. 7 (cf. *Brief.*, págs. 30-31).

«[...] yo, pobrecita forma, te he escrito esto en verdadera visión» *(ego paupercula forma scripsi tibi hec in vera visione...)*: acerca de la expresión *paupercula forma,* ver nota a *Vida* II, XIV. En las cartas, junto a esta autodenominación aparece la afirmación de que lo que se va a decir por escrito no sale de su persona, sino de la *vera visione*, y que por tanto no son sus palabras, sino las oídas en la visión. Hay, pues, un contraste querido entre la que se presenta como «pobrecita forma» y las palabras divinas que salen de ella; un contraste paradójico que justamente instalan ante la verdad por lo inverosímil, del mismo modo que Dios eligió a la débil criatura humana para encarnarse. El tono es claramente profético, como ocurre en casi toda la correspondencia.

«[...] y viste por los escritos acerca de las visiones verdaderas, como la luz viviente *(vivens lux)*»: se refiere a la parte del *Scivias* leída durante el sínodo de Trier (ver *Vida* I, IV).

«[...] pero la luz no me abandona, sino que arde en mi alma como lo ha hecho desde mi infancia»: ver *Vida*, II, II. Acerca de la luz: ver nota a carta en respuesta a Guibert de Gembloux.

«[...] una pequeña pluma» *(parvam pennam)*: autocalificación de Hildegard. Destaca en la imagen la extrema ligereza y el vuelo.

«[...] autoriza este escrito [...] y haz que sea verde» *(et fac illam viridem)*: ver acerca de la *viriditas* (ver nota a la carta a Bernardo de Clairvaux). «El verde denota el poder fertilizador de la Sabiduría» (B. Newman, *Sister*, pág. 73).

*Del papa Eugenio III a Hildegard (1151)*
Trad. de *Epist.* IV, págs. 10-11 (cf. *Brief.*, pág. 33).

Esta carta constituye una clara confirmación del indudable carisma alcanzado por Hildegard.

Al final de la carta se alude a un caso concreto: es el caso Richardis von Stade (ver *Vida* II, V y nota).

## Odo de Soissons

Cuatro cartas (dos de Hildegard y dos de este maestro en Teología de París) se han conservado, aun cuando no se tiene certeza absoluta acerca de su autenticidad: ver en la Introducción, págs. XII y XIII, L. van Acker, *Epist.* La pregunta formulada por Odo de Soissons (más tarde obispo de Tusculum) había sido discutida en el sínodo de Trier y volvió a serlo en el concilio de Reims del año 1148: se trata de las tesis de Gilbert de la Porrée, obispo de Poitiers, que puso en duda la absoluta unidad del ser de Dios (cf. *Brief.*, pág. 42).

*De Odo, maestro en Teología en París, a Hildegard (1148-1149?)*
Trad. de *Epist.* XL, pág. 102 (cf. *Brief.*, págs. 43-44).

«Se dice que, elevada a los cielos, has visto mucho y que mucho lo ofreces por medio de la escritura, y también que compones nuevos modos de cantos, cuando nada de esto has estudiado» *(Dicitur quod elevata in celestibus multa videas et multa per scripturam proferas, atque modos novi carminis edas, cum nihil horum didiceris)*: alusión a la composición poética y musical, indudablemente relacionada con la visión *(elevata in celestibus)*. «El efecto creador de la visión se extiende por todas las formas literarias: primero, por las formas tradicionales de la lírica eclesiástica. En este sentido, los himnos de Hildegard von Bingen son tan ejemplares como los himnos de Jacopone da Todi» (E. Benz, pág. 416). Acerca de la audición musical y la visión, ver también E. Benz, pág. 421 y ss.

*De Hildegard a Odo de Soissons (1148-1149)*
Trad. de *Epist.* XL r, págs. 103-104 (cf. *Brief.*, págs. 44-45).

Sobre la «pequeña pluma» *(parvam pennam)*, ver nota a la carta de Hildegard al papa Eugenio III. En este caso se insiste en el hecho de que «la pluma no vuela por sí misma *(a seipsa)*, sino que el aire la lleva», lo que permite relacionarla con otra imagen de Hildegard: la de la trompeta a la que alude en la carta a Elisabeth von Schönau (ver *Cartas*).

Acerca del círculo, la eternidad y la plenitud, ver la carta de Hildegard a Eberhard, obispo de Bamberg.

«[...] y que seas piedra viva en la piedra angular» *(vivus lapis sis in lapide angulari)*: es ésta una de las expresiones favoritas de Hildegard para concluir sus cartas, o bien en su variante: «que seas piedra viva en la Jerusalén celestial», y alude a la cooperación del hombre en la obra de Dios (B. Newman, *Sister*, pág. 201).

## Tengswich von Andernach

La manipulación de la correspondencia se comprueba en casos como este intercambio epistolar entre la abadesa de Andernach, Tengswich, y Hildegard, en que en la versión más moderna se había matizado el tono un tanto irrespetuoso y crítico que en cambio se conserva en la versión más antigua, que es la que seguimos aquí a partir de la edición de L. van Acker. Esta distancia entre ambas versiones y la remodelación posterior ya fue observada por A. Haverkamp (págs. 515-548).

*De Tengswich von Andernach a Hildegard (1148-1150)*
Trad. de *Epist.* LII, págs. 125-127 (cf. *Brief.*, págs. 200-201).

Señala S. Gouguenheim que no deja de ser curioso que Tengswich vea como algo digno de admiración *(non minus mirandum)* la exclusividad nobiliaria en el reclutamiento de monjas, cuando era regla y norma desde el siglo XI (págs. 46 y ss.).

*De Hildegard a la congregación de monjas (1148-1150)*
Trad. de *Epist.* LII r, págs. 127-130 (cf. *Brief.*, págs. 202-203).

«[...] la tierra suda el verdor de la hierba» *(Terra sudat viriditatem graminis)*: «Para Hildegard, *sudor* está asociado no con el sudor del esfuerzo sino con la destilación del perfume, una cualidad celestial, o con lo que es fértil o hermoso en la tierra» (P. Dronke, *Poetic Individuality...*, pág. 157). Acerca de la *viriditas*, ver nota a la carta de Hildegard al papa Eugenio III.

«[...] que la virgen lleve un vestido blanco resplandeciente» *(quod virgo candidam vestem induat)*: «Muestra también el hecho de que para una mujer, aunque sea una monja y tenga visiones, un vestido siempre es un vestido» (E. Benz, pág. 352). Al margen de esto, el conflicto que sugiere este intercambio epistolar

es el del lujo frente a la ascesis, aunque no es posible dejar a un lado el significado simbólico del «lujo». Toda la respuesta de Hildegard es un alegato acerca de la función simbólica del arte (en este caso de la liturgia como arte), lo que se encuentra relacionado por su atención a las piedras preciosas: «lo que se concreta en la piedra preciosa es la expresión de la belleza original de la creación»; «constantemente los textos de Hildegard muestran la relación interior entre belleza y luz»; «lo que le fascina a Hildegard es el misterio de la fuente de luz» (G. Lautenschläger, págs. 317-318). La «fascinación» por la luz en Hildegard arraiga, indudablemente, de su experiencia visionaria, y, al mismo tiempo, es «hija de su época»: la teología de la luz está en la base de la nueva estética del gótico, cuyo primer ejemplo se encuentra en el ábside de la abadía de Saint-Denis, cuyos muros fueron abiertos por las vidrieras según la reforma del abad Suger durante los años treinta y cuarenta del siglo XII. El oro de la puerta de la fachada oeste, así como las piedras preciosas de los objetos litúrgicos, eran sólo imágenes mediadoras (=símbolos), que por el camino anagógico *(mos anagogicus)* tenían que conducir a las verdades espirituales *(Abbot Suger and Saint-Denis. A Symposium)*. Como señala B. Newman, la *viriditas* de las *virgenes* de Rupertsberg debía mostrarse como Eva en el jardín antes de la caída, una epifanía de la original *feminea forma* (*Sister*, pág. 192).

En lo que respecta a su respuesta acerca del carácter elitista en el reclutamiento de las monjas: «Casi no sabemos nada más de Tengswich. Lo que tal vez resulte más sorprendente es que su carta no proceda de un convento ordinario, sino de una comunidad de canonesas, pues éstas eran casi siempre, debido a sus estatutos, comunidades aristocráticas, fundadas y mantenidas por las más grandes familias del Imperio» (P. Dronke, *Las escritoras*, pág. 232). Su respuesta hay que situarla dentro del modelo teológico y político de los órdenes, propio y característico de toda cultura tradicional (G. Duby, *Les trois ordres*).

### Elisabeth von Schönau

La correspondencia entre Elisabeth y Hildegard muestra la confrontación de dos espíritus visionarios muy diferentes: Elisabeth es propiamente una extática frente a Hildegard, que, como ella especificó, nunca conoció el rapto del éxtasis. Pero ya en su misma época fueron estrechamente relacionadas, de modo que el autor de los *Annales Palidenses* de 1158 habla de las dos visionarias en una única nota (cit. por B. Newman, *Sister*, pág. 37). Elisabeth von Schönau nació en el año 1129 en la zona Bonn-Colonia en el seno de una familia noble. Su hermano, Ekbert von Schönau, fue un importante dignatario eclesiástico, siempre atento a la vida espiritual de su hermana, que entró en el monasterio de Schönau en 1141. En el año 1152 tuvo su primera visión extática. Hasta la muerte de Elisabeth en el año 1164, Ekbert estuvo al servicio de la visionaria (redactor de sus visiones), muriendo como abad de Schönau en 1184. «Desde el punto de vista del contenido teológico-espiritual, los libros visionarios de Elisabeth y Ekbert no se encuentran en un lugar elevado en la historia de la mística: no hay mención ni de la visión de Dios, ni de la experiencia de unión» (K. Ruh., págs. 66-67). Las cartas están editadas en: F. W. E. Roth, *Die Visionen...*, n.os XIX, XX, XXI.

*De Elisabeth von Schönau a Hildegard (1152-1156)*
Trad. de F. W. E. Roth, n.º XIX, pág. 70 (cf. *Brief.*, págs. 192-195).

Esta carta de Elisabeth a Hildegard puede compararse a la que escribiera Hildegard a Bernardo de Clairvaux en 1146-1147: estado de perturbación *(perturbationi, perturbationis nubem)* que necesita de apoyo y seguridad (ver nota a la carta a Bernardo), aunque Hildegard gozó muy pronto de autoridad espiritual.

«[...] ángel del Señor» *(angelus domini)*: «La forma de las revelaciones es la audición. Tiene lugar a través del "ángel del Señor", de santos, apóstoles o de la Virgen María» (K. Ruh, pág. 79).

«[...] salida de mente» *(in mentis excessu)*: *extasis*, *excessus*, *raptus* aluden al estado en que sucede la *visio*, y en la *visio*, la *revelatio*; pero K. Ruh señala que «no es posible hablar de un empleo idéntico de estos conceptos» (pág. 78). Frente a la visión extática, ver la descripción de las visiones de Hildegard en su carta a Guibert de Gembloux.

«[...] se soltó mi lengua con estas palabras»: «otra forma de la revelación celestial es la glosolalia; de la visionaria salen palabras que no proceden de su voluntad» (K. Ruh, pág. 79).

«[...] caí en éxtasis» *(corrui in extasim)*: «Historiadores de las religiones y antropólogos han hecho notar desde hace tiempo que habría que evitar el empleo del término "éxtasis" a causa de su imprecisión. En efecto, "éxtasis" cubre esferas de significación muy distintas: se da el mismo nombre a experiencias diferentes, como la de los dionisíacos en la Grecia antigua, la de los chamanes tongu, los *medicine-man* australianos, la de los derviches o de santa Teresa [...] El verbo griego *ex-istáno (existáo, exístemi)*, de ahí el nombre *ek-stasis*, indica en primer lugar la acción de desplazar, llevar fuera, cambiar algo o un estado de co-

sas; luego, la de salir, abandonar, alejarse (y también dejar, ceder, renunciar, evitar, etc.). El elemento semasiológico común a toda la familia léxica es el de *separación* [...] El nombre *ek-stasis* significará así desplazamiento, cambio, desviación, alienación, turbación, delirio, estupor, excitación provocada por bebidas embriagadoras» (Ioan P. Couliano, págs. 22-24).

«[...] de pronto se separaron las junturas de mis miembros, me quedé sin fuerzas y llegué a la salida de la mente» *(...subito dissolute sunt compages membrorum meorum, et elangui, et veni in mentis excessum)*: los síntomas físicos anteceden al éxtasis. Los raptos de Elisabeth siempre están asociados a dolores corporales (K. Ruh, pág. 68). «Sufrió de profundas depresiones, tentaciones de suicidio, apariciones demoníacas [...] las experiencias extáticas de Elisabeth estaban acompañadas de agonía» (B. Newman, *Sister*, pág. 39).

*De Hildegard a la monja Elisabeth (1152-1156)*
Trad. de *Epist.* CCI r, págs. 456-457 (cf. *Brief.*, págs. 196-197).

«[...] como una trompeta» *(sicut tuba)*: la idea de ser instrumento de Dios se encuentra perfectamente representada en esta imagen (ver la de la «pluma» en la carta al papa Eugenio III). Es ésta una imagen apocalíptica que insiste en el carácter mediador y que implica la total anulación del «yo» como fuente de inspiración. La autorreferencia aparece con claridad al final de la carta: «[...] mientras de vez en cuando sueno como el débil sonido de la trompeta de la luz viviente».

*De Elisabeth a Hildegard (1152-1156)*
Trad. de F. W. E. Roth, n.° XX, pág. 74 (cf. *Brief.*, pág. 197).

La idea central de ser «instrumento de Dios» es lo que parece «encender» a Elisabeth (ver *Brief.*, pág. 197). La incidencia de la obra de Hildegard en la de Elisabeth está clara: en 1156 Elisabeth ha escrito su *Liber viarum Dei*, título imitado del *Scivias*, tal y como ella misma reconoce en una visión de su libro: «Éste es el Libro de los caminos de Dios, que se te ha revelado después de haber visitado a tu hermana Hildegard y de haberla oído» (cit. por B. Newman, *Sister*, pág. 38).



*De Elisabeth a Hildegard (1163-1164)*
Trad. de F. W. E. Roth, n.° XXI, págs. 74-75 (cf. *Brief.*, págs. 197-198).

«De hecho, la visión profética presupone siempre la decadencia de la Iglesia; podría decirse que la idea de la decadencia, que tanto contradice a la propia conciencia teológica y dogmática de la Iglesia institucional y, sobre todo, a la conciencia de su jerarquía, se le impuso precisamente cuando los visionarios se atrevieron a decirlo por la poderosa impresión de su experiencia visionaria» (E. Benz, pág. 132). Elisabeth escribe esta carta cuando su hermano Ekbert había elaborado los trece sermones en contra de los cátaros. También se conocen dos escritos de Hildegard contra los cátaros: la famosa carta al clero de Colonia (1162-1163) (cf. *Brief.*, págs. 169-172) y a los de Mainz, cf. *Epist.* CLXIX r, págs. 378-382: *Hildegardis de catharis* (1163).

## Eberhard, obispo de Bamberg

Eberhard fue elegido obispo de Bamberg en el año 1146. El intercambio epistolar con Hildegard tiene lugar en la misma época en que ella escribe contra los cátaros. La respuesta de Hildegard a la pregunta del obispo desarrolla toda una exposición de su propia teología de la Trinidad (cf. B. Newman, *Sister*, págs. 12-13).

*De Eberhard, obispo de Bamberg, a Hildegard (1163-1164)*
Trad. de *Epist.* XXXI, pág. 82 (cf. *Brief.*, pág. 67).

*De Hildegard a Eberhard, obispo de Bamberg (1163-1164)*
Trad. de *Epist.* XXXI r, págs. 83-88 (cf. *Brief.*, págs. 67-71).

«[...] pues la eternidad habita a semejanza de la rueda» *(eternitas manet in similitudine rote)*: sobre el símbolo del círculo o rueda, ver la carta de Hildegard a Odo de Soissons y nota. «La imagen de la rueda no posee el sentido del eterno retorno, sino que su único giro designa el curso de la historia. [...] Como contraposición con el hombre pecador, Hildegard compara a Dios mismo con una rueda que simboliza la plenitud y perfección del ser de Dios: *Sic Deus rotundus, rotae similis est*» (cit. en G. Lautenschläger, pág. 248).

«El árbol no florece si no es del verdor» *(Arbor enim non floret, nisi de viriditate)*: ver nota a *viriditas* en la carta de Hildegard al abad Bernardo de Clairvaux, y también la carta a Tengswich de Andernach acerca de la virginidad. Es la interpretación simbólica, que va de un plano de realidad a otro, lo que permite a Hildegard hablar del «verdor» de los cabellos, del «verdor» de la sangre como del de la hierba o de los árboles. «Verde es todo aquello que llamamos "alma" y lo que aquí se llama "la potencia verdeante" del cuerpo» (H. Schipperges, *Hildegard*, pág. 67). En la Trinidad, la fuerza *(vis)* sale del Padre alcanzando a los hombres en la gran corriente de virtudes *(virtutes)* y a través del Espíritu Santo (como *viriditas*) actúa en las obras de los hombres (G. Lautenschläger, pág. 365).

Claridad, esplendor y fuego: «La unidad y ternariedad de las personas divinas son vistas por Hildegard con sus ojos espirituales, de tal modo que las tres luces (la intensa claridad de la luz del padre, la claridad o esplendor del hijo y la luz roja del Espíritu Santo) se superponen», y «así forma una luz en su fuerza y poder» (E. Benz, pág. 337).

## Guibert de Gembloux

La correspondencia de Guibert de Gembloux fue editada por A. Derolez, *Guibertis Gemblacensis Epistolae* I, CC CM LXVI, Brepols, Turnholt 1988. Dirigidas a Hildegard se han conservado seis cartas (n.os XVI-XXII). Acerca de este importante personaje y su relación con Hildegard, ver nota al Prólogo de la *Vida*. Ver también *Jutta and Hildegard*, págs. 89-117, referidas a este personaje y su relación con Hildegard, así como la traducción del texto de la *Carta a Bovo*. Guibert nace en 1124-1125 en la ciudad de Gembloux, junto a Namur, recibiendo una refinadísima formación en la escuela monacal de la abadía benedictina en la que se encontraba una de las bibliotecas más ricas del Occidente. En los años setenta del siglo XII la fama de la visionaria del Rin se había extendido por los Países Bajos (*Brief.*, pág. 223). Guibert escribió a Hildegard interrogándole acerca de su capacidad visionaria y la respuesta de Hildegard a las cartas de Guibert constituye el testimonio más completo de su experiencia.

*De Guibert de Gembloux a Hildegard (1175)*
Trad. de A. Derolez, *Guibertis* XVI, págs. 217-220 (cf. *Brief.*, aunque se traduce sólo un fragmento, págs. 223-224).



*De Guibert de Gembloux a Hildegard (14 de agosto de 1175)*
Trad. de A. Derolez, *Guibertis* XVII, págs. 222-224.

Acerca de la alusión a las coronas, ver la carta de Tengswich von Andernach y la respuesta de Hildegard.

*De Hildegard al monje Guibert (1175)*
Trad. de *Epist.* CIII r, págs. 258-265 (cf. *Brief.*, págs. 226-228, aunque se traduce sólo un fragmento).

Esta carta es conocida con el título *De modo visionis suae*. Martin Buber la seleccionó para su antología de *Ekstatische Konfessionen* (*Confessioni estatiche*, págs. 83-86), aunque la traducción es también fragmentaria. Una traducción parcial en P. Dronke, *Las escritoras*, págs. 233-235, quien introduce la carta del siguiente modo: «Después de dos cartas (las anteriores que acabamos de traducir) Hildegard le escribió una larga respuesta, que dejó a Guibert tan anonadado que movió cielo con tierra –o, mejor dicho, quebrantó todas las reglas de la vida conventual– para poder trasladarse a Rupertsberg y pasar el resto de su vida en compañía de Hildegard, de la que disfrutó durante poco más de dos años, de junio de 1177 hasta la muerte de ésta (17 de septiembre de 1179). Como la lengua materna de Hildegard y la de Guibert eran muy diferentes, todas sus conversaciones debieron de ser en latín. La carta de Hildegard que impulsó a Guibert a irse a vivir con ella contiene algunas de las revelaciones más explícitas y hermosas que Hildegard nos da de sí misma» (págs. 232-233). Un fragmento de la carta fue introducido por Theoderich von Echternach en la *Vida* I, VIII. M. Klaes considera que debió de ser el mismo Guibert quien le entregó el material (Introducción a su edición de la *Vita*, pág. 57). M. Klaes comenta la estructura de la carta observando las dos partes de las que está compuesta: a) la referida a la *bona et mala scientia*, y b) la que habla de las visiones y responde a las preguntas de Guibert. También pone de manifiesto algunas divergencias que le hacen pensar que se trata de un texto reelaborado (manipulado); por ejemplo, en el cambio de a) a b), Hildegard hace referencia a su edad diciendo que está en los setenta. Si la carta se fecha en 1175, Hildegard está más cerca de los ochenta que de los setenta (págs. 49-51). En cualquier caso, no parece llegar a ninguna conclusión definitiva al respecto.

«[...] conocimiento especular» *(speculativa scientia)*: «*speculatio* significa tanto contemplación como reflejo; de ahí que Hildegard llame al conocimien-

to del bien y del mal *speculativa scientia* (en *Scivias* III.2.9), autoconciencia contemplativa o reflectiva» (B. Newman, *Sister*, pág. 96).

Acerca de la imagen de la «pluma que carece de toda gravedad de fuerzas y se deja llevar por el viento» *(penna, que omni gravedine virium caret et per ventum volat...)*: ver la carta de Hildegard a Odo de Soissons.

«En la visión mi espíritu asciende» *(Spiritus vero meus... in hac visione... in altitudinem firmamenti...)*: a la ascensión sigue el traslado a lugares remotos, lo que responde según E. Benz al «fenómeno de la migración», que suele estar acompañado de fenómenos parapsíquicos en las experiencias visionarias (aunque en Hildegard no hay alusiones a ello) (pág. 210).

«No oigo estas cosas ni con los oídos corporales *(corporeis auribus)* ni con los pensamientos de mi corazón *(nec cogitationibus cordis)*, ni percibo nada por el encuentro de mis cinco sentidos, sino en mi alma *(in anima mea)*, con los ojos exteriores abiertos *(apertis exterioribus oculis)*, de tal manera que nunca he sufrido la ausencia del éxtasis» *(defectum extasis patiar)*: la clasificación de los distintos tipos de visiones suele realizarse en función del estado de conciencia, así como de la relación (separada o no) de los sentidos exteriores e interiores, tal y como por ejemplo la estableció Swedenborg (cf. E. Benz, págs. 90-91). Este estado divergente entre los sentidos exteriores y los del alma, y la conservación de la conciencia (o lo que ella llama la «ausencia del éxtasis»), es lo que sirve para definir su experiencia visionaria, tan diferente a la de Elisabeth von Schönau, que «cae en éxtasis» (ver carta de Elisabeth a Hildegard). Sólo en una ocasión parece que Hildegard hace alusión a una pérdida de conciencia: ver *Vida*, Libro II, XVI, Visión séptima y nota al capítulo.

«La luz que veo no pertenece a un lugar» *(Lumen igitur quod video, locale non est)*: da entrada ahora a la descripción del primer tipo de visión, que es la de la luz como sombra de luz viviente *(Umbra viventis lumenis)*, para más adelante aludir al segundo tipo, que es superior.

La simultaneidad del ver, oír, saber *(Et simul video, audio et scio)*, y eso sólo como fuente para la escritura, permite definir su experiencia visionaria como *Lehrvision*, visión de aprendizaje, como la del *Pastor de Hermas* (E. Benz, págs. 150-151), obra, con toda probabilidad, conocida por Hildegard (P. Dronke, *Las escritoras*, págs. 236 y ss.).

Ver la cita del *Scivias*, en la *Vida* I, I y nota.

Precisión de que el sonido de la palabra oído en la visión nada tiene que ver con el sonido de la palabra proferida por el hombre (ver *Vida* II, I, al final, en la cita a la carta al papa, y nota al respecto).

Referencia al segundo tipo de visión: la luz ya no es la «sombra de luz viviente», sino otra luz *(aliam lucem)*: *lux vivens* (luz viviente). Relacionado con esta visión es el rejuvenecimiento, «fenómeno que pertenece al ámbito de las experiencias parapsíquicas» (E. Benz, pág. 212).



La visión de la luz fue interpretada por Ch. Singer, «The Visions of Hildegard of Bingen», en *From Magic to Science*, como de «naturaleza migrañosa», lo que ha sido planteado recientemente de nuevo por Oliver Sacks: las visiones como auras, lluvias de fosforescencias «en tránsito a través del campo visual, y que ese paso era seguido de un escotoma negativo» (alude concretamente a la lluvia de estrellas luminosas representada en una miniatura del *Scivias*), para concluir: «Investidas de esta sensación de éxtasis, rebosantes de un profundo significado teológico y filosófico, las visiones de Hildegard contribuyeron a encauzar su vida en una senda de santidad y misticismo. Nos ofrecen un ejemplo único en que un hecho fisiológico banal, odioso o insignificante para la vasta mayoría de gente, puede convertirse en una conciencia privilegiada, en el sustrato de una suprema inspiración extática» (*Migraña*, págs. 364-366). Y con lo del «ejemplo único», «hecho fisiológico banal» y «conciencia privilegiada», el propio Sacks reconocería que de nada sirve la «migraña» para explicar el fenómeno visionario.

Sobre las coronas y la virginidad ver la carta de Tengswich von Andernach.

*De Guibert de Gembloux a Hildegard (1176)*
Trad. de A. Derolez, *Guibertis* XIX, págs. 236-242.

En una carta anterior, del otoño de 1175 (n.º XVIII de la edición de Derolez), Guibert le agradece a Hildegard su respuesta, y le cuenta que tradujo esa carta al francés ante un grupo de oyentes que se quedaron maravillados. Seguidamente le hace un resumen de los comentarios. En esta siguiente, le plantea las 35 cuestiones que le formulan los monjes de Villers.

«[...] por el dolor de la muerte del señor Volmar, tu secretario»: Guibert se equivoca, pues Volmar muere en 1173. Es Gottfried el que muere en 1176.

*De Hildegard a Guibert, monje (1176)*
Trad. de *Epist.* CVI r, págs. 265-268.

«El amor, que construye» *(Caritas)*: en latín es femenino. Sobre la relación entre *Sapientia* y *Caritas*, ver nota a *Vida* II, II, Visión primera. «*Caritas* es, por

supuesto, una de las muchas virtudes que figuran en el mundo visionario de Hildegard. Pero es absolutamente central» (B. Newman, *Sister*, pág. 79). «Hildegard fue la primera autora mística que personificó a la Caridad como a una hermosa figura femenina. Probablemente no fue a través de su influjo como "Dama Amor" *(Minne, Amour)* se convirtió en protagonista de los escritos de Matilde, Hadewijk y Margarita Porete en el siglo siguiente: en todo caso, hay que contar con la convergencia de varias corrientes, sobre todo de las personificaciones del amor humano en las literaturas vernáculas, de los libros sapienciales del Antiguo Testamento, y de Boecio. Sin embargo, lo que Hildegard nos presenta es el extraordinario potencial imaginativo latente en una tradición alegórica determinada» (P. Dronke, *Las escritoras*, pág. 237).

La respuesta a las cuestiones de los monjes de Villers se encuentran en J.-P. Migne, vol. 197, págs. 1037-1116.

*De Hildegard al monje Guibert y a los monjes de Villers (1177)*
Trad. de *Epist.* CIX r, págs. 269-271.



# Visiones: textos y miniaturas

## *Scivias* [Conoce los caminos]

Sucedió en el año 1141 después de la encarnación de Jesucristo. A la edad de cuarenta y dos años y siete meses, vino del cielo abierto una luz ígnea que se derramó como una llama en todo mi cerebro, en todo mi corazón y en todo mi pecho. No ardía, sólo era caliente, del mismo modo que calienta el sol todo aquello sobre lo que pone sus rayos. Y de pronto comprendí el sentido de los libros, de los salterios, de los evangelios y de otros volúmenes católicos, tanto del antiguo como del nuevo testamento, aun sin conocer la explicación de cada una de las palabras del texto, ni la división de las sílabas, ni los casos, ni los tiempos.
*(Parte primera. Atestado)*





Miniatura 1, fol. 1: *La visionaria*

Vi como un gran monte que tenía el color del hierro, y en su cima estaba sentado un ser de tanta claridad que reverberaba mi rostro. Desde cada uno de sus costados se extendía una suave sombra, como un ala de una longitud y anchura admirables. Y delante de él, al pie de ese monte estaba una imagen llena de ojos en la que, a causa de aquellos ojos, no era capaz de discernir forma humana. Y delante de ella estaba otra imagen de niño vestida con una túnica pálida pero con calzado blanco, y sobre su cabeza descendía tanta claridad del que estaba sentado en la cima del monte, que no pude ver su rostro. Pero del que estaba sentado en la cima del monte salían mutitud de centellas vivas que volaban alrededor de aquellas imágenes con una gran dulzura. En este mismo monte se veían muchas pequeñas ventanas en las que aparecían las cabezas de los hombres, unas blancas y otras pálidas.
*(Parte primera. Visión primera)*





Miniatura 2, fol. 2: *El ser resplandeciente* (I, 1)

Luego vi como una enorme multitud de lámparas vivientes que tenían mucha claridad, y, al recibir un fulgor ígneo, alcanzaron un serenísimo resplandor. Y he aquí que entonces apareció un lago de mucha altura y profundidad, con una boca como la boca de un pozo que vomitaba humo y llamas de olor fétido, y de donde salía una espantosa nube que, extendiéndose, alcanzaba como una vena que tenía un aspecto engañoso, y en otra clara región sopló a una nube blanca que salía de una hermosa forma humana, y contenía muchas, muchísimas estrellas, y la echó de aquella región, a ella y a la forma humana. Hecho esto, un resplandor muy luminoso rodeó aquella región, y entonces todos los elementos del mundo que antes habían permanecido en una gran quietud, manifestaron en la máxima agitación los más terribles horrores.
*(Parte primera. Visión segunda)*





Miniatura 3, fol. 4: *La caída del hombre* (I, 2)

Después de esto vi un gran instrumento redondo y umbroso, semejante a un huevo: estrecho por arriba y por abajo, y ancho en el medio, cuya parte exterior estaba rodeada por un fuego luminoso que tenía por debajo una especie de piel umbría. En este fuego se encontraba un globo de fuego rutilante de tal magnitud que iluminaba todo aquel instrumento, y encima tenía tres antorchas colocadas por orden, que con sus llamas sostenían el globo para que no cayera. De vez en cuando, el globo se elevaba y encontraba más fuego, de modo que podía lanzar más lejos sus llamas. Otras veces descendía y recibía mucho más frío, de modo que rápidamente retiraba sus llamas de allí. Del fuego que rodeaba aquel instrumento, salió una especie de viento con sus torbellinos, y de aquella piel que estaba debajo, salió bullendo otro viento con torbellinos que se extendía por aquí y por allá del instrumento. En la piel había un fuego tenebroso tan horrible que no lo podía mirar, y con toda su fuerza lo agitaba todo, lleno de ruidos, tempestades y piedras afiladísimas grandes y pequeñas. Mientras elevaba su ruido, el fuego luminoso, los vientos y el aire se movían, de modo que los fulgores precedían al ruido, pues el fuego sentía en su interior la conmoción de aquel ruido.
*(Parte primera. Visión tercera)*





Miniatura 4, fol. 14: *El macrocosmos* (I, 3)

Y después vi un esplendor inmenso y serenísimo que llameaba como si saliera de muchos ojos y que tenía cuatro ángulos orientados a las cuatro partes del mundo. Designando el secreto del creador superior me fue manifestado en un muy gran misterio, y en él apareció otro esplendor semejante a la aurora que tenía en sí la claridad del fulgor púrpura. Y entonces vi a hombres en la tierra que llevaban leche en sus recipientes y hacían quesos, de los cuales una parte era densa y se hacían quesos duros, otra parte ligera con la que se cuajaban los quesos blandos, y otra mezclada con fermentos con la que se hacían los quesos amargos. Y entonces vi como a una mujer que tenía en su útero una casi completa forma de ser humano. Y he aquí que por una secreta disposición del creador supremo aquella forma se agitó con un movimiento de vida, de tal modo que una especie de esfera ígnea que no tenía ningún rasgo humano ocupó el corazón de esa forma, le tocó el cerebro y se expandió por todos sus miembros. *(Parte primera. Visión cuarta)*





Miniatura 5, fol. 22: *El alma y su tabernáculo* (I, 4)

Miniatura 6, fol. 24 v.°:
*Oposición a las tentaciones* (I, 4)





Miniatura 7, fol. 25: *El alma abandona su tabernáculo* (I, 4)

Después vi como una imagen de mujer, pálida desde la cabeza hasta el ombligo, y negra desde el ombligo hasta los pies, y sanguínea en los pies, y alrededor de sus pies tenía una nube blanquísima y purísima. No tenía ojos, colocaba sus manos bajo las axilas, y estaba junto al altar que está ante los ojos de Dios, pero no lo tocaba. En su corazón estaba Abraham, y en su pecho Moisés, y en su vientre, el resto de los profetas, mostrando sus signos y admirando la belleza de la Iglesia. Esta imagen apareció con tanta magnitud como la torre de una ciudad, y en su cabeza llevaba un cerco semejante a la aurora.
*(Parte primera. Visión quinta)*

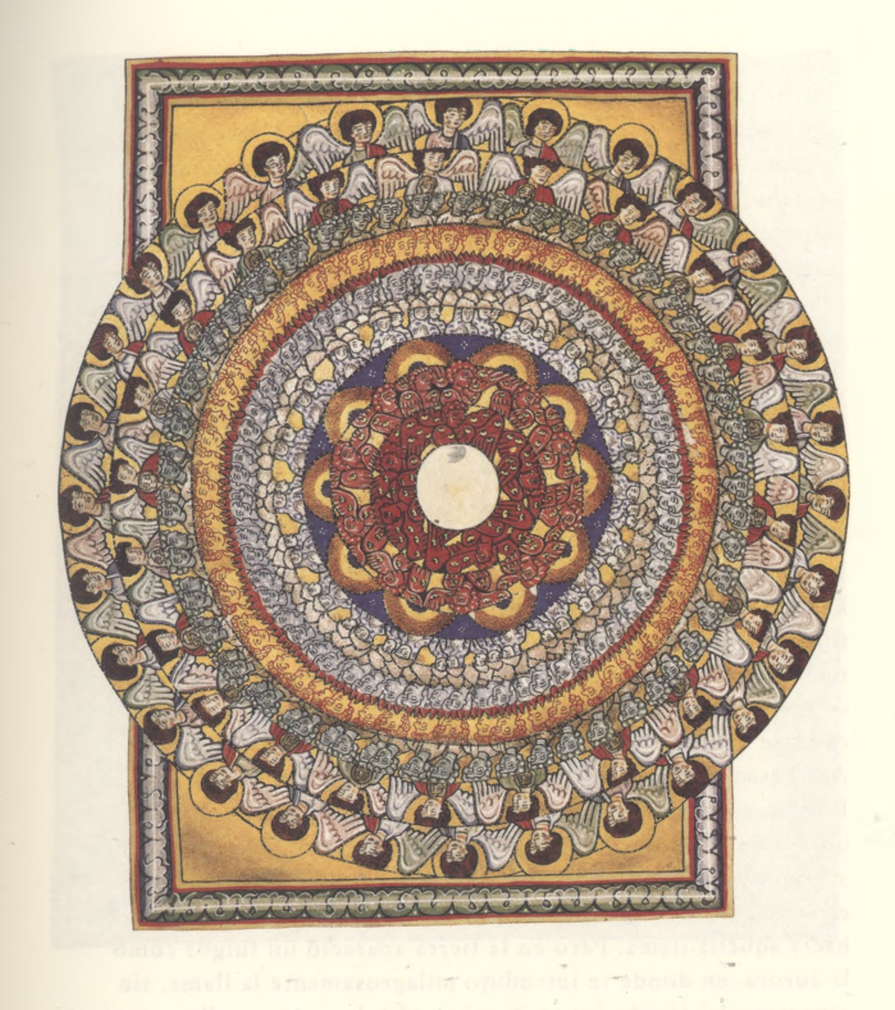




**Miniatura 8, fol. 35: *La Sinagoga* (I, 5)**

Después vi en la altura de los secretos celestes dos ejércitos de espíritus superiores que resplandecían con una gran claridad. Los que estaban en un ejército tenían en sus pechos como unas alas y presentaban unos rostros como los rostros de los hombres, en los cuales aparecían los rasgos humanos casi como agua pura. Los que estaban en el otro ejército también tenían unas alas en los pechos y mostraban rostros como rostros humanos, en los cuales brillaba además como en un espejo la imagen del Hijo del hombre. Pero no pude discernir ninguna otra forma en ninguno de ellos. Estos ejércitos circundaban, a modo de una corona, a otros cinco ejércitos. Los que se encontraban en el primer ejército tenían caras como de hombres y brillaban con gran resplandor desde el hombro hasta abajo. Los que estaban en el siguiente ejército brillaban con tanta claridad que no los podía mirar. Los del tercer ejército se me aparecieron como de mármol blanco y tenían las cabezas como las cabezas de los hombres, sobre las que había como antorchas ardientes, y desde el hombro hasta abajo estaban rodeados como por una nube férrea. Los del cuarto ejército, que tenían las caras como las caras de los hombres y los pies como los pies de los hombres, llevaban en sus cabezas unos yelmos y vestían túnicas de mármol. Los que estaban en el quinto no mostraban ninguna forma humana y rojeaban como la aurora. Pero no pude distinguir en ellos ninguna forma. Y estos ejércitos circundaban a otros dos al modo de una corona. Los que se encontraban en uno de éstos aparecían llenos de ojos y de alas, y en cada ojo aparecía un espejo y en cada espejo un rostro de hombre, y elevaban sus alas a una suprema altura. Los que estaban en el otro ejército ardían casi como el fuego. Tenían muchas alas y en esas alas hacían aparecer, como en un espejo, todos los insignes órdenes de la institución eclesiástica. Y no pude ver ni en éstos ni en los otros ninguna otra forma. Y todos estos ejércitos hacían resonar, por medio de todo tipo de músicas y con voces maravillosas, las maravillas obradas por Dios en las almas dichosas, y así glorificaban a Dios con magnificencia.
*(Parte primera. Visión sexta)*





**Miniatura 9, fol. 38:** ***El coro de los ángeles*** **(I, 6)**

Y yo, criatura, que no estoy ni enardecida por la fuerza de los leones ni instruida por su aliento, sino que permanezo en la debilidad de la frágil costilla imbuida de inspiración mística, vi como un fuego lucidísimo, inabarcable, inextinguible, todo viviente y toda vida, en cuyo interior había una llama de color aéreo que ardía con suave soplo y que era tan inseparable del fuego lúcido, como las vísceras lo son del hombre. Y vi como esta llama fulminante se volvió incandescente. Y he aquí que de pronto salió un aire oscuro y redondo de magnitud, y aquella llama que estaba sobre el aire, lo golpeaba, haciendo salir de él una centella, hasta que el aire fue llevado a término, resplandeciendo así el cielo y la tierra plenamente formados. Después aquella llama con su fuego y ardor se extendió hasta una pequeña gleba de tierra cenagosa que yacía en el fondo del aire, y la calentó hasta que se hizo carne y sangre, y, soplando sobre ella, se irguió un hombre vivo. Hecho esto, el fuego lúcido ofreció al hombre, por medio de la llama que ardía con suave soplo, una flor blanquísima que pendía de la llama como el rocío de la hierba, cuyo olor sintió el hombre por su nariz, pero no percibió el gusto con su boca, ni la tocó con las manos, y así se alejó y cayó en tinieblas densísimas de las que no se pudo levantar. Aquellas tinieblas crecieron dilatándose más y más en aquel aire. Entonces aparecieron en estas tinieblas tres grandes estrellas unidas en su fulgor, y después de éstas, otras muchas, pequeñas y grandes, brillando con mucho resplandor, y luego otra gran estrella que irradiaba una prodigiosa claridad y dirigía su fulgor hacia aquella llama. Pero en la tierra apareció un fulgor como la aurora, en donde se introdujo milagrosamente la llama, sin separarse del lúcido fuego. Y así en el fulgor de aquella aurora fue encendida la suprema voluntad.
Como quisiera contemplar aquel encendimiento de la voluntad con mayor detenimiento, el sello del secreto me fue colocado delante en aquella visión, y oí una voz que desde lo alto me decía: «De este misterio no podrás ver más de cuanto te sea concecido por el milagro de la fe».
Y vi salir de aquel fulgor de aurora a un hombre serenísimo que irradió su claridad por las tinieblas pero fue rechazado por ellas, de tal modo que se volvió contra ellas en el rubor de la sangre y





**Miniatura 10, fol. 41 v.°:**
***Creación del mundo, caída y salvación*** **(II, 1)**

en la palidez del blanco con tanta fuerza, que el hombre que yacía en ellas resplandeció con su tacto y salió erguido de allí. Y luego el hombre sereno que salió de la aurora, apareciendo con una claridad que es imposible de explicar con humana lengua, ascendió a la agudísima altura de la infinita gloria, donde resplandecía en la plenitud de la magnífica fecundidad y de maravilloso olor.
*(Parte segunda. Visión primera)*

Después vi una luz serenísima y en ésta una forma de hombre de color del zafiro, ardiendo toda ella en un suavísimo fuego rutilante. Y aquella luz serena inundaba todo aquel fuego rutilante, y aquel fuego rutilante toda aquella serena luz, y la serena luz y el fuego rutilante toda la forma del hombre, de tal modo que era una única luz en una única fuerza.
*(Parte segunda. Visión segunda)*





**Miniatura 11, fol. 47:** ***Cristo en la Trinidad*** **(II, 2)**

Después de esto vi como una imagen de mujer tan inmensa como una ciudad, con su cabeza magníficamente coronada, y de cuyos brazos colgaba un resplandor como mangas, que brillaba desde el cielo hasta la tierra. Su vientre estaba perforado con muchos agujeros al modo de una red, y en ellos pasaba una gran multitud de hombres. No tenía piernas ni pies, sino que, sosteniéndose sobre su vientre ante el altar que está ante los ojos de Dios, lo abrazaba con sus manos extendidas, y veía todo el cielo con sus ojos de un modo agudísimo. Pero no podía distinguir ninguna vestimenta, a no ser el resplandor que la rodeaba toda, brillando en medio de una lucidísima serenidad, rutilante en su pecho de un rojo fulgor como la aurora. Oí entonces cantar en su honor por todo tipo de músicos «Como aurora rutilante».

Y aquella imagen expandió su resplandor como si fuera un vestido, diciendo: «Engendraré y alumbraré». Y al instante acudió como un fulgor una multitud de ángeles haciendo en ella escaleras y asientos para los hombres por los que la imagen sería conducida hasta su plenitud.

Dspués de esto vi a unos niños negros avanzando por el aire junto a la tierra como los peces por el agua, y entraron en el vientre de la imagen por los agujeros que la perforaban. Y ella gimió y los llevó hasta lo alto, a su cabeza, y salieron por la boca mientras ella permanecía incólume. Y he aquí que se me apareció de nuevo aquella serena luz y en ella la forma de hombre toda rutilante ardiendo en fuego (tal y como la había visto en la anterior visión), y arrancando a cada uno de ellos la piel negra y echándola fuera del camino, los vistió con una túnica muy blanca y les mostró la luz serenísima diciéndoles a cada uno: [...].

*(Parte segunda. Visión tercera)*





Miniatura 12, fol. 51: *La Iglesia y el bautismo* (II, 3)

Y entonces vi una gran torre redonda, hecha toda ella de piedra blanca y en cuya cima había tres ventanas, de las que surgía tal resplandor, que el techo de la torre que se resolvía en forma de cono, se apareció en la claridad de aquel fulgor. Las ventanas estaban adornadas a su alrededor por hermosas esmeraldas. Y la torre estaba colocada como en medio de la espalda de la imagen de la susodicha mujer, tal y como se sitúa una torre en el muro de la ciudad, de tal modo que, debido a su fuerza, la imagen no podía caer de ningún modo.

Y vi resplandecer con mucha claridad a los niños que habían penetrado en el vientre de la imagen, tal y como ya he relatado. Unos estaban adornados desde la frente hasta los pies como por un color áureo, otros tenían tanta claridad que carecían de color. De entre estos niños, unos contemplaban un resplandor puro y lúcido, otros un fulgor turbio y rojizo vuelto hacia oriente. De entre los que miraban el resplandor puro y lúcido, unos tenían ojos claros y fuertes pies, y pisaban con fuerza por el vientre de la imagen. Otros, en cambio, tenían ojos cansados y débiles pies, y eran arrastrados aquí y allá por el viento. Pero con un báculo en sus manos revoloteaban en presencia de la imagen, y de vez en cuando alcanzaban a tocarla levemente. Había además otros de ojos serenos pero con pies inútiles, y se movían de un lado a otro por el aire ante la imagen. Y aún otros, de ojos cansados pero de fuertes pies que caminaban ante la imagen con languidez. Pero de entre aquellos que miraban el fulgor turbio y rojizo, unos caminaban con fuerza bien adornados en la imagen, mientras que otros, desgarrándose de ella, la atacaban y reprimían sus órdenes establecidas; de éstos, algunos regresaban con humildad a ella por el fruto de la penitencia, otros, en cambio, permanecían por terca negligencia en la arrogancia de la muerte.

*(Parte segunda, Visión cuarta)*





Miniatura 13, fol. 60: *La Iglesia. La confirmación* (II, 4)

Después de esto vi que un cierto resplandor blanco como la nieve y translúcido como el cristal rodeaba aquella imagen de mujer desde la punta de la cabeza hasta la garganta. Y desde la garganta hasta el ombligo la circundaba otro resplandor de color rojo que rojeaba como la aurora desde la garganta hasta los pechos, pero desde los pechos hasta el ombligo brillaba como púrpura mezclado con jacinto. Y allí donde rojeaba como la aurora, extendía su claridad hacia arriba hasta los secretos del cielo, en la que apareció una imagen bellísima de una joven con la cabeza descubierta y cabellos negros, vestida con una túnica roja que se desplegaba en torno a sus pies.
*(Parte segunda. Visión quinta)*





Miniatura 14, fol. 66: *El cuerpo místico* (II, 5)

Y después de esto vi que, mientras el Hijo de Dios colgaba de la cruz, la imagen de mujer, avanzando veloz como un lúcido resplandor, fue conducida junto a él por la divina potencia según un antiguo consejo. Inundada por la sangre que manaba de su costado, fue unida a él en felices esponsales por la voluntad superior del Padre, y noblemente dotada por su carne y por su sangre.

Y oí una voz del cielo que le decía: «Sea esta, Hijo, tu esposa para la restauración de mi pueblo, y sea su madre, renovando las almas por la salvación del espíritu y del agua».

Y cuando esta imagen aumentó en fuerza de este modo, vi como un altar al que frecuentemente se acercaba, y volviendo a mirar allí con devoción su dote, la mostraba con humildad al Padre supremo y a los ángeles. Luego, cuando un sacerdote, vestido con sagradas túnicas, se aproximó al altar para celebrar los divinos sacramentos, vi que una gran serenidad de luz, que descendía del cielo en compañía de ángeles, iluminó todo el altar, y allí permaneció hasta que el sacerdote se retiró del altar una vez terminados los sacramentos. Recitado ya el evangelio de la paz y depositada en el altar la ofrenda para ser consagrada, cuando el sacerdote cantó la alabanza a Dios omnipotente que es el «Santo, santo, santo es el Señor, Dios de los ejércitos», e inició así los misterios de los sacramentos, de pronto un relámpago de fuego de indescriptible claridad descendió del cielo abierto hasta aquella ofrenda y difundió allí toda su claridad, del mismo modo que el sol ilumina las cosas que atraviesa con sus rayos. Y mientras la iluminaba así, la elevó invisiblemente hasta los secretos del cielo y la volvió a colocar sobre el altar, del mismo modo que el hombre inspira su aliento y después lo expira, y así fue convertida en verdadera carne y verdadera sangre, aunque a la mirada de los hombres apareciera como pan y como vino. Mientras contemplaba todo esto, aparecieron de repente como en un espejo los signos de la natividad, de la pasión y la sepultura, así como de la resurrección y de la ascensión de nuestro salvador, el unigénito de Dios, tal como le sucedieron cuando estaba en el mundo. Y mientras el sacerdote cantaba el canto del inocente cordero que es el cordero de Dios que quita los pecados del mundo, y se presentara para recibir la santa comunión, el relámpago de fuego se retiró a los cielos y del cielo cerrado





**Miniatura 15, fol. 86:** ***La misa*** **(II, 6)**

oí una voz que decía: «Comed y bebed el cuerpo y la sangre de mi Hijo para borrar la prevaricación de Eva hasta que seáis restituidos a la justa herencia». Y mientras los restantes hombres se acercaban al sacerdote para recibir el sacremento, vi en ellos cinco modos diferentes. Unos eran de cuerpo luminoso y alma ígnea, otros, en cambio, pálidos de cuerpo y tenebrosos de alma. Había también otros de cuerpos hirsutos y de almas llenas de mucha inmundicia por el pecado humano. Otros tenían el cuerpo rodeado de agudísimas espinas y aparecían como leprosos de alma, mientras que otros tenían el cuerpo ensagrentado y su alma era fétida como un cadáver podrido. Pero cuando recibían el mismo sacramento, unos resplandecían de ígnea luz, mientras los otros se sumían en las tinieblas de una oscura nube.
Cuando se hubieron terminado los sacramentos, y mientras el sacerdote se retiraba del altar, la serenidad que venía del cielo, inundó todo el altar, y, como ya se ha dicho, se retiró a las alturas de los secretos superiores.
*(Parte segunda. Visión sexta)*

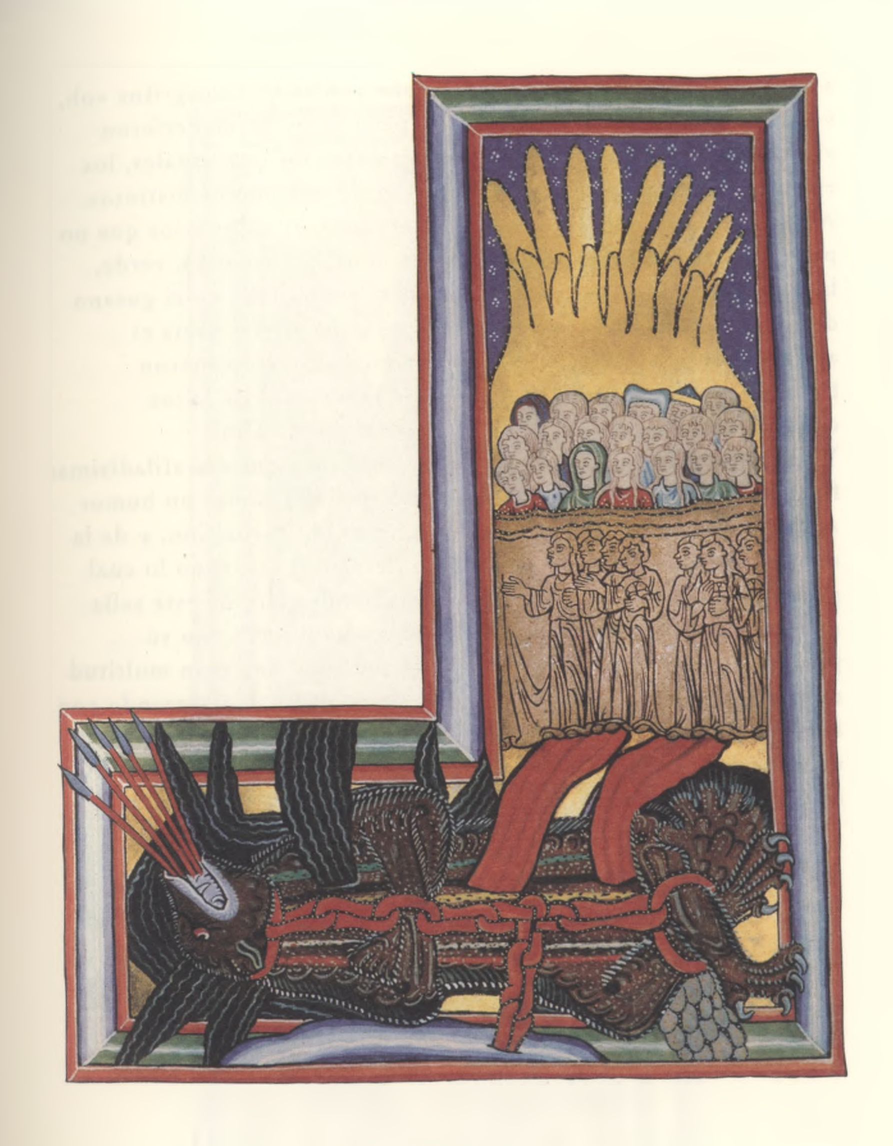




**Miniatura 16, fol. 86 v.º:** ***La misa*** **(II, 6)**

Después vi una ardiente luz de una magnitud tal como alto y grande es un monte, dividida en su cima como en muchas lenguas. Y delante de la luz se hallaba una multitud de hombres blancos, ante los cuales había como una especie de velo transparente como el cristal que se extendía desde sus pechos hasta sus pies. Y ante esta mutitud yacía boca arriba, como en un camino, una especie de gusano de una longitud y magnitud admirables, y de un furor y horror tales que no es posible expresar. A su izquierda había como una plaza, donde aparecían riquezas de los hombres, delicias seculares y un mercado de diversos géneros, y mientras unos la atravesban corriendo sin hacer negocio algunos, otros la cruzaban lentamente e insistían en vender y comprar. Aquel gusano era negro e hirsuto y estaba lleno de úlceras y pústulas. Estaba recorrido por cinco zonas de colores diversos desde la cabeza, pasando por el vientre hasta los pies: una verde, otra blanca, otra roja, otra amarilla, y otra negra, llenas de mortífero veneno. Pero su cabeza había sido aplastada de tal forma que tenía destrozada la quijada izquierda. Sus ojos eran sanguíneos por fuera e ígneos por dentro, sus orejas eran redondas e hirsutas, su nariz y boca como las de una víbora, sus manos como las de un hombre, pies como los de una víbora, y su cola corta y horrible. Llevaba puesta una cadena en el cuello, que le ataba también manos y pies, de tal modo que la misma cadena lo ligaba fuertemente a una piedra del abismo que le impedía moverse según su voluntad. De su boca salían abundantes llamas que se dividían en cuatro partes: una ascendía hasta las nubes, otra entre los hombres seculares, otra se extendía entre los espirituales, y otra descendía al abismo. La llama que se dirigía hacia las nubes, luchaba contra los hombres que querían ir a los cielos. A éstos los vi ordenados en tres líneas de batalla.
La primera línea estaba junto a las nubes, la segunda entre las nubes y la tierra, y la tercera junto a la tierra, vociferando todas ellas «vayamos a los cielos». Pero lanzados por aquella llama a un lado y a otro, unos no caían, otros apenas lograban mantenerse en pie, otros caían a la tierra pero se volvían a levantar y se dirigían a los cielos. La llama que se difundía entre los hombres seculares, abrasó a algunos de ellos convirtiéndolos en horribles negruras, a otros atravesaba con su punta de tal modo que los hería a su voluntad. De entre éstos, los que se escaparon dirigiéndose junto





Miniatura 17, fol. 115 v.°: *El adversario* (II, 7)

a los que iban a los cielos, vociferaban con reiterados gritos «oh, vosotros fieles, prestadnos ayuda», pero otros permanecieron atravesados. La llama que se extendía entre los espirituales, los cubrió con su calígine. Entonces los vi de seis modos distintos. A unos la llama dañó con su cruel incendio. A otros a los que no pudo dañar, exhaló ardientemente su mortífero veneno, verde, blanco, rojo, amarillo, negro, el cual se encontraba en el gusano desde su cabeza hasta los pies. La llama que tendía hacia el abismo, contenía diversas penas de aquellos que no fueron bañados por las fuentes bautismales e ignorantes de la luz de la verdad y de la fe, adoraron a Satán y no a Dios. Y vi también cómo de su boca salían estrepitosamente afiladísimas flechas, y de su pecho un negro humo, de los riñones un humor ardiente que hervía, y del ombligo un férvido torbellino, y de la extremidad de su vientre una inmundicia de ranas, todo lo cual producía una gran inquietud entre los hombres. Y de éste salía una espantosa bruma de pestilente olor que infectó con su perversidad a muchos hombres. Y he aquí que una gran multitud de hombres venía brillando con mucha claridad, y pisoteando con firmeza a aquel gusano, lo torturaron, de modo que a ninguno de ellos pudo herir, ni con sus llamas, ni con su veneno.
*(Parte segunda. Visión séptima)*





Miniatura 18, fol. 116: *El adversario* (II, 7)

Y yo, persona elegida de entre otros seres, que no soy digna de ser llamada ser humano debido a la transgresión de la ley de Dios, cuando debiera ser justa y soy injusta, excepto que soy criatura de Dios cuya gracia me salvará, miré a oriente; y he aquí que allí vi como una única piedra entera de inmensa anchura y altura, de color de hierro, y encima de ésta una nube blanca, y sobre ésta un trono real redondo, en el que se sentaba alguien viviente y brillante de gloria prodigiosa, y de tanta claridad que no pude distinguirlo bien. Tenía en su pecho un limo negro y fangoso de una anchura tal como la del pecho de un hombre, rodeado de piedras preciosas y de perlas.

Y de aquel ser brillante que estaba sentado en el trono, irradiaba un gran círculo de color de oro como la aurora, cuya amplitud no pude abarcar de ningún modo, y giraba de oriente al septentrión y de occidente al mediodía, y volvía de nuevo a oriente hasta el ser luminoso, y no tenía fin. Y este círculo estaba a tal altura de la tierra, que yo no podía verla, y devolvía un resplandor tan terrible, del color de la piedra, del acero, y del fuego, y se extendía por doquier según su amplitud, por arriba hasta la altura del cielo, y por abajo hasta la profundidad del abismo, de manera que no podía ver su final.

Vi entonces salir del secreto del que estaba sentado en el trono una gran estrella de mucho esplendor y belleza, y con ella una multitud de centellas candentes, y junto a aquella estrella confluyendo todas en el austro, miraron al que estaba sentado en el trono como a un extraño, y alejándose de él quedaban absortas ante el aquilón en lugar de contemplarle a él. Pero en este alejamiento de su mirada, todas se extinguieron al instante, convertidas en la negrura del carbón.

Y he aquí que un viento turbulento nació de ellas y las arrojó del austro por detrás del que estaba sentado en el trono al aquilón, precipitándolas al abismo, de modo que ya no pude verlas más.

De pronto vi cómo aquel gran resplandor que les fue quitado cuando se extinguieron, volvía al que estaba sentado en el trono.
*(Parte tercera. Visión primera)*





**Miniatura 19, fol. 122 v.º:** ***El trono de gloria*** **(III, 1)**

Miniatura 20, fol. 123: *Las estrellas extinguidas* (III, 1)





Después de esto vi dentro del espacio del círculo que se extendía desde el que estaba sentado en el trono, como un gran monte unido a la raíz de una inmensa piedra, sobre la que estaba colocado el trono del sedente con la nube, de tal modo que la piedra se erigía hacia lo alto y el monte se extendía en anchura. Y sobre este monte estaba como un edificio cuadrangular hecho a semejanza de una ciudad cuadrangular, situado en posición diagonal, de tal forma que un ángulo miraba a oriente, otro a occidente, uno al septentrión y otro al mediodía. Este edificio tenía a su alrededor una muralla de dos tipos: uno era como un resplandor brillante como la luz del día, y el otro como una ensambladura de piedras, y se unían alternativamente en el ángulo oriental y en el ángulo septentrional, de tal forma que la parte luminosa de la muralla se extendía toda ella y sin interrupción desde el ángulo oriental hasta el septentrional, y la otra pétrea, desde el ángulo septentrional hasta el ángulo occidental y hasta el meridional terminando en el ángulo oriental, y se interrumpía en dos lugares entre el ángulo occidental y el meridional.
La longitud del edificio era de cien codos, su anchura de cincuenta, y su altura de cinco, de modo que las dos paredes en uno y otro lado eran de la misma longitud, así como las paredes frontal y posterior eran de la misma latitud. La altura de las cuatro paredes era la misma en todo el circuito del edificio, excepto en los baluartes que eran algo más altos.
La latitud entre este edificio y el resplandor del círculo ya mencionado que se extendía hasta las profundidades del abismo eran de un palmo en el vértice oriental, pero en los demás, esto es septentrional, occidental y meridional, era tal la latitud, que no pude abarcarla.
*(Parte tercera. Visión segunda)*





**Miniatura 21, fol. 130 v.º:**
***El edificio de la salvación* (III, 2)**

Después de esto miré, y he aquí que casi en medio de la longitud de la parte luminosa del muro del edificio estaba una torre de color de hierro, situada en el lado exterior del muro, de cuatro codos de anchura y siete de altura. En ella vi cinco imágenes que estaban cada una en su propio arco, que estaban coronados con torres en forma de conos, de las cuales la primera miraba a oriente, la segunda al aquilón, la tercera al septentrión, la cuarta a la columna de la Palabra de Dios en cuya raíz estaba el patriarca Abraham, y la quinta a la torre de la iglesia y a aquellos hombres que transitaban de un lado a otro del edificio.

Todas ellas mostraban una semejanza: todas iban vestidas como con túnicas de seda y calzadas de blanco, excepto la quinta enteramente armada. La segunda y la tercera llevaban la cabeza descubierta, con los cabellos sueltos y blancos, y no llevaban manto. La primera, la tercera y la cuarta vestían túnicas blancas. Pero también había desemejanzas.

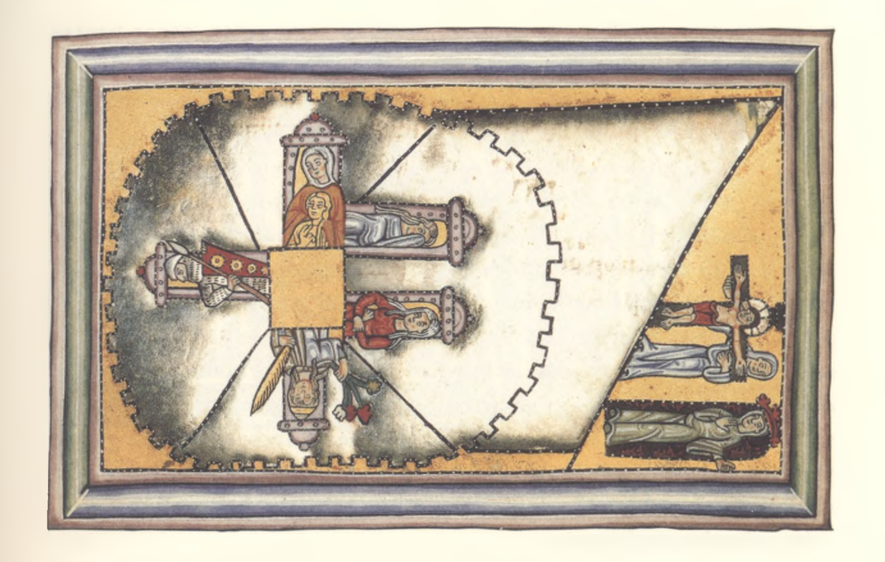
La primera imagen llevaba sobre su cabeza una cinta pontifical, con los cabellos sueltos y blancos, vestida con palio blanco y púrpura a ambos lados de su parte inferior. En la mano derecha sostenía unos lirios y otras flores, en la izquierda, una palma. Y dijo: «Oh, dulce vida, oh dulce abrazo de la vida eterna, y oh beata felicidad, en la que están los premios eternos. Siempre estás en las delicias verdaderas, de modo que nunca podría ni llenarme ni saciarme de la alegría interior que hay en mi Dios».

La segunda imagen vestía una túnica púrpura, y era como una adolescente que aún no alcanzaba la edad viril, aunque de gran gravedad. Y dijo: «Nunca me hará desistir de la disciplina de Dios ni el horrible enemigo, esto es el diablo, ni el hombre enemigo ni este siglo. Bajo su mirada siempre persevero.»

La tercera ocultaba su rostro con la blanca manga de su mano derecha. Y dijo: «Oh impureza y oh inmundicia de este siglo, escondeos y huid de mis ojos, porque mi amado nació de la pura Virgen María».

La cuarta cubría su cabeza con un velo blanco femenino y la envolvía un palio de color amarillo. En su pecho tenía la imagen de Jesucristo alrededor de la que estaba escrito: «Por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, que harán que nos visite una luz de la altura». Y decía: «Tiendo mis manos siempre a los peregrinos, a los indigentes, a los pobres, a los enfermos, y a los que gimen».





Miniatura 22, fol. 138 v.°: *Las cinco imágenes* (III, 3)

La quinta iba armada con un yelmo colocado en la cabeza, vestía loriga, guanteletes y grebas de hierro, con su mano izquierda sostenía un escudo que colgaba del hombro, ceñía una espada y en la mano derecha llevaba una lanza. A sus pies yacía como un león con la boca abierta, con la lengua fuera de la boca, y unos hombres de entre los cuales unos tocaban trompetas, otros hacían ruidos con instrumentos y otros jugaban a diversos juegos. La imagen los aplastó con su pie a todos y al león al mismo tiempo, atravesándolos con la lanza que llevaba en su mano derecha. Y dijo: «Venzo al fuerte diablo, y a ti, odio y envidia, y a ti, oh inmundicia, y a los que juegan de modo engañoso».

Pero dentro del mismo edificio vi otras dos imágenes que estaban frente a la torre, de las cuales la primera aparecía sobre el pavimento del edificio como en un arco del resplandor del fuego, pintado en su interior con diversas imágenes de espíritus malignos, y situado frente a la torre. La otra se encontraba fuera de este arco, al lado, sin estar colocada en ningún arco. Ambas miraban unas veces a la torre, y otras a los hombres que entraban y salían del edificio. Iban vestidas también de seda y en las cabezas ataban blancos velos femeninos, no llevaban palios y su calzado era blanco.

La primera llevaba en su cabeza como una corona triangular roja como el jacinto rojo, vestía una túnica blanca con pliegues verdes. Y dijo: «Venzo en oriente con el poderoso Hijo de Dios que salió del padre para venir al mundo para la salvación de los hombres y que volvió al Padre después de morir en la cruz con gran tristeza, resucitando de entre los muertos y ascendiendo al cielo. No quiero ser confundida huyendo de las miserias y dolores de este siglo».

La segunda vestía una túnica blanca, pero con algo de color pálido. Y en su brazo derecho llevaba una cruz con la imagen del salvador, inclinando su cabeza sobre ella. Y decía: «Este niño ha sufrido muchas miserias en este siglo y por ello quiero llorar siempre y tener tristeza por el gozo de la vida eterna, a la que las buenas ovejas serán conducidas a través del noble Hijo de Dios».

Y vi como todas estas imágenes decían sus palabras por el misterio de Dios para exhortación de los hombres. Entonces el sedente en el trono, que me mostraba todo esto, me dijo.

*(Parte tercera. Visión tercera)*





**Miniatura 23, fol. 139:** ***Las cinco imágenes*** **(III, 3)**

Y entonces, más allá de la mencionada torre del plan de la voluntad de Dios, pero un codo al interior del ángulo que miraba al septentrión, vi como una columna de color de acero, situada en el exterior de la parte luminosa del muro del edificio, de aspecto terrible, y de tanta magnitud y altura, que no pude discernir su medida de ningún modo. Y aquella columna tenía tres ángulos, agudos como los filos de una espada, desde la base hasta la cúspide, de los cuales el primero miraba a oriente, el segundo al septentrión y el tercero al mediodía, algo unido a la parte externa del edificio.

Del ángulo que miraba a oriente salían ramas desde la raíz hasta la cabeza. En la primera rama vi sentado junto a la raíz a Abraham, en la segunda a Moisés y en la tercera a Josué, y después a los demás patriarcas y profetas, sentados cada uno en sus ramas ordenados hacia arriba según el tiempo en que se sucedieron en este siglo. Todos ellos se volvían hacia el ángulo de esa misma columna que miraba al septentrión, admirando las cosas futuras que veían en espíritu en ella.

Pero entre estos dos ángulos, uno inclinado hacia oriente y otro hacia el septentrión, había, frente a los patriarcas y profetas, había una columna, circular y redonda, rugosa y llena de nudos, como la corteza de un árbol en que brotan tallos.

Del segundo ángulo que miraba al septentrión salía un resplandor de prodigiosa claridad que se extendía reflectante hasta el ángulo meridional. Y en ese resplandor que se difundía en tan magna latitud, vi a los apóstoles, mártires, confesores y vírgenes y a otros muchos santos que deambulaban con gran gozo.

El tercer ángulo que miraba al mediodía, era por en medio ancho y amplio, pero en la base y en la cima era más estrecho, como un arco tensado para lanzar flechas. En la cima de la columna vi tanta claridad de luz más allá de lo que lengua humana puede expresar, en la que apareció una paloma con un rayo de color de oro en el pico, irradiando un intenso fulgor sobre la columna.

Cuando contemplaba todo esto escuché una voz del cielo que se dirigía a mí con una voz terrible: «Lo que ves es divino». Esta voz me hizo temblar de tal forma, que no me atreví a mirar más.

Entonces vi en el interior del edificio como una imagen ante la columna sobre el pavimento, que miraba unas veces a la columna y otras, a los hombres que iban de un lado a otro del edificio.





**Miniatura 24, fol. 145 v.º:**
*La columna de la palabra de Dios* (III, 4)

Esta imagen era de tal claridad y fulgor, que por el resplandor con que lucía, no pude contemplar su rostro ni la vestimenta que llevaba, salvo que, como el resto de virtudes, su forma era humana.

Y a su alrededor vi una hermosa multitud de forma angélica y con alas venerándola, como si la temieran y amaran. Pero ante su rostro vi otra multitud de forma humana que aparecía con vestimenta tenebrosa y llena de temor. Y esta imagen contemplaba a los hombres que venían del mundo y que se vestían en aquel edificio con nuevas vestimentas, y a cada uno de ellos, les decía: «Mira esta vestido que llevas, y no olvides a tu creador que te ha formado».

*(Parte tercera. Visión cuarta)*

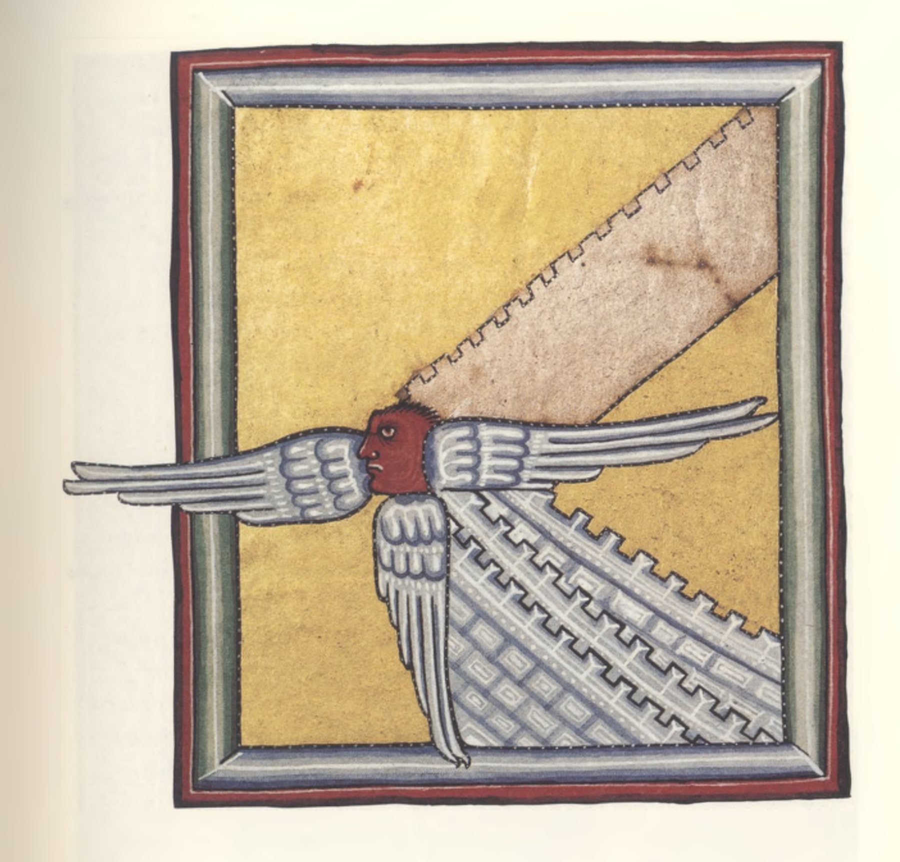




Miniatura 25, fol. 146: *La columna de la palabra de Dios* (III, 4)

Después de esto miré, y he aquí que apareció en el ángulo septentrional de unión de los dos tipos de muros del edificio como una cabeza de prodigiosa forma, sujeta por el cuello de un modo inamovible en el exterior del ángulo, y estaba a igual distancia de la tierra que el ángulo, y no lo sobrepasaba, sino que ambos se encontraban en la cima del mismo modo. Y esta cabeza era del color del fuego, rutilante como llama de fuego, y tenía un rostro humano terrible que con gran ira miraba al aquilón.
No vi ninguna otra forma a partir del cuello, porque el resto del cuerpo estaba oculto y engullido en el ángulo. Vi su cabeza como una forma desnuda de cabeza humana, y ni estaba cubierta por cabellos como la de un hombre, ni por velo de mujer, aunque parecía más viril que femenina, y era terrible de contemplar.
Tenía tres alas de prodigiosa latitud y longitud blancas como la nube inmaculada, y no se elevaban a lo alto, sino que se extendían separadas y rectas, de modo que la cabeza sobresalía un poco en altura. La primera surgía de la mandíbula derecha y tendía hacia el aquilón; la segunda, la que estaba en medio, se dirigía desde la garganta al septentrión, y la tercera se extendía desde la mandíbula izquierda hacia el poniente. A veces se movían de un modo espantoso golpeando siempre las mismas partes, pero otras veces cesaban de golpear. Y no oí proferir palabra alguna a esta cabeza, sino que permanecía inmóvil y golpeaba y de vez en cuando agitaba sus alas, hacia donde se dirigían, como ya se ha dicho.
*(Parte tercera. Visión quinta)*





Miniatura 26, fol. 153: *El celo de Dios* (III, 5)

Y después de esto vi entre el ángulo septentrional y el ángulo occidental el muro de pared del mencionado edificio. En su parte interna había unos arcos a modo de verjas, pero no estaban abiertos como las verjas, sino cerradas, y en cada uno de ellos había como una pintura de un hombre. En la parte externa de este muro vi otros dos muros menores de una longitud como la que había desde el ángulo septentrional al occidental, y estaban unidos por una especie de bóveda. La altura de estos tres muros menores era de tres codos. La latitud entre el muro interior de arcos y el de en medio era de un codo, y entre éste y el del exterior de un palmo como de la mano de un niño.
Dentro del edificio vi seis imágenes sobre el pavimento frente al muro de arcos. Tres de ellas estaban juntas al frente del muro cerca del ángulo que miraba al septentrión, y las otras tres también juntas se encontraban al final del muro cerca del ángulo que tendía a occidente, todas ellas mirando la pintura en los arcos del muro.
Y al final de este muro vi otra imagen dentro del edificio sobre una piedra a modo de asiento colocado sobre el pavimento inclinando su lado derecho hacia el muro y dirigiendo su rostro hacia la columna de la verdadera Trinidad. Pero en este extremo vi otra imagen que estaba sobre el muro en un lugar más alto vuelta también hacia la columna de la Trinidad verdadera.
En estas imágenes observé esta semejanza: iban vestidas como las anteriores como con vestimentas de seda y calzado blanco, excepto la que estaba a la derecha del trío que viera al final del muro, y era de tal pureza y tal claridad que no pude ver ninguna forma debido a su mucho resplandor, y excepto la que estaba sobre el muro que, como se ha dicho, iba calzada de negro.
Pero todas iban sin palio, salvo la de en medio del primer trío (el que estaba en la primera parte del muro), que llevaba manto. Dos del trío superior, que estaban a la derecha y a la izquierda de la imagen del medio, y dos del trío inferior, la de en medio y la que estaba a la izquierda, no llevaban velo de mujer y sus cabellos blancos quedaban al descubierto. La de en medio del primer trío y la que se sentaba junto al muro sobre la piedra cubrían sus cabezas con blancos velos, según es costumbre entre las mujeres. Y en el trío superior, la de en medio y la de la derecha, vestían túnicas blancas. También vi la siguiente desemejanza entre ellas:





**Miniatura 27, fol. 161 v.°:** *El muro triple* (III, 6)

La imagen que estaba en medio del trío superior tenía en la cabeza a modo de corona un cerco de color amarillo, con la inscripción a la derecha: «Arde siempre». Y vi que a la derecha de esta imagen volaba una paloma, que exhalaba de su pico la misma inscripción.
*(Parte tercera. Visión sexta)*

Entonces vi en el ángulo occidental del edificio una prodigiosa, secreta y poderosa columna de color púrpura ennegrecida, colocada de tal modo en el ángulo que aparecía fuera y dentro del edificio. Era tan grande que su altura y mangitud sobrepasaban mi entendimiento, admirablemente lisa, sin rugosidad alguna.
En la parte exterior tenía tres ángulos de color de acero de la base a la cima, afilados como espadas, de los cuales uno miraba hacia el ábrego, donde había muchas hierbas secas segadas por él y esparcidas, otro hacia el cauro, donde habían caído muchas alitas cortadas por él, y el de en medio hacia el poniente, donde yacía mucha leña podrida talada por él, y cada una de estas cosas había sido cortada por los ángulos debido a su temeridad.
*(Parte tercera. Visión séptima)*





**Miniatura 28, fol. 172:** ***La columna de la verdadera Trinidad*** **(III, 7)**

Y después vi en el lado meridional del mencionado muro pétreo más allá de la columna de la Trinidad verdadera como una columna grande y oscura que aparecía por fuera y dentro del edificio. Apareció ante mi rostro tan umbrosa, que no pude conocer ni su magnitud ni su altura. Y entre esta columna y la de la verdadera Trinidad había una interrupción de tres codos de longitud y no había muro, tal y como se ha dicho antes, y sólo estaban los cimientos.

Esta umbrosa columna estaba en ese mismo edificio en el mismo lugar en el que antes viera aquel gran resplandor cuadrado de luz esplendorosa en los misterios celestes ante la presencia de Dios. Éste, representando el secreto del Creador Supremo, me fue manifestado con gran misterio, y en él refulgía otro fulgor semejante a la aurora que tiene una aérea claridad de luz púrpura, y por medio de él me fue mostrado en mística presentación el misterio del Hijo de Dios encarnado. En esta columna se ascendía por una especie de escaleras desde la base hasta la cima, y allí vi ascendiendo y descendiendo a todas las virtudes cargadas de piedras para la obra, mostrando un gran esfuerzo por terminarla. Y oí al ser luminoso que estaba sentado en el trono y decía: «Éstos son los obreros más fuertes de Dios». Pero entre estas virtudes vi a siete, de las cuales contemplé con atención sus formas y vestimentas. La semejanza entre ellas era la siguiente: todas llevaban vestimentas de seda, como las otras virtudes antes mencionadas. Todas tenían cabellos blancos, iban con la cabeza descubierta y no llevaban palio, excepto la primera, que llevaba velo, según es costumbre entre las mujeres, y vestía una casulla transparente como el cristal; y excepto la segunda, de negros cabellos, y la tercera, de figura diferente a la humana. La primera, la cuarta y la quinta vestían túnicas blancas. Todas iban calzadas de blanco, salvo la tercera que no tenía aspecto humano, tal y como se ha dicho, y la cuarta, que calzaba zapatos cristalinos y muy relucientes. También había desemejanzas entre ellas:

La primera imagen llevaba una corona de oro en la cabeza, con tres ramas que se elevaban hacia lo alto, y estaba adornada con resplandecientes piedras preciosas de colores verdes y rojas, y perlas blancas. En su pecho llevaba un espejo luminoso en el que aparecía como prodigiosa claridad la imagen del Hijo encarnado de Dios.
*(Parte tercera. Visión octava)*





**Miniatura 29, fol. 178:** ***La columna de la salvación*** **(III, 8)**

Después de esto vi más allá de la columna de la humanidad del Salvador una torre de brillante resplandor, situada de tal forma en el muro de piedra al sur del edificio, que podía verse desde dentro y desde fuera. En la parte interior, su latitud era de cinco codos, pero su altura era tal, que no pude discernirla.

Y entre esta torre y la columna de la humanidad del Salvador estaba el cimiento, pero no había nada más edificado, pues estaba interrumpido el muro y el lugar estaba vacío; era de un codo de largo, según ya se ha dicho. Y la torre todavía no había sido totalmente edificada, pero era construida por muchos obreros con gran rapidez y cuidado. Tenía en su cima siete baluartes de una admirable resistencia.

Desde la parte interior del edificio vi una escalera que ascendía hasta la cima de la torre, y desde la base hasta la cima en sus escalones había una gran cantidad de hombres de rostros de fuego, vestidos blancos y negro calzado. Entre ellos había unos que tenían la misma silueta, pero eran de estatura y resplandor mayores, y contemplaban con mucha atención la torre.

Luego vi en la parte septentrional del edificio el mundo y los hombres procreados de la semilla de Adán, que circulaban entre el muro luminoso de la ciencia especulativa del edificio y el ámbito del círculo que se extendía desde el sedente en el trono. De entre éstos, muchos circulaban por este edificio entre la torre de la voluntad de Dios y la columna de la palabra de Dios, entrando y saliendo por el muro de la ciencia especulativa, como van las nubes de un lado a otro. Los que entraban en el edificio, llevaban vestimentas blancas. Algunos de ellos, con gran gozo debido a la suavidad y dulzura de sus vestimentas, las conservaban; otros, entristecidos como por el peso y la dificultad, querían quitársela. La virtud, a la que antes oí llamar ciencia de Dios, tratando siempre de apaciguarlos, les decía: «Mira el vestido que has recibido, y consérvalo».

Y vi también cómo algunos de ellos, enmendados por estas palabras, conservaban con mucho sudor la vestimenta, aunque les pareciera difícil. Pero otros, burlándose de estas palabras, se quitaron con furia los vestidos y los arrojaron para regresar al mundo de donde venían, e indagando mucho aprendieron muchas cosas inútiles de las vanidades del siglo. Finalmente, algunos regresaron al edificio para vestir de nuevo las ropas que habían





**Miniatura 30, fol. 192:** ***La torre de la iglesia*** **(III, 9)**

rechazado, pero otros no quisieron regresar y desnudos permanecieron ignominiosamente en el mundo.
Y vi a unos, que venían del aquilón, muy sucios y negros, como excitados por la locura, irrumpir en el edificio y asaltar la torre, danzando enloquecidos y silbando como serpientes. Algunos renunciaron a su necedad y fueron purificados, pero otros persistieron en su suciedad y disipación.
Dentro de este edificio vi ante la torre como unas siete columnas de color blanco de una admirable redondez, de una altura de siete codos, y en la cima una especie de plataforma de hierro, redondo y algo elevado. Y en la cima de esta plataforma vi una bellísima imagen que miraba a los hombres en el mundo, cuya cabeza irradiaba tal fulgor, que no pude contemplarla plenamente. Apoyaba con devoción sus manos sobre el pecho, ocultando sus pies a mi mirada en la plataforma. En la cabeza llevaba un cerco a modo de corona muy brillante y de intenso resplandor. Vestía una túnica dorada, adornada desde su pecho hasta los pies con preciosísimas gemas verdes, blancas, rojas y de bronce, iluminadas por un fulgor púrpura.
*(Parte tercera. Visión novena)*

Y después de esto vi en la cima del ángulo oriental del mencionado edificio, donde se unían los dos tipos de muros, el de luz y el de piedra, como siete escalones de piedra blanquísima que ascendían como un caparazón de tortuga hasta la piedra en la que estaba el ser luminoso sentado en el trono. Sobre esos escalones se había colocado un asiento en el que estaba sentado un joven de rostro viril y noble, pero pálido, de negros cabellos que le caían por la espalda, vestido con una túnica púrpura. Se me apareció desde la cabeza hasta el ombligo, pero desde el ombligo hasta abajo se velaba ante mi vista. Y éste, mirando al mundo, vociferó con fuerte voz a los hombres que allí había.
*(Parte tercera. Visión décima)*





**Miniatura 31, fol. 202 v.º: *El hijo del hombre* (III, 10)**

Después miré hacia el aquilón, y he aquí que allí estaban cinco bestias, de las cuales una era como un perro ígneo pero sin arder, otra como un león rojizo, otra como un caballo amarillento, otra como un puerco negro, y la otra como un lobo gris, y estaban vueltas hacia Occidente. Y allí en Occidente, frente a aquellas bestias, apareció como una especie de colina con cinco cimas, de tal modo que desde la boca de cada una de las bestias hasta cada una de las cimas de aquella colina se extendía una cuerda. Todas las cuerdas eran negras, excepto la que salía de la boca del lobo, que parecía negra por un lado y blanca por el otro. Y he aquí que volví a ver en Oriente y en el mismo ángulo al joven que había visto antes, vestido con un palio de color púrpura, sobre el ángulo de conjunción del muro de luz y del muro de piedra de dicho edificio.

Pero ahora se me aparecía desde el ombligo hasta abajo, esto es, desde el ombligo hasta el lugar por donde el varón se distingue brillando como la aurora, yaciendo como lira con sus cuerdas en posición transversal. Y desde ese lugar hasta un espacio de dos dedos por encima de sus talones estaba totalmente a la sombra, y desde ese espacio por encima de sus talones, sus pies brillaban blancos, más que la leche.

La imagen de mujer que había visto antes delante del altar que está delante de los ojos de Dios, ahora se me volvió a mostrar de tal manera que la veía desde el ombligo hasta abajo. Desde el ombligo hasta el lugar donde se conoce a la mujer, tenía varias manchas escamosas. Y en el mismo lugar donde se conoce a una mujer, apareció una cabeza monstruosa y negrísima con ojos de fuego y unas orejas como las orejas del asno y narices y fauces como las narices y fauces del león, y rechinaba afilando unos horribles dientes como de hierro.

Pero desde donde se encontraba esa cabeza hasta sus rodillas, era la imagen blanca y roja como si hubiera sido muy golpeada, y desde las rodillas hasta dos franjas blancas horizontales, que tenía por encima de sus talones, aparecía totalmente ensangrentada. Y he aquí que de pronto esa cabeza de monstruo se liberó de su lugar en medio de tan gran estrépito que todos los miembros de la imagen de la mujer se agitaron con violencia. Y entonces una gran masa de estiércol se unió a la cabeza, y elevándose desde allí sobre el monte, trató de alcanzar la altura del cielo.





**Miniatura 32, fol. 214 v.°:** ***El fin de los tiempos*** **(III, 11)**

Y he aquí que una especie de trueno estalló de repente y golpeó con tanta fuerza su cabeza que cayó de aquel monte y entregó su espíritu en la muerte. Entonces de pronto una nube fétida rodeó todo aquel monte en que aquella cabeza había sido envuelta por tanta suciedad, de tal modo que la gente que allí estaba se sintió aterrorizada, mientras que aquella nube se quedaba durante un tiempo rodeando la montaña. Viendo esto la gente que allí estaba, llenos de gran terror, decían: «Pero ¿qué es esto? ¿Qué aparece ante nosotros? Ay desdichados, ¿quién nos ayudará? No sabemos cómo hemos sido engañados. Oh Dios omnipotente, ten piedad de nosotros. Volvamos, volvamos en seguida al testamento del Evangelio de Cristo, pues amargamente nos hemos equivocado».
Y he aquí que los pies de la imagen de aquella mujer aparecieron blanquísimos, resplandeciendo con un resplandor más brillante que el del sol.
*(Parte tercera. Visión undécima)*

Después de esto miré: y he aquí que todos los elementos y todas las criaturas fueron sacudidos por un terrible movimiento. El fuego, el aire y el agua irrumpieron e hicieron temblar la tierra, estallaron rayos y truenos, cayeron los montes y los bosques, de tal forma que todo lo que era mortal exhaló la vida. Y todos los elementos fueron purificados, de tal modo que todo lo que de sórdido había en ellos, desapareció para siempre. Y oí una voz que con fuerte clamor vociferó por todo el orbe de la tierra diciendo: «Oh, hijos de los hombres, que en la tierra yacéis, levantaos todos».
Y he aquí que entonces todos los huesos de los hombres, dondequiera que estuvieran enterrados, se reunieron en un momento y se cubrieron con su carne, y todos los hombres se alzaron con todos sus miembros y su cuerpo, con su sexo; los buenos, resplandecientes en claridad, y los malos, llenos de negrura, de tal modo que en cada uno apareció abiertamente su obra. Algunos de ellos llevaban el signo de la fe, y otros no, de tal modo que los del signo tenían ante el rostro un fulgor dorado, y los otros, como una sombra, y éste era su signo.





**Miniatura 33, fol. 225:** ***El día del juicio final*** **(III, 12)**

Pero de pronto brilló desde oriente una gran resplandor y allí vi sobre una nube al hijo del hombre con el mismo rostro que cuando estaba en la tierra con las heridas abiertas, y vi que se acercaba con los coros de los ángeles y estaba sentado en un trono de llamas que relumbraban pero no ardían, y debajo tenía lugar la gran tempestad de la purgación del mundo. Los que llevaban el signo fueron raptados como en un torbellino y llevados a su encuentro en los aires, donde antes yo había visto el resplandor que designa el secreto del Creador Supremo. Allí fueron separados los buenos de los malos. Aquella dulce voz, tal y como manifiesta el evangelio, beatificó a los justos con el reino del cielo y con voz terrible, tal y como está escrito, envió a los injustos a las penas del infierno, y allí se hizo como dice la voz evangélica: no hubo otras preguntas ni respuestas acerca de los actos de cada uno, pues la obra buena o la mala aparecía manifiestamente en cada uno. Los que no llevaban signo, estaban lejos en la parte del aquilón con las huestes diabólicas, no acudieron al juicio, sino que lo vieron todo como en un torbellino y esperaban el fin del juicio, lanzando amargos gemidos.
Terminado el juicio cesaron los rayos y los truenos, los vientos y las tempestades, y todo lo que los elementos tenían de transitorio, se desvaneció al instante, y se hizo una inmensa calma. Entonces los elegidos se volvieron más resplandecientes que el resplandor del sol y se dirigieron hacia los cielos con el Hijo de Dios y los beatos ejércitos de los ángeles en medio de un gran gozo. Los réprobos se dirigieron hacia los abismos infernales con el diablo y su séquito en medio de espantosos gritos. Y así el cielo recibió a los elegidos y el infierno engulló a los réprobos. Y de pronto resonaron tantos gozos y tantas alabanzas en los cielos, y tantas tristezas y tantos gritos en los infiernos, más allá de lo que el sentido humano puede expresar. Y al instante todos los elementos resplandecieron en una gran serenidad, como si se les hubiera arrancado una piel negrísima, de tal modo que ni el fuego tendría ya ardor, ni el aire densidad, ni el agua furor, ni la tierra temblor. El sol, la luna y las estrellas, como múltiples ornamentos, rutilaban en el firmamento con gran resplandor y belleza, y permanecían fijos sin movimiento de rotación, de tal modo que ya no se distinguía el día y la noche.
Y ya no hubo más noche, sino día. Y aquí se terminó.
*(Parte tercera. Visión duodécima)*





**Miniatura 34, fol. 225 v.º:** ***El nuevo cielo y la nueva tierra*** **(III, 12)**

Entonces vi un aire muy luminoso, en el que oí, con todos los significados ya dichos, de un modo admirable todo tipo de músicas: alabanzas de gozo de los ciudadanos que perseveraron con valor en el camino de la verdad y lamentos de los que volverán a ser llamados a las alabanzas de los gozos, exhortaciones de las virtudes exhortando a la salvación de los pueblos que rechazan las insidias diabólicas. Las virtudes las vencen, de tal modo que los hombres fieles pasan de los pecados a los cielos a través de la penitencia.
*(Parte tercera. Visión decimotercera)*





**Miniatura 35, fol. 229:** *Los coros celestes* (III, 13)

## *Liber divinorum operum*
## [Libro de las obras divinas]

Y vi cómo entre el viento austral surgía una imagen como de forma humana, cuyo rostro era de tanta belleza y claridad que habría podido contemplar más fácilmente el sol que aquella imagen. Y un ancho círculo de color de oro ceñía su cabeza. En este mismo círculo apareció otro rostro de un anciano [...] Y de cada lado del cuello de aquella forma se desplegaba un ala. Arriba de todo [...] en el ala derecha había como una cabeza de águila [...] y en el ala izquierda como el rostro de un hombre, que resplandecía como el fulgor de las estrellas [...] y en sus manos tenía un cordero como luz de claro día. Pisoteaba un monstruo horrible, venenoso y de color negro, y una serpiente [...].
*(Parte primera. Visión primera)*





Miniatura 1, fol. 1 v.°: *El espíritu del mundo* (I, 1)

En el pecho de aquella misma imagen [...] apareció una rueda de maravillosa visión. Contenía signos que la acercaban a la visión en forma de huevo que había tenido hacía veintiocho años y que describí en la Visión tercera de mi tratado *Scivias* [...] De tal modo que en la parte superior [...] se mostraba un círculo semejante a la luz del fuego, y debajo de él había otro círculo de fuego negro [...] Debajo de éste [...] había otro círculo semejante al puro éter [...] bajo éste como un círculo semejante a aire con agua [...] Y debajo de éste había un círculo como espeso de aire blanco y claro [...] Debajo de éste [...] había como otro aire [...] que parecía llevar las nubes hacia arriba [...]
Justamente en medio de aquella rueda aparecía la imagen del hombre [...] En el sentido de las cuatro partes aparecían cuatro cabezas: una como de leopardo, otra como de lobo, otra como de león y otra como de oso. Sobre la cabeza de la figura y dentro del círculo del puro éter vi cómo de la boca del leopardo salía un viento que en la parte derecha se transformaba en cabeza de cangrejo [...] y en la parte izquierda [...] en cabeza de ciervo [...] Todas estas cabezas soplaban en dirección a la rueda y a la imagen del hombre [...]
Sobre la cabeza de aquella imagen estaban los siete planetas uno detrás de otro [...].
*(Parte primera. Visión segunda)*





Miniatura 2, fol. 9: *El espíritu del mundo y la rueda* (I, 2)

Miré y he aquí el viento de levante y el viento austral que con sus colaterales movían el firmamento con la fuerza de sus soplos, haciéndolo rodar sobre la tierra desde Oriente hasta Occidente. Y allí el viento de Occidente y el viento del norte y sus colaterales lo recogían y lo empujaban con sus soplos, arrojándolo a tierra desde Occidente hasta Oriente [...] Después vi que, debido a la diversa cualidad de los vientos y de los aires, cuando se encontraban unos con otros, los humores que están en los hombres se movían y transformaban acogiendo la cualidad de aquéllos.
*(Parte primera. Visión tercera)*





**Miniatura 3, fol. 28 v.°:** ***La rueda del universo*** **(I, 3)**

Vi [...] que el fuego superior del firmamento, agitado de vez en cuando, lanzaba a la tierra unas escamas como brasas que producían estigmas y úlceras en los hombres, animales y frutos de la tierra. También vi que del fuego negro descendía a veces una niebla a la tierra que secaba el verdor de la tierra y la humedad de los campos [...] Y también vi que del aire fuerte, claro y blanco se extendía por la tierra una cierta niebla que provocaba una gran peste entre los hombres y animales [...] También vi que un humor del aire ligero que bullía sobre la tierra producía el verdor de la tierra y la germinación de todos los frutos.
*(Parte primera. Visión cuarta)*





**Miniatura 4, fol. 38:** ***Efectos del fuego, aire y agua*** **(I, 4)**

Entonces vi la redondez de la tierra dividida en cinco partes [...] Y la zona de la parte oriental y la zona de la parte occidental eran iguales de medida, y cada una tenía la forma de un arco tensado [...] la parte austral y la parte septentrional se dividían en tres partes [...] La quinta parte [...] que estaba en medio de todas éstas, aparecía en forma cuadrada y estaba inundada por un lado de calor, por otro de frío y también por un aire tibio.
Y esta parte oriental resplandecía con mucha claridad, mientras que en cambio la occidental [...] era oscura; la austral [...] tenía dos divisiones que estaban llenas de penas. La tercera mostraba el horror de monstruos terroríficos. Lo mismo ocurría en la parte norte. Pero en cambio hacia Oriente [...] vi un globo rojo rodeado por un círculo de color zafiro y de caaa una de sus partes, derecha e izquierda, salían dos alas [...] De aquella redondez [...] aparecía [...] como un edificio, y de aquel globo por encima [...] salía como una especie de calle sobre la que brillaba como una estrella radiante [...] Pero hacia Occidente [...] aparecían las tinieblas [...].
*(Parte segunda. Visión primera)*





Miniatura 5, fol. 88 v.°: *Las partes de la tierra* (II, 1)

Y vi de nuevo como una especie de gran ciudad cuadrada rodeada por una especie de muro como de esplendor y como de tinieblas [...] Vi también en la parte oriental de la zona como un monte grande y excelso de piedra dura y blanca [...] en cuya cima había como un espejo [...] en el que apareció una especie de paloma con las alas desplegadas, como preparada para volar [...] hacia la parte austral aparecía como una nube blanca por arriba y negra por abajo, encima de la cual resplandecía como una multitud de ángeles [...] y todos eran movidos por un viento como lámparas ardientes [...].
*(Parte tercera. Visión primera)*





Miniatura 6, fol. 118: *La ciudad cuadrada* (III, 1)

Después de esto en el ángulo oriental [...] vi como una piedra de mármol que era como una montaña grande, alta y firme, en la que aparecía una puerta como de una gran ciudad [...] aparecían como imágenes de hombres, esto es, de niños, de jóvenes y de ancianos, como si fueran estrellas saliendo entre las nubes [...] A su lado estaban otras dos imágenes, de las cuales la primera tenía la cabeza y el pecho como de leopardo, los brazos de un hombre y manos como de oso [...] Vestía una túnica de piedra [...] La otra imagen tenía las manos juntas y la cara de hombre, y mostraba unos pies como las garras de un halcón. Y vestía una túnica como de madera [...]. Tenía una espada colocada transversalmente sobre los riñones [...] Después vi otras innumerables imágenes de hombres suspendidas en el aire [...] y el sonido de sus instrumentos resonaba como el dulce sonido de las nubes.
*(Parte tercera. Visión segunda)*





**Miniatura 7, fol. 121 v.°:** ***La piedra de mármol*** **(III, 2)**

Vi también como en el medio de la zona austral tres imágenes, estando dos de ellas en una purísima fuente, rodeada y adornada en su parte superior por una piedra perforada [...] Una estaba rodeada de un resplandor púrpura y la otra de un resplandor blanco, de tal modo que no pude verlas con nitidez. La tercera se encontraba fuera de la fuente [...] y vestía una túnica blanca. Su rostro resplandecía con tanta claridad que aquella claridad rechazaba mi rostro. Y en su presencia aparecieron los beatos órdenes de los santos que las miraban fijamente.
*(Parte tercera. Visión tercera)*





Miniatura 8, fol. 132: *Las tres virtudes* (III, 3)

Entonces vi, cerca del ángulo septentrional, una imagen que miraba hacia Oriente, y su rostro y sus pies irradiaban tanto fulgor [...] Llevaba un vestido como de seda blanca y encima tenía una túnica de color verde que aparecía adornada con diversas perlas [...] Pero como en medio de aquella zona septentrional vi otra imagen [...] En medio de su vientre aparecía la cabeza de un hombre que tenía cabellos canos y barba blanca, y sus pies eran a semejanza de los pies de un león. Tenía seis alas [...] con el resto del cuerpo cubierto como con escamas de pez y no de plumas de ave [...] Y en las dos alas que se desplegaban hasta su cabeza, aparecían cinco espejos [...] Por toda la zona occidental vi como tinieblas humeantes muy repugnantes. Cerca del ángulo de aquella zona que estaba hacia el septentrión, se extendía un fuego negrísimo con azufre y bullendo en tinieblas densísimas [...].
*(Parte tercera. Visión cuarta)*

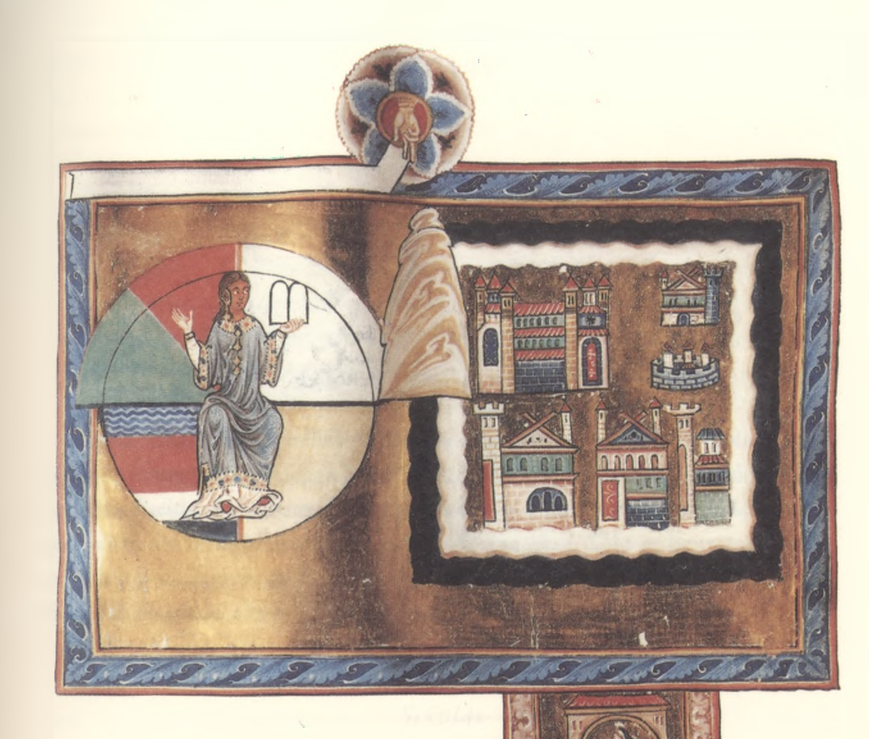




Miniatura 9, fol. 135: *Sabiduría* (III, 4)

Después, junto a la montaña que había visto como en medio de la zona oriental [...] vi como una rueda de admirable anchura semejante a una nube blanca, y estaba girada hacia Oriente; en el centro [...] la dividía una línea de color oscuro como el aliento de un hombre [...] otra línea, rutilante como la aurora, descendía desde arriba hasta la susodicha línea [...] La parte superior [...] emitía por el lado izquierdo como un color verde, y por el lado derecho hasta el centro brillaba como un color rojo [...] Y he aquí que, en el centro de esta rueda en la línea descrita, vi la imagen que antes me fue nombrada como amor [...] Ante su rostro aparecía una especie de tablas transparentes como el cristal [...] Y aquellas tablas contemplaban la imagen. La línea en la que estaba sentada se movió [...] y se hizo acuosa por un breve espacio y luego [...] se volvió roja, y después transparente y pura, y después turbia como una procelosa tormenta [...].
*(Parte tercera. Visión quinta)*







**Miniatura 10, fol. 143:** ***Caridad*** **(III, 5)**

# Notas

Estas notas no pretenden en ningún momento abordar el complejo ámbito de la iconografía hildegardiana. De los textos que ilustran las visiones sólo se ha traducido el pasaje que describe la visión y nunca se ha incluido la interpretación del sentido que aparece en la misma obra. Sólo se ha tratado de localizar las miniaturas en el interior del texto y recoger los estudios más significativos en torno a la relación entre palabra e imagen.

### *Scivias*

Las miniaturas del *Scivias* se encuentran en el manuscrito *W*: Wiesbaden, *Hess. Landesbibliothek, Hs. 1*. Por desgracia, este manuscrito desapareció en 1945, y las ilustraciones que aquí se publican no proceden del original, sino del facsímil que se realizó en Eibingen en los años 1927-1933 (Eibingen, *Bibl. Der Abtei St. Hildegard*). Un amplio resumen de las hipótesis acerca de la procedencia y la fecha de este manuscrito en: Lieselotte E. Saurma-Jeltsch, *Die Miniaturen im «Liber Scivias»*, págs. 3-11, que llega a las siguientes conclusiones: 1. Si bien el texto de este manuscrito fue realizado en el mismo *scriptorium* de Rupertsberg, posiblemente en vida de Hildegard, las miniaturas se ejecutaron en la década posterior a su muerte. 2. La perfecta planificación de las miniaturas sugiere que éstas se realizaron en un taller profesional. 3. Dado que las miniaturas ofrecen semejanzas con el denominado *Libro de oraciones de Hildegard*, sugiere la posibilidad de una misma procedencia (Trier), aunque también otros paralelos permitirían localizar el manuscrito en Andernach o Maria Laach (pág. 11). Con todo, la antigua hipótesis según la cual Hildegard habría dirigido el trabajo de las miniaturas, continúa sosteniéndose, cf. Madeline Caviness, «Hildegard as the Designer of the Illustrations to her Works»,

en *Hildegard of Bingen. The Context of her Thought and Art*, págs. 29-62.

Existe otro manuscrito ilustrado del *Scivias*: diez miniaturas ilustran el manuscrito del siglo XII procedente del monasterio cisterciense de Salem junto al Bodensee (Heidelberg, *Univ.-Bibl., Cod. X, 16*); A. V. Oechelhäuser, *Die Miniaturen der Univ.-Bibl. zu Heidelberg*, Heidelberg 1887; un estudio comparativo de ambos manuscritos miniados en Chr. Meier, *Zum Verhältnis...*

Los textos que ilustran las miniaturas han sido traducidos de la edición crítica de A. Führkötter, *Hildegardis Scivias*, CC CM XLIII, Brepols, Turnholt 1978. Cf. la traducción francesa: Hildegarde de Bingen, *Scivias*, *«Sache les voies» ou Livre des visions*, présentation et traduction par Pierre Monat, Les Éditions du Cerf, París 1996. Una traducción española: Santa Hildegarda, *Scivias. Conoce los caminos*, traducción de Antonio Castro Zafra y Mónica Castro Hernández, Trotta, Madrid 1999.

*Scivias* está formado por tres partes; cada una de las partes posee unidad en sí misma, aunque la idea fundamental del *camino* recorre toda la obra. Cada parte está estructurada en visiones, y cada visión se configura del mismo modo: en primer lugar, la descripción de la visión, y, en segundo lugar, la interpretación de la visión según la voz divina oída por la visionaria. La primera parte contiene seis visiones que muestran a Dios, la Creación, el mundo y el hombre. La segunda parte está formada por siete visiones que manifiestan la obra del Salvador y la prosecución de su obra por la Iglesia. La tercera parte comprende trece visiones acerca de la obra de Dios como construcción y la participación del hombre en dicha construcción. Estas veintiséis visiones fueron ilustradas con treinta y cinco miniaturas.

La relación entre textos e ilustración en Hildegard von Bingen ha sido tratada por Chr. Meier. En lo que respecta a las miniaturas del *Scivias* en el manuscrito *W*, sus conclusiones pueden resumirse del modo siguiente: 1. La ilustración representa la visión y no aspectos o detalles que deriven de la interpretación alegórica (toda visión viene seguida de la precisión del significado). 2. Se trata de una visualización conceptual, buscándose equivalencias de sentido en una distancia de lo objetual. 3. La función de tales miniaturas consistió –y consiste todavía– en facilitar la representación de imágenes desacostumbradas, destacando que los artistas se las tuvieron que ver con imágenes que carecían de tradición y absolutamente nuevas en su contexto (Chr. Meier). Ver también el fundamental libro de L. E. Saurma-Jeltsch.



Miniatura 1

«Hildegard aparece sentada en su celda. De una nube sale una llamarada de fuego del Espíritu Santo que la alcanza. La visionaria recibe las visiones y las escribe en las tablillas de cera. Su colaborador, Volmar, se encuentra en una habitación contigua. Sobre sus rodillas mantiene un libro. Muy atento, saca la cabeza por la ventana para escuchar las palabras de la visionaria. En la miniatura aparece como una persona de rango inferior, y por ello se ha representado en tamaño menor que Hildegard. La representación muestra que Volmar sólo tiene por misión recoger y copiar lo oído» (M. Schrader y A. Führkötter, *Echtheit*, pág. 183).

Sobre el personaje de Volmar, ver nota a Prólogo de la *Vida*. Confrontar esta imagen con la lámina 1 del *Liber divinorum operum.*

### *Liber divinorum operum*

Las miniaturas se encuentran en el manuscrito *L*: Lucca, *Biblioteca Statale 1942*. El máximo interés del manuscrito de Lucca deriva de las diez miniaturas, aquí reproducidas, que ilustran cada una de las visiones. «El debate acerca de si las miniaturas se hicieron siguiendo unos bocetos preparados en vida de Hildegard y bajo su dirección o, por el contrario, son creaciones del siglo XIII realizadas tomando como base el texto del *Liber* está todavía abierto» (A. Derolez y P. Dronke, pág. CV). Del *Liber divinorum operum* el manuscrito de Lucca es el único que contiene una transcripción figural (*Sanctae Hildegardis Revelationes. Manoscritto 1942*, testo di Anna Rosa Calderoni Masetti e Gigetta Dalli Regoli, Cassa di Risparmio di Lucca, Lucca 1973).

Los textos que ilustran las miniaturas han sido traducidos de la edición crítica de A. Derolez y Peter Dronke, *Hildegardis Bingensis Liber divinorum operum*, CC CM XCII, Brepols, Turnholt 1996. Cf. la traducción al catalán: Hildegarda de Bingen, *Llibre de les obres divines*, introducció de Rosa Maria Piquer i Pomés, traducció d'Isabel Segarra i Añón, Clàssics del Cristianisme, 65, Barcelona 1997.

El *Liber divinorum operum* está dividido en tres partes: la primera parte consta de cuatro visiones; la segunda parte, de una visión; la tercera parte, de cinco visiones. Las visiones se configuran en su interior del mismo modo que en *Scivias*: a la descripción sigue la interpretación de la voz divina. En el manuscrito de Lucca (cuyas diez miniaturas se reproducen aquí) las visiones fue-

ron numeradas del I al X (A. Derolez y P. Dronke, pág. CV de su Introducción).

Acerca de la estructura visual del *Liber divinorum operum*, me parecen muy interesantes las consideraciones de Bernard Gorceix (Hildegarde de Bingen, *Le Livre des œuvres divines*, présenté et traduit par Bernard Gorceix, Albin Michel, París 1982): «Esta evidencia visionaria, totalmente consciente en Hildegard de Bingen, determina la estructura de todo el texto: tanto la estructura de conjunto, el plan visionario, como las articulaciones del discurso, el espacio visionario» (pág. XXXV). «No vayamos a suponer que la yuxtaposición de estos diez fotogramas supone la ausencia de ley interna de la composición [...] A la dictadura de la visión responde el orden de la visión. En primer lugar, acerca del plan de las formas. El fresco hildegardiano distribuye los volúmenes con la sagacidad de un maestro de obras genial. El conjunto se abre con un juego eminentemente sutil de líneas verticales (la gran figura de la vida innata de la esencialidad divina) y horizontales (el cordero que mantiene la figura y la serpiente que pisotea) magníficamente tomado en una serie de curvas y de círculos (el círculo de oro que le ciñe la cabeza, las alas que lo rodean seráficamente). Desde la Visión segunda, las masas se reparten. De la Visión II a la Visión V incluida, se impone el círculo [...] Al reino del círculo le sucede, a partir de la Visión sexta, el reino del cuadrado [...] En la última Visión, la décima, y siempre dentro de un notable sentido de la composición, se combinan círculo y cuadrado [...] Brevemente: vida divina (I), universo creado y hombre (II-IV), justicia divina (V), ciudad de Dios (VI-IX), historia (X). Se trata de una "*summa* teológica en imágenes" lo que nos presenta en un plano visionario muy elaborado el Libro de las obras divinas» (págs. xliv-xlvi).

«La estructura de la decoración miniada se articula según una secuencia orgánica: a cada visión le corresponde una miniatura [...] Las ilustraciones a sangre [...] son de un único autor. Cada miniatura presenta en un ángulo a Hildegard [...] que constantemente mantiene la mirada hacia lo alto. Componentes determinantes de las miniaturas son la imagen del Espíritu del mundo, protagonista de la Visión primera, la estructura del cosmos, la representación de los vientos, la figura humana con una función paradigmática, el tema del monstruo y las figuras fantásticas, el globo terrestre, el esquema de la ciudad» (Calderoni Masetti y Dalli Regoli). El estudio de Calderoni Masetti y Dalli Regoli acerca del manuscrito de Lucca les permitió apreciar divergencias significativas entre el texto de Hildegard y las miniaturas referidas en especial al problema de la orientación (los puntos cardinales), lo cual les hizo concluir que «Hildegard y sus colaboradores no habían elaborado una edición ilustrada del *Liber*» (pág. 20).



## Miniatura 1

Confrontar la parte inferior derecha de la miniatura con la lámina 1 del *Scivias*. Aquí aparece junto a Hildegard una monja. «En el *Liber vitae meritorum* Hildegard hace referencia "al testimonio de una joven que me asistía", y debe de ser la misma (anónima) joven que aparece aquí. No es, sin embargo, como muchos estudiosos imaginaron "la noble joven" del principio del *Scivias*, que pudo ser identificada como Richardis von Stade, que murió joven y mucho antes de la escritura del *Liber* (29 octubre de 1152). En los Prólogos de los tres ciclos visionarios, Volmar y la joven ayudante *(puella testificante)* atestiguaban la veracidad de Hildegard» (A. Derolez y P. Dronke, págs. xxxv-xxxvi de la Introducción).

# Música y poesía

## Canciones litúrgicas de *Symphonia armonie celestium revelationum* [Sinfonía de la armonía de las revelaciones celestes]

[en CD: tema 13]

*Ave Maria,*
*o auctrix vite,*
*reedificando salutem,*
*que mortem conturbasti*
*et serpentem contrivisti,*
*ad quem se Eva erexit*
*erecta cervice*
*cum sufflatu superbie.*
*Hunc conculcasti*
*dum de celo Filium Dei genuisti:*

*Quem inspiravit*
*Spiritus Dei.*

*O dulcissima*
*atque amantissima mater, salve,*
*que natum tuum de celo missum*
*mundo edidisti:*

*Quem inspiravit*
*Spiritus Dei.*

*Gloria Patri et Filio*
*et Spiritui sancto.*

*Quem inspiravit*
*Spiritus Dei.*



## 1. Ave María
(Responsorio para la Virgen)

María,
tú que das la vida
y vuelves a construir la salvación,
tú que confundiste a la muerte
y pisaste la serpiente
junto a la que se irguió Eva
erguida la cabeza
con el soplo de soberbia.
Eso despreciaste
cuando engendraste del cielo al Hijo de Dios:

a quien inspiró
el Espíritu de Dios.

¡Salve, dulcísima
y amantísima madre!
Tú que diste al mundo
a tu hijo enviado del cielo:

a quien inspiró
el Espíritu de Dios.

Gloria al Padre,
al Espíritu Santo y al Hijo

a quien inspiró
el Espíritu de Dios.

[CD: 9]

*O clarissima mater*
*sancte medicine,*
*tu ungenta*
*per sanctum Filium tuum*
*infudisti*
*in plagentia vulnera mortis,*
*que Eva edificavit*
*in tormenta animarum.*
*Tu destruxisti mortem,*
*edificando vitam.*

*Ora pro nobis*
*ad tuum natum,*
*stella maris,*
*Maria.*

*O vivificum instrumentum*
*et letum ornamentum*
*et dulcedo omnium deliciarum,*
*que in te non deficient.*
*Ora pro nobis*
*ad tuum natum,*
*stella maris,*
*Maria.*

*Gloria Patri et Filio*
*et Spiritui sancto.*

*Ora pro nobis*
*ad tuum natum,*
*stella maris,*
*Maria.*



## 2. Madre esplendorosa
(Responsorio para la Virgen)

¡Esplendorosa madre
de santa medicina!
Por medio de tu santo Hijo
derramaste
ungüentos
en las tremendas heridas de la muerte,
que Eva construyó
para los tormentos de las almas.
Tú destruiste la muerte,
construyendo la vida.

Ruega por nosotros
a tu hijo,
estrella del mar,
María.

Eres instrumento vivífico
y gozoso ornamento
y dulzura de todas las delicias,
que en ti no faltan.

Ruega por nosotros
a tu hijo,
estrella del mar,
María.

Gloria al Padre y al Hijo
y al Espíritu Santo.

Ruega por nosotros
a tu hijo,
estrella del mar,
María.

[CD: 10]

*Cum processit factura digiti Dei,*
*formata ad imaginem Dei*
*in ortu mixti sanguinis*
*per peregrinationem casus Ade,*
*elementa susceperunt*
*gaudia in te,*
*o laudibilis Maria,*
*celo rutilante*
*et in laudibus sonante.*

[CD: 11]

*O frondens virga,*
*in tua nobilitate stans*
*sicut aurora procedit:*
*nunc gaude et letare*
*et nos debiles dignare*
*a mala consuetudine liberare*
*atque manum tuam porrige*
*ad erigendum nos.*



### 3. Cuando se hizo la obra
(Antífona para la Virgen)

Cuando la obra del dedo de Dios
formada a imagen de Dios
se hizo en el nacimiento por la mezcla de sangres
en el exilio desde la caída de Adán,
los elementos recobraron
en ti el gozo,
oh María, digna de alabanza,
en el rutilante cielo
mientras resuenan las laudes.

### 4. Oh frondosa rama
(Antífona para la Virgen)

Oh frondosa rama,
que estás en tu nobleza
como cuando sale la aurora:
regocíjate y alégrate,
y dígnate a liberarnos
a nosotras, frágiles, de la mala costumbre
y tiende tu mano
para levantarnos.

[CD: 14]

1 *Ave generosa,*
*gloriosa et intacta puella.*
*Tu pupilla castitatis,*
*tu materia sanctitatis,*
*que Deo placuit.*

2 *Nam hec superna infusio*
*in te fuit,*
*quod supernum Verbum*
*in te carnem induit.*

3 *Tu candidum lilium*
*quod Deus ante omnem creaturam*
*inspexit.*

4 *O pulcherrima et dulcissima,*
*quam valde Deus in te delectabatur,*
*cum amplexionem caloris sui*
*in te posuit,*
*ita quod Filius eius*
*de te lactatus est.*

5 *Venter enim tuus gaudium habuit*
*cum omnis celestis symphonia de te sonuit,*
*quia virgo Filium Dei portasti,*
*ubi castitas tua in Deo claruit.*

6 *Viscera tua gaudium habuerunt*
*sicut gramen super quod ros cadit*
*cum ei viriditatem infundit,*
*ut et in te factum est,*
*o mater omnis gaudii.*



## 5. Salve generosa
## (Himno a la Virgen)

Salve generosa,
niña gloriosa y pura.
Eres pupila de castidad,
matriz de santidad,
pues a Dios le plugo.

En ti hubo
esta infusión superior
para que el Verbo superior
se vistiera en ti de carne.

Eres el blanco lirio
que Dios miró
antes de toda la creación.

¡Oh, la más hermosa, la más dulce,
cómo se deleitó Dios en ti,
cuando en ti puso
el abrazo de su calor
para que su Hijo
fuera por ti amamantado!

Tu vientre recibió gozo
cuando de ti resonó toda la sinfonía celeste,
pues virgen llevaste al Hijo de Dios,
por lo que tu castidad resplandeció en Dios.

Tus vísceras recibieron gozo,
como hierba sobre la que cae rocío,
cuando le infundió el verdor,
como te sucedió a ti,
oh madre de todo gozo.

7 *Nunc omnis ecclesia in gaudio rutilet*
*ac in symphonia sonet*
*propter dulcissimam Virginem*
*et laudabilem Mariam,*
*Dei Genitricem.*
*Amen.*

[CD: 12]

*O quam preciosa est virginitas*
*virginis huius*
*que clausam portam habet,*
*et cuius viscera*
*sancta divinitas calore suo*
*infudit,*
*ita quod flos in ea crevit.*

*Et Filius Dei*
*per secreta ipsius*
*quasi aurora exivit.*

*Unde dulce germen,*
*quod Filius ipsius est,*
*per clausuram ventris eius*
*paradisum aperuit.*

*Et Filius Dei*
*per secreta ipsius*
*quasi aurora exivit.*



Que toda la Iglesia rutile ahora en gozo
y suene en sinfonía
por la dulcísima Virgen
y digna de alabanza María,
Madre de Dios.
Amén.

## 6. Qué preciosa es la virginidad
(Responsorio para la Virgen)

Qué preciosa es la virginidad
de esta virgen
que tiene la puerta cerrada,
y en cuyo vientre
la santa divinidad
infundió su calor
para que en ella creciera la flor.

Y el Hijo de Dios,
por su secreto pasaje,
salió como la aurora.

Desde allí el dulce germen,
que es el Hijo mismo,
a través de su vientre cerrado,
abrió el paraíso.

Y el Hijo de Dios,
por su secreto pasaje,
salió como la aurora.

[CD: 4]

*Rex noster promptus est*
*suscipere sanguinem innocentum.*
*Unde angeli concinunt*
*et in laudibus sonant.*

*Sed nubes super eundem sanguinem*
*plangunt.*

*Tirannus autem*
*in gravi somno mortis*
*propter maliciam suam*
*suffocatus est.*

*Sed nubes super eundem sanguinem*
*plangunt.*

*Gloria Patri et Filio*
*et Spiritui sancto.*

*Sed nubes super eundem sanguinem*
*plangunt.*

[CD: 3]

*O rubor sanguinis,*
*qui de excelso illo fluxisti*
*quod divinitas tetigit:*
*tu flos es*
*quem hyems de flatu serpentis*
*numquam lesit.*



## 7. Nuestro rey está presto
### (Responsorio por los Santos Inocentes)

Nuestro rey está presto
a recibir la sangre de los inocentes.
Por eso cantan los ángeles
y resuenan las laudes.

Pero sobre esa misma sangre
lloran las nubes.

El tirano, no obstante,
fue ahogado
en pesado sueño de muerte
debido a su maldad.

Pero sobre esa misma sangre
lloran las nubes.

Gloria al Padre y al Hijo
y al Espíritu Santo.

Pero sobre esa misma sangre
lloran las nubes.

## 8. Oh rojo de sangre
### (Antífona por santa Úrsula)

Oh rojo de sangre,
corrías de tan alto
que tocaste la divinidad:
eres flor
a la que nunca dañó
el invierno del aliento de la serpiente.

[CD: 1]

*Favus distillans*
*Ursula virgo fuit,*
*que Agnum Dei amplecti*
*desideravit,*
*mel et lac sub lingua eius:*

*Quia pomiferum hortum*
*et flores florum*
*in turba virginum*
*ad se collegit.*

*Unde in nobilissima*
*aurora*
*gaude, filia Syon.*

*Quia pomiferum hortum*
*et flores florum*
*in turba virginum*
*ad se collegit.*

*Gloria Patri et Filio*
*et Spiritui sancto.*

*Quia pomiferum hortum*
*et flores florum*
*in turba virginum*
*ad se collegit.*



## 9. Panal que gotea
(Responsorio para santa Úrsula)

Panal que gotea
fue Úrsula, virgen,
que deseó abrazar
al Cordero de Dios,
miel y leche bajo su lengua:

Pues reunió junto a ella
un huerto lleno de frutos
y flores de flores
en la turba de vírgenes.

Por ello, en la más noble
aurora,
regocíjate, hija de Sión.

Pues reunió junto a ella
un huerto lleno de frutos
y flores de flores
en la turba de vírgenes.

Gloria al Padre y al Hijo
y al Espíritu Santo.

Pues reunió junto a ella
un huerto lleno de frutos
y flores de flores
en la turba de vírgenes.

1 *Studium divinitatis*
*in laudibus excelsis osculum pacis*
*Ursule virgini*
*cum turba sua*
*in omnibus populis dedit.*

[CD: 15]

2 *Unde quocumque venientes*
*perrexerunt,*
*velut cum gaudio celestis paradisi*
*suscepte sunt,*
*quia in religione morum*
*honorifice apparuerunt.*

[CD: 6]

3 *De patria etiam earum*
*et de aliis regionibus*
*viri religiosi*
*et sapientes*
*ipsis adiuncti sunt,*
*qui eas in virginea custodia servabant*
*et qui eis in omnibus ministrabant.*



### 10. En las laudes matutinas
(Antífonas para santa Úrsula)

El celo de la divinidad,
en medio de excelsas laudes,
dio un beso de paz a la virgen Úrsula
con toda su turba
ante todas las gentes.

Por ello, todos los que allí llegaban
eran bien recibidos
como con gozo del paraíso celeste,
pues en la vida religiosa
aparecían con gran honor.

De su patria
y de otras regiones
hombres religiosos
y sabios
se unieron a ellas,
para servirlas con protección virginal
y administrar todas las cosas.

[CD: 5]

4 *Deus enim*
*in prima muliere presignavit*
*ut mulier a viri custodia*
*nutriretur.*

5 *Aer enim volat*
*et cum omnibus creaturis*
*officia sua exercet,*
*et firmamentum eum sustinet*
*ac aer in viribus istius pascitur.*

[CD: 2]

6 *Et ideo puelle iste*
*per summum virum sustentabantur,*
*vexillate in regali prole*
*virginee nature.*

7 *Deus enim rorem in illas misit,*
*de quo multiplex fama crevit,*
*ita quod omnes populi*
*ex hac honorabili fama*
*velut cibum gustabant.*

[CD: 7]

8 *Sed diabolus in invidia sua*
*istud irrisit,*
*qua nullum opus Dei*
*intactum dimisit.*



En la primera mujer
Dios estableció
que la mujer fuera criada
bajo la protección del hombre.

El aire vuela
y con todas las criaturas
cumple su función
y el firmamento lo sostiene
y el aire es alimentado por sus poderes.

Y por ello estas niñas
son sostenidas por el sumo hombre,
por su naturaleza virginal
llevan el estandarte de la real estirpe.

Dios les envió el rocío,
por lo que su fama
creció por todos lados,
de tal modo que todos
gustaban de esa tan honorable fama
como de la comida.

Pero el diablo por su envidia
se burló de esto,
pues no dejó intacta
ninguna obra de Dios.

[CD: 8]

*Nunc gaudeant materna viscera*
*Ecclesie,*
*quia in superna simphonia*
*filii eius*
*in sinum suum collocati sunt.*
*Unde, o turpissime serpens,*
*confusus es,*
*quoniam quos tua estimatio*
*in visceribus suis habuit*
*nunc fulgent in sanguine Filii Dei,*
*et ideo laus tibi sit,*
*rex altissime.*
*Alleluia.*



## 11. Ahora se alegran
(Antífona dedicada a la Iglesia)

Ahora se alegran las entrañas maternas
de la Iglesia,
pues en superior sinfonía
sus hijos
se han recogido en su seno.
Por ello, infame serpiente,
estás confundida,
pues aquellos a los que tu estima
tiene en sus vísceras
ahora resplandecen en la sangre del Hijo de Dios,
seas alabado por ello,
rey altísimo.
Aleluya.

# Notas

Las canciones litúrgicas han sido traducidas de la edición: *Saint Hildegard of Bingen. Symphonia. A critical edition of the Symphonia armonie celestium revelationum*, with Introduction, translations, and commentary by Barbara Newman, Cornell University Press, Ithaca y Londres 1988. Se publican las canciones que han sido interpretadas en el CD adjunto a este libro, aunque se ha seguido el orden en el que aparecen en la edición de B. Newman, que es el orden de la tradición manuscrita. Las seis primeras canciones están editadas bajo el título «Madre e Hijo», II Parte, y suceden a las dedicadas al Padre y al Hijo. Corresponden, respectivamente, a: nuestro n.º 1 al n.º 8; 2 al n.º 9; 3 al n.º 13; 4 al n.º 15; 5 al n.º 17; y 6 al n.º 22. Nuestro número 7 pertenece a la VI Parte del ciclo que en la edición de B. Newman aparece con el título de «Vírgenes, Viudas e Inocentes», y corresponde a su número 59. Nuestros números 8, 9, 10 pertenecen a la VII Parte, «Santa Úrsula», y corresponden a los números 61, 62 y 63 de B. Newman. Finalmente el número 11 se sitúa en la VIII Parte, «Ecclesia», y corresponde al número 67 de B. Newman.

*Symphonia* (acerca del concepto ver nota a la *Vida*, II, I) es una obra transmitida en dos manuscritos: el primero de ellos fue supervisado por Hildegard y fue regalado a los monjes de Villers en 1175 (*D*: codex 9 St. Pieters & Paulusabdij, Dendermonde, Bélgica). Contiene 57 canciones. Una edición más amplia se preparó en el monasterio de Rupertsberg poco después de la muerte de Hildegard, hacia 1180, y ofrece 75 canciones (*R*: Riesenkodex, Wiesbaden, Hessische Landesbibliothek, Hs. 2). En una miscelánea se encuentran otras 26 canciones sin música (B. Newman, pág. 8). En la edición crítica de B. Newman se han publicado 69 canciones y otras cuatro de las conservadas sin música. La antífona constituye el género más representado en *Symphonia* (43 canciones, más de la mitad, pertenecen a esa categoría) y se cantaba antes y después de cada salmo en el Oficio con el coro completo. El otro género más representado es

el responsorio (18 piezas), que se cantaba por las mañanas, con frases melódicas para cada sílaba. Se incluyen también los himnos (14 piezas) y alguna secuencia.

«Como todo lo que escribió Hildegard, *Symphonia* celebra el misterio de Dios hecho hombre en el hijo de María» (B. Newman, pág. 45). En ambos manuscritos *Symphonia* aparece como un ciclo con un orden jerárquico: en primer lugar, Dios, después la Virgen María, y el Espíritu Santo; los ángeles y distintas categorías de santos (patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, confesores), vírgenes, y finalmente la alabanza a la Ecclesia misma. En cualquier caso la Virgen ocupa el lugar privilegiado de toda la *Symphonia*: «Al colocar a María entre Dios Padre y el Espíritu Santo, en el lugar en que se esperaría encontrar a Cristo, está llevando a cabo una declaración teológica. Como vaso elegido para la encarnación, María pertenece a un lugar que no es el de los otros santos [...] sino el corazón de Dios, el lugar de su hijo» (pág. 59).

En el Prólogo al *Liber vitae meritorum* [Libro de los méritos de la vida], el segundo de la trilogía profética, Hildegard sostiene que, cuando comenzó a trabajar en esta obra en 1158, llevaba ya ocho años dedicada a la composición de *Symphonia* y otras obras. Según el testimonio de Odo de Soissons (cf. *Cartas* y nota a la carta), cuya carta se fecha en 1148, Hildegard ya era conocida en esa época como innovadora en el ámbito de la música *(modos novi carminis)*, por lo que es posible que hubiera comenzado a componer en los años cuarenta y que, como supone B. Newman, hubiera incorporado en el *Scivias* sus canciones, aunque de ellas no se conserve la notación musical. El *Scivias* concluye con una obra dramática, el *Ordo virtutum*, que representa un alma en peregrinaje situada entre el diablo y un coro de virtudes personificadas (B. Newman, págs. 6-8). Seguidamente habría compuesto *Symphonia*, normalmente fechada entre 1151-1158, aunque P. Dronke ofrece fechas más tardías para algunas composiciones (cf. *The Composition*).

Acerca del significado teológico de la música en Hildegard von Bingen, se conserva un magnífico testimonio: se trata de las propias ideas de la abadesa expresadas en una carta a los prelados de Mainz fechada en los años 1178-1179, poco antes de su muerte (sobre el asunto que motivó la carta de Hildegard, ver nota a la *Vida*, III, XXVII. Traduzco aquí un fragmento de la carta (*Epist.* XXIII, págs. 61-66, cf. *Brief.*, págs. 236-240): «[...] También vi algo acerca de haber cesado el canto en el divino oficio por obediencia a vosotros y de celebrar la misa recitando en voz baja, y oí la voz que procedía de la luz viviente acerca de los diversos tipos <de instrumentos> para las alabanzas, de los que David dijo en el salmo: «Alabadle con clangor de cuerno, alabadle con arpa y con cítara",



etc., hasta "¡Todo cuanto respira alabe al Señor!" <Sal 150, 3-6>. En estas palabras somos instruidos en lo interior a través de lo exterior, esto es, que debemos dirigir y dar forma a las alabanzas a nuestro Creador según el material o la cualidad del instrumento corresponda a nuestro ser interior. Si nos disponemos con atención, recordaremos cómo el hombre buscó la voz del Espíritu viviente, que Adán perdió por desobediencia. Antes de la transgresión y cuando aún era inocente, tenía la voz en la compañía no pequeña de las voces de los ángeles, que las poseen debido a su naturaleza espiritual y que son llamados espíritu por el Espíritu, que es Dios. Adán perdió la semejanza de la voz angélica que tenía en el paraíso, y se durmió en el conocimiento del que estaba dotado antes del pecado, del mismo modo que un hombre, al despertar del sueño, retorna ignorante e inseguro de lo que ha visto en el sueño. Pues, cuando fue engañado por la sugestión del diablo y rechazó la voluntad del Creador, fue envuelto por las tinieblas de la ignorancia interior que mereció por su iniquidad. En verdad Dios inunda las almas de los elegidos con la luz de la verdad y los salva para la primera beatitud. En sí mismo halló el consejo de renovar los corazones de muchos por medio de la infusión del espíritu profético para que recuperaran por la iluminación interior algo de aquel antiguo conocimiento que Adán había tenido antes del castigo por sus pecados. Para que no recordaran sólo el exilio, sino también la divina dulzura y la alabanza en la que se regocijaba el mismo Adán con los ángeles en Dios antes de la caída, y para que fueran impulsados a ello los santos profetas, instruidos por el mismo espíritu que habían recibido, compusieron no sólo salmos *(psalmos)* y canciones *(cantica)*, que eran cantados para encender la devoción de los que los oían, sino diversos instrumentos de música con los que tocar múltiples sonidos, a fin de que, tanto por las formas o cualidades de aquellos instrumentos como por el sentido de las palabras recitadas, los oyentes, estimulados y adiestrados por lo exterior *(per exteriora admoniti et exercitati)*, fueran perfeccionados en lo interior. A semejanza de estos santos profetas, algunos hombres fervorosos y sabios descubrieron por medio del arte humano muchos tipos de instrumentos, para poder cantar según el gozo del alma. Y adaptaron lo que cantaban a la inclinación de las junturas de los dedos, recordando cómo Adán fue formado por el dedo de Dios, que es el Espíritu Santo, y en cuya voz estaba toda la suavidad del sonido de la armonía y de todo el arte de la música antes de que la perdiera. Y si hubiera permanecido en el estado en el que fue formado, la fragilidad del hombre mortal no habría podido soportar la fuerza y la sonoridad de aquella voz. Cuando su engañador, el diablo, oyó que el hombre comenzó a cantar por la inspiración de Dios, y por esto se transformó para recordar la

suavidad de los cantos de la patria celeste, viendo que sus estrategias de astucia de nada servían, se espantó, de tal modo que fue muy atormentado por esto. Entonces no desistió de perturbar o arrancar la belleza y la dulzura de las alabanzas divinas y de los himnos espirituales, no sólo por medio de sus malas sugestiones y pensamientos inmundos o diversas ocupaciones en el corazón del hombre, sino también allí donde podía, en la boca de la Iglesia a través de disensiones, escándalos o injustas opresiones. Por ello, vosotros y todos los prelados debéis poner enorme cuidado, pues, antes de que cerréis la boca de la Iglesia que canta alabanzas a Dios con una sentencia, o suspendáis el divino sacramento, deberíais investigar antes con suma atención las causas por las que hacéis esto. Deberíais poner empeño en dejaros llevar por el celo de la justicia de Dios, y no arrastraros por la indignación o por una injusta inquietud del alma, o por deseo de venganza. Cuidad también de que en vuestro juicio no os ronde Satanás, que arrancó al hombre de la armonía celeste *(celesti harmonia)* y de las delicias del paraíso. Pensad también esto: del mismo modo que el cuerpo de Jesucristo nació por el Espíritu Santo de la pureza de la Virgen María, así también el cántico de la alabanza a Dios según la armonía celeste *(canticum laudum secundum celestem harmoniam)* tiene sus raíces en la Iglesia por el Espíritu Santo. El cuerpo es el vestido del alma que tiene la voz viva. Por eso es justo que el cuerpo cante con el alma a través de la voz las alabanzas a Dios. De ahí que el espíritu profético por el significado *(per significationem)* ordene que Dios sea alabado con sonoros címbalos y con címbalos de júbilo, y los otros instrumentos de música que hombres sabios y fervorosos descubrieron. Pues todas las artes, que sirven al uso y necesidad de los hombres, han sido inventadas por el soplo que Dios envió al cuerpo del hombre. Por eso es justo que Dios sea alabado por todas las artes.

Al oír una canción el hombre acostumbra a suspirar y gemir, recordando la naturaleza de la armonía celeste. El profeta, pensando con mayor sutilidad en la profunda naturaleza del espíritu y sabiendo que el alma es sinfonía *(symphonialis est anima)*, incita al salmo, para que demos gracias al Señor con la cítara y salmodiemos para él con el arpa de diez cuerdas <Sal 32, 2>. Desea también indicar que la cítara, que suena más bajo, se refiere a la disciplina del cuerpo; el salterio, que produce un sonido más alto, a la intención del espíritu; y las diez cuerdas, a la observación de la ley.»

La composición musical es revelación y obedece en Hildegard a la misma voz-luz viviente que le ordena escribir lo que vea y oiga *(scribe quae vides et audis)*. Es revelación de la armonía celeste, coincidiendo así con la concepción pitagórica transmitida al mundo medieval por Boecio *(De institutione musica)*,



según la cual: «toda la estructura de alma y cuerpo está unida por la armonía musical» (cit. por B. Newman, pág. 19). A la pérdida del sonido original con la caída de Adán correspondería también la pérdida del lenguaje original; de ahí que se relacione la obra musical con la concepción de la *lingua ignota* y su reconstrucción (ver nota a *Vida* II, I). La analogía simbólica musical que despliega Hildegard puede compararse con la de un contemporáneo suyo: Wolbero de Colonia y sus *Commentaria in Canticum canticorum* (cit. por B. Newman, pág. 23).

Particular interés ofrece la relación entre palabra y música: los melismas (largas frases melódicas para una sílaba) no están en correlación con el acento de una palabra o su importancia en el texto, lo que no indica independencia entre palabra y música, sino que, por el contrario, «las dos sonoridades funcionan como una especie de contrapunto, impredecible y rico [...]; para Hildegard, la dualidad de palabra y música es susceptible de interpretación teológica [...]: la palabra designa el cuerpo, pero la música manifiesta el espíritu» (B. Newman, pág. 27). El estilo musical es definido del siguiente modo: «Las creaciones de Hildegard, comparadas con las del himno contemporáneo de un Abelardo o la secuencia de un Adam de San Víctor, sonarían más primitivas o desconcertadamente vanguardistas» (B. Newman, pág. 27). Ludwig Bronarski caracterizó sus líneas melódicas como «angulares y góticas», llenas de puntiagudos arcos (cit. por B. Newman, pág. 29). M. I. Ritscher lo calificó de «gregorianizante pero no gregoriano» (cit. por B. Newman, pág. 28). Un tratamiento de la música de Hildegard en términos puramente matemáticos en Pozzi Escot, «The Gothic Cathedral and Hidden Geometry of St. Hildegard», *Sonus* 5, 1984, págs. 14-31.

# Epílogo
## Técnica alegórica o experiencia visionaria

Victoria Cirlot

Desde diversos ángulos puede en la actualidad el estudioso, o el simple lector, enfrentarse a la obra profética de Hildegard von Bingen. La cuestión fundamental reside en el lugar en que deben situarse sus visiones, lo que reduciéndolo al estado actual de la investigación se podría concretar en dos posibilidades: o bien las visiones de Hildegard responden a una depurada y cultísima técnica alegórica, o bien son el resultado de una experiencia visionaria. Los estudios sobre Hildegard se han centrado, sobre todo, en la idea de que sus visiones responden a una concepción alegórica del mundo, y a partir de ahí los análisis particulares han profundizado en aspectos diversos otorgando cada uno de ellos un rostro especial a la alegoría hildegardiana. La posibilidad de una experiencia visionaria no ha sido prácticamente tenida en cuenta, o simplemente se ha dado como implícito, sin que desarrollara una práctica de análisis hermenéutico, tal y como ha sucedido en otros ámbitos, generando en los peores casos una lectura del texto visionario ingenua por una literalidad que prescinde de la alteridad inherente a los códigos de comunicación de la Edad Media. Se tratará aquí de presentar los recorridos y vericuetos de cada uno de estos dos caminos, su divergencia y su posibilidad de convergencia, con el fin de aproximarnos a la realidad visionaria de Hildegard von Bingen.

En un artículo reciente, Peter Dronke recordaba el libro de Hans Liebeschütz como «el más profundo y penetrante de los dedicados al pensamiento de Hildegard», aún después de sesenta y cinco años[1]. Se refería a una obra cuyo título era *Das alle-*

[1] Peter Dronke, «The Allegorical World-Picture of Hildegard of Bingen:

*gorische Weltbild der heiligen Hildegard von Bingen* [La imagen del mundo alegórica] surgido del Instituto Warburg de Londres como tesis de habilitación y publicado en Leipzig-Berlín en 1930[2]. Peter Dronke alababa en esta obra de Liebeschütz dos grandes aciertos corroborados después por medio siglo de investigación: en primer lugar, que hubiera puesto de manifiesto la tradición textual que se encuentra detrás de las visiones de Hildegard, es decir, la naturaleza de sus fuentes, lo que impedía continuar viendo a la visionaria como una «indocta» e «iletrada» tal y como ella se autopresenta; y en segundo lugar, la consideración de la alegoría como la clave de su pensamiento. Y en efecto, el gran mérito de Liebeschütz consistió en situar la obra de Hildegard en su mundo, es decir, en el de la cultura latina del siglo XII, caracterizada fundamentalmente por el gran desarrollo de la alegoresis y de la alegoría: «La escuela del siglo XII hizo renacer a los escritores de la antigüedad. Claudianus y Martianus Capella no fueron simplemente materia de lectura, sino modelos estilísticos, porque ofrecían la posibilidad de mostrar la fuerza espiritual de la totalidad cristiana con los medios de la fantasía de la imagen manifiesta. Las grandes series visionarias de Hildegard, tal y como hemos tratado de comprender en los rasgos sistemáticos de su contorno, presentan en su ejecución y objetivos un parentesco con esta tendencia de su siglo que encontró satisfacción en la revivificación de la poesía alegórica; pero la visionaria quería ser tomada más en serio que los poetas; sus imágenes querían ser expresión de lo que enseñaba la teología de la iglesia»[3]. Hans Liebeschütz acercaba así la obra de un Gautier de Chatillon o de un Alain de Lille, prototipos de la nueva poesía escolar, a la de Hildegard, en virtud justamente de la alegoría, aunque en esta última las huellas de la antigüedad aparecieran

Revaluations and New Problems», en *Hildegard of Bingen. The Context of her Thought and Art*, Warburg Institute Colloquia 4, The Warburg Institute, Londres 1998, págs. 1-16.

[2] Hans Liebeschütz, *Das allegorische Weltbild der heiligen Hildegard von Bingen*, Leipzig-Berlín 1930. (Una reedición con epílogo en la Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt 1964.)

[3] Ibídem, pág. 30. La traducción al castellano es mía.



borradas por el intenso contenido teológico. Hugo de san Víctor, la psicomaquia entre vicios y virtudes transmitida a la cultura cristiana desde Prudencio (s. IV) y Ambrosius Autpertus (s. VIII), y la exégesis patrística, le sirvieron a Liebeschütz para situar a Hildegard en su mundo. La comparación sistemática de algunos pasajes de su obra con otros de *El Pastor de Hermas* (s. II) le permitieron también argumentar la profunda cultura latina de Hildegard, y así, desde el «tono» general hasta la cita textual concreta, todo ello vino a transformar la imagen de la visionaria como «pobre e iletrada mujer». Hans Liebeschütz no evitó en su libro confrontar la autopresentación de Hildegard con la realidad que resultaba de sus indagaciones. Trató realmente de comprender esa reiterada afirmación de Hildegard y, en lugar de desestimarla como una sencilla mentira, la colocó dentro de un monasticismo reformista con la mirada vuelta hacia la Regla de san Benito y de ahí a las colaciones de Casiano y la vida de los padres del desierto, según la lectura que se recomienda en el capítulo 42 de dicha Regla. En aquellos antiguos textos el conocimiento espiritual no constituía un bien adquirido culturalmente, sino que procedía de una conversión hacia el interior, de modo que «la comprensión alegórica de la escritura no derivaba de la tradición escolar teológica, sino que era una gracia de Dios...». Liebeschütz planteó así la afirmación de la ignorancia: «Hildegard creyó haber alcanzado la comprensión interior de la palabra escrita, sin tener conciencia de las relaciones sintácticas. En el mundo del antiguo monacato existía una tensión todavía mayor entre las capacidades humanas y las concedidas por Dios: un asceta era analfabeto y, de pronto, recibía la fuerza de poder leer e interpretar la escritura ante el círculo de sus discípulos»[4].

[4] Ibídem, pág. 44. Acerca de esta cuestión, ver Douglas Burton-Christie, *The Word in the Desert. Scripture and the Quest for Holiness in Early Christian Monasticism*, Oxford University Press, Oxford 1993: «The desert fathers believed that only those with experience could adequately interpret the sacred text. They considered discernment and self-knowledge essential for enabling the discourse of the text to continue in a new discourse. Another twist in the spiral is seen in the conviction that because the texts are holy, only a holy one –the one with experience– can properly interpret them», pág. 23.

Hacia el final del libro Liebeschütz concluía: «La creencia de un origen sobrenatural de sus ideas e imágenes, cuya relación con la piedad del monacato tratamos de mostrar, era sobre todo una absoluta necesidad para su destino profético, para lo que se sentía llamada, así como para la forma en que dirigía su enseñanza»; y un poco más adelante: «Unió su naturaleza espiritual, que le impelía a ver los misterios de la religión eclesiástica como imagen, con las tendencias literarias de su siglo, en las que de nuevo se configuraba la alegorística tardoantigua»[5]. No hay duda de que Hans Liebeschütz se ocupó más de las «tendencias literarias de su siglo» que de su «naturaleza espiritual», pero también es cierto que en su comprensión de Hildegard integraba un ámbito que, aunque inexplorado en su investigación, no por ello era descartado. En cualquier caso, los estudios que lo siguieron se decantaron por ahondar en las «tendencias literarias de su siglo», es decir, profundizaron en las visiones de Hildegard y su relación con la alegoresis de su época. Dentro de esta dirección habría que situar los trabajos de Christel Meier desde finales de los años setenta hasta ahora: la comparación entre las visiones de Hildegard y Alain de Lille, en especial del *Anticlaudianus*, o la localización sistemática de las fuentes, entre las que sobresale *El Pastor de Hermas*, en la visión séptima de la Segunda parte del *Scivias*. Aunque, a diferencia de Hans Liebeschütz, Christel Meier concentra su esfuerzo en el rastreo de fuentes y deja a un lado la estricta comprensión de la figura de Hildegard, por ejemplo de sus autopresentaciones, desestimando como objeto de estudio la búsqueda en los textos de una auténtica vivencia o experiencia psíquica[6]. Es desde el recuerdo de la obra de Liebeschütz y la imagen del mundo alegórica desde donde Peter Dronke ha vuelto a abordar la identidad de Hildegard von Bingen como una visionaria. En esta reflexión, Peter Dronke precisa algunos aspectos de la tradición manuscrita de la inmensa cultura de la abadesa. Destaca el conocimiento que se tiene en la actualidad acerca de lo que había leído Hildegard a partir, por ejemplo, de ediciones como la de Angela Carlevaris del *Liber vitae meritorum* (1995) o la del mismo Peter Dronke y Albert Derolez del *Liber divinorum operum* (1996)[7]. Pero sobre todo resulta crucial la pregunta que se encuentra explícitamente formulada y que alude a la veracidad o no de las imágenes vistas por Hildegard: «Si a Hildegard se le hubiera preguntado sin rodeos: "¿Cree usted que esos espíritus malignos de la hueste de Lucifer están literalmente gritando su rebelión a través del mundo y persuadiendo a la gente a amar la mundanidad? ¿O bien estas imágenes son alegorías de las tentaciones y luchas internas del ser humano?, no estoy muy seguro de lo que ella hubiera respondido. En el *Liber vitae meritorum*, cuando se le aparece tal desbandada de espíritus, la voz de la luz viviente le dice: "esto que ves es verdad" *(hec que vides vera sunt)*. Pero ¿en qué sentido es verdad? En su detallado relato de su modo de visión en el prólogo a *Scivias*, al que Hildegard llama su "atestado *(Protestificatio)* de las visiones verdaderas que vienen de Dios", ella insiste en que todo lo ha visto y oído en completa consciencia y lucidez, en "los reinos celestiales" *(in celestibus)* y no en el mundo físico [...] Tomémosla literalmente. Hildegard ha visto sus imágenes "in celestibus", siendo para ella los reinos celestiales tan vitales y reales como el mundo visible; pero no forman parte del mundo visible. No veo por qué, incluso "in celestibus", no hay sitio para el juego; y cuando pienso, por ejemplo, en la estimulante autopresentación de Vanagloria, entonces estoy seguro

[5] Ibídem, págs. 164 y 165.

[6] Christel Meier, «Zwei Modelle von Allegorie im 12. Jahrhundert: Das allegorische Verfahren Hildegards von Bingen und Alans von Lille», en *Formen und Funktionen der Allegorie. Symposion Wolfenbüttel 1978*, edición de Walter Haug, Metzlersche Verlagsbuchhandlung, Stuttgart 1979, págs. 70-89; ibídem, «Calcare caput draconis. Prophetische Bildkonfiguration in Visionstext und Illustrationen: Zur Vision "Scivias" II 7», en *Hildegard von Bingen. Prophetin durch die Zeiten*, edición de E. Forster, Herder, Friburgo 1997, pág. 360: «Die Faszination dieser Gestalt, [...] beruht vielfach auf der unreflektierten Voraussetzung, man habe es bei ihren Schriften mit der protokollarischen Wiedergabe authentischer psychischer Erlebnisse und Erfahrungen zu tun, auf einem Missverständnis also, demgegenüber zu betonen bleibt, dass die einzige sichere Basis der überlieferte Text ist».

[7] Ambas ediciones en el *Corpus Christianorum Continuatio Medievalis*, Turnholt, Brepols.

de que Huizinga tiene razón: el elemento de juego está tan presente en las visiones de Hildegard como en la épica de Alain de Lille»[8]. Una cierta conciliación entre el amplio dominio escolar de la técnica alegórica y la experiencia visionaria hace su aparición en estas consideraciones de Peter Dronke. Se impone ahora abandonar el camino de la alegoría para iniciar el de la experiencia visionaria, lo que implica también dejar a Hildegard von Bingen y la cultura occidental, para penetrar en aquella otra cultura en que ha sido tratada desde el análisis hermenéutico la visión y la imaginación visionaria.

Es la obra del filósofo Henry Corbin la que más ha profundizado, en el siglo XX, en el terreno de la visión y la imaginación. Sus estudios deben situarse dentro del círculo Eranos, pues respondieron o coincidieron con los intereses del grupo que, anualmente, se reunía junto al lago Ascona para realizar los coloquios[9]. De algún modo, están relacionados con los trabajos del «espíritu rector» del grupo, Carl Gustav Jung, que dirigió en los años treinta un seminario sobre visiones y se ocupó de algunas personalidades visionarias a partir de su propia experiencia[10]. También a este mismo círculo pertenece la obra de Ernst Benz, dedicada íntegramente a reunir todo un material, hasta el momento disperso, de las personalidades visionarias[11]. En los últi-

[8] Peter Dronke, op. cit., pág. 8 (la traducción es mía). Se refiere a la afirmación de Johan Huizinga «But let us not forget that the vision, quite apart from its religious content, is also a literary form» (en un artículo titulado «Über die Verknüpfung des Poetischen mit dem Theologischen bei Alanus de Insulis», cit., en Dronke, op. cit., pág. 7).

[9] Steven M. Wasserstrom, *Religion after Religion. Gershom Scholem, Mircea Eliade, and Henry Corbin at Eranos*, Princeton University Press, Princeton-Nueva Jersey 1999.

[10] Me refiero, sobre todo, al seminario sobre visiones impartido por el profesor Jung, que se centró de modo especial en las visiones de la señora Christiana Morgan, y que ha sido recientemente publicado: *Visions. Notes of the Seminar given in 1930-1934 by C. G. Jung*, edición de Claire Douglas, 2 vols., Bollingen Series XCIX, Princeton University Press, Princeton-Nueva Jersey 1997.

[11] Ernst Benz, *Die Vision. Erfahrungsformen und Bilderwelt*, Klett Verlag, Stuttgart 1969.



mos años, la visión como género literario y su historia en la Edad Media ha sido ampliamente abordado en los importantes trabajos de Peter Dinzelbacher[12]. Pero es a Henry Corbin a quien se debe una comprensión hermenéutica de la visión, dirigida al centro nuclear del enfrentamiento entre técnica alegórica y experiencia visionaria. Aunque Corbin se ocupara del fenómeno de la imaginación fuera de Occidente, en concreto dentro de la cultura iraní, en muchas ocasiones hizo referencia a aquellos «espirituales», como por ejemplo Jakob Böhme o Swedenborg, que presentaban la misma facultad que un Avicena o un Sohrawardi y que relataban un mismo Acontecimiento: el del despertar del alma[13]. Éste ha sido el terreno en el que se han movido los estudios de Corbin: el terreno de la «naturaleza espiritual», el del «acontecimiento psíquico», el de la facultad visionaria y el de la imaginación activa. No se trata aquí de buscar identidades, entre Hildegard von Bingen y Avicena, por ejemplo, sino simplemente de abrirnos a un campo que no ha sido explorado para la cultura medieval europea, contemplada siempre desde otros puntos de vista –por ejemplo, en lo que al texto se refiere, desde las fuentes, desde la tradición textual– y, en el caso que aquí nos ocupa, desde la concepción alegórica del mundo. Desde una postura muy diferente se situó Henry Corbin para leer los relatos visionarios de Avicena, aquellos que hacían referencia según él a la «aventura personal» del filósofo en lugar de exponer metódica y sistemáticamente su doctrina, recogida ya en los tratados teóricos. Según Corbin, los relatos de Avicena, al igual que algunos textos de Sohrawardi, relatan ese Acontecimiento psíquico esencial que consiste en ese súbito despertar del alma, que al despertar se siente extranjera al mundo y necesita imperiosamente de su salida. Coincidente con ese despertar es la aparición del Guía, una figura que brota en la visión y que será

[12] Peter Dinzelbacher, *Vision und Visionsliteratur im Mittelalter*, Anton Hiersemann, Stuttgart 1981 (por citar sólo una de las más significativas), con un análisis de las visiones del más allá e interesantes comparaciones con las visiones *post mortem* de nuestro mundo actual.

[13] Me remito a los Cahier de l'Herne para una idea global del filósofo: *Henry Corbin*, edición de Christian Jambet, L'Herne, París 1981.

el acompañante, el guía del alma en su viaje de retorno a su verdadera patria y a sus orígenes. «Hace falta una fuente de energía psíquica potente para que la actividad imaginadora [...] cree, fuera de las expresiones comunes y de simbolismos periclitados o intercambiables, un campo de libertad interior suficiente para que en él se manifieste la Imagen del Yo que preexiste a la condición terrena y que anticipa su sobreexistencia. El acontecimiento se producirá en una visión mental, un "sueño despierto", como precisan siempre nuestros "visionarios", en un estado intermedio "entre la vigilia y el sueño". Avicena y Sohrawardi se cuentan entre quienes tuvieron la fuerza de configurar su propio símbolo.»[14] Corbin alude a un acontecimiento bien definido en la vida de la persona: «Por el contrario, entre los gnósticos, es principalmente a partir de la edad de cuarenta años, en el momento en que comienza a disminuir la actividad propia del cuerpo, cuando puede empezar a desarrollarse un estado espiritual al que el cambio derivado de la muerte no causará ni privación ni daño. Progresando en esta perspectiva en la que se precisan las condiciones y el sentido de la persona individual y de la sobreexistencia personal, parece que nos alejamos cada vez más de las condiciones que hacían que el alma debiera su individualidad a su unión con un cuerpo material»[15]. A este acontecimiento psíquico, que puede ser fechado en la biografía de una persona, es al que parece hacer referencia Hildegard von Bingen en su Prólogo del *Scivias*, como, por lo demás, dan testimonio la mayoría de las místicas del siglo XIII, según hemos podido comprobar cuando los datos biográficos lo permiten[16]. El hecho de que Hildegard hable de ese Acontecimiento como el suceso fundamental de su vida nos induce a situar su experiencia visionaria dentro de este marco de vivencia, y no por una ingenua creencia en su literalidad, sino porque se está haciendo referencia a algo que

[14] Henry Corbin, *Avicena y el relato visionario*, Paidós, Barcelona 1995 (1.ª edición, París 1954), pág. 34.

[15] Ibídem, pág. 94.

[16] Victoria Cirlot y Blanca Garí de Aguilera, *La mirada interior. Escritoras místicas y visionarias en la Edad Media*, Martínez Roca, Barcelona 1999, en especial pág. 35 y ss.



sobrepasa los límites de una cultura concreta, en su caso, la alegorística del siglo XII. Henry Corbin concibe lo que resulta de dicho Acontecimiento como un símbolo, al que opone con insistencia la noción de alegoría: «Como hemos dicho, los relatos sohravardianos y avicenianos, presuponen esta preexistencia. No se trata de ningún modo de una "alegoría", pero ¿cómo podría el alma tomar conciencia de su preexistencia a su condición terrestre de otro modo que mediante símbolos? ¿Y cómo podría hablar sin el discernimiento que permiten los símbolos? Desde que este presentimiento aflora en ella, una constelación de símbolos se configura y le hace transparente y descifrable su condición presente: es el pájaro de las alas rotas, son los seres de luz, de belleza y dulzura...»[17]. Con gran claridad especifica Corbin la floración simbólica como visualización de la propia alma cuando comenta el simbolismo del ala: «Pertenece aquí a la psicología de los símbolos verificar en qué condiciones se produce esta transparencia del alma a sí misma, del alma percibiéndose a sí misma bajo la forma de un ser alado. El simbolismo del ala se impone espontáneamente como un arquetipo, tal como lo muestra Platón; de ahí la frecuencia de sus repetidas apariciones. El pájaro está todavía al nivel de un símbolo, de Imagen por la que el alma se medita y se presiente a sí misma. Pero la visualización puede llegar a ser tan intensa, y el alma puede transformarse tan íntegramente en visión, que el símbolo se desvanece en el brillo de la transparencia: es entonces su propia Imagen, su sí mismo, lo que el alma capta de repente, no ya bajo una especie simbólica sino como visión directa e inmediata»[18]. Estas palabras de Corbin, que surgen de la lectura de los relatos visionarios de Avicena, podrían preceder la lectura de la primera visión del *Scivias* (pág. 180). El ser alado, la figura sembrada de ojos, y la otra figura de edad infantil, todo ello envuelto en una intensa luminosidad, simboliza ese despertar del alma y la transparencia que ésta ha adquirido para esos ojos, cuya potencia se ha multiplicado, porque no estamos hablando de una percepción sensorial sino de una espiritual. Esa potencia de la mirada dirigida hacia la

[17] Henry Corbin, op. cit., pág. 185.

[18] Ibídem, pág. 186.

interioridad, hacia un espacio, que, en efecto, no pertenece al mundo físico sino "in celestibus", para utilizar la expresión de la visionaria. La hermenéutica de Henry Corbin alcanza su punto culminante a la hora de determinar la topología visionaria, es decir cuando responde a la pregunta de dónde sucede la visión. Tanto en esta obra como en otras, Corbin ha desarrollado ampliamente la realidad de la tierra intermedia, de la geografía visionaria, que es el lugar del símbolo por excelencia, porque es un espíritu corporeizado y cuerpo espiritualizado[19]. La aparición de la tierra intermedia, que no es otra cosa que «el mundo convertido en objeto simbólico», sólo sucede en virtud de una transmutación, de un radical cambio en el modo de percepción motivado justamente por el acontecimiento del despertar del alma. Acerca de la realidad del mundo intermedio, Corbin dice: «Hablando de esta realidad plena y autónoma, podríamos también hablar de la *objetividad* del mundo de los símbolos, con la sola condición de no entender el término *objeto* como algo exterior a la conciencia natural del mundo sensible y físico [...] La eclosión espontánea de los símbolos debe entenderse como algo que corresponde a una estructura psíquica fundamental, y que, por eso mismo, no saca a la luz formas arbitrarias y "fantasiosas", sino contenidos fundados e invariables, que corresponden a esa estructura permanente. No son, pues, simples proyecciones realizadas en el nivel "subjetivo" de la mente; descubren a la mente una región no menos "objetiva" que el mundo sensible»[20]. Es la realidad de esa «estructura permanente» en la vida psíquica la que permite aproximar a Hildegard von Bingen a Avicena o a Sohrawardi, y sus semejanzas son las que alertan acerca de la verdad de su experiencia. La visión es, esencialmente, una dramaturgia del alma. Emerge un mundo poblado de figuras, un mundo lleno de personas familiares, cuya realidad no tiene por qué ser estrictamente alegórica, en el sentido de personificación de concepto abstracto, sino que al hilo de la hermenéutica corbiniana es ése el primer «dato» del acontecimiento del despertar

[19] De modo particular en: Henry Corbin, *Cuerpo espiritual y Tierra celeste*, Siruela, Madrid 1996 (1.ª edición, París 1960).

[20] Henry Corbin, *Avicena*, cit., pág. 261.



del alma: «A la prontitud filosófica para concebir lo universal, las esencias inteligibles, hace pareja a partir de ahora la capacidad imaginativa para representarse figuras concretas, para encontrarse con "personas". Una vez consumada la ruptura de nivel, el alma revela todas las presencias que la habitaban desde siempre sin que hubiera tenido, hasta ese momento, conciencia alguna de ello. El alma revela su secreto; se contempla y se cuenta como en búsqueda de los suyos, como presintiendo una familia de seres de luz que la atraen hacia un clima más allá de todos los climas conocidos hasta entonces.»[21] Para Hildegard no hay duda de que las virtudes que pueblan sus visiones nada tienen que ver con la personificación de la que habla la alegoría, pues como puso de manifiesto Christel Meier la noción de *virtus* en la abadesa no tiene que ver con la *areté* sino con la *dínamis*, pues dentro de la tradición del pseudo-Dionisio y de Escoto Eriúgena, de la que participaría Hildegard, las virtudes son fuerzas, apariciones de luz, al igual que los ángeles[22].

El camino de la experiencia visionaria nos ha mostrado un paisaje muy diferente del que nos ha enseñado la investigación centrada en la alegoría. Y, sin embargo, quizás la diferencia no radique tanto en que nos situamos ante perspectivas opuestas como de que ambos caminos conducen a lugares diferentes porque se ocupan de aspectos diferentes de un mismo fenómeno, a saber, el fenómeno visionario y su elaboración escrita. Los estudios de Henry Corbin se ocupan del acontecimiento psíquico, propiamente hablando, de la experiencia, mientras que los estudios sobre la visión en Hildegard se han centrado sustancialmente en el texto, o sea en su elaboración literaria. ¿Hasta qué punto no es posible conciliar la técnica alegórica con la expe-

[21] Ibídem, pág. 22.

[22] Christel Meier, «Virtus und operatio als Kernbegriffe einer Konzeption der Mystik bei Hildegard von Bingen», en *Grundfragen christlicher Mystik*, edición de Margot Schmidt, Stuttgart-Bad Cannstatt 1987, págs. 73-101, pág. 82 y ss. La abadía de Michelsberg en Bamberg poseía un ejemplar del *Periphyseon* de Escoto Eriúgena, probablemente en la adaptación de Honorius en *Clavis physicae*, de principios del siglo XII. En Trier se encontraba tan sólo el Libro I del *Periphyseon*, cf. Peter Dronke, op. cit., pág. 13.

riencia visionaria? ¿Por qué el dominio de la técnica alegórica en Hildegard debe dejar al margen la realidad de la experiencia? La gran cultura latina de Hildegard hizo que elaborara sus símbolos con los instrumentos que le ofrecía su mundo, y ésos no eran otros que los proporcionados por la alegoresis, el tipo de exégesis adecuado para reconocer los significados espirituales. La obra profética de Hildegard no está ahí para mostrarnos su «aventura personal» (aunque también lo haga por añadidura) sino, como insistentemente se ha repetido, para enseñar los misterios de la Iglesia. Sus visiones son *Lehrvisionen*, es decir, visiones pedagógicas. Diez años tuvo que emplear Hildegard para escribir *Scivias*. Son diez años de trabajo que nada tienen que ver con la inspiración, sino con la lectura y la misma escritura, con el hallazgo de los modos y las formas de transmisión de aquello que había sido revelado. Esos modos y formas son históricos, tienen estilo, y proceden de la alegoresis. Pero detrás está la experiencia visionaria, pues de otro modo resultaría difícil de explicar la gran potencia y riqueza de sus imágenes, totalmente alejada de la palidez alegórica, cuando ésta es eso, pura y simple alegoría, imagen arbitraria, elegida convencionalmente para expresar una idea.

Barcelona, enero de 2001



# Bibliografía

## Ediciones (de las obras de Hildegard von Bingen aquí traducidas o de las que se han introducido fragmentos)

*Vita Sanctae Hildegardis*, edición y estudio de Monica Klaes, *Corpus Christianorum Continuatio Mediaevalis* (=CC CM) CXXVI, Brepols, Turnholt 1993.

*Hildegardis Bingensis Epistolarium. Pars prima* I-XC. *Pars secunda* XCI-CCL R, edición de Lieven van Acker, CC CM XCI y XCI A, Brepols, Turnholt 1991-1993 *(=Epist.)*.

*Saint Hildegard of Bingen. Symphonia. A critical edition of the Symphonia armonie celestium revelationum (Symphony of the Harmony of Celestial Revelations)*, with Introduction, translations, and commentary by Barbara Newman, Cornell University Press, Ithaca y Londres 1988.

*Hildegardis Scivias*, edición de Adelgundis Führkötter con la colaboración de Angela Carlevaris, CC CM XLIII y XLIII A, Brepols, Turnholt 1978.

*Hildegardis Bingensis Liber divinorum operum*, edición y estudio de A. Derolez y P. Dronke, CC CM XCII, Brepols, Turnholt 1996.

## Traducciones (a lenguas modernas)

*Das Leben der heiligen Hildegard von Bingen. Ein Bericht aus dem 12. Jahrhundert verfasst von den Mönchen Gottfried und*

*Theoderich*, aus dem Lateinischen übersetzt und kommentiert von Adelgundis Führkötter, Otto Müller, Salzburgo 1980 (3.ª ed.).

*The Life of the Saintly Hildegard*, trad. H. Feiss, Toronto 1996.

Hildegard von Bingen, *Briefwechsel*, nach den ältesten Handschriften übersetzt und nach den Quellen erläutert von Adelgundis Führkötter, Otto Müller, Salzburgo 1990 (2.ª edición corregida) *(=Brief.)*.

*The Letters of Hildegard of Bingen*, vol. I, trad. Joseph L. Baird, Radd K. Ehrman, Oxford University Press, Oxford 1994.

Hildegarde de Bingen, *Scivias, «Sache les voies» ou Livre des visions*, présentation et traduction par Pierre Monat, Les Éditions du Cerf, París 1996.

Santa Hildegarda, *Scivias. Conoce los caminos*, trad. Antonio Castro Zafra y Mónica Castro Hernández, Trotta, Madrid 1999.

Hildegarde de Bingen, *Le Livre des œuvres divines (Visions)*, présenté et traduit par Bernard Gorceix, Albin Michel, París 1982.

Hildegarda de Bingen, *Llibre de les obres divines*, introducció de Rosa Maria Piquer i Pomés, traducció d'Isabel Segarra i Añón, Clàssics del Cristianisme, 65, Barcelona 1997.

### Ediciones de la obra completa de Hildegard von Bingen

*Opera omnia S. Hildegardis*, edición de Jacques-Paul Migne, *Patrologia Latina*, t. 197, París 1855-1882.

*Nova S. Hildegardis Opera*, edición de Joannes Baptista Pitra, *Analecta Sacra*, t. 8, Monte Cassino 1882.

### Ediciones de otras obras (de las que se ha traducido algún fragmento)

*Die Visionen der heiligen Elisabeth und die Schriften der Abte Ekbert und Emecho von Schönau*, edición de F. W. E. Roth, Brünn 1884.



*Guibertis Gemblacensis Epistolae*, edición de A. Derolez, CC CM LXVI, Brepols, Turnholt 1988.

### Estudios

***Abbot Suger and Saint-Denis. A Symposium***, edición de Paula Lieber Gerson, The Metropolitan Museum of Art, Nueva York 1986.

**Auerbach, E.**, *Scenes from the Drama of European Literature*, Manchester 1984.

**Baillet, L.**, «Les miniatures du "Scivias" de Sainte Hildegarde», en *Monuments et Mémoires publiés par l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, t. 19, París 1912, págs. 49-149.

**Benz, E.**, *Die Vision. Erfahrungsformen und Bilderwelt*, Klett, Stuttgart 1969.

**Bosl, K.**, *Frühformen der Gesellschaft im mittelalterlichen Europa*, Múnich 1964.

**Buber, M.**, *Confessioni estatiche*, Adelphi, Milán 1990 (2.ª ed.).

**Bynum, C. W.**, *Jesus as Mother. Studies in the Spirituality of the High Middle Ages*, University of California Press, Berkeley-Los Ángeles-Londres 1982.

**Calderoni Masetti, A. R. y G. Dalli Regoli**, *Sanctae Hildegardis Revelationes. Manoscritto 1942*, Cassa di Risparmio di Lucca, Lucca 1973.

**Cirlot, J. E.**, *Diccionario de símbolos*, Siruela, Madrid 1997.

**Cirlot, V.**, «La facultad visionaria. La figura sembrada de ojos en el *Scivias* de Hildegard von Bingen», *Axis Mundi* 5 (1998), págs. 20-31.

–, «Hildegarda de Bingen y la mística cisterciense», *I Congreso Internacional sobre mística cisterciense. Ávila 9-12 de octubre de 1998*, Actas, Ávila 1999, págs. 345-365.

–, «Hildegarda de Bingen: vida de una visionaria», *Duoda. Revista de estudios feministas* 17 (1999), págs. 17-32.

**Cirlot, V. y B. Garí**, *La mirada interior. Escritoras místicas y visionarias en la Edad Media*, Martínez Roca, Barcelona 1999.

**Coomaraswamy, A. K.**, *Il grande brivido. Saggi di simbolica e arte*, Adelphi, Milán 1987.

**Corbin, H.**, *Cuerpo espiritual y Tierra celeste*, Siruela, Madrid 1996.

**Couliano, I. P.**, *Expériences de l'extase*, Payot, París 1984.

**Dinzelbacher, P.**, *Bernhard von Clairvaux. Leben und Werk des berühmten Zisterziensers*, Primus Verlag, Darmstadt 1998.

**Dronke, P.**, «Tradition and Innovation in Medieval Western Colour-Imagery», *Eranos Jahrbuch* 41, 1972.

–, *Poetic Individuality in the Middle Ages*, Oxford 1970.

–, «Problemata Hildegardiana», *Mittelalteinisches Jahrbuch* 16, 1981, págs. 97-131.

–, *Las escritoras de la Edad Media*. Crítica, Barcelona 1994.

–, «Las invenciones de Hildegarda de Bingen: lenguaje y poesía», *Duoda. Revista de estudios feministas* 17 (1999), págs. 33-62.

**Duby, G.**, *Saint Bernard. L'art cistercien*, Arts et Métiers Graphiques, París 1976.

–, *Les trois ordres ou l'imaginaire du féodalisme*, Gallimard, París 1978.

–, *Dames du XII^e siècle*, Gallimard, París 1995.

**Epiney-Burgard, G. y E. zum Brunn**, *Mujeres trovadoras de Dios. Una tradición silenciada de la Europa medieval*, Paidós, Barcelona 1998.

**Escot, P.**, «The Gothic Cathedral and Hidden Geometry of St. Hildegard», *Sonus* 5, 1984.

**Flanagan, S.**, *Ildegarda di Bingen. Vita di una profetessa*, Le Lettere, Florencia 1991.

**Gouguenheim, S.**, *La sibylle du Rhin. Hildegarde de Bingen, abbesse et prophétesse rhénane*, Publications de la Sorbonne, París 1996.

**Gronau, E.**, *Hildegard von Bingen. 1098-1179. Prophetische Lehrerin der Kirche an der Schwelle und am Ende der Neuzeit*, Christiana Verlag, Stein am Rhein 1991 (2.ª ed.).

**Groos, A.**, *Romancing the Grail. Genre, Science, and Quest in Wolfram's Parzival*, Cornell University Press, Ithaca y Londres 1995.

**Haverkamp, A.**, «Tengswich von Andernach und Hildegard von Bingen», *Festschrift J. Fleckenstein, Institutionen, Kultur und Geschichte im Mittelalter*, Sigmaringen 1984, págs. 515-548.



***Hildegard von Bingen. Prophetin durch die Zeiten. Zum 900. Geburtstag***, edición de la abadesa Edeltraud Forster, Herder, Friburgo-Basilea-Viena 1997.

***Hildegard of Bingen. The Context of her Thought and Art***, edición de Ch. Burnett y P. Dronke, The Warburg Institute, Londres 1998.

***Jutta and Hildegard: The Biographical Sources***, traducción e introducción de Anna Silvas, The Pennsylvania State University Press, Pennsylvania 1999.

**Lautenschläger, G.**, *Hildegard von Bingen*, Frommann-Holzboog, Stuttgart 1993.

**Liebeschütz, H.**, *Das allegorische Weltbild der heiligen Hildegard von Bingen*, Leipzig-Berlín 1930.

**Meier, Chr.**, «Zum Verhältnis von Text und Illustration im überlieferten Werk Hildegards von Bingen», en *Hildegard von Bingen. 1179-1979. Festschriftzum 800. Todestag der Heiligen*, edición de Anton Ph. Brück, Mainz 1979, págs. 159-169.

**Newman, B.**, *Sister of Wisdom. St. Hildegard's theology of the feminine*, University of California Press, Berkeley-Los Ángeles 1987.

**Oechelhäuser, A. V.**, *Die Miniaturen der Univ.-Bibl. zu Heidelberg*, Heidelberg 1887.

**Roth, F. W. E.**, «Ignota lingua per simplicem hominem Hildegardam prolata», *Geschichtsquellen des Niederrheingau*, III, Wiesbaden 1880.

**Ruh, K.**, *Geschichte der abendländischen Mystik. Band II. Frauenmystik und Franziskanische Mystik der Frühzeit*, Beck, Múnich 1993.

**Sacks, O.**, *Migraña*, Anagrama, Barcelona 1992.

**Saurma-Jeltsch, L. E.**, *Die Miniaturen im «Liber Scivias» der Hildegard von Bingen. Die Wucht der Vision und die Ordnung der Bilder*, Reichert Verlag, Wiesbaden 1998.

**Schipperges, H.**, *Die Welt der Engel bei Hildegard von Bingen*, Otto Müller, Salzburgo 1963.

–, «Heilung einer Geisteskranken im hohen Mittelalter. Eine "Gemeinschaftstherapie" bei Hildegard von Bingen», *Zeitschrift für Klinische Psychologie, Psychopathologie und Psychotherapie* 33/1, 1985, págs. 58-64.

–, *Hildegard von Bingen*, Beck, Múnich 1995.

**Schrader, M. y A. Führkötter,** *Die Echtheit des Schriftums der heiligen Hildegard von Bingen. Quellenkritische Untersuchungen*, Böhlau, Colonia-Graz 1956.

**Singer, Ch.,** *From Magic to Science*, Dover, Nueva York 1958.

***The life of Christina of Markyate. A twelfth century recluse,*** edición y traducción de C. H. Talbot, Clarendon Press, Oxford 1959.

***Voice of the Living Light. Hildegard of Bingen and Her World,*** edición de B. Newman, University of California Press, Berkeley-Los Ángeles-Londres 1998.

## Biblioteca Medieval

1 **Parzival**
Wolfram von Eschenbach
*Edición de Antonio Regales*
*Epílogo de René Nelli*

2 **Bestiario medieval**
*Edición de Ignacio Malaxecheverría*

3 **El Caballero del León**
Chrétien de Troyes
*Edición de Marie-José Lemarchand*
*Epílogo de Heinrich Zimmer*

4 **Historias bizantinas de locura y santidad**
Juan Mosco y Leoncio de Neápolis
*Edición de José Simón Palmer*

5 **La muerte de Arturo** (vol. I)
Sir Thomas Malory
*Introducción de Carlos García Gual*
*Traducción de Francisco Torres Oliver*

6 **La muerte de Arturo** (vol. II)
Sir Thomas Malory
*Epílogo de Luis Alberto de Cuenca*
*Traducción de Francisco Torres Oliver*

7 **La Ciudad de las Damas**
Cristina de Pizán
*Edición de Marie-José Lemarchand*

8 **El Caballero de la Carreta**
Chrétien de Troyes
*Introducción de Carlos García Gual*
*Traducción de Luis Alberto de Cuenca y Carlos García Gual*

9 **Perlesvaus o El Alto Libro del Graal**
*Edición de Victoria Cirlot*

10 **El Cuento del grial de Chrétien de Troyes y sus Continuaciones**
*Introducción y traducción del* Cuento del grial *de Martín de Riquer*
*Traducción de las* Continuaciones *e* Índices *de Isabel de Riquer*
*Epílogo de Emma Jung y Marie-Louise von Franz*

11 **El libro de los veinticuatro filósofos**
*Edición de Paolo Lucentini*
*Traducción de Cristina Serna y Jaume Pòrtulas*

12 **Historia de Merlín**
*Introducción y traducción de Carlos Alvar*
*Epílogo de Carlos García Gual*

13 **Vida y visiones de Hildegard von Bingen**
Hildegard von Bingen y Theoderich von Echternach
*Edición de Victoria Cirlot*

14 **Tristán e Iseo (vol. I)** (versiones francesas)
Tomás de Inglaterra, Berol, María de Francia,
Gerbert de Montreuil y otros
*Edición de Isabel de Riquer*
*Epílogo de Michel Cazenave*

15 **Tristán e Isolda (vol. II)** (versiones alemanas)
Eilhart von Oberg y Gottfried von Strassburg
*Edición de Victor Millet*

ISBN: 84-7844-543-9
Deposito legal: M-6.643-2001
Impreso en Cofás